THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

F
99
72

2552

HISTORIA

DE

LA NUEVA MÉXICO

POR EL

Capitán Gaspar de Villagrá.

CON UN APÉNDICE DE

DOCUMENTOS Y OPÚSCULOS.

F799 V72

F
799
V72

AVISO.

Habiéndose agotado la mayor parte de las entregas de los tomos I, II y III de los *Anales del Museo Nacional de México,* no podremos servir colecciones completas de esta aplicación.

Del tomo IV quedan pocos ejemplares y solamente venderemos tomos completos. Consta de 357 páginas de texto, con 22 láminas y un suplemento de tres gramáticas de la Lengua mexicana, de 266 páginas. Vale $ 12 00.

Están terminados los tomos V y VI.

El tomo V consta de 480 páginas de texto y 15 láminas; lleva como suplemento la 5.ª pieza del vol. I de la Colección de Gramáticas de la Lengua mexicana, compuesta por el P. Horacio Carochi (142 páginas). El tomo completo vale $ 15 00.

El tomo VI consta de 492 páginas y 2 láminas; su precio es el de $ 10 00. Lleva un apéndice de 48 págs.

En el curso del año actual segiremos publicando el tomo VII de los *Anales,* y el tomo II de Gramáticas.

Todas las entregas valen en la Capital de la República UN PESO, y en los Estados UN PESO VEINTICINCO CENTAVOS.—El precio para el Extranjero es de $ 2 00 plata.

Los pedidos y demás asuntos referentes á las publicaciones del Museo Nacional serán dirigidos á la Dirección del mismo Establecimiento.

El Museo Nacional de México abre sus Departamentos en la forma que sigue:

ARQUEOLOGÍA (Monolitos y Cerámica): Diariamente de 10 á 12 a. m., excepto los Sábados.
HISTORIA PATRIA: Martes y Jueves, de 10 á 12 a. m.
HISTORIA NATURAL (todos los salones de la planta alta): Lunes, Miércoles y Viernes, de 10 á 12 a. m.
ANATOMÍA COMPARADA, HERBARIO, APLICACIONES ZOOLÓGICAS Y BOTÁNICAS: Martes y Jueves, de 10 á 12 a. m.
Los Domingos, de 9 á 12 a. m., están abiertos todos los Departamentos.
Los Sábados no se abren al público.

HISTORIA

DE

LA NUEVA MÉXICO

POR EL

Capitán Gaspar de Villagrá.

REIMPRESA POR EL

Museo Nacional de México

CON UN APÉNDICE DE

DOCUMENTOS Y OPÚSCULOS.

TOMO I.

THE LIBRARY OF CONGRESS

MÉXICO

IMPRENTA DEL MUSEO NACIONAL.

1900

F799
.V72
1900

13261
'02

THE LIBRARY
OF CONGRESS

4-234

CORRIGENDA.

—:—

El dueño del ejemplar que sirvió para reimprimir La Nueva México del Capitán Gaspar de Villagrá, es el Sr. D. Juan Gómez Velasco, y no D. Ma- [illegible] o se asegura en la Introducción de este volumen.

INTRODUCCIÓN.

LA reimpresión que ahora aparece del libro de Gaspar Pérez de Villagrá, relativo al Nuevo México, se debe al deseo que há tiempo tenía en hacerla el Director del Museo Nacional, Sr. D. Francisco del Paso y Troncoso, quien durante su estancia en Madrid, obtuvo en calidad de préstamo dicho libro, que remitió á México para que se publicara en la tipografía del mencionado Establecimiento.

El ejemplar enviado por el Sr. Troncoso, pertenece al Sr. D. Manuel Gómez Velasco, quien lo prestó de la manera más franca y liberal á fin de que se reimprimiera.

El libro de Villagrá es actualmente rarísimo: se publicó por primera vez en Alcalá de Henares el año de 1610, en un volumen 8.º menor, de 24 fojas preliminares sin numerar, y foliado el texto desde la 1 á la 287. Contados son los ejemplares que se conservan de esta primera edición en bibliotecas públicas ó particulares, y aquí en México sólo existen tres ó cuatro.

El erudito D. Cesáreo Fernández Duro, insertó al fin de su interesante libro intitulado *Don Diego de Peñalosa* (Madrid, 1882), un extracto en prosa del poema de Villagrá, y el editor de la colección de *Libros raros ó curiosos que tratan de América* (Madrid, 1892), anunció la reimpresión completa de la obra; pero hasta ahora no se ha dado á la estampa.

La presente edición se ha hecho en vista del ejemplar proporcionado por el Sr. Gómez Velasco, y de otro que para corregir las pruebas facilitó el Sr. D. José María de Ágreda y Sánchez; y con objeto de hacerla más manuable, se ha dividido en dos tomos, pues con los apéndices añadidos hubiera salido demasiado abultada en un volumen.

El primer tomo, como puede verse, reproduce íntegro el texto del poema, con facsímiles de la portada y del retrato que aparecieron en la edición *princeps,* y con todas y cada una de las piezas preliminares, inclusos los versos que en loa del autor compusieron sus contemporáneos. Entre los versos hay un *Soneto* del Maestro Vicente de Espinel, y una *Canción* del célebre cronista Luis Tribaldos de Toledo, que prueban la amistad que con ellos tenía nuestro Gaspar Pérez de Villagrá.

El segundo tomo consta de cuatro apéndices; á saber: el primero contiene interesantísimos documentos relativos á Villagrá, que compiló el Lic. D. José Fernando Ramírez; el segundo, el hoy rarísimo *Memorial* del P. Benavides, que facilitó el Sr. Ágreda, de su rica biblioteca privada; el tercero, documentos inéditos que copió el P. Fischer del Archivo Nacional, y fragmentos de la obra del P. M. Fr. Juan González de Mendoza; el cuarto apéndice lo informa otro opúsculo, hoy rarísimo también: el *Mercurio Volante* escrito por D. Carlos de Sigüenza y Góngora, á su vez facilitado para reimprimirse, por el Sr. Ágreda.

***

Los documentos que forman el Apéndice Primero, colectados por el distinguido anticuario Lic. D. José Fernando Ramírez, constan en los tomos IV y X, íntegro, de la colección de *Opúsculos históricos* que de él conserva el Museo Nacional, y proporcionan datos desconocidos para escribir la biografía de Gaspar Pérez de Villagrá, principalmente en lo que atañe á sus servicios prestados en la conquista del Nuevo México, no sólo personales, sino de pertrechos de guerra y recursos salidos de su propia hacienda; así como para poder apreciar el concepto en que le tenían personas meritísimas, tanto civiles ó militares, como del clero regular, quienes le apreciaron por hombre valiente, «de buenas y aprobadas costumbres;» experimentado en muchas cosas; de buen juicio, industrioso y diestro en los usos y costumbres de la guerra.

Gaspar Pérez de Villagrá, en efecto, era distinguido caballero, «descendiente de la ilustre casa de los Pérez de Villagrá, pueblo situado en España en la Provincia de Campos, de su propio apellido, de donde, entre otros valerosos Capitanes desta familia, fué aquel invicto y valeroso caballero Francisco de Villagrá, terror y espanto de la indómita y belicosa nacion araucana.» *

No se sabe, empero, el lugar preciso en que nació, ni la fecha exacta en que vino al mundo, aunque se conjetura fuese por los años de 1551 á 1555. Parece haber estudiado en la célebre Universidad de Salamanca, en donde se graduó de bachiller en letras; pero no se sabe tampoco cuándo y cómo vino á la Nueva España, y ya lo encontramos en ésta alistándose para prestar sus servicios en

---

* López de Haro, *Nobiliario Genealógico,* etc., libro X de la segunda parte, folio 414.

la expedición que reclutó y llevó á cabo su ilustre y no menos valeroso jefe, el mexicano D. Juan de Oñate.

Gaspar Pérez de Villagrá tenía en 1604 cerca de 53 años, «más ó menos,» y el Maestre de Campo Vicente Saldívar refiere que era «pequeño de cuerpo, de buen grueso y miembros bien hechos y trabados, la barba toda cana y poblada, la cabeza calva y dos arrugas hondas, una mayor que otra, arrimadas del nacimiento de la una y otra ceja que de encima de la nariz suben por la frente arriba. . . .»

Sus servicios en las jornadas á la Nueva México le habían envejecido. Como fiel vasallo de su Rey, no había perdonado gastos ni sacrificios, proporcionando dineros y exponiendo la vida. Veces hubo que en un solo año anduvo más de mil quinientas leguas; otras en que combatió heróicamente, como en el sitio del Peñol de Acoma, al lado de once compañeros cuyos nombres consigna en su poema, y veces también en que estuvo á punto de perecer á manos de los indios. Pero era infatigable: sed, hambres, largos caminos, peligros sin cuento, fuertes lluvias, candentes soles y frías nieves padeció resignado, como cumplido Capitán; y á su valor adunó el ingenio, pues en cierta ocasión en que le pusieron una trampa donde cayó con caballo y todo, levantóse impávido, dejó en el fondo á su caballería muerta, y á pie y «con los zapatos al revés» á fin de que no siguieran sus huellas los enemigos, se encaminó sonriente al campo de los suyos.

Tantos méritos, que atestiguan sus coetáneos, le conquistaron el grado de Capitán de Caballos y los nombramientos de Procurador general del Campo y Ejército, de Juez Asesor en materias eclesiásticas y del foro mixto, de Vocal del Consejo de Guerra, y de Factor de la Real Hacienda en el Nuevo México. Obtuvo como recompensas el privilegio de *Hijodalgo* para él y sus descendientes, la Alcaldía Mayor de Guanaceví y el título de Capitán de los tepehuanes en la entonces Provincia de Nueva Vizcaya, hoy Estado de Durango, que desempeñó con toda efica-

cia, logrando la absolución en la residencia que se le mandó formar.

Después de treinta años de servicios en el reino de la Nueva España, lo que hace presumir que vino aquí hacia el último tercio del siglo XVI, provisto de una certificación de méritos y solicitud de la Real Audiencia de la Nueva Galicia, para que se le nombrara Gobernador de alguna Provincia ó Corregidor de Zacatecas, pasó á España en los principios de la décimaséptima centuria, donde vivió once años, publicando en 1610 su poema; y ya regresaba para encargarse de una Alcaldía Mayor en Guatemala, que le había concedido el Rey, cuando le sorprendió la muerte durante el viaje. No puede, sin embargo, fijarse con exactitud la fecha de su fallecimiento, pues mientras en una Real Cédula se le cita como difunto en 1625, en el testamento de su yerno se le menciona como vivo en 1638. Tal vez hay error de fechas, ó ignoraba el testador la muerte de su suegro cuando hacía su última disposición.

Gaspar Pérez de Villagrá dejó una viuda, un hijo llamado José de Villagrá y una hija, Doña María de Vilches Saldívar y Castilla, que casó con el Capitán D. Cristóbal Becerra y Moctezuma, bisnieto del Emperador indígena de este nombre. El Capitán Becerra consignó en su testamento curiosas noticias acerca de sus antepasados.

Relativamente á la obra de Gaspar Pérez de Villagrá, intitulada *Historia de la Nueva México,* poco se puede decir en su abono como composición literaria, pues si bien se recomienda por la sencillez y naturalidad del estilo, como dice el Sr. Pimentel, en cambio los versos en que está escrita son prosaicos, y son versos sueltos, flojos, que hacen fastidiosa la lectura; tanto más, cuanto que el poema carece de ficciones poéticas y se halla bárbaramente puntuado.

De Villagrá se puede decir lo que del autor del *Peregrino Indiano,* D. Antonio de Saavedra y Guzmán: «que fué *poeta-cronista,* y más cronista que poeta.» Su poema

es una historia rimada, interesante por los datos y documentos que contiene; y más interesante hubiera sido, si el autor, en vez de escribirla en verso, la hubiese redactado en prosa. Sin los grillos de la metrificación, actor principal y testigo ocular de los sucesos que canta, su relato habría sido de valor histórico inapreciable, como lo son las cartas de Cortés, la historia de Bernal Díaz del Castillo, y las animadas narraciones del *Conquistador Anónimo*, de Andrés de Tapia y de Fr. Francisco de Aguilar: *cronistas-conquistadores* que empuñaron lo mismo la espada que la pluma.

Gaspar Pérez de Villagrá prometió segunda parte de su *Historia;* pero si la escribió no llegó á publicarse.

* * *

Poco ó nada se sabe de la vida de Fr. Alonso de Benavides, autor del importantísimo *Memorial* contenido en el Apéndice Segundo de la presente edición. Sólo se ha podido averiguar que era español, franciscano de la regular observancia, Custodio de su Provincia, de la conversión del Nuevo México, y Comisario del Santo Oficio. Su *Memorial,* publicado por primera vez en Madrid, Imprenta Real, el año de 1630, forma un volumen 4.º común: Portada y 104 páginas, ó sean 52 hojas foliadas erradamente. El libro es tan escaso, que el único ejemplar conocido en México es el que ha servido para esta reimpresión, y pertenece al Sr. D. José María de Ágreda, quien lo adquirió el año de 1888 en París por mano de un deudo suyo.

El *Memorial* del P. Benavides fué traducido al latín por el franciscano Fr. Juan de Gravendonc, según le designa D. Nicolás Antonio en la *Bibliotheca Hispana Nova* (Roma, 1672) ó *Cranedonc,* como le llama el P. Fr. Juan de San Antonio en su *Bibliotheca Universa Franciscana* (Ma-

drid, 1732), y esta versión se publicó en Salsburgo en la imprenta de Cristóbal Ketsembergero, año de 1634, y en un volumen 8.º

Las interesantes noticias que proporciona el P. Benavides sobre las diversas tribus indígenas del Nuevo México, merecieron ser extractadas, primero en latín y en seguida en francés, como consta por las siguientes notas bibliográficas que comunicó al que esto escribe el Sr. Ágreda.

El extracto latino se insertó en la obra intitulada: «Novus Orbis seu Descriptionis Indiæ Occidentalis Libri XVIII. Authore Ioanne de Laet Antuerp. Novis tabulis geographicis et variis animantium, plantarum fructuumque iconibus illustrati. Lugd. Batav. apud Elzevirios. A.º 1633.» Un vol. en fol. Los capítulos 21 á 26 inclusive del libro VI son la historia y descripción del Nuevo México. El capítulo 26 tiene el siguiente epígrafe: «Recentissima Novæ Mexicanæ descriptio, è commentariis Alfonsi de Benavides Franciscani.» Termina así: «Atque hæc compendio decerpsi è relatione Alfonsi de Benavides Franciscani, Madriti typis expressa anno cIↃ IↃ cxxx.»

Estos mismos seis capítulos, traducidos fielmente al francés, se publicaron pasados siete años en la edición que se hizo de la misma obra de Laet, con el siguiente título: «L'Histoire du Nouveau Monde ou Description des Indes Occidentales, contenant dix-huict livres, Par le Sieur Iean de Laet, d'Anvers; Enrichi de nouvelles Tables Geographiques & Figures des Animaux, Plantes et Fruicts. A Leyde, Chez Bonaventure & Abraham Elzeviers, Imprimeurs ordinaires de l'Université. cIↃ. IↃ cxl.» Un volumen folio.

El mismo P. Benavides, al decir de D. Cesáreo Fernández Duro, publicó otro *Memorial* en 1632, proponiendo la apertura al comercio de los ríos de la bahía del Espíritu Santo, y hace referencia de este nuevo escrito Fr. Alonso de Posada.

*

*
* *

No es necesario detenerse á encarecer el contenido de los documentos compilados y copiados del Archivo Nacional, por el P. D. Agustín Fischer, que conserva el Museo Nacional en un volumen MS. que perteneció á este señor, y que se publican en el APÉNDICE TERCERO, relativos los más á sublevaciones de los indios, principalmente á la más desastrosa, la de 1680; ni tampoco necesita recomendación el fragmento de la curiosísima obra del P. M. Fr. Juan González de Mendoza, impresa en Madrid en 1586, en un volumen 8.º menor, pues sus capítulos sobre Nuevo México, á no dudarlo, fueron las primeras noticias impresas que comunicaron al Mundo la expedición de Antonio de Espejo en unión de los frailes franciscanos Fr. Agustín Ruiz y Fr. Francisco López.

*
* *

Cierra, en fin, la edición presente el APÉNDICE CUARTO, que comprende íntegro el famoso MERCURIO VOLANTE del mexicano D. Carlos de Sigüenza y Góngora, opúsculo que se imprimió por primera vez aquí el año de 1693 en un volumen 4.º, que consta de una portada y 18 fojas numeradas, tan raro, que conocido únicamente por el título, hizo incurrir á los bibliógrafos en el error de que había sido el primer periódico mexicano que se publicó en el siglo XVII, y de dicho MERCURIO sólo posee copia manuscrita la Real Academia de la Historia de Madrid. Como ya se dijo, lo facilitó el Sr. Ágreda para ser de nuevo impreso.

*
* *

Réstame felicitar al Sr. Director del Museo Nacional, D. Francisco del Paso y Troncoso, que tanta diligencia demostró en la publicación de la *Historia de la Nueva México,* al Sr. D. José María de Ãgreda y Sánchez, que con especial cuidado corrigió las pruebas y con gran liberalidad facilitó sus libros, y al Sr. Dr. D. Manuel Urbina, actual Director interino del Museo, que tuvo positivo empeño en que se hiciera la presente edición, que salva del olvido libros hoy casi imposibles de adquirir, y vulgariza datos, documentos y noticias que se relacionan con la historia patria.

México, Mayo 27 de 1900.

Luis González Obregón

Réstame ahora dar las gracias al Sr. Director del Museo Nacional, D. Francisco del Paso y Troncoso, que tan inteligente demostró en la publicación de la *Historia de la Música Mexicana*; al Sr. D. José María de Agreda y Sánchez, que con especial bondad corrigió las pruebas, y con gran liberalidad facilitó sus libros, y al Sr. Dr. D. Manuel Urbina, actual Director interino del Museo, que tuvo positivo empeño en que se hiciera la presente edición, que salva del olvido libros hoy casi imposibles de adquirir, y vulgariza datos, documentos y noticias que se relacionan con la historia patria.

México, Mayo 27 de 1901.

Luis González Obregón.

HISTORIA
DE LA NVEVA
MEXICO, DEL CAPITAN
GASPAR DE VILLAGRA.

DIRIGIDA AL REY D. FELIPE
nuestro señor Tercero deste nombre.

Año 1610.

CON PRIVILEGIO.

En Alcala, por *Luys Martinez Grande.*

A costa de Baptista Lopez mercader de libros.

EL CAPITAN GASPAR DE VILLAGRA · DE EDAD 55 AÑOS.

TASSA.

YO Diego Gonçalez de Villaroel, Efcriuano de Camara del Rey nueftro feñor, de los que en el fu Confejo refiden, doy fee, que auiendofe vifto por los feñores del Confejo, vn libro intitulado nueua Mexico, compuefto por el Capitan Gafpar de Villagrà, que con licencia de los dichos feñores efta mandado imprimir, taffaron cada pliego del dicho libro, à tres marauedis y medio, el qual tiene treinta y ocho pliegos, que al dicho precio fuman y montan, ciento y treinta y tres marauedis: y à efte precio y no mas, mandaron fe venda el dicho libro, con que al principio de cada vno, fe ponga efta fee de taffa, para que fe fepa el precio. Y para que dello confte de mandamiento de los dichos feñores del Confejo, y de pedimiento de la parte del dicho Capitan Villagrà, di efta fee. En Madrid veynte y fiete dias del mes de Abril, de mil y feyfcientos y diez años.

Diego Gonçalez de Villaroel.

ERRATAS.

YO el Maeftro Sebaftian de Lirio Cathedratico de prima de Griego, en la Vniuerfidad de Alcala, y Corrector de libros della: y anfi mifmo yo el Licenciado Francifco de Murcia de la Llana, criado de fu Mageftad y fu Corrector general de libros en fus Reynos, vimos efte libro, intitulado hiftoria de la nueua Mexico, del Capitan Gafpar de Villagrà, el qual con eftas erratas (1) correfponde con fu original. Dada en la dicha Vniuerfidad de Alcala, en. 10. de Abril, de. 1610. años.

El Maestro Sebastian de Lirio.

El Licenciado Murcia de la Llana.

(1) Dichas erratas se han tomado en consideracion al reimprimir este libro.

CENSURAS DEL LIBRO.

LA hiſtoria de la Nueua Mexico, poema heroico del Capitan Gaſpar de Villagra, no tiene coſa contra la Fè y buenas coſtumbres, antes la engrandece y lebanta, ver tanto numero de almas reduzidas a la verdad Catholica, y a la corona de Eſpaña, con tan inmenſos trabajos de nueſtra gente Eſpañola: el verſo es numeroſo, y aunque deſnudo de inuenciones y flores poeticos, (por ſer hiſtoria ſeguida y verdadera) la variedad de tan extraordinarios y nueuos ſuceſſos, alentara y dara guſto, a todos generos de gente, a vnos para imitallos, y a otros para eſtimallos, y aſsi es bien que ande en las manos de todos. En Madrid nueue de Diziembre, de. 1609.

El Maestro Espinel.

POR mandado y comiſion de los ſeñores del Conſejo, è hecho ver la hiſtoria de la nueua Mexico, del Capitan Gaſpar de Villagra, que por ſer verdadera, agradable, y que engrandece nueſtra nacion Eſpañola, y que no contiene coſa contra la Fè, ni buenas coſtumbres: me parece que es juſto ſe le de licencia para imprimirla. Fecha en Madrid en diez de Diziembre, de. 1609.

El Doctor Cetina.

CENSVRA DEL PADRE PRESENTADO FRAY DOMINGO DE LOS REYES, PREDICADOR GENERAL DE LA ORDEN DEL SEÑOR SANTO DOMINGO.

POR mandado de vueſtra Alteza, è viſto la hiſtoria de la nueua Mexico, del Capitan Gaſpar de Villagra, y no è hallado en ella coſa contra la Fè ni buenas coſtumbres, antes vn apazible eſtilo en hiſtoria liſa y ſeguida, y que da luz de lo

que

que los valeroſos Capitanes y ſoldados de vueſtra Alteza hazen, en eſſas partes tan remotas, y lo bien que ſiruen, aſsi à vueſtra Alteza, como à la Ygleſia, con que ſe animaran otros à hazer lo miſmo: eſto me parece. En este Colegio de ſanto Thomas de Madrid, en veynte de Diziembre, de mil y ſeyſcientos y nueue.

Fray Domingo de los Reyes.

EL REY.

POR quanto por parte de vos el Capitan Gaſpar de Villagrà, nos fue fecha relacion, que teniades compueſto vn libro en verſo ſuelto, intitulado nueua Mexico, del Capitan Gaſpar de Villagrà, de que haziades preſentacion, el qual os auia coſtado mucho trabajo, y cuydado, aſsi por auer militado y seruidonos en el deſcubrimiento, pacificacion, y poblacion, de la dicha nueua Mexico, cuya hiſtoria era la que tratauades, como por auerla reducido à verdadera hiſtoria, como la teniades reducida, y nos pediſtes y ſuplicaſtes os mandaſemos dar licencia, para que por tiempo de doze años, vos y no otra perſona, le pudieſſedes imprimir, o como la nueſtra merced fueſſe. Lo qual viſto por los del nueſtro Conſejo, y como por nueſtro mandado ſe hizieron las diligencias que manda la pregmatica por nos vltimamente fecha, ſobre la impreſion de los libros, fue acordado que deuiamos mandar dar eſta nueſtra cedula, para vos, en la dicha razon, y nos tuuimoslo por bien. Por la qual os damos licencia y ſacultad, para que por tiempo y eſpacio de diez años cumplidos, primeros ſiguientes, que corran y ſe cuenten, deſde el dia de la fecha deſta nueſtra cedula, en adelante, vos, o la perſona que para ello vueſtro poder tuuiere, y no otra alguna, podays imprimir y vender, el dicho libro, que

de

de ſu vſo ſe haze mencion. Y por la preſente damos licencia y facultad, a qualquier impreſſor deſtos nueſtros Reynos, que vos nombraredes, para que durante el dicho tiempo, le pueda imprimir, por el original, que en el ſe vio que va rubricado cada plana, y firmado al fin de Franciſco Martinez, nueſtro eſcriuano de Camara, y vno de los que en el nueſtro Conſejo reſiden, con que antes que ſe venda le traygais ante ellos, juntamente con el dicho original, para que ſe vea ſi la dicha impreſion eſta conforme a el, y traygais fee en publica forma, como por el corrector por nos nombrado, ſe vio y corrigio, la dicha impreſion, por el dicho original. Y mandamos al impreſſor que anſi imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego, ni entregue mas de vn ſolo libro, con el original, al autor, o perſona a cuya coſta ſe imprimiere, para efecto de la dicha correccion y taſſa, haſta que antes y primero, el dicho libro eſtè corregido y taſſado, por los del nueſtro Conſejo, y eſtando fecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, en el qual inmediatamente ſe ponga eſta nueſtra licencia, y priuilegio, y la aprouacion, taſſa, y erratas, y no lo podays vender, ni vendays, vos ni otra perſona alguna, haſta que eſtè el dicho libro en la forma ſuſodicha: ſo pena de caer è incurrir en las penas contenidas en la dicha pregmatica, y leyes deſtos Reynos, que ſobre ello diſponen. Y mandamos que durante el dicho tiempo, perſona alguna sin vueſtra licencia, no le pueda imprimir ni vender, ſo pena que el que lo imprimiere, aya perdido, y pierda, qualeſquier libros, moldes, y aparejos, que del tuuiere, y mas incurra en pena de cincuenta mil marauedis por cada vez que lo contrario hiziere: y de la dicha pena, ſea la tercia parte para la nueſtra Camara, y la otra tercia parte para el Iuez que lo ſentenciare, y la otra para el que lo denunciare. Y mandamos a los del nueſtro Conſejo, Preſidente y Oydores, de las nueſtras Audiencias, Alcaldes, alguaciles de la nueſtra caſa y Corte, y Chancillerias, y a otras qualeſquier juſticias de todas las ciudades, villas y lugares de los nueſtros Reynos y ſeñorios, a cada vno en ſu juriſdiccion, aſsi a los que aora ſon, como a los que ſeran de aqui adelante, que os guarden y cumplan, eſta nueſtra cedula y merced, que anſi os hazemos, y contra ella no vos vayan ni

paſ-

passen, ni consientan yr ni passar, en manera alguna, so pena de la nuestra merced, y de diez mil marauedis para la nuestra Camara. Dada en Valladolid a siete dias del mes de Março, de mil y seyscientos y diez años.

YO EL REY.

Por mandado del Rey nuestro señor.

Iorge de Touar.

AL REY NUESTRO SEÑOR.

AVIENDO de hazer la direccion de los muchos trabajos de aquellos Españoles, que por solo seruir à V. M. de si mismos se oluidaron, fuera muy grande atreuimiento mio, si para su defensa otro fauor y amparo que el que de V. M. apeteciera, principalmente sabiendo que à vna voz confiessa todo el orbe, que à tan alto Principe y à su amplissima monarchia compete el titulo de conseruador defensor, y amplificador de la Iglesia Romana, y de todos aquellos que como verdaderos hijos suyos, procuran de ensanchar sus sacrosantos limites y terminos, siendo juntamente con esto por muchas, y por muy ligitimas causas proprietario monarca, y señor del viejo mundo, y del nueuo, porque fuera de ser todo suyo, no sin admirable prouidencia del consistorio diuino, despues de tanta suma de años, de la creacion del vniuerso, quiso reseruar la conquista de nuestra nueua Mexico, à solo el poderoso braço de V. M. auiendola escondido à toda la grandeza, y esfuerço de sus bien auenturados progenitores, padres, abuelos, y visabuelos, de recordacion loable, cuias catholicas armas, agenas de toda tirania, se fueron estendiendo de manera que por los años que ocupa la vida de vn hombre, solo puedo dezir por ellos, lo que muy doctos varones

afir-

afirman, diziendo que vna de las mayores cofas, defpues de la creacion del vniuerfo, encarnacion y muerte de nuestro Redentor Iefuchrifto, à sido el defcubrimiento y conquifta del nueuo Mundo, desde cuyos fines, y vltimos terminos, sin paffar de aqui, ni dezir otra cofa en fauor del blanco que lleuamos, que es defcubrir otro mundo mas nueuo, poftrados por el fuelo, y pueftas las manos fuplicando à V. M. los pocos Efpañoles que auemos permanecido en efta nueua tierra, y nueuo defcubrimiento, de la nueua Mexico, por folo euangelizar en nueftra fanta Fè catholica à fus baruaras gentes, y diuersidad de naciones idolatras, buelua fus piadosifsimos ojos, de fuerte que para siempre, con tal amparo y fauor, queden auiertas por todas eftas Regiones las puertas del fanto baptifmo mediante las quales, eftos pobres baruaros puedan gozar, y alcançar los demas facramentos, que Dios nueftro Señor, no mas por nofotros que por ellos, quifo ordenar y dexar, à cuya Mageftad foberana, con la deuocion y veras pofsibles, quedamos rogando, quiera por fu infinita clemencia, mifericordia y bondad, acrecentar la muy catholica vida de V. M. por muchos, y felicifsimos años, para enfalçamiento de nueftra fanta Fè catholica, y extirpacion de los graues errores, y vil idolatria, que el demonio nueftro capital enemigo, siembra y derrama, por eftas y otras Regiones, cuyas almas al catholico amparo, y focorro de V. Mageftad, inuocan y claman.

Gaspar de Villagra.

PRO-

PROLOGO.

VNA de las mayores infelicidades que puede auer en los hechos humanos, es faltarles hiſtoriadores, que con ſus diligentes y catholicas plumas, den vida, conſeruen, y guarden todo quanto la continuacion de los ſiglos, y flaca memoria de los hombres, conſume y deshaze, y aſsi en fauor de aqueſta verdad, muchos notables varones confieren, diziendo: que recibio mayor daño el pueblo Romano, en perder lo mucho, que de las hiſtorias de Tito Liuio ſu coroniſta nos falta, que en la declinacion y ruyna de ſu Imperio, y monarchia, que fue la mayor del mundo, y con razon, porque la hiſtoria no ſolo haze à los auſentes preſentes, mas reſucita y haze viuos à los difuntos, y à los mortales, casi inmortales, pues mediante ſu excelencia, y grandeza, ſe conſeruan ſus claros hechos y nombres, y aſsi ſolos aquellos varones fueron heroicos, cuyas prohezas mediante la pluma gozan del premio deuido, por cuya falta los muy famoſos, que muchas hazañas obraron, podemos dezir, que no hizieron nada, pues dellos nada ſabemos: y aſsi porque los muchos trabajos, y hechos de aquellos esforçados, que en la nueua Mexico entraron, à la conuersion de tantas naciones, y gentes, no ſe pierdan, conſuman, y acaben, como ſe han perdido los muchos que antes dellos en eſtas nueuas Regiones entraron, teniendo atencion à que no naci para mi ſolo, quiſe tomar aqueſ trabajo, con entera ſatisfaccion, de que por ſer el primero que en eſta cauſa toma la pluma, mas por obediencia, que por confiança del pequeño y corto caudal, que tuue en ſuerte, han de ſer mis muchas faltas, del mas diſcreto, no ſolo ſufridas, mas tambien perdonadas.

EL

EL LICENCIADO IVAN DE VALDES CAUALLERO

DE LA ORDEN DE S. ESTEUAN, A DON IUAN DE OÑATE.

CANCION.

O Tu varon que al baruaro arrogante,
Rudo del Eſpañol valiente azero,
Truxiſte al yugo verdadero y ſanto,
Cuyo temido braço fulminante,
En ageno zenith terrible y fiero,
Obrò ſoberuio lo que humilde canto,
Suſpende à Marte, en tanto
Que entre flechas y rojos eſtandartes,
Teſtigos de tu intento,
Ocupo el lebantado penſamiento,
Y mientras que oſtigado el Indio en partes
Remotas, cubre ſus indoctos màrmoles,
De tu blaſon inſigne, eſcucha en ſuma,
Valiente Oñate la cortada pluma,
Del valeroſo Achiles,
Trompeta de tus años jueniles,
Que pudiera ſer Cesar de ſus glorias,
A no ſer ſugeto tus victorias.

No

No de Alexandro la famoſa eſpada,
Al jouen dueño diera eterna vida,
Si pluma ygual ſus hechos no eſcriuiera,
Ni la tuya de baruaros bañada,
Haſta la cruz de ſu valor teñida,
En otros ſiglos ſus hazañas viera,
La ſangrienta Ribera,
Del caudaloſo Norte (cuyas flores,
Miraron las corrientes,
En otros tiempos blancas, tranſparentes,
Ya de la ſangre rojas) à mayores
Intentos no aſpirara, ſi en vniſones,
Beligeros acentos deſta lira,
No viera que à ſus aguas las inſpira,
Con Religioſo hipo,
El ceptro ſanto del tercer Philipo,
Cuyos dieſtros tonantes arcabuzes,
Enarbolaron de la Fè las cruzes.

Quantas vezes el ſol inſigne Oñate,
Que de ver al Antipoda venia,
En tropa vil con tu manada embuelto,
A ſus potros de fuego el azicate,
De Piropo y diamante mas batia,
En dar la vuelta à tu eſquadron reſuelto,
Y mirandole vuelto,
Y en noche obſcura las floridas faldas,
Del Pirene empinado,
Penſando que otra vez era rogado,
Del Capitan Hebreo, à ſus eſpaldas,
El impenſado caſo murmurauamos,
Haſta que alegre con la nueua aurora,
Vertiendo perlas y eſmeraldas flora,
Quando ardiente aſomaua,
De tus ſuceſſos proſperos cantaua,
El heroico valor que le diſculpa,
De ſu tardança echandote la culpa.

Las olas desde entonces arrogantes,
Del raudo conchas, cuya blanca arena,
Solo vieron escamas de sus peçes,
En transparentes vrnas de diamantes,
Tu nombre escriuen que su curso enfrena,
De ninguno sulcado pocas vezes,
Y al puente que le ofreces,
Mas ingenioso que el que puso al Reno,
El que en noche importuna,
Repartio con Amiclas su fortuna,
De nueuas glorias, y esperanças lleno,
Entre cristales puros y diafanos,
Con dulzes ecos victorioso canta,
En rapido mormurio, y mas se espanta,
Que fuerças Españolas
A pie sulcasen sus valientes olas,
Quando animando al andaluz ligero,
Te vio pisar sus conchas el primero.

Pasmose en su Region el fiero noto,
De ver sulcar el atreuido pino,
Escondidos retretes de Nereo,
Y gouernar al prouido piloto,
Las blancas alas del hinchado lino,
Añadiendo esperanças al desseo,
Y qual si el Giganteo,
Atreuido rumor amenazara,
Otra vez las esferas,
Viendo en partes remotas tus ligeras
Armadas naues, en su curso para,
El planeta mayor que del Zodiaco,
Vio espantadas à vn tiempo las estrellas,
Flamigeras brillantes luzes bellas,
Mas viendo los faroles,
De los veloces vassos Españoles,
Les dize que en la hazaña que restauras,
Filipo à de ocupar aquellas auras.

Tiem-

Tiembla el mancebo intonſo que el toſtado
Euano al arco pone en la batalla,
Del arte militar ageno y rudo,
Y con animo fiero y lebantado,
Apiñando ſu baruara canalla,
Reſiſte el tiempo que ſu fuerça pudo,
Mas cayendo el deſnudo,
Robuſto cuerpo al filo de tu azero,
El rancho deſocupa,
Que con pagizas concauas ocupa,
Tomando alegre por feliz aguero,
Ser tu rendido, y que en la nueua Mexico,
Los ſantos Numas Caſtellanos Reyes,
Tiendan el ceptro y conſtituyan leyes,
Y al rubio vellocino,
Sugetandoſe el Indio peregrino,
Oy le da Villagra eternas glorias,
Eſcriuiendo ſu fuerça y tus victorias.

Y tu cancion humilde que has ſubido,
A tan heroico y ſingular ſugeto,
Baſta no deſuaneſcas el ſentido,
Remite tantas glorias y alabanças,
A plectro mas ſubido y mas perfecto,
Vos Capitan diſcreto,
Que ygualaſtes la eſpada con la pluma,
Hareis la copia, y en ſucinta ſuma,
Que llegue altiua al conquiſtado ocaſo,
Animareys vueſtro veloz Pegaſo.

AL

AL ADELANTADO DON IUAN DE OÑATE, y al Capitan Gaſpar de Villagrá, el Maeſtro Eſpinel.

SONETO.

ABRIR caminos, donde no uvo ſenda,
Nueuos Reynos buſcar, nueua comarca,
Porque el Imperio de tu gran Monarca,
En los eſtraños limites ſe eſtienda:
De Idolatras hazer al Cielo ofrenda,
Sellados ya con la cruzada marca,
Ser quanto el Cielo tiene y mar abarca,
A tu pecho y valor humilde prenda:
Efectos ſon don Iuan que al Cielo ſolo,
Tienen correſpondencia, que en el mundo,
Cauer no puede lo que al mundo eſpanta:
Tu prudencia celebre el miſmo Apolo,
O Villagrà que ſiendo à ti ſegundo,
Las ſuyas calla y tus hazañas canta.

EL

EL LICENCIADO SANCHEZ, COLLEGIAL TRELINGUE

Cathedratico de prima de Hebreo, a don Iuan de Oñate.

CANCION.

DEXAD aora del Caſtalio coro,
La verde ſelua y criſtalina fuente,
Entretenido penſamiento vfano,
Y no os admire ya el ſagrado Oriente,
Donde el aurora peyna rizos de oro,
Sugeto al gran valor del Luſitano,
Pues teneys Caſtellano,
Que las cien lenguas de la fama ocupe,
En quanto el mar eſcupe,
Argentadas eſpumas por el orbe,
Que con furia ſe ſorbe,
En circulos azules de ſus hondas,
Moſtrando peçes en cauernas hondas.

Rompa la fama las eſtampas de oro,
Que en bronce eſculpe y en ſu libro imprime,
De los que celebrò en la edad paſſada,
Que vence à los que en marmoles opprime,
De ſus frias cenizas el teſoro,
El limpio azero de eſta illuſtre Eſpada,
Del que à la zona elada,
Rompio con los leones Eſpañoles,
Que qual del mundo ſoles,
La luz lleuaron à la tierra fria,
Que Belcebub tenia,
Con eternas tinieblas occupada,
Y al paſto dè la muerte condenada.

Ya

Ya del magno Alexandro no eternizen,
Los deſiertos de Libia el braço fuerte,
Ni los doze trabajos à ſu Alcides,
Pues à peſar de olbido acerua muerte,
Es juſto tus hazañas ſolenizen,
Las naciones con quien tu eſpada mides,
Las machinas y ardides,
La ſed intolerable y hambre acerua,
A quien la verde yerua,
El alma ſuſtentò que ſe partia,
Do por aluergue auia,
Quando el Cielo de eſtrellas mas ſe vorda,
Las frias piedras en la noche ſorda.

Seràs Aquiles de inmortales obras,
Que en Troyanos mejor manchò ſu azero,
Y à tu ſepulcro embidiaran los nueue,
Pues tus hazañas celebrò vn Homero,
Si eterno nombre por ſus verſos cobras,
Tal Homero à vn Aquiles ſe le deue,
La embidia no ſe atreue,
A preferir à Homero, pues que viſte,
Lo miſmo que eſcreuiſte,
Que el otro ſiendo ciego nunca pudo,
Embraçar el eſcudo,
Tu Homero con ojos y en la guerra,
Rayo del Cielo, eſpanto de la tierra.

Deten cancion el buelo,
Si al Antipoda paſſas preſuroſa,
Que tan dificultoſa
Empreſſa, al que la vio y eſcriue ſolo,
Concede aliento Apolo,
A ſer el Mantuano por la pluma,
Alcides en la guerra, en la paz Numa.

LVYS

LVYS TRIBALDOS DE TOLEDO, AL GENERAL D. IUAN de Oñate, en el deſcubrimiento y conquiſta de la Nueua Mexico.

SONETO.

VIO Villagra tan grande y tan profundo,
Fundamento en ſu ingenio y valentia,
Que porque en el antiguo no cabia,
Le buſcò en que cupieſſe nueuo mundo:
Siguiendo al Norte otro Cortes ſegundo,
Por dar lumbre mayor al mayor dia,
De Bòreas conquiſtò la monarquia,
Que oy celebra en eſtilo alto y facundo:
Lo que merecen obras tan eſtrañas,
De Oñate y Villagra, no ſe dezillo,
Mas en ſu parangon ſiempre he dudado.
Qual por qual acabò tantas hazañas,
Si eſte porque ſiguio tan gran caudillo,
Si aquel porque eſcogio tan gran ſoldado.

CAN-

CANCION PINDARICA EN LOOR DEL CAPITAN GASPAR de Villagrá, y don Iuan de Oñate, deſcubridor y conquiſtador de la nueua Mexico.

STROPHA 1.

CASTILLA madre glorioſa,
De gente por belicoſa,
Eſpejo del Sol y Luna,
Recibe eſta joya rica,
Que Villagrà ſacrifica,
Al altar de tu fortuna,
Pues en limpiando la eſpada,
De la ſangre derramada,
De mil Caciques ſangrientos,
Sin romper vn punto el hilo,
Celebra tus vencimientos,
Con dulze y copioſo eſtilo.

ANTISTROPHA.

Couarde y timida lança,
Nunca al rieſgo ſe abalança,
Que el coraçon con temor,
Por viuir vn tiempo breue,
No ſe arroja, ni ſe atreue,
Al peligro, ni al valor,
Triſte del pecho y conſejo,
Fundado en llegar à viejo,
Venturoſos los guerreros,
Que dexan el miedo atras,
Y ſe arriſcan los primeros,
Para eternizarſe mas.

EPO-

EPODO.

Eſto dize, y en batalla,
La victoria ſe promete,
Cubierto el cuerpo de malla,
Y la cabeça de almete:
Con la eſpada en vna mano,
Y en otra vn paues vfano,
Va al combate tan terrible,
Como el rayo cae del Cielo,
Por hazer poluo en el ſuelo,
De vna roca inacceſsible.

STROPHA 2.

Lleua delante por guia,
La flor de la valentia,
Y vn ſugeto tan capaz,
Quan noble, don Iuan de Oñate,
Marte ayrado en el combate,
Y Iupiter en la paz:
Alexandro liberal,
Illuſtre y gran General,
(Por fuerte y por generoſo)
De todo el Septentrion,
Lumbre y Norte milagroſo,
De la Eſpañola nacion.

ANTISTROPHA.

De aquel gran Chriſtoual prenda,
Que en belicoſa contienda,
Ganò la Galizia nueua,
En el Mexicano imperio,
Luz del Arctico Hemiſpherio,

Y de ſus grandezas prueua:
Arrimo de aquella Idea,
De nobleza que hermoſea,
La virtud que mayor es,
Donde no alcança mi pluma,
Nieta de Fernan Cortes,
Viſnieta de Mocteçuma.

EPODO.

Eſte primero auerigua,
Por ſu eſpada y por ſu renta,
Do fue la Mexico antigua,
Oy nueua por otra cuenta,
Conquiſtador celebrado,
De todo el circulo elado,
Nunca en batallas vencido,
Y en peligros animoſo,
Como Cortes atreuido,
Como Colon venturoſo.

STROPHA 3.

Con la lumbre deſta llama,
Deſcubrio la de ſu fama,
En Inuierno, y en Eſtio,
Villagrà ramo de Marte,
Vencedor en cualquier parte,
Del paralelo mas frio:
Pues al enſanchar la tierra,
De Mexico en paz y en guerra,
Excediendo al valor de hombre,
Fue ſu virtud tal maeſtra,
Que no cabe allà ſu nombre,
Y ſe eſtiende por la nueſtra.

ANTIS-

ANTISTROPHA.

Nunca la nieue y granizo,
Sus brios le elò y deshizo,
Nueuo Mar vio, y nueuas tierras,
Nueuos temples, nueuos climas,
Hondos valles, y altas cimas,
Theatros de nueuas guerras:
En ellos quedan grauados,
Como en bronce, y releuados,
De ſuerte ſus grandes hechos,
Que aunque mas mueſtren ſu furia,
Iamas los veran deshechos,
Ni los tiempos, ni ſu injuria.

EPODO.

Tan nueuos merecimientos,
Graue vna nueua memoria,
En todos los Elementos,
Que ſon Templos de ſu gloria:
Que obras de tal calidad,
Diſpuſo la Eternidad,
Que ſu autor las illuſtraſſe,
Porque nadie jamas vieſſe,
Ni quien mejor las cantaſſe,
Ni quien mejor las hizieſſe.

STROPHA 4.

Ennio entre Trompas Romanas,
Cantò Rotas Africanas,
Puniendo la pluma ſola,
Vos Villagrà Caſtellano,
Con la pluma y con la mano,
Fundais la gloria Eſpañola:
En todo ſoys peregrino,

De

De Apolo y Marte contino,
Nueua Phenis en ventura,
Que en las entrañas del fuego,
Se labra la ſepultura,
Para renouarſe luego.

ANTISTROPHA.

Celebre à vueſtra conſtancia,
Tambien nueſtra vigilancia,
Y no quede vueſtra eſpada,
Por nueſtra culpa en oluido,
Ni allà ſe entienda que ha ſido,
Mas temida que aqui amada:
Que aunque no pueda ygualar,
Sus filos en pelear,
Ni de vueſtra pluma el vuelo,
En publico y en ſecreto,
Llega el merito del zelo,
Donde no puede el effecto.

EPODO.

Yo he jurado de eſtender,
Contra el rigor de los años,
Vueſtro renombre, y hazer,
Que os conozcan los eſtraños,
Pues oy de vos nueuo Erzilla,
Corre eſta voz por Caſtilla,
Que nunca el tiempo conſuma,
Que en Mexico la moderna,
Serà vueſtra fama eterna,
Por la lança, y por la pluma.

L. Trib. de Toledo.

AL

AL REY NUESTRO SEÑOR, EN NOMBRE DEL GENEral don Iuan de Oñate, y del Capitan Villagrà: el Licenciado Alonſo Sanchez, Collegial Trilingue.

SONETO.

O Sol de Eſpaña, que en leon preſente,
Diſtinctos orizontes tu luz dora,
A quien los Reynos de la roſea aurora,
Ciñen de perlas la dichoſa frente:
Y dando el parabien al occidente,
Que en el naciſte, Sol, el alua adora,
Dueño de quanto eſmalta y borda Flora,
De primaueras dos la zona ardiente:
Oye de Oñate y Villagrà la hazaña,
Eſpada y pluma con que al Cielo ſubes,
Y à quien la fama labrarà Mauſeolos:
Que fueron para ti aſpectos de Eſpaña,
Por quien (deshechas ſus obſcuras nuues),
Reſplandeciſte en los oppueſtos polos.

DON

DON DIEGO ABARCA, AL CAPITAN GASPAR DE VILLAGRÁ.

VUESTRA muſa heroica canta,
Con tan diuinos acentos,
Que ſubiendo por momentos,
Haſta el Cielo ſe leuanta,
A quien Villagrâ no eſpanta,
Que al ciſne ſu voz hurteis,
Y con ella reſoneys,
Allà en la antartica parte,
Victorias que al fiero Marte,
De glorias enriqueceys.

HERNANDO BERMUDEZ CARVAJAL, GENTILOMBRE del Duque de Seſa, al Capitan Gaſpar de Villagrá.

SI tal gloria Villagrà,
Alcançan vueſtros vencidos,
Inuidiados y temidos,
De todo el mundo ſeran,
Que mayor gloria les dan,
Vueſtros verſos numeroſos,
Que ſi con hechos glorioſos,
Victoria huuieran ganado,
Pues no huuieran alcançado,
La gloria de ſer famoſos.

DOÑA

DOÑA BERNARDA LIÑAN, AL CAPITAN GASPAR DE VILLAGRÁ.

SONETO.

GRANDES empreſas, marauillas nueuas,
Cantays, y en Horizonte jamas viſto,
Del Sol en torno, y ſu Zenith Caliſto,
Publicays, Villagrà, ſeguras nueuas.
Por valor vueſtro en belicoſas prueuas,
Conquiſtador de Baruaros bien quiſto,
Van tropas oy del eſquadron de Chriſto,
Hollando de Aquilon lobregas cueuas.
Mas ſi rompeys, Vlixes peregrino,
Por Orbe eſtraño, dando en paz y en guerra,
Mayor grandeza al ceptro de Caſtilla,
Tambien à vueſtro honor abris camino,
Pues ocupando el Globo de la Tierra,
Tendra ſitio conforme tan gran Villa.

TABLA

TABLA DE TODOS LOS CANTOS QUE EN esta historia se contienen.

CANTO primero, que declara el argumento de la historia, y sitio de la nueua Mexico, y noticia que della se tuuo, en quanto la antigualla de los Indios, y de la salida y decendencia de los verdaderos Mexicanos. fol. 1.

Canto. II. como se aparecio el demonio à todo el campo, en figura de vieja, y de la traza que tuuo en diuidir los dos hermanos, y del gran mojon de hierro que assento, para que cada qual conociesse sus estados. fol. 4 vta.

Canto. III. como por si solos los Españoles tuuieron principio para descubrir la nueua Mexico, y como entraron, y quienes fueron los que primero pretendieron, y pusieron por obra la jornada. fol. 9.

Canto. IIII. de la infamia y bajeza que cometen los Generales y soldados, que salen à nueuos descubrimientos, y se vueluen sin perseuerar, y ver el fin de sus impressas. fol. 15 vta.

Canto. V. de otras noticias que huuo de la nueua Mexico, y de otros que asimismo pretendieron la jornada. fol. 22.

Canto. VI. como se eligio para esta jornada, la persona de don Iuan de Oñate, y del fauor que para ello dio don Luys de Velasco, y de los estorbos que despues tuuo, para impidir sus buenos pensamientos, los quales tuuieron despues consuelo, por ser fauorecidos del Conde de Monte Rey, Virrey de nueua España. fol. 26.

Canto. VII. de algunos sucessos buenos y malos de la jornada, y de vna cedula Real, y mandamiento del Virrey, que se intimo à don Iuan, para que hiziesse alto y no prosiguiesse la jornada. fol. 33.

Can-

Cedula real. fol. 36.
Mandamiento del Rey. fol. 36 vta.
Canto. VIII. de la refpuefta que dio don Iuan de Oñate à la notificacion que fe le hizo, y de la prudencia y difcrecion con que hablò à todo el campo, y fieftas que fe hizieron de contento, y del generofo ofrecimiento de Iuan Guerra fu teniente, y de otros trabajos que à eftas fingidas alegrias fucedieron. fol. 39.
Canto. IX. como se voluio con algunos Religiofos fray Rodrigo Duran, Comiffario Apoftolico de la jornada, y de otros trabajos que fueron fucediendo, y como el Virrey mandò à don Iuan fe fugetafe à fegunda vifita, ò que mandaria derramar la gente, y venida del Vifitador, al defpacho de la jornada, y contento que con el fe tuuo, y del orden que tuuo en hazer fu vifita, y cofas que en ella fucedieron. fol. 44.
Canto. X. como falio el campo marchando para el Rio de Conchas, y modo que tuuieron en vadearle, y puente que en èl fe hizo, y de como fe defpidio el Vifitador, dando folo permifo para que el campo entrafe. fol. 49 vta.
Canto. XI. como efcriuio don Iuan al Virrey, y como hizieron voluer al Padre Fr. Diego Marquez, y como fue marchando el campo al Rio de San Pedro, y efcolta que fe embio para que los Religiofos le alcançafen, y falida que hizo el Sargento mayor, à explorar el Rio del Norte, y trabajos que padecio, figuiendo fu demanda. fol. 54 vta.
Canto. XII. como falio fegunda vez el Sargento à explorar el Rio del Norte, con folos ocho compañeros, y de los trabajos que fufrieron, hafta dar en vna rancheria de baruaros, y lo que fucedio con ellos. fol. 60.
Canto. XIII. como llegò Polca en bufca de Milco fu marido, y dexandola en prifion fe fue huiendo, y de la fuga que hizo Mompil, y de la liberalidad que el Sargento tuuo con la baruara cautiua. fol. 66 vta.
Canto. XIIII. como fe defcubrio el Rio del Norte, y trabajos que hafta defcubrirlo padecieron, y de otras cofas que fueron fucediendo, hafta ponerfe en punto de tomar la poffefion de la tierra. fol. 72.

De como ſe tomò la poſſeſion de la tierra. fol. 77.
Canto. XV. como ſalio el campo para paſſar el Rio del Norte, y como ſe deſpachò el Capitan Aguilar, à eſpiar la tierra, y como eſtuuo para degollar, por auer quebrado el orden que le dieron, por cuya cauſa el gouernador ſe adelantò para los pueblos, y de las coſas que fueron ſucediendo. haſta que el gouernador quiſo hazer aſsiento, y poblar la tierra. fol. 81 vta.
Canto. XVI. como hizo aſsiento el gouernador con todo el campo, en vn pueblo de baruaros, à quien puſieron por nombre San Iuan de los Caualleros, y del buen hoſpedaje de los Indios, y motin de los ſoldados, y fuga que hizieron quatro de ellos, y caſtigo que en los dos ſe hizo, ſaliendo el autor haſta tierra de paz tras dellos, y de la primera Ygleſia que ſe hizo. fol. 87.
Canto. XVII. Como salio el ſargento con las nueuas guias que trujo Marcos Cortes, y como llegò à los llanos de Zibola, y de las muchas vacas que hallò en ellos, y de la obediencia que dieron los Indios al Gouernador, y ſalida que hizo para los pueblos, en cuya viſta determinò que en llegando el Sargento mayor al Real, quedaſe gouernando, y que ſalieſe el Maeſe de campo, para yr con èl à la mar del Sur, para lo qual deſpachò menſajero proprio para que ſalieſſe tras del, con treynta hombres. fol. 91 vta.
Canto. XVIII. como fue el gouernador para la fuerça de Acoma, y alboroto que cauſò Zutacapan, y traicion que tuuo fabricada. fol. 97.
Canto. XIX. como voluio el autor del caſtigo, de aquellos que degollaron, y como los Indios de Acoma le cogieron en vna trampa, y trabajos que padecio por eſcapar la vida, y ſocorro que tuuo, haſta llegar al Real del gouernador. fol. 103.
Canto. XX. de los exceſsiuos trabajos que padecen los ſoldados, de nueuos deſcubrimientos, y de la mala correſpondencia que ſus ſeruicios tienen. fol. 108.
Canto. XXI. como Zutacapan hizo junta de los Indios Acomeſes, y diſcordia que entre ellos huuo, y de la traicion que fabricaron. fol. 113 vta.
Canto. XXII. donde ſe declara la rota del Maeſe de campo, y muer-

muerte de ſus compañeros, cauſada por la traicion de los Indios Acomeſes. fol. 117.
Canto. XXIII. donde ſe dize la muerte del Maeſe de campo, y lo que deſpues ſucedio, haſta lleuar la nueua al Gouernador. fol. 123.
Canto. XXIIII. como ſe dio la nueua al Gouernador, y de lo que fue ſucediendo, haſta llegar à San Iuan de los Caualleros. fol. 126 vta.
Canto. XXV. como ſe hizo cabeça de proceſſo contra los Indios de Acoma, y de los pareceres que dieron los Religioſos, y de la inſtruccion que ſe le dio al Sargento mayor, para que ſalieſſe al caſtigo de los dichos indios. fol. 131.
Caſo que puſo el Gouernador, para que ſobre èl, dieſſen su parecer los Padres Religioſos. fol. 129 vta.
Reſpueſta del Comiſſario, y Religioſos. fol. 129 vta.
Canto. XXVI. como llegó la nueua del Maeſe de campo a oydos de Gicombo, vno de los Capitanes Acomeſes, que auſente auia eſtado, y de las diligencias que hizo, juntando à los indios à conſejo, y diſcordia que tuuieron. fol. 135.
Canto. XXVII. como ſalio el exercito para el Peñol de Acoma, y de las coſas que fueron ſucediendo, y rebato que dieron en el pueblo de San Iuan. fol. 140.
Canto. XXVIII. de las coſas que paſſaron y ſucedieron, antes de ſubir al Peñol, y dificultades que puſieron. fol. 144 vta.
Canto. XXIX. como los doze compañeros eſcalaron el primer Peñol, y batalla que tuuieron con los indios, y junta que tuuieron, para leuantar por General à Gicombo, y aceptacion que hizo del cargo, y condiciones que ſacó, para exercerlo. fol. 149 vta.
Canto. XXX. como hauiendo ordenado el nueuo General à ſus ſoldados, ſe fue à deſpedir de Luzcoija, y batalla que tuuo con los Eſpañoles, y coſas que en ella ſucedieron. fol. 154 vta.
Canto. XXXI. como ſe fue proſiguiendo la batalla, haſta alcançar la victoria, y como ſe pegò fuego à todo el pueblo, y de otras coſas que fueron ſucediendo. fol. 159.
Canto. XXXII. como Zutancalpo fue hallado por ſus quatro hermanas, y del fin y muerte de Gicombo, y de Luzcoija. fol. 164.
Can-

Canto. XXXIII. del miſerable fin que tuuo Bempol, y de otros que con èl ſus dias acauaron, y del ſentimiento que hizo el Sargento mayor, buſcando los gueſſos de ſu hermano. fol. 169 vta.
Canto. XXXIIII. como ſe fue abraſando la fuerça de Acoma, y como ſe hallò Zutacapan muerto de vna gran herida, y de los demas ſuceſſos que fueron ſucediendo, haſta lleuar la nueua de la victoria al Gouernador, y muerte de Tempal y Cotumbo. fol. 175 vta.
Cancion. fol. 181 vta.

* * * * * *
* * * * *
* * * *
* * *
* *

HISTORIA DE LA NVEVA MEXICO,

del Capitan Gaſpar de Vi-
llagra.

CANTO PRIMERO.

QVE DECLARA EL ARGVMENTO DE LA HISTORIA, y ſitio de la nueua Mexico, y noticia que della ſe tuuo, en quanto la antigualla de los Indios, y de la ſalida y decendencia de los verdaderos Mexicanos.

LAS armas y el varon heroico canto,
El ſer, valor, prudencia, y alto esfuerço,
De aquel cuya paciencia no rendida,
Por vn mar de diſguſtos arrojada,
A peſar de la inuidia ponçoñoſa,
Los hechos y prohezas va encumbrando,
De aquellos Eſpañoles valeroſos,
Que èn la Occidental India remontados,
Deſcubriendo del mundo lo que eſconde,
Puls vltra con braueza van diziendo,
A fuerça de valor y braços fuertes,
En armas y quebrantos tan ſufridos,
Quanto de toſca pluma celebrados:
Suplicoos Chriſtianiſsimo Filipo,
Que pues de nueua Mexico ſoys fenix,

Nueuamente ſalido y producido,
De aquellas viuas llamas y cenizas,
De ardentiſsima fee, en cuyas braſas,
A vueſtro ſacro Padre y ſeñor nueſtro,
Todo deshecho y abraſado vimos,
Suſpendais algun tanto de los hombres,
El grande y graue peſo que os impide,
De aqueſe inmenſo globo que en juſticia,
Por ſolo vueſtro braço ſe ſuſtenta,
Y preſtando gran Rey atento oido,
Vereis aqui la fuerça de trabajos,
Calumnias y aflicciones con que planta,
El euangelio ſanto y Fé de Chriſto,
Aquel Chriſtiano Achiles que quiſiſtes,
Que en obra tan heroica ſe ocupaſe,
Y ſi por qual que buena ſuerte alcanço,
A teneros Monarca por oiente,
Quien duda que con admirable eſpanto,
La redondez del mundo todo eſcuche,
Lo que a tan alto Rey atento tiene,
Pues ſiendo aſsi de vos fauorecido,
No ſiendo menos eſcreuir los hechos,
Dignos de que la pluma los leuante,
Que emprender los que no ſon menos dignos,
De que la miſma pluma los eſcriua,
Solo reſta que aquellos valeroſos,
Por quien eſte cuydado yo he tomado,
Alienten con ſu gran valor heroico,
El atreuido buelo de mi pluma,
Porque deſta vez pienſo que veremos,
Yguales las palabras con las obras,
Eſcuchadme gran Rey que ſoi teſtigo,
De todo quanto aqui ſeñor os digo.

Debajo el polo Artico en altura,
De los treinta y tres grados que a la ſanta,
Ieruſalem ſabemos que reſponden,

No

No ſin grande miſterio y marauilla,
Se eſparcen, tienden, ſiembran y derraman,
Vnas naciones barbaras remotas,
Del gremio de la Igleſia donde el dia
Mayor de todo el año abraça y tiene,
Catorze oras y media quando llega,
Al principio de Cancro el Sol furioſo,
Por cuyo Zenith, paſſa de ordinario,
De Andromeda la imagen y Perſeo,
Cuya conſtelacion influye ſiempre,
La calidad de Venus y Mercurio,
Y en longitud nos mueſtra ſu diſtricto,
Segun que nos enſeña y nos pratica,
El meridiano fixo mas moderno,
Dozientos y ſetenta grados juſtos,
En la templada zona, y quarto clima,
Dozientas leguas largas por la parte
Que el mar del Norte, y golfo Mexicano,
Acerca y auecina mas la coſta,
Por el viento ſueſte, y por la parte,
Del brauo Californio y mar de perlas,
Caſi otro tanto diſta por el rumbo,
Que ſopla el ſudueſte la marina,
Y de la Zona elada diſta y tiene,
Quinientas leguas largas bien tendidas,
Y en circulo redondo vemos ciñe,
Debajo el paralello ſi tomamos,
Los treinta y ſiete grados lebantados,
Cinco mil leguas buenas Eſpañolas,
Cuya grandeza es laſtima la ocupen,
Tanta ſuma de gentes ignorantes,
De la ſangre de Chriſto cuia alteça,
Cauſa dolor la ignoren tantas almas:
Deſtas nueuas Regiones es notorio,
Publica voz y fama que decienden,
Aquellos mas antiguos Mexicanos,
Que a la Ciudad de Mexico famoſa,

El

El nombre le pusieron porque fuesse,
Eterna su memoria perdurable,
Imitando aquel Romulo prudente,
Que a los Romanos muros puso tassa,
Cuya verdad se saca y verifica,
Por aquella antiquissima pintura,
Y modo hierogliphico que tienen,
Por el qual tratan, hablan y se entienden,
Aunque no con la perfeccion insigne,
Del gracioso coloquio que se ofrece,
Quando al amigo ausente conuersamos,
Mediante la grandeza y excelencia,
Del escreuir illustre que tenemos,
Y fuerça y corrobora esta antigualla,
Aquel prodigio inmenso que hallamos,
Quando el camino incierto no sabido,
De aquella nueua Mexico tomamos,
Y fue que en las postreras poblaciones,
De todo lo que llaman nueua España,
Y a los fines del Reyno de Vizcaia,
Estando todo el campo leuantado,
Para romper marchando la derrota,
Bronca, aspera, dificil y encubierta,
Supimos vna cosa por muy cierta,
Y de inmortal memoria platicada,
Y que de mano en mano auia venido,
Qual por nosotros la venida a España,
De aquellos valerosos que primero,
Vinieron a poblarla y conquistarla,
Dixeron pues aquellos naturales,
Vnanimes conformes y de vn voto,
Que de la tierra adentro señalando,
Aquella parte donde el norte esconde,
Del presuroso Boreas esforçado,
La concaua cauerna desabrida,
Salieron dos briosissimos hermanos,
De altos y nobles Reyes decendientes,

Hijos

Hijos de Rey, y Rey de ſuma alteza,
Ganoſos de eſtimarſe y leuantarſe,
Deſcubriendo del mundo la excelencia,
Y a ſus illuſtres Reyes y ſeñores,
Con triumpho noble, y celebre trofeo,
Por viua fuerça de armas, o sin ellas,
Quales corderos ſimples al apriſco,
Reduzir los ſugetos y obedientes,
Al duro iugo de ſu inmenſo imperio,
Soberbio ſeñorio y brauo eſtado,
Y que llegando alli con grande fuerça,
De mucha ſoldadeſca bien armada,
En dos grandioſos campos diuididos,
De grueſſos eſquadrones bien formados,
El maior de los dos venia cerrando,
Con gran ſuma de eſquadras la banguardia,
Y de otras tantas brabas reſorçaua,
La retaguarda en orden bien compueſta,
El menor con grandiſsima deſtreza,
Y por el medio cuerpo de batalla,
Gran ſuma de bagage y aparato,
Tiendas y pauellones bien luzidos,
Con que ſus Reales fuertes aſſentauan,
Y como ſueltos tiernos ceruatillos,
Infinidad de niños y muchachos,
Por vna y otra parte retoçando,
Embueltos en juguetes muy donoſos,
De ſimples infanticos inocentes,
Sin genero de traça ni concierto:
Y tambien por aquel ſoberuio campo:
Entre las fieras armas ſe moſtrauan,
Aſsi como entre eſpinas bellas flores,
Vizarras damas, dueñas y donzellas,
Tan compueſtas diſcretas y gallardas,
Quanto nobles hermoſas y auiſadas:
Y en freſca flor de jubentud mancebos,
Gentiles hombres, todos bien compueſtos,

Com-

Compitiendo los vnos con los otros,
Tanta ſuma de galas y libreas,
Quanto en la mas pintada y alta Corte,
En grandes fieſtas ſuelen ſeñalarſe,
Los que ſon mas curioſos corteſanos:
Y aſsi miſmo los grueſos eſquadrones,
Moſtrauan entre tanta vizarria,
Vn numero terrible y eſpantoſo,
De notables transformaciones fieras,
Qual piel de vedegoſo Leon cubria,
Con que el feroz ſemblante y la figura,
Del ſoberuio animal repreſentaua,
Qual la manchada fiera tigre hircana,
Preſta onza, aſtuto gimio, y suelto pardo,
Qual al hambriento lobo carnicero,
Rapoſo, liebre, y timido conejo,
Los grandes pezes, y aguilas caudales,
Con todo el reſto de animales brutos,
Que el ayre, y tierra, y ancho mar ocupan:
Alli muy naturales parecian,
Inuencion propria antigua, y que es vſada,
Entre todas las gentes y naciones,
Que vemos deſcubiertas de las Indias,
Auia de armas fuertes belicoſas,
Vna luzida bella y grande copia,
Turqueſcos arcos, corbos, bien fornidos,
Anchos carcages, grueſſos y eſpacioſos,
De muy liuianas flechas ateſtados,
Ligeras picas, y peſadas maças,
Fuertes rodelas con ſus fuertes petos,
De apretado nudillo bien obrados,
Rebueltas hondas, preſtas por el ayre,
Grueſſos baſtones con peſados cantos,
En ſus fuertes bejucos engaſtados,
Y ſembradas de agudos pedernales,
Fortiſsimas macanas bien labradas,
Y tendidas al aire tremolauan,

Con

Con vizarro donaire y gallardia,
Cantidad de vanderas y eſtardartes,
De colores diuerſos matizados,
Y las dieſtras hileras de ſoldados,
Cada qual empuñando bien ſus armas,
Con gran deſcuydo y con vizarros paſſos,
Por el tendido campo yuan marchando,
Y de las muchas plantas açotado,
El duro ſuelo en alto leuantauan,
Vna tiniebla denſa tan cerrada,
Que reſoluerſe el mundo parecia,
En cegajoſo poluo arrebatado,
De vn ligero y preſto terremoto,
Que por el ancho concauo del aire,
En altos remolinos va eſparciendo,
Pues yendo aſsi marchando con deſcuido,
Delante ſe les puſo con cuydado,
En figura de vieja deſembuelta,
Vn valiente demonio reſabido,
Cuyo feroz ſemblante no me atreuo,
Si con algun cuydado he de pintarlo,
Sin otro nueuo aliento a retratarlo.

* * * * * *
* * * * *
* * * *
* * *
* *

CANTO SEGVNDO.

COMO SE APARECIO EL DEMONIO A TODO EL CAMPO, en figura de vieja, y de la traça que tuuo en diuidir los dos hermanos, y del gran mojon de hierro que aſſento para que cada qual conocieſſe ſus eſtados.

QVANDO la Mageſtad de Dios aparta,
Del catholico vando algun rebaño,
Señal es euidente y nadie ignora,
Que aquello lo permite ſu juſticia,
Por ſer aquel camino el menos malo,
Que pudieron lleuar ſus almas triſtes,
Y aſsi como a perdidos miſerables,
Y de la ſanta Igleſia diuididos,
Marchando aſsi eſtos pobres reprouados,
Delante ſe les puſo aquel maldito,
En figura de vieja reboçado,
Cuya eſpantoſa y gran deſemboltura,
Daua pauor y miedo imaginarla,
Truxo el cabello cano mal compueſto,
Y qual horrenda y fiera notomia,
El roſtro deſcarnado macilento,
De fiera y eſpantoſa catadura,
Deſmeſurados pechos, largas tetas,
Hambrientas, flacas, ſecas y fruncidas,
Nerbudos pechos, anchos y eſpacioſos,
Con terribles eſpaldas bien trabadas,
Sumidos ojos de color de fuego,
Disforme boca deſde oreja a oreja,
Por cuyos labrios ſecos deſmedidos,
Quatro ſolos colmillos hazia fuera,

De

De vn largo palmo corbos ſe moſtrauan,
Los braços temerarios, pies y piernas,
Por cuyas eſpantoſas coiunturas,
Vna oſſamenta grueſſa rechinaua,
De poderoſos nerbios bien aſsida,
Y aſsi como nos pintan y nos mueſtran,
Del brauo Atlante la feroz perſona,
Sobre cuyas robuſtas y altas fuerças,
El graue incomparable aſsiento y peſo,
De los mas lebantados cielos cargan,
Por lo mucho que dellos alcançaua,
En la curioſa y docta Aſtrologia,
Aſsi eſta feroz vieja judiciaria,
Afirman por certiſimo que truxo,
Encima de la fuerte y gran cabeça,
Vn graue inorme paſſo (SIC) caſi en forma,
De concha de tortuga lebantada,
Que ochocientos quintales excedia,
De hierro bien mazizo y amaſado,
Y luego que llegó al foraſtero,
Campo, y le tuuo atento, y bien ſuſpenſo,
Con lebantada voz deſenfadada,
Herguida la ceruiz aſsi les dijo:
No me peſa esforçados Mexicanos,
Que como brauo fuego no domado,
Que para ſu alta cumbre ſe lebanta,
No menos ſeays mouidos y llamados,
De aquella braua alteza y gallardia,
De vueſtra inſigne illustre y noble ſangre,
A cuya heroica Real naturaleza,
Le es proprio y natural el gran deſſeo,
Con que alargando os vais del patrio nido,
Para ſolo buſcar remotas tierras,
Nueuos mundos tambien nueuas eſtrellas,
Donde pueda moſtrarſe la grandeza,
De vueſtros fuertes braços belicoſos,
Enſanchando por vna y otra parte,

Afsi como el foberbio mar enfancha,
Las hondas poderofas y las tiende,
Por fus tendidas Plaias y Riberas,
Que afsi fe efparza tienda y fe publique,
Por todo lo criado y defcubierto,
La jufta adoracion que fe le deue,
Al principe fupremo y poderofo,
Del tenebrofo aluergue que bufcamos,
Y para que tomeis mejor el punto,
Qual prefurofa jara que fe arranca,
Para el opuefto blanco que fe opone,
Notad la voluntad que es bien fe cumpla,
De aquefte gran feñor que aca me embia,
Ya veis que la molefta edad canfada,
De vueftro noble padre caro amado,
Tiene fu Real perfona tan oprefa,
Defgraciada, cuitada y afligida,
Que mas no puede fer en efte figlo,
Y que ya fu vegez enferma y cana,
A la debil decrepita a venido,
Boluiendofe a la tierna edad primera,
Y para que los mas de fus eftados,
Qual vn veloz cometa que trafpone,
No queden por fu fin y trifte muerte,
Sin natural feñor que los ampare,
Es forçofo que luego el vno buelua,
Y el otro figa de fu eftrella noble,
El profpero diftino y haga afsiento,
No donde vieron fuera de los hombros,
Los antiguos Romanos deftroncada,
La cabeça de quel varon difunto,
Ni donde la gran piel del buei hermofo,
Tan gran tierra ocupò que fue baftante,
A encerrar dentro de fus largas tiras,
Los leuantados muros de Cartago,
Mas donde en duro y folido peñafco,
De chriftalinas aguas bien cercado,

Vieredeis vna Tuna eſtar plantada,
Y sobre cuias grueſſas y anchas hojas,
Vna Aguila caudal bella disforme,
Con braueça cebando ſe eſtuuiere,
En vna gran culebra que a ſus garras,
Vereys que eſta rebuelta y bien aſsida,
Que alli quiere ſe funde y ſe lebante,
La metropoli alta y generoſa,
Del poderoſo eſtado ſeñalado,
Al qual expreſamente manda,
Que Mexico Tenuchtitlan ſe ponga,
Y con aqueſta inſignia memorable,
Leuantareis deſpues de nueuas armas,
Y de nueuos blaſones los eſcudos,
Y porque la cobdicia torpe vicio,
Del miſero adquirir ſuele ſer cauſa,
De grandes diſenſiones y renzillas,
Por quitaros de pleytos y debates,
Serà bien señalaros los linderos,
Terminos y mojones de las tierras,
Que cada qual por ſolo ſu gouierno,
A de reconocer ſin que pretenda,
Ninguno otro dominio mas ni menos,
De lo que aqui quedare ſeñalado,
Y lebantando en alto los talones,
Sobre las fuertes puntas afirmada,
Alçò los flacos braços poderoſos,
Y dando a la monſtruosa carga buelo,
Aſsi como ſi fuera fiero rayo,
Que con grande pauor y paſmo aſſombra,
A muchos, y los dexa ſin ſentido,
Siendo pocos aquellos que laſtima,
Aſsi con ſubito rumor y eſtruendo,
La portentoſa carga ſoltò en vago,
Y apenas ocupò la dura tierra,
Quando temblando y toda eſtremecida,
Quedò por todas partes quebrantada,

Y aſsi como acabò qual dieſtra Cirçe,
Alli deſuanecio ſin que la vieſen,
Señalando del vno al otro polo,
Las dos altas coronas lebantadas,
Y como aquellos Griegos y Romanos,
Quando el famoſo Imperio diuidieron,
Cuio hecho grandioſo y admirable,
El Aguila imperial de dos cabeças,
La diuiſion inmenſa repreſenta,
De aqueſta miſma ſuerte traza y modo,
La poderoſa tierra diuidieron,
Y aſsi como pelota que con fuerça,
Del poderoſo braço y ancha pala,
Reſurte para atras y en vn inſtante,
Tan preſto como viene vemos buelue,
Aſsi con fuerte bote el campo herido,
Con lo que aſsi la vieja les propuſo,
La retaguardia toda dio la buelta,
Para la dulze patria que dexauan,
Por la parte del Norte riguroſo,
Y para el Sur fue luego proſiguiendo,
La banguardia contenta le da vfana,
Auiendoſe los vnos y los otros,
Tiernamente abraçado y deſpedido,
Y como aquellà aguja memorable,
Que por grande grandeza y marauilla,
Oy permanece pueſta y aſſentada,
En la bella Ciudad ſanta de Roma,
A la viſta de quantos verla quieren,
No de otra ſuerte aſsiſte y permanece,
El gran mojon que alli quedò plantado,
En altura de veinte y ſiete grados,
Con otro medio, y no vbo ningun hombre,
De todo vueſtro campo que atajado,
Paſmado y ſin ſentido no paraſe,
Conſiderando aqueſta miſma hiſtoria,
Y por ſus miſmos proprios ojos viendo,

La

La grandeza del monſtruo que alli estaua,
Al qual no ſe acercauan los cauallos,
Por mas que los hijares les rompian,
Porque vnos ſe empinauan y arbolauan,
Con notables bufidos y ronquidos,
Y otros mas eſpantados reſurtian,
Por vno y otro lado rezeloſos,
De aquel inorme peſo nunca viſto,
Haſta que cierto Religioſo vn dia,
Celebrò el gran miſterio ſacroſanto,
De aquella Redencion del vniuerſo,
Tomando por Altar al miſmo hierro,
Y dende entonces vemos que ſe llegan,
Sin ningun pauor, miedo, ni rezelo,
A ſu eſtalage aqueſtos animales,
Como a lugar que libertado ha ſido,
De qual que infernal furia deſatada,
Y como quien de viſta es buen teſtigo,
Digo que es vn metal tan puro y liſo,
Y tan limpio de orin como ſi fuera,
Vna refina plata de Copella:
Y lo que mas admira nueſtro caſo,
Es que no vemos genero de veta,
Horrumbre, quemazon ó alguna piedra,
Con cuia fuerça mueſtre y nos pareſca,
Auerſe el gran mojon alli criado,
Porque no mueſtra mas ſeñal de aqueſto,
Que el raſtro que las preſtas Aues dejan,
Rompiendo por el aire ſus caminos,
O por el ancho mar los ſueltos pezes,
Quando las aguas claras van cruzando,
Y aqueſta miſma hiſtoria que he contado,
Sabemos gran ſeñor que ſe pratica,
En lo que nueua Mexico llamamos,
Donde aſsi miſmo fuimos informados,
Ser todos foraſteros y apuntando,
De aqueſtos dos hermanos la ſalida,

Al

Al paſſar dan indicio ſe quedaron,
Sus padres y mayores y ſeñalan,
Al lebantado norte donde dizen,
Y afirman ſer de alla ſu decendencia,
Y dizen que contienen ſus mojones,
Gran ſuma de naciones diferentes,
En lenguas, leies, ritos, y coſtumbres,
Los vnos muy diſtintos de los otros,
Entre los quales cuentan Mexicanos,
Y Taraſcos con gente de Guinea,
Y no parando aqui tambien afirman,
Auer como en Caſtilla gente blanca,
Que todas ſon grandezas que nos fuerçan,
A derribar por tierra las columnas,
Del non Plus Vltra infame que lebantan,
Gentes, mas para rueca y el eſtrado,
Para tocas, vainicas, y labores,
Que para gouernar la grueſſa pica,
Generoſo baſton, y honrrada eſpada,
Y auer ſalido deſtas nueuas trierras,
Los finos Mexicanos nos lo mueſtra,
Aquella gran Ciudad desbaratada,
Que en la nueua Galicia todos vemos,
De grueſſos edificios derribados,
Donde los naturales de la tierra,
Dizen que la plantaron y fundaron,
Los nueuos Mexicanos que ſalieron,
De aqueſta nueua tierra que buſcamos,
Deſde Cuios aſsientos y altos muros,
Con todo lo que boja nueua Eſpaña,
Haſta dar en las miſmas poblaciones,
De lo que nueua Mexico dezimos,
Quales van los ſolicitos raſtreros,
Que por no mas que el viento van ſacando,
La remontada caça que ſe eſconde,
Aſsi la cuidadoſa ſoldadeſca,
A mas andar ſacaba y deſcubria,

Deſ-

Desde los anchos limites que digo,
Patentes rastros, huellas, y señales,
Desta verdad que vamos inquiriendo,
A causa de que en todo el despoblado,
Siempre fuimos hallando sin buscarla,
Mucha suma de loça, mala y buena,
A vezes en montones recogida,
Y otras toda esparcida y derramada,
Que esto tuuieron siempre por grandeza,
Los Reyes Mexicanos que dezimos,
Porque la mas vagilla que tuuieron,
Fue de barro cozido, y luego al punto,
Que del primer seruicio se quitaua,
Todo lo destroçauan y quebrauan,
Y dentro de las mismas poblaciones,
Todos los mas de vuestro campo vimos,
Algunos edificios y pinturas,
De antiguos Mexicanos bien sacadas,
Y assi como por brujula descubre,
El buen tahur la carta desseada,
Assegurando el resto que ha metido,
Assi con estas pintas y señales,
Seguros assentamos todo el campo,
En el gustoso aluergue descubierto,
Tomando algun descanso que pudiesse,
Esforçar y alentar alguna cosa,
Los fatigados cuerpos quebrantados,
Del peso de las armas trabajosas,
Por manera señor que aqui sacamos,
Que esta es la noble tierra que pisaron,
Aquellos brabos viejos que salieron,
De la gran nueua Mexico famosa,
Por quien el peregrino Indiano dize,
Que muy pocos la quieren ver ganada,
Y con mucha razon nos desengaña,
De verdad tan patente y conocida,
Porque para ensanchar los altos muros,

De

De nueſtra ſanta Igleſia y lebantarlos,
Son muchos los llamados, y muy pocos,
Aquellos a quien vemos eſcogidos,
Para coſa tan alta y lebantada,
Mas dexemos aqueſta cauſa en vanda,
Que pide larga hiſtoria lo que encubre,
Cerrando nueſtro canto mal cantado,
Con auer entonado todo aquello,
Que de los mas antiguos naturales,
A podido alcançarſe y deſcubrirſe,
Acerca de la antigua decendencia,
Venida, y poblacion de Mexicanos,
Que para mi yo tengo que ſalieron,
De la gran China, todos los que habitan,
Lo que llamamos Indias, mas no importa,
Que aqueſto por agora aqui dexemos,
Y porque vueſtra gente Caſtellana,
A quien parece corta la grandeza,
De todo el vniuerſo que gozamos,
Para piſarla toda, y deſcubrirla,
Por ſi miſma alcanço vna grande parte,
De aqueſte nueuo Mundo que inquirimos,
Adelante diremos quales fueron,
Y quienes pretendieron la jornada,
Sin verla en punto pueſta y acabada,

* * * * * *
* * * * *
* * * *
* * *
* *

CANTO TERCERO.

COMO POR SI SOLOS, LOS ESPAÑOLES TUUIERON principio, para deſcubrir la nueua Mexico: y como entraron, y quienes fueron los que primero pretendieron, y puſieron por obra la jornada.

BLASON gallardo, y alto, es el trabajo,
De aquella illuſtre fama memorable,
Que en la triunfante Corte ſoberana,
Y militante aluergue que viuimos,
Sabemos que ſe anida, y ſe ateſora,
Mediante aquellos heroes valeroſos,
Que ſu inmortal vandera profeſſaron,
Cuia alta zima, y cumbre poderoſa,
Podeis notar ſeñor incomparable,
Que por eſcudo heroico y ſublimado,
Quiſo aquel poderoſo Dios eterno,
Que por alteza grande y triunfo el hombre,
Que en Trinidad y eſſencia repreſenta,
Su beldad propria y alta ſemejança,
Sacada de ſu miſmo ſer al viuo,
Le guardaſe, y del mucho ſe eſtimaſe,
Si todas las mas coſas deſta vida,
Seguras en buen puerto ver quiſieſſe,
Y aſsi no ſe vera ningun trabajo,
Si con heroico pecho es recebido,
Que en èl el miſmo Dios no reſplandezca,
Moſtrandonos patente la belleza,
De ſus notables hechos y prohezas,
Y eſto quales reſplandecientes ſoles,

Alla en el quarto cielo lebantados,
Con no pequeño aſſombro nos moſtraron,
Deſpues que en la Florida ſe perdieron,
Por aquel largo tiempo prolongado,
El grande negro Eſteuan valeroſo,
Y Cabeça de Vaca memorable,
Caſtillo, Maldonado, ſin segundo,
Y Andres Dorantes mas auentajado,
Todos ſingularisſimos varones,
Pues en la tempeſtad mas fiera y braua,
De todas ſus miſerias y trabajos,
Por ellos quiſo obrar la ſuma alteza,
Vna ſuma grandioſa de milagros,
Y como ſu Deidad con ſolo aliento,
Infundio eſpiritu de vida al hombre,
Y a otros ſanò venditos de ſu mano,
Aſsi paſſando aqueſtos valeroſos,
Por entre aqueſtas barbaras naciones,
No ſolo a ſus enfermos los ſanauan,
Liſiados, paraliticos, y ciegos,
Mas dauan tambien vida a ſus difuntos,
Con ſolo vendicion y aliento ſanto,
Que por ſus ſantas bocas reſpirauan,
Pitima viua, atriaca y medicina,
Que ſolo en la botica milagroſa,
Del poderoſo Dios pudo hallarſe,
Por cuya virtud alta y ſoberana,
Suſpenſos los Alarabes incultos,
Aſsi como ſi fueran dioſes todos,
Vna vez por tributo y vaſſallage,
Les conſagraron, dieron, y ofrecieron,
Paſſados de ſeyſcientos coraçones,
De muchos animales que mataron,
Que no es pequeño paſmo y marauilla,
Que gente bruta, barbara, groſſera,
De todo punto vieſſe y alcançaſe,
Que con razon no mas que coraçones,

De-

Deuen ſacrificarſe y ofrecerſe,
A los que ſemejantes obras hazen,
Porque no obſtante que es porcion pequeña,
Para ſatisfacer la debil hambre,
De vn milano flaco acobardado,
Nadie ignora el gran ſer de ſu nobleza,
Pues ſiendo en ſi tan corto y encogido,
Sabemos que no cabe en todo el mundo,
Y en el abreuiado que es el hombre,
El es la primer vaſa y fundamento,
Que da calor de vida al artificio,
De todo el edificio milagroſo,
Y es en ſi tan heroica ſu grandeza,
Que como es fuerça paſſe y ſe regiſtre,
Por vna de las ſalas del juzgado,
En cuio pueſto aſsiſten los ſentidos,
Lo que a la ſuma alteza y excelencia,
Del bello entendimiento ſe propone,
Aſsi no puede ſer que llegue coſa,
Que le hiera y de muerte le laſtime,
Sin que primero acabe y ſe deſtruia,
El mundo breue, y toda ſu grandeza,
Porque èl es el poſtrero que fenece,
Y el que poſtrero pierde el mouimiento,
Y aſsi en el, como en hermoſo templo,
La mageſtad del alma ſe apoſenta,
De donde al poderoſo Dios embia,
Sus ſantas y deuotas oraciones,
Sus obras, penſamientos, y alegria,
Su verdadero amor, y ſu triſteza,
Sus lagrimas, ſuſpiros y gemidos,
Y aſsi como abundante fuente viua,
De donde manan coſas tan grandioſas,
A ſolo Dios el coraçon ſe deue,
Sacrificar en todas ocaſiones,
Y a todos los demas varones fuertes,
Que ſus venditos paſſos van ſiguiendo,

No-

Notando el ſacrificio ineſtimable,
Deſtos ruſticos baruaros ſalbages,
Que tantos coraçones ofrecieron,
A eſtos quatro famoſos que en ſus tierras,
Por tiempo de nueue años trabajados,
Vn millon de miſerias padecieron,
Al cabo de los quales aportaron,
A la Prouincia calida famoſa,
De Culiacan que en otros tiempos nobles,
Muy nobles caualleros la poblaron,
En cuyo pueſto y ſiglo de oro illuſtre,
Aquel humilde Prouincial celoſo,
De la orden del ſerafico Franciſco,
Que fray Marcos de Niça ſe llamaua,
Auiendoſe bien dellos informado,
Por auer deſcubierto cierta parte,
Deſtas nueuas Regiones eſcondidas,
Y como ya alcançaua de los Indios,
La razon que atras queda referida,
Que ſalieron que aqui los Mexicanos,
Qual famoſo Colon, que nueuo Mundo,
Dio à vueſtra Real corona de Caſtilla,
Aſsi determinò luego de entrarſe,
Por coſa de dozientas leguas largas,
Con ſolo vn compañero confiado,
En aquel ſumo bien que nos gouierna,
Y por enfermedad que a el compañero
Sobrebino, fue fuerça ſe quedaſe,
Y èl ſe entro con diuino y alto esfuerço,
Con cantidad de barbaros amigos,
La tierra adentro, y como aquel que halla,
Vn rico y precioſiſsimo teſoro,
Cuya abundancia fuerça y le combida,
Que buelua con preſteza por ſocorro,
Aſsi el gran Capitan de pobre gente,
Con grande prieſſa reboluio diziendo,
Notables excelencias de la tierra,

Que

Que auia viſto, notado y deſcubierto,
Y como no ay en todo el vniuerſo,
Coſa que mas parezca y repreſente,
La mageſtad de Dios, como es el hombre,
Como ſi fuera Dios emprende coſas,
Que a ſolo Dios parece ſe reſeruan:
Y aſsi podeis notar Rey poderoſo,
Que teniendo de aqueſta nueua tierra,
Copioſa relacion de aqueſte ſanto,
Y heroico Religioſo de Franciſcos,
Aquel grande Cortes, Marques del Valle,
Deſpues de auer ſulcado la brabeza,
Del ancho brauo mar, y echado a fondo,
Las poderoſas naues de ſu flota,
Hecho de tanto esfuerço y oſſadia,
Tal qual nunca abraçò varon famoſo,
Lleuado del valor illuſtre y alto,
De ſola ſu perſona no domada,
Que ya por todo el Orbe no cabia,
No porque no eſta bien deſengañado,
Que ſolo ſiete pies de tierra ſobran,
Mas deſcubrir por cada pie pretende,
Vn nueuo Mundo, y ciento ſi pudieſſe,
Para mejor ſubir el edificio,
De nueſtra ſanta Igleſia, y lebantarle,
Por eſtas tierras barbaras perdidas,
Pues poniendo la proa de ſu intento,
Para largar al viento todo el trapo,
Siguiendo deſta impreſſa la demanda,
Como amar, y Reynar jamas permiten,
Ninguna competencia que les hagan,
Sucedio lo que al muy famoſo Ceſar,
Con el brabo Pompeio, ſobre el mando,
Que cada qual por ſuerça apetecia,
Porque le contradijo don Antonio,
Primero Viſorrey de nueua Eſpaña,
Diziendole que a el ſolo la jornada,

Como

Como a tal Viſorrey le competia,
Cortando el apretado y ciego ñudo,
Que de amiſtad antigua y verdadera,
El vno con el otro profeſſauan,
Mas Dios nos libre quando quiebra y rompe,
Interes, y que puede atrabeſarſe,
Porque al punto que quiere embrauecerſe,
No ay Rey, razon, ni ley, ni fuerça tanta,
Que a ſu furor diabolico reſiſta,
Y aſsi dize muy bien el Mantuano,
O ſacra hambre, de riquezas vanas,
Que desbenturas ay a que no fuerçes,
Los triſtes coraçones de mortales,
Y ponele eſte nombre ſacroſanto,
Grandioſo, ſoberano, y lebantado,
Porque ningun mortal jamas ſe atreua,
Emprenderla jamas contra juſticia,
Mas como nos aduierte la Eſcritura,
Quien ſerà aqueſte, y alabarle hemos,
Por auer hecho en vida marauillas,
Pues porfiando los dos ſobre eſta cauſa,
Como ſi fueran dioſes poderoſos,
Cada qual pretendia y procuraua,
Rendir a todo el mundo ſi pudieſe,
Y viſta aqueſta cauſa mal parada,
Al punto procurò el Marques heroico,
Por ſer del mar del Sur Adelantado,
Que por eſte derecho pretendia,
Y alegaua ſer ſuya la jornada,
Y aſsi por no perderla, ni dexarla,
Vino a tomar de Eſpaña la derrota,
Para tratar con la imperial perſona,
De vueſtro bien auenturado Abuelo,
Carlos Quinto de toda aqueſta cauſa,
Cuio alto y prudentiſsimo gouierno,
Tuuo de los imperios mas notables,
Reynos y ſeñorios deſta vida,

La

La ſuprema y mas alta primacia,
Siendo amado, acatado, y eſtimado,
De todo lo que ciñe el vniuerſo,
Pues luego que dio fin a ſu carrera,
Y recogio las velas deſtroçadas,
De aquel largo viage trabajoſo,
Qual naue poderoſa que da fondo,
En deſſeado puerto, y al inſtante,
La vemos yr a pique y ſin remedio,
Aſsi llegò la cruda y feroz muerte,
Diziendo en altas vozes lebantadas,
A ninguno perdonò y puſo pazes,
Quitandole de viſta la jornada,
Y con horrible imperio poderoſo,
Al punto le mandò ſe derrotaſe,
Tomando ſin eſcuſa, y ſin remedio,
Aquel mortal y funebre camino,
Tan trillado y ſeguido de los muertos,
Quanto jamas handado de los viuos,
Y mas de aquellos triſtes miſerables,
Que vida prolongada ſe prometen,
Y como muchas vezes acontece,
Que con deſcuido ſuele deslizarſe,
Vn regalado vaſo de las manos,
Dexandonos muy triſtes y ſuſpenſos,
Y caſi ſin aliento boqui abiertos,
De verle por el ſuelo deſtroçado,
Aſsi cauſò grandiſsima triſteza,
Aſſombro, paſmo, miedo, y ſobreſalto,
El ver aquel varon tendido en tierra,
Reſuelto todo en poluo y vil ceniza,
Siendo el que auentajò tanto ſu eſpada,
Que ſugetò con ella al nueuo mundo,
Mas quièn ſerà ſeñor aquel tan fuerte,
Que a la furioſa fuerça de la parca,
Pueda ſu gran braueza reſiſtirla,
Si a Reyes, Papas, y altos potentados,

Por

Por funebres despojos y trofeos,
Debajo de ſus pies eſtan poſtrados,
Mas que mucho ſi al hijo de Dios viuo,
Sabemos todos le quitò la vida,
Por cuya cauſa cada qual ſe apreſte,
Pues ſin remedio es fuerça que ſe rinda,
Y ſin vital eſpiritu ſe poſtre,
Debajo de ſu pala y fuerte azada.
Con eſto Don Antonio de Mendoza,
Tomò y quedò por ſuyo todo el campo,
Qual aquel que a ſu gran contrario dexa,
En èl tendido palido y el alma,
Del miſerable cuerpo deſaſsida,
Y para deſcubrir mejor el blanco,
Valioſe del tercero dòn diuino,
Que es quien mas bien nos lleua y encamina,
Qual refulgente luz que nos alumbra,
Con cuia claridad tomò conſejo,
Con aquel gran varon noble famoſo,
Que Chriſtoual de Oñate ſe dezia,
Perſona de buen ſeſo y gran gouierno,
Y vno de los de mas valor y prendas,
Que de capa y eſpada en nueua Eſpaña,
Y reynos del Piru auemos viſto,
Al qual pidio ſu parecer y voto,
Acerca del ſoldado mas gallardo,
Sufrido, aſtuto, fuerte, y mas diſcreto,
Que le fueſſe poſsible que eſcogieſe,
Para ſolo ocuparle y encargarle,
Que por explorador de aqueſta entrada,
Con treinta buenos hombres ſe apreſtaſe,
Antes que todo el campo ſe partieſe,
Y como el buen fin tanto ſe adelanta,
Quanto el principio es mas bien acertado,
Qual vn agudo lince que traciende,
O Aguila Real que ſin empacho,
El mas brauo rigor del Sol penetra,

Aſsi

Aſsi con gran preſteza luego dixo,
Poniendole delante la perſona,
De aquel Iuan de Zaldibar ſu ſobrino,
Soldado de verguença, y tan ſufrido,
Quanto para vna afrenta bien prouado,
Al qual ſin mas acuerdo le encargaron,
Vna gallarda eſquadra de Eſpañoles,
Que treinta brabas lanças gouernauan,
Con eſtos ſe metio la tierra adentro,
Por donde les corrio muy gran fortuna,
Y tempeſtad deshecha de trabajos,
Tan esforçados viuos y alentados,
Que ſolo ſu valor pudo ſufrirlos,
Y en el inter el dieſtro Mendocino,
Preuino como aſtuto gran ſocorro,
Formando vn grueſſo campo reforçado,
De bella ſoldadeſca tan vizarra,
Quanto mas no pudieron eſmerarſe,
Aquellos que llegaron y puſieron,
El belico primor en ſu fineza,
Pues viendo eſta belleza lebantada,
Con ellos ſe boluio el ſanto Niça,
Prouincial de pobiſsimos Franciſcos,
Por ſolo que tuuieſſe franca entrada,
La voz de la Euangelica doctrina,
Entre eſtos pobres barbaros perdidos,
Y porque el cuerpo humano deſtroncado,
Y pueſto ſin cabeça es impoſsible,
Que pueda bien mandarſe y gouernarſe,
Nombraron por gouierno deſte campo,
A vn grande cauallero que Franciſco,
Vazquez de Coronado ſe dezia,
Perſona de valor y grande esfuerço,
Para coſas de punto y graue peſo,
Y porque reberencia le tuuieſſen,
Con titulo de General illuſtre,
Quiſieron illuſtrar a ſu perſona,

Y honrrandole el Virrey en quanto pudo,
Para mas alentar aqueſta entrada,
En perſona ſalio haziendo eſcolta,
Haſta poner el campo en Compoſtela,
De la Ciudad de Mexico apartada,
Largas dozientas millas bien tendidas,
Donde vino a ſalirles al encuentro,
El Capitan Zaldibar quebrantado,
Del aſpero camino trabajoſo,
Que vino de explorarle y deſcubrirle,
A fuerça de armas, hambre, y ſed notable,
Y otros muchos trabajos que no cuento,
Que por inormes pàramos ſufrieron,
Y diziendo al Virrey que aquella tierra,
Que auia viſto, notado, y deſcubierto,
No le parecia nada auentajada,
Reſpecto de ſer pobre y miſerable,
Y de ruſticos barbaros poblada,
Mas que no fueſſe parte todo aqueſto,
Para que vn ſolo paſſo atras boluieſſe,
Porque donde ſe pierde la eſperança,
Alli los mas ſolicitos monteros,
Suelen con mucho guſto y paſſatiempo,
Lebantar ſin penſar muy grande caza,
Y como para el bien jamas le falta,
Quien lo impugne, reſiſta y contradiga,
No faltò quien dixeſe y atizaſe,
Ser pobriſsima tierra, y que por ſerlo,
Era terrible caſo que aquel campo,
En coſa tan perdida ſe ocupaſe,
Al alma le llegò al Virrey la nueua,
Mas como muy prudente y recatado,
Conſiderando que de vn grande hierro,
Suele ſalir vn grande acertamiento,
Deſimuloſe todo lo que pudo,
Y aſsi como en el ſubito peligro,
Se deue aconſejar con gran preſteza,

Aquel

Aquel que viue del mas defcuidado,
Sin dilacion mandò que fe pufiefe,
Grandifsimo filencio y fe callafe,
Todo lo referido, fin que cofa,
Quedafe para nadie defcubierta,
Pues con efto era fuerça que el peligro,
De deshazerfe el campo fe venciefe,
Cuia preuencion hizo, porque el gafto,
Eftaua ya perdido y confumido,
Con cincuenta mil pefos de buen oro,
Que Chriftoual de Oñate quifo darle,
Preftandolos con pecho generofo,
Por folo que efta entrada fe hiziefſe,
Y que feria pofsible fi fe entrafe,
Segunda vez que fueſſe de prouecho,
Y como fiempre fuele auentajarfe,
Al canfado montero la porfia,
Porfiando mandò que luego al punto,
El nueuo General dieſſe principio,
A lebantar el campo, y que marchafe,
Y auiendofe de todos defpedido,
Tomò el Virrey de Mexico la buelta,
Y el Real fue tomando fu derrota,
Con grande furia y fuerça de trabajos,
Los quales los lleuaron y aportaron,
A los pueblos de Cibola llegados,
A otros circunuezinos comarcanos,
Donde el gran padre Niça y los Floridos,
Y el capitan Zaldibar con fu efquadra,
Llegaron y boluieron con la nueua,
En cuio puefto el general guftofo,
De ver aquella tierra, mandò luego,
Que grandes fieftas todos ordenafen,
Y haziendofe afsi, falio en perfona,
En vn brabo cauallo poderofo,
Y en vna efcaramuça que tuuieron,
Batiendo el duro fuelo defembuelto,

Def-

Deſocupò la ſilla de manera,
Que del terrible golpe atormentado,
Quedò de todo punto ſin juizio,
Y aſsi como los miembros adolecen,
Luego que en la cabeça ſienten falta,
Y cada qual diſpara y no gouierna,
Aſsi la ſoldadeſca viendo eſtaua,
La fuerça del gouierno zozobrada,
Deſtroncada y enferma luego quiſo,
Teniendo tanta tierra en que eſtenderſe,
Parar con el trabajo y cercenarle,
Y aſsi juntos a vna, y en vn cuerpo,
Qual aquel que de hecho deſeſpera,
Aſsi dieron de mano a la eſperança,
Verdadero remedio de los fines,
Que con grandes cuidados pretendemos,
Y ſin ver que mejor le vbiera ſido;
A todo aqueſte campo diſguſtoſo,
No auer dado principio aquella impreſſa,
Que boluer las eſpaldas vergonçoſas,
Auiendoſe vna vez metido dentro,
De la dificil prueua y eſtacada,
Con toda aqueſta laſtima furioſo,
Reboluio con grandiſsima preſteza,
Las preſuroſas plantas deſembueltas,
Y aunque muchos quiſieron como buenos,
Reſiſtirlos a todos con razones,
Y fuerça de palabras eficaces,
Del ſanto Prouincial faborecidas,
Y amparadas tambien por don Franciſco,
De Peralta grandiſsimo guerrero,
Y del gallardo pecho del Zaldibar,
Y de aquel cauallero inſigne y raro,
Don Pedro de Tobar Padre de aquella,
Illuſtre, bella, y generoſa dama,
Tan cortes, como grande corteſana,
Doña Yſabel en cuio ſer ſe encierra,

Vna

Vna virtud profunda lebantada,
Al ſoberano amor en que ſe enciende,
Valiendoſe del martir abraſado,
En cuio templo vemos que ſe abraſa,
Y como viua braſa ſe conſume,
En amoroſo fuego del eſpoſo,
Que es vida de ſu vida y alma vella,
Todas illuſtres prendas heredadas,
De ſu esforçado padre valeroſo,
El qual con otros muchos caualleros,
Inſtauan porque el campo no boluieſe,
Y como ſiempre el bulgo, y chuſma torpe,
No admiten lo que es fuera de ſu guſto,
Sin hazer de ninguno cuenta alguna,
Fue tanta ſu dureza y pertinacia,
Que con muy grande perdida notable,
Boluieron las eſpaldas al trabajo,
Porque como no entraron tropezando,
Con muchas barras de oro, y fina plata,
Y como vieron que las claras fuentes,
Arroyos y lagunas no vertian,
Doradas ſopas, tortas, y rellenos,
Dieron todos en maldezir la tierra,
Y a quien en ſemejantes ocaſsiones,
Quiſo que ſe metieſen y enrredaſen,
Y aſsi todos cuitados y lloroſos,
Como ſi fueran hembras ſe afligian,
Cuia vageza digna de deshonrra,
Con que eſtos ſus perſonas infamaron,
Lebantando las manos del trabajo,
Que es fuerça que en la guerra ſe padezca,
Serà bien ſe ſuſpenda a nueuo canto,
Si auemos de eſcreuir ſu triſte llanto.

CANTO QVARTO.

DE LA INFAMIA Y BAGEZA QUE COMETEN LOS GEnerales, oficiales, y ſoldados que ſalen a nueuos deſcubrimientos, y ſe bueluen ſin perſeberar, y ver el fin de ſus impreſas.

QVIEN muy baſtantes prendas no ſintiere,
De los quilates y valor que alcança,
Para ſeguir con valeroſo esfuerço,
Del iracundo Marte el duro oficio,
Si no quiere viuir vida afrentoſa,
Infame, miſerable, y abatida,
Huiga de todo punto y no ſe empache,
En el ſubido ſon de ſus clarines,
Roncas cajas y pifanos templados,
Que preſta que en la quieta paz ſe arraſtren,
Con muy vizarros paſſos grueſſas picas,
Y que con eſmeriles y moſquetes,
Arrojen por el aire preſtas valas,
De que ſirue el benablo mas tendido,
Las plumas lebantadas y las galas,
Gineta honrroſa y gran baſton fornido,
Los pompoſos entonos y palabras,
Promeſas y brabeza que nos mueſtran,
Los que al furor indomito ſe ofrecen,
Si en llegando que llegan a las veras,
Su animo ſe rinde y acobarda,
Qual aquel que de ver los filos tiernos,
De vna debil lançeta desfallece,
No hay viſoño ſoldado que no ſepa,
Ni corto corteſano que no alcançe,

Que

Que no ay palabras viles mas infames,
Ni execucion de manos mas perdida,
Que pretender por la nobleza de armas,
Honor aquel que no es para alcançarle:
Y aſsi no puede ſer deſemboltura,
Ni ſoberuia que pueda compararſe,
Al que ocupa en el belico exercicio,
Qualquiera de ſus plaças lebantadas,
No me da mas la que es de pobre infante,
Que la del miſmo General famoſo,
O qualquiera otro pratico guerrero,
Si pueſto en la ocaſion a campo abierto,
Rebuelue las eſpaldas ſin empacho,
De aquellos que de afuera los ſeñalan,
Y por ſus miſmos nombres los conocen,
Cuio graue deſcuido deſcuidado,
Es mucho mas dañoſo y afrentoſo,
Que ſi en publica plaça las boluieſe,
Al braço de vn verdugo deſpojadas,
Con voz de pregonero leuantada,
Y publica trompeta conocida:
Quien vio a los que hemos dicho yr marchando,
La buelta deſta impreſa ſeñalada,
De la Audiencia y Virrey acompañados,.
Con tanto parabien de caualleros,
Y aplauſo de las damas mas gallardas,
De todas las que ciñe nueua Eſpaña,
Y qual otro Nembrot que pretendia,
Subir y conquiſtar el alto Cielo,
Aſsi nos dio a entender todo eſte campo,
Ser poco todo el mundo y ſu grandeza,
Para ſolo cebar ſu fiera dieſtra,
En coſas de importancia que ygualaſen,
Al ſubido valor de ſus perſonas,
Y quien los ve boluer a rienda ſuelta,
Con lenguas tan diſcordes y diuerſas,
Las vnas con las otras encontradas,

Aſsi

Aſsi como ſabemos ſe encontraron,
Aquellos palabreros que oluidados,
De ſus vanos intentos ſe boluieron,
Confuſos del trabajo començado,
En la gran Babilonia celebrada,
De las diuinas letras conſagradas,
Aſsi los afligidos coronados,
Viendo a ſu General de todo punto,
Priuado de memoria y de ſentido,
Confuſos ſe boluieron de la tierra,
Vnos doliendoſe de auer dejado,
Sus fuerças a la orilla zozobradas,
Otros que ſus trabajos fueron vanos,
Pues en vano llegaron y boluieron,
Sin ver de aquel eſtado la grandeza,
Negando con gran fuerça de razones,
Ser para ſolo heriazo alli criada,
Pues la diuina mano poderoſa,
Siendo en pequeñas coſas admirable,
En las que eran tan grandes y eſpacioſas,
Era caſo forçoſo auentajarſe,
Otros por el contrario ſe afligian,
Llorando hambre, deſnudez, canſancio,
Terribles yelos, nieues, y ventiſcos,
Peſados ſoles, aguas y granizo,
Gran pobreza y trabajos de la tierra,
Miſerias del camino trabajoſo,
Poſtas y centinelas peligroſas,
El peſo de las armas deſabridas,
Inclemencia del Cielo riguroſo,
Y rieſgos de la vida no penſados,
Enfermedades, y otros diſparates,
Como ſi el duro oficio de la guerra,
Boluiendo atras ſu natural vertiente,
Y el poderoſo impetu furioſo,
Con que ſu brabo curſo va vertiendo,
Acaſo les vbieſe prometido,

No

No lo que el muy ſangriento Marte ofrece,
Sino aquello mas puro y regalado,
Que de fertil razimo beneficia,
El gran nieto de Cadmo y de Saturno,
O lo que aquel Profeta prodigioſo,
Que en la caſa de Meca reberencia,
La gente Sarracena porque aguarda,
Gran fuerça y opulencia de manjares,
En el futuro ſiglo que pretende,
Sin aduertir los pobres miſerables,
Que tocar vn clarin alto gallardo,
Y ronca caja y pifano templado,
Y arbolar a ſu tiempo vn eſtandarte,
Y tremolar en campo vna vandera,
Que no es para guſtoſos paſſatiempos,
Contentos ni regalos delicados,
Floreſtas ni vanquetes muy ſolenes,
Mas para profeſſar con brabo esfuerço,
Aquel blaſon Romano belicoſo,
Que dize en altas bozes lebantadas,
Nos por viuir en paz queremos guerra,
O miſerables triſtes abatidos,
Triſtes, que ſin valor quereis poneros,
Aſsi como Faeton ponerſe quiſo,
A gouernar el carro poderoſo,
Allà en la quarta Esfera lebantado,
Tomando tanta altura, porque fueſſe,
Su ambicioſa ſoberuia mas ſabida,
De todos los mortales que notaron,
Su miſera deſgracia triſte infame,
Y para no venir en tanta afrenta,
Aduierta aquel que quiere ſometerſe,
Al belico furor y profeſſarle,
Que como firme harpon, o gallardete,
Que en altiſsima cumbre eſtà aſſentado,
De poderoſos vientos combatido,
Que mientras mas le afligen y combaten,

Mas firme mueſtra el roſtro a la braueza,
De aquel que mas ſe esfuerça en contraſtarle,
Que aſsi firme esforçado y valeroſo,
A de poner el roſtro a los trabajos,
Miſerias, y fatigas que vinieren,
Y fuera de perder el alma entienda,
Que no puede auer coſa que no aguarde,
Y eſpere en todo trance el buen guerrero,
Si ya no es que las leyes militares,
Otra coſa diſpenſen y permitan,
Porque eſto ſignifican los eſcudos,
Con que muy alto Rey quereis honrrarlos,
De freſca y roja ſangre matizados,
Con tantas barras, fuegos, y leones,
Caſtillos, lobos, tigres, y ſerpientes,
Con otros muchos fieros animales,
Inſignias y diuiſas que nos mueſtran,
La torpeza de aquellos que pretenden,
Entre tantos diſguſtos tener guſto,
Y a eſtos tales mejor les eſtuuiera,
Serbir a los que tienen grueſſas tiendas,
De aquel licor ſabroſo que adormece,
O a los que ſon mas praticos y dieſtros,
En ſaber ſazonar dulzes manjares,
Que no ſerbir con tanto ſobreſalto,
Peligro, rieſgo, y coſta de la vida,
A vueſtra Mageſtad, pues que no puede,
Abilitar con otra a quien le falta,
Y ſi por mas valer, y ſer pretenden,
Yr contra la corriente y agua arriba,
Sigan aquellos hechos hazañoſos,
De aquel grande varon alto ſamoſo,
Del Imperio Romano gran monarca,
Y ſobre cuios hombros deſcargauan,
Negocios de grandiſsima importancia,
Que por mas lebantar ſu brabo imperio,
Todo lo mas del tiempo ſe ocupaua,

En

En ſolo matar moſcas ſin cuidado,
Del poderoſo ceptro que tenia,
Bageza cierto de varon indigno,
De tal imperio, y digno de ſoldados,
Tales quales aqui ſe van moſtrando,
Mal profeſſaran eſtos las vanderas,
De aquel muy esforçado Maçedonio,
Pues para no dormirſe en la milicia,
Eſtaua de continuo tan alerta,
Qual nos pintan aquella centinela,
En vn pie pueſta y toda lebantada,
Con cuidado la piedra bien aſsida,
No de otra ſuerte ſiempre le puſieron,
A eſte varon notable vna gran bola,
De fina plata grueſſa bien fornida,
Sobre la dieſtra mano porque fueſſe,
Parte para que luego deſpertaſe,
Dando ſobre otra gueca que tenia,
Debajo de la mano poderoſa,
Y ſi haziendo aqueſto es fuerça viertan,
Aqueſtos pobres lagrimas amargas,
Moleſtados de tantas deſuenturas,
Viertan aquellas lagrimas famoſas,
Deſte miſmo varon a quien abraça,
Por vno de los nueue la gran fama,
Cuia grandeza es cierto que lloraua,
Porque otros nueuos mundos le dixeron,
Tenia la mageſtad de Dios criados,
Y que era fuerça tiempo le faltaſe,
Para poder moſtrar ſu brabo esfuerço,
En la grande conquiſta que penſaua,
Hazer de todos ellos, ſi la vida,
Se dilatara tanto, y ſe alargara,
Quanto ſu brabo pecho ſe eſtendia,
Y ſi algun gentil ombre que me eſcucha,
Vbiere retirado ſu perſona,
Deſamparando el pueſto que pudiera,

Ocu-

Ocupar otro mas auentajado,
En propagar la ſangre derramada,
Por aquel ſoberano Dios que quiſo,
Que todos los del mundo ſe ſaluaſen,
Haga muy grande cargo de conciencia,
En auer deſpreciado el ſanto riego,
Que pudo derramarſe por aquellos,
A quien deſamparò ſin ver que eſtauan,
A pique de perderſe y condenarſe,
Y para confuſion de aqueſtos triſtes,
Quiero traer ſeñor a la memoria,
Vn caſo digno de que no le cubran,
Las poderoſas aguas del oluido,
Y es, que cierto Virrey de nueua Eſpaña,
Eſcriuio a vueſtro gran ſeñor y Padre,
A cerca de las rentas Filipinas,
Diziendo, que por cierta y buena cuenta,
Sacada con grandiſsimo cuidado,
Auia notado, viſto, y deſcubierto,
Ser muchos mas los gaſtos que el prouecho,
Que de todas las Islas reſultaua,
Por cuia ſuficiente y juſta cauſa,
Era de parecer ſe deſpoblaſen,
Y qual vemos aquel a quien laſtiman,
Con qual que fiera llaga penetrante,
Aſsi muy mal herido y laſtimado,
Del conſejo que ſin penſar le vino,
Al punto reſpondio ſin detenerſe,
El ſanto Rey Catholico diziendo:
En lo que me aduertis que con cuidado,
Aueis hechado cuenta de las rentas,
Que Dios quiſo ſerbirſe de encargarnos,
Y darnos en las Islas del Poniente,
Que ſois de parecer que ſe deſpueblen,
Porque ſon mas los gaſtos que el prouecho,
Digo que ſi es poſsible ſuſtentarſe,
Vna muy pobre hermita lebantada,

En

En toda aquella tierra y ſus contornos,
Mediante la qual venga a preſumirſe,
Que ſe puede ſaluar vn alma ſola,
Que ſi para eſte fin ſin otro alguno,
Las rentas y teſoros que tenemos,
En todos eſſos Reynos no baſtaren,
Que luego me auiſeis, porque con tiempo,
Con las que aca alcançamos os ſocorra,
Que en eſſo quiere Dios que ſe conſuman,
Diſpenſen, gaſten, pierdan y derramen,
O gentes que tomais tan alto buelo,
Quales ormigas triſtes, cuyas alas,
Tan por ſu mal ſabemos que les nacen,
Frenad el paſſo, y aduertid que os notan,
Que de la quieta paz quereis ſaliros,
Sin ſuficientes fuerças que os ſuſtenten,
Las cortas prendas de los flacos braços,
Que ſin diſcrecion vemos que ſe arrojan,
Tras del ſangriento Marte belicoſo,
Para ſolo bolberos con las manos,
En las cabeças triſtes y lloroſos,
Infames, abatidos, y afrentados,
Llenos de deſonor y de verguença,
Dexad, dexad, aqueſta noble impreſſa,
Para aquellos heroicos que aſsiſtiendo,
Enmienden vueſtras faltas miſerables,
Y con illuſtre esfuerço las fenezcan,
Y buelua cada qual a ſus madejas,
Y dentro en ſu rincon paſſe ſu vida,
Notando el gran teſoro que ſe ofrece,
Por vna alma de aquellas que dexaſtes,
Pobre, deſamparada, y ſin remedio,
Y ponderad con eſto que los vienes,
De todo el vniuerſo que gozamos,
No es precio ſufficiente ni baſtante,
Para reſcate de vna ſola gota,
De la ſangre vertida y derramada,

Por

Por el gran Dios que quiſo redimirla,
Y que ſi toda fuera neceſſaria,
Para faborecerla y reſcatarla,
Sin duda que la vieramos vertida,
Qual por todos la vemos derramada,
Con cuio inmenſo precio ſoberano,
Podeis ſacar el gran valor y eſtima,
De lo que por tal precio ſe reſcata:
Pues ſiendo eſto verdad como dezimos,
Quando no lebanteis en nueuas tierras,
Templo, ni pobre hermita, donde pueda,
La mageſtad de Dios reberenciarſe,
Y ſolo conſumais vueſtros trabajos,
En baptizar limpiando de la culpa,
A vn ſolo parbulito quando parte,
Deſta penoſa vida donde eſtuuo,
Priuado y condenado para ſiempre,
A perpetuo deſtierro deſterrado,
De la diuina eſſencia ſoberana,
Dezid donde pondremos el esfuerço,
De vn hecho tan heroico y lebantado,
Y es coſa muy donoſa Rey ſublime,
Que para mas cubrir ſu gran vageza,
Quieren hazerſe grandes mayordomos,
De vueſtras Reales rentas, porque dizen,
Fueron en eſtas coſas mal gaſtadas,
Sin mirar que ſi fueran deſpenſeros,
Y ellos las manijaran y trataran,
Que por menos del numero de treinta,
Porque aquel triſte quiſo ſuſpenderſe,
A ellos tambien los vieramos colgados,
Sabe Dios que he notado muchas vezes,
Que no à cien años que el horrible infierno,
Tuuo todos los años de tributo,
De mas de cien mil almas para arriba,
Que en ſolos ſacrificios bomitaua,
La gran Ciudad de Mexico perdida,

Y

Y qual del erizado inuierno eſcapan,
Todas las mieſes, arboles, y plantas,
Y en primauera vemos que ſe viſten,
De infinidad de flores con que oluidan,
El riguroſo tiempo ya paſſado,
Aſsi oluidada tanta deſuentura,
Tanta efuſion de ſangre derramada,
Y tanto ſacrificio deſdichado,
Podemos dezir cierto en nueſtros tiempos,
Que eſtà todo lo bueno de la Igleſia,
Dentro deſta metropoli famoſa,
Que fue en tan corto tiempo tan perdida,
Porque no ſè que tenga parte el mundo,
Donde el culto diuino mas ſe eſtime,
Ni mas ſe reuerencie, ni ſe acate,
Ni donde ſus miniſtros mas ſe teman,
Honrren, amen, reſpeten, y lebanten,
Y aſsi parece que permìte el Cielo,
En pago de reſpectos tan glorioſos,
Que pinten y floreſcan marauillas,
De Martires, y Confeſſores ſantos,
Que han ſido luz de toda aqueſta tierra,
Donde por la bondad de Dios inmenſo,
Ay tanta ſuma de famoſos templos,
Hermitas, monaſterios, y hoſpitales,
Colegios y combentos muy poblados,
De las grandes primicias que dexaron,
Nueſtros primeros Padres que vinieron,
A reduzir en bien tan triſtes males,
Y todos a vna mano de admirables,
Bellos y feliciſsimos ingenios,
En todas ciencias y artes liberales,
Y lo que mas ſe mueſtra y ſe ſeñala,
Es la caridad ſanta generoſa,
Que como Sol enmedio de ſu curſo,
Aſsi con bello reſplandor deſcubre,
Muchos grandes varones y mugeres,

Que

Que a manos llenas vierten y derraman,
Limoſnas tan grandioſas y admirables,
Que ſolos Reyes pueden competirlas,
Con cuia alteza vemos lebantados,
Gran ſuma de hoſpitales generoſos,
Nobles templos, de bellos edificios,
Gallardos monaſterios ſumptuoſos,
Peregrinos conuentos memorables,
Y vna muy gran belleza de donzellas,
Sin otro grande numero de pobres,
Por ſus limoſnas ſantas ſocorridos,
Y todo aqueſto por el alto esfuerço,
De aquel varon famoſo que ſe puſo,
A deſcubrir aqueſte nueuo mundo,
Cuios illuſtres hechos hazañoſos,
Deſpues de auer paſſado algunos años,
No han de ſer menos grandes y admirables,
Que los de aquel gran Ceſar y Pompeio,
Artus, y Carlo Magno, y otros brabos,
A quien el tiempo tiene lebantados,
Con ſu larga memoria prolongada,
Cuia antigualla es cierto que ennoblece,
Los illuſtres ſuceſſos ya paſſados,
Y ſi los deſte campo no boluieran,
Las eſpaldas tan preſto como vimos,
Fuera poſsible auerſe deſcubierto,
Otro mundo tan grande y poderoſo,
Qual eſte que tenemos y gozamos,
Sola vna terrible falta hallo,
Chriſtianiſsimo Rey en vueſtras Indias,
Y es, que eſtan muy pobladas, y ocupadas,
De gente vil, manchada, y ſoſpechoſa,
Y no ſiendo en Eſpaña permitido,
Que paſſen eſtos tales a eſtas partes,
No ſe que cauſa pueda auer baſtante,
Para que no los hechen de la tierra,
Que les es por juſticia prohibida,

Pues

Pues la oueja roñoſa es coſa llana,
Que ſuele inficionar todo vn rebaño,
Quanto mas gran ſeñor que no ſabemos,
Lo que puede venir por vueſtra Eſpaña,
Y ſi abreis meneſter aqueſtas tierras,
Para faboreceros y ampararos,
De alguna miſerable deſuentura,
De las que Dios permite que ſucedan,
Por poderoſos Reynos lebantados,
Por cuia juſta cauſa es bien ſe arranque,
Aqueſta mala hierua, y ſe traſponga,
Sin que se dexe coſa que no ſea,
De buen ſabor, color, olor, y guſto,
En jardin que es tan nueuo, tierno, y bello,
Principalmente con tan buena ayuda,
Qual la del tribunal ſanto-famoſo,
Que gouiernan aquellos eminentes,
Inſignes, y doctiſsimos varones,
Don Alonſo, gran gloria, luſtre y triunfo,
De la muy noble caſa de Peralta,
Y Gutierre Bernardo que lebanta,
La mas antigua de Quiros nombrada,
Y aquel prudente Martos, que a Bohorques,
Con ſingular valor ſubio de punto,
Todos vigilantiſsimos guerreros,
Contra la peſte y cancer contagioſo,
Que por algunos miembros de la Igleſia,
Los del vil campo heretico de Raman (SIC),
En cuia ſiembra vemos que deſcubren,
Peſtilenciales nidos y veneros,
De perberſos errores contagioſos,
Como mas largamente lo refiere,
Aquel Ribera illuſtre que compuſo,
De vueſtro ſanto Padre las obſequias,
En cuia docta y funeral hiſtoria,
Me acuerdo que refiere vn caſo eſtraño,
De vn Ioſepho lumbroſõ relaxado,

Que dixo en altas vozes que le oyeron,
Con vna no penſada desberguença,
Mal aya el tribunal del ſanto Oficio,
Que ſi el no vbiera eſtado de por medio,
Por eſtos ſolos dedos yo contara,
Los Chriſtianos de toda aqueſta tierra,
Cuia gran desberguença temeraria,
Por ſolo auerſe dicho en nueua tierra,
Y que es de nueſtra Fè tan nueua planta,
Parece que inſta fuerça y os combida,
A que pongais el hombro de manera,
Que todas vueſtras Indias ſe deſpojen,
Deſta beſtial canalla, y que ſe pueblen,
De ſolos Hijoſdalgo, y Caualleros,
Y de Chriſtianos Viejos muy ranciosſos,
Que con eſtos, y no con otra gente,
Podeis bien deſcubrir el vniuerſo,
Y conquiſtarlo todo y reduzirlo,
Al ſuabe jugo de la Igleſia ſanta,
Y eſto ſin la tormenta de gemidos,
Anſias, ſollozos, y lamentos triſtes,
Que aqueſtos miſerables derramaron:
Y porque derrotado del camino,
Eſtoi muy largo trecho remontado,
Boluiendo por el rumbo que llebaua,
Dandoos razon de las demas noticias,
Y de aquellos gallardos pretenſores,
Y altos deſcubridores deſta tierra,
Deſtroçado de gente tan canſada,
Tan deſdichada, vil, y poco firme,
Quiero al ſiguiente canto remitirme.

CANTO QVINTO.

DE OTRAS NOTICIAS QVE VBO DE LA NUEVA MEXICO, y de otros que aſsi miſmo pretendieron la jornada.

QVANDO con pertinacia el hombre ſigue,
A ſolo ſu apetito, y del ſe ceua,
Coſa dificil es que tal dolencia,
Pueda ſer de ninguno ſocorrida,
Auiendo pues ſeñor los coronados,
Viſto en aqueſta tierra que dezimos,
Vnos bellos y grandes alcatrazes,
De fina plata y oro lebantados,
En las agudas proas, y altas popas,
De ciertas grueſſas naues que toparon,
A caſo, y ſin penſar, por la marina,
Sin procurar ſaber que vaſos fueſſen,
De donde, y para adonde nauegauan,
De ſu miſmo apetito ya vencidos,
Segun que tengo dicho luego al punto,
Boluieron todos juntos ſin empacho,
De aquellos caualleros esforçados,
Que vageza tan grande abominaron,
Viẽdo pues tan gran daño ſin remedio,
El ſanto Prouincial de ſan Franciſco,
Qual ſuelen los que à Dios ſe ſacrifican,
Que todo lo poſponen, y lo dexan,
Dexandolos à todos quiſo ſolo,
Quedarſe à merecer en aquel pueſto,
La palma illuſtre, y alta, del martirio,
Que alli los brauos baruaros le dieron,
Viendo pues don Franciſco de Peralta,

En

En militar oficio tanta mengua,
Y que vueſtro Virrey ſintio en el alma,
Con toda nueua Eſpaña tal vageza,
Ocupado de empacho y corrimiento,
La buelta para Italia tomò luego,
Y ſiguiendo la corte dentro en Roma,
Vio por viſta de ojos que tenia,
El Duque de Saxonia retratada,
Aqueſta nueua tierra en ſus tapizes,
Y en muchos repoſteros muy curioſos,
Y eſtando embeuecido aſsi mirando,
La peregrina tierra tan al viuo,
Ayudado de cierto cauallero,
Por viſta de ojos vio tambien que el Duque,
Tenia vna gran piel bella disforme,
De aquellas vacas ſueltas que ſe crian,
En los llanos de Cibola tendidos,
De donde reſultò que ſupo cierto,
Que no de ſola gente Caſtellana,
A ſido aqueſta tierra pretendida,
Mas tambien de remotos eſtrangeros,
Demas de todo aqueſto es ya notorio,
Que ſaliendo de Francia vna gran naue,
Fue con tormenta braua derrotada,
A dar en eſtas tierras peregrinas,
Y andando alguna gente en el eſquife,
Por ſolo ver la tierra y demarcarla,
Vieron vna enſenada de dos puntas,
Y en cada vna dellas lebantada,
Vna grande Ciudad de grueſſos muros,
De donde les ſalieron al encuentro,
Vn numero grandioſo de vezinos,
En prolongados varcos, o canoas,
Las popas y las proas aforradas,
Al parecer en planchas de oro bajo,
Y ſiendo dellos preſos los lleuaron,
Al palacio de vn Rey de noble eſtado,

Cuia

Cuia frente ceñia y rodeaua,
De aquel miſmo metal vna corona,
Con ſingular deſtreza bien ſacada,
Eſte gran Rey mandò que con cuidado,
A todos los lleuaſen y les dieſen,
Su caſa de apoſento y regalaſen,
Y cumpliendo el mandato con preſteza,
Fueron de frutas, carnes, y peſcado,
Con muy grandes caricias bien ſerbidos:
Eſtando pues aſsi todos contentos,
Como la carne en todos tiempos mueſtra,
Su miſera flaqueza y desbentura,
Parece que vno dellos oluidado,
Del buen comedimiento que deuia,
Al beneficio noble recebido,
Llegoſe à pellizcar con mal reſpecto,
A vna hermoſa barbara que eſtaua,
Mirandolos à todos deſcuidada,
De aqueſto el Rey tomò tan grande enfado,
Que ſi la miſma barbara ofendida,
Por ellos con gran fuerça no intercede,
Murieran ſin remedio por el caſo,
Y aſsi mandò que luego los hechaſen,
De toda aquella tierra, y que les dieſen,
Su miſmo eſquife bien abaſtecido,
Y aſsi ſalieron eſtos deſterrados,
Y cobrando la naue dieron buelta,
A los Reynos de Francia, y deſta hiſtoria,
Teneis excelſo Rey incomparable,
Informacion muy cierta y verdadera,
En vueſtro Real Conſejo de las Indias:
Con eſtas relaciones, y otras muchas,
(Que eſtas ſon las que ſuben y lebantan,
Los nobles coraçones de mortales,)
Es cierto que en el año que contamos,
Mil y quinientos ſobre ochenta y vno,
Por orden del gran Conde de Coruña,

Fray

Fray Aguſtin, fray Iuan, y fray Franciſco,
Vnos deuotos Padres Religioſos,
De aquel que repreſenta al miſmo Chriſto,
En pies, coſtado, y manos laſtimadas,
Con valeroſo esfuerço ſe metieron,
Por todas eſtas tierras, y con ellos,
Aquel Franciſco Sanchez Chamuſcado,
Con quien entrò Felipe de Eſcalante,
Pedro Sanchez de Chaues, y Gallegos,
Herrera, y Fuenſalida, con Barrado,
Tambien entrò Iuan Sanchez por ſer todos,
Valientes, y boniſsimos guerreros,
Eſtos corrieron parte deſta tierra,
Y dexandoſe allà los Religioſos,
Salieron todos juntos y contentos,
De auerla andado, viſto y deſcubierto,
Y aſsi luego por orden de Ontiberos,
Que vueſtra autoridad ſeñor tenia,
Entrò Anton de Eſpejo por el año,
De los ochenta y dos, dexando en vanda,
A los mil y quinientos que contamos,
Y no vbo bien llegado quando ſupo,
Que con vn gran martirio que les dieron,
A los venditos Padres que quedaron,
Aqueſtos miſmos baruaros perdidos,
Las vidas todos juntos les quitaron,
Y deſpues de auer viſto aquella tierra,
Salio tambien diziendo marauillas,
Loandola de muchas poblaciones,
Y minas caudaloſas de metales,
Y gente buena toda, y que tenia,
Bezotes, braçaletes y oregeras,
De aquel rubio metal, dulze goloſo,
Tras que todos andamos desbalidos,
De aqueſto todo, luego ſe hizieron,
Grandes informaciones que lleuaron,
A vueſtra inſigne Corte lebantada,

Por

Por las quales conſtaua auerle dado,
Caſi quarenta mil mantas bien hechas,
A eſte Capitan noble esforçado,
Los Indios naturales de preſente,
De mas de todo aqueſto bien ſabemos,
De aquel fray Diego Marquez perſeguido,
De gente luterana en mar y tierra,
Que por la Reyna Ingleſa ſe hizieron,
Sobre eſta nueua tierra que tratamos,
Muy grandes diligencias y peſquiſas,
Por cuia cauſa dentro de ſu Corte,
Eſtando eſte varon alli cautibo,
Por ſer de Ieſu Chriſto gran ſoldado,
Mandaron que juraſe y declaraſe,
Pues que era natural de nueua Eſpaña,
Que tierra fueſſe aqueſta, y que ſentia,
De las coſas que alli le preguntaron,
Y luego que vbo en todo reſpondido,
Y fue de cautiberio libertado,
Acudiendo à el oficio que deuia,
Porque de luteranos nunca fueſſe,
Aqueſta noble tierra deſcubierta,
Dando larga razon de todo aqueſto,
A vueſtro inſigne Padre luego al punto,
Mandò que la jornada ſe aſſentaſe,
Eſta ſin detenerſe emprendio luego,
Iuan Bautiſta de Lomas hombre rico,
Antiguo en eſta tierra acreditado,
Eſte aſſentò ſu cauſa y no vbo efecto,
Por el año de ochenta y nueue al juſto,
Y por el de nouenta entrò Caſtaño,
Por ſer allà teniente mas antiguo,
Del Reyno de Leon à quien ſiguieron,
Muchos nobles ſoldados valeroſos,
Cuio Maeſe de campo ſe llamaua,
Chriſtoual de heredia bien prouado,
En coſas de la guerra y de buen tino,

Para

Para correr muy grandes deſpoblados,
A los quales mandò el Virrey prendieſe,
El Capitan Morlete, y ſin tardarſe,
Socorrido de mucha ſoldadeſca,
Braba, diſpueſta, y bien exercitada,
A todos los prendio, y boluio del pueſto,
Deſpues de todo aqueſto que he contado,
Siguiendo el Capitan Leiua Bonilla,
Por orden de don Diego de Velaſco,
Gouernador del Reyno de Vizcaia,
Los Indios ſalteadores rebelados,
Precipitado de ſoberuia altiua,
Determinò de entrarſe en eſta tierra,
Con todos los ſoldados que tenia,
No obſtante que don Pedro de Cazorla,
Vn noble Capitan ſalio à intimarle,
De parte del don Diego vn mandamiento,
Que pena de traidor no ſe atrebieſe,
A entrar la tierra adentro, y ſin embargo,
Perdiendo la verguença y el reſpecto,
A vueſtra Real perſona, dio en entrarſe,
Y como la traicion tanto es mas graue,
Quanto es la calidad del ofendido,
Como rayos del ſol que ſe diuiden,
De la tiniebla triſte amodorrida,
Aſsi ſe diuidieron y apartaron,
Del Capitan Bonilla, Iuan de Salas,
Iuan Perez, y Cabrera, y Simon Paſqua,
Y Diego de Eſquibel, y tambien Soto,
Diziendo à vozes altas con enojo,
Las lanças empuñando, y las adargas,
Que mas querian morir como leales,
Que cobrar como viles aleboſos,
Aquel infame nombre de traidores,
Con que todos entrauan ya manchados,
Y boluiendo las riendas los dexaron,
Y ellos como milanos que à la parua,

De

De miſeros polluelos ſe abalançan,
Aſsi deſatinados y perdidos,
Penſando que los baruaros cubiertos,
Eſtauan de oro fino y perlas grueſſas,
Tomaron ſin reſpecto ni verguença,
Para la nueua Mexico el camino,
Y apenas el Virrey la nueua ſupo,
Quando ſin detenerſe ni tardarſe,
Aqueſta entrada quiſo la hizieſſe,
Aquel gran Capitan noble afamado,
Y que oy gouierna el Reyno de Galicia,
Franciſco de Vrdinola à quien ſe deue,
La paz vniuerſal, y gran ſoſsiego,
Que aqueſta nueua Eſpaña toda alcança,
De aquellos brauos baruaros gallardos,
Que por tan largos años ſuſtentaron,
Contra vueſtro valor y braço fuerte,
Las poderoſas armas no vencidas,
Haſta que ya canſados y afligidos,
Corridos, deſtrozados, y oprimidos,
Deſte varon prudente ſe rindieron,
Y à ſu peſar las treguas aſſentaron,
Pues como muchas gentes entendieſſen,
Que à tan brauo ſoldado ſe le daua,
Aqueſta grande impreſſa alborotados,
De gozo y alegria no cabian,
Contentos de que coſa tan illuſtre,
A ſola ſu perſona ſe encargaſe,
Y como la inuidia miſerable,
Es mortifero cancer que en el alma,
Arraiga ſu dolencia y la conſume,
Aqueſta ſola beſtia fue baſtante,
Para desbaratar, y echar por tierra,
Coſa tan importante y deſſeada,
De toda nueua Eſpaña y ſus contornos,
O beneno mortal, o inuidia triſte,
Gota coral, furioſo derramado,

Por lo intimo del alma desdichada,
De aquel que semejante mal padece,
Dios nos libre señor de su beneno,
Y por su passion santa no permita,
Que semejante hidra ponçoñosa,
A ninguno persiga qual veremos,
Por toda aquesta historia que escreuimos,
Mas es caso impossible que ninguno,
Pueda della euadirse y escaparse,
Que esso tienen los hombres valerosos,
Que es fuerça que los ladre y les persiga,
Muerda, y los lastime con gran rabia,
Aquesta braua perra venenosa,
Bien fuera menester vn gran volumen,
Para dezir las cosas que sufrieron,
Por no mas que serbiros y agradaros,
Todos estos varones que hemos dicho,
Mas porque me es ya fuerça que de salto,
Venga al punto y persona de aquel brauo,
Que sin pensar fue electo y escogido,
Para poner encima de sus hombros,
Cosa de tanto peso y tanta estima,
Con vuestra Real licencia tomo esfuerço,
Para cortar la pluma disgustosa,
Y en cosas de importancia trabajosa.

* * * * * *
* * * * *
* * * *
* * *
* *

CANTO SEXTO.

COMO SE ELIGIÓ PARA ESTA JORNADA LA PERSONA de don Iuan de Oñate, y del fabor que para ello dio don Luys de Velaſco, y de los estorbos que deſpues tuuo, para impedir ſus buenos penſamientos: los quales tuuieron deſpues conſuelo, por ſer faborecidos del Conde de Monte Rey, Virrey de nueua Eſpaña.

LLEGADO auemos gran ſeñor al punto,
Y engolfados en alta mar eſtamos,
La tierra ſe ha perdido, y ſolo reſta,
El buen gouierno y cuenta de la naue,
Y porque nada quede en el viaje,
Que no ſe mida bien, ajuſte y peſe,
Poned en lo mas alto bien tendida,
La cuidadoſa viſta atenta y pare,
En aquella pureza, y gran grandeza,
De la diuina eſſencia ſoberana,
Y alli echareis de ver patentemente,
Las ſendas deſcubiertas y caminos,
Por donde ſu deidad alta encumbrada,
Nos haze manifieſtas y viſibles,
Las poderoſas obras de ſus manos,
Y mas quando ſu grande alteza quiere,
Que alguna dellas ſuba y ſe lebante,
Con què facilidad alli notamos,
Que los medios que pone ſimbolizan,
Con los miſmos principios y los fines,
Que quiere que ſus ſantas obras tengan,

De

De aqueſto gran ſeñor bien claro exemplo,
Tenemos entre manos, porque auiendo,
Su grande Mageſtad por tantos ſiglos,
Tenido aqueſtas tierras tan ocultas,
Que à ninguno à querido permitirle,
Que ſus ſecretos ſenos le deſcubra,
Auiendoſe de abrir, notad el como,
Y quienes ſon aquellos valeroſos,
Por cuyos medios viene à deſatarſe,
Aqueſte ñudo ciego que tenemos,
Y eſtando bien atento y con cuidado,
Aqui echareis de ver con euidencia,
Que fuerça de los Reyes ya paſſados,
Y de aquellos varones que hemos dicho,
Que aqueſtas nueuas tierras deſcubrieron,
Son los que agora bueluen al trabajo,
Cuia verdad nos mueſtra ſu grandeza,
Por los antiguos Reyes Mexicanos,
Deſtos nueuos eſtados decendientes,
En cuia hija de vnas tres Infantas,
Que el poſtrero de todos ellos tuuo,
Tuuo otra aquel Marques noble del Valle,
Deſta cauſa primero pretendiente,
Y ſolo domador del nueuo mundo,
Cuios beneros ricos poderoſos,
De poderoſa plata deſcubiertos,
Fueron por aquel Iuanes de Toloſa,
A quien eſte Marques quiſo por hierno,
Dandole por eſpoſa regalada,
A ſu querida hija y cara prenda,
Eſtando en aquel Reyno de Galicia,
Que conquiſtò con ſingular esfuerço,
Y gouernò aſsimiſmo con prudencia,
Aquel gran General noble famoſo,
Que Chriſtoual de Oñate auemos dicho,
Que fue ſu claro nombre, y tambien Tio,
De Iuan, y de Vicente de Zaldibar,

El

El vno General de Chichimecas,
Y el otro Explorador de aquesta entrada,
Y Padre de don Iuan que fue casado,
Con viznieta del Rey, hija que he dicho,
Del buen Marques, de cuio tronco nace,
Don Christoual de Oñate decendiente,
De todos estos Reyes, y no Reyes,
Cuia persona sin tener cabales,
Diez años bien cumplidos va saliendo,
Assi como Anibal varon heroico,
A serbiros señor en la conquista,
De aquestos nueuos Reynos que escriuimos,
En quien vereis al uiuo aqui cifrados,
Todos los nobles Reyes que salieron,
Destas nueuas Regiones, y plantaron,
La gran ciudad de Mexico, y con ellos,
Vereis tambien aquellos valerosos,
Que à fuerça de valor y de trabajos,
Estas remotas tierras pretendieron,
Por cuia justa causa sin tardança,
Assi como las aguas christalinas,
Suelen sin detenerse ni tardarse,
Yrse todas vertiendo y derramando,
Llamadas de su curso poderoso,
Assi don Iuan sin aguardar mas plazo,
Llamado de la fuerça y voz de Marte,
Y de la illustre sangre generosa,
De todos sus maiores y passados,
Y destos grandes Reyes que dezimos,
Como el prudente Griego que las armas,
Del valeroso Aquiles pretendia,
Por deuida justicia que alegaua,
Assi dio en pretender aquesta impresa,
Por el derecho grande que tenia,
A serbiros en ella sin que alguno,
Otro mejor derecho le mostrase,
Y assi escribio el Virrey que se siruiese,

Que

Que pues aqueſta impreſſa no ſe daua,
Al Capitan Franciſco de Vrdinola,
Que à ſola ſu perſona ſe fiaſe,
Pues que della ſabia y conozia,
Tener aquellas prendas que baſtauan,
Para coſa tan graue, y tan peſada,
Como alli le pedia y ſuplicaua,
Y como el buen ſeñor no ſatisfaze,
Al buen comedimiento que le ofrece,
Aquel que à bien ſerbirle ſe adelanta,
Si no es (à falta de obras) con palabras,
Razones, y caricias, muy corteſes,
Aſsi el Virrey que bien le conocia,
Luego le reſpondio como quiſiera,
Hazer lo que pedia y ſuplicaua,
Mas que eſtauan las coſas de manera,
Que no le era poſsible ſe entablaſen,
De ſuerte que pudieſſe bien moſtrarle,
La fuerça del buen pecho con que eſtaua,
De darle en todo guſto, y buen deſpacho,
Mas que el ternia ſiempre gran memoria,
De aquella que à ſus Padres ſe deuia,
Y de la que à ſus deudos y perſona,
Era tambien razon que ſe tuuieſſe,
Para todo lo qual ayudaria,
El crecido deſſeo con que eſtaua,
De moſtrar con las obras la limpieza,
Llaneza y voluntad de ſus palabras,
Pues auiendo don Iuan agradecido,
Tan ſingular merced por muchas cartas,
Como la gratitud continuo engendra,
Mas voluntad y amor en los illuſtres,
Altos y nobles pechos generoſos,
De quien largas mercedes eſperâmos,
Fue el tiempo, yrebocable diſcurriendo,
Y qual veloz correo fue llegando,
A las cerradas puertas deſcuydadas,

Y

Y batiendo à gran prieſſa fue rompiendo,
El ſecreto ſilencio y trujo luego,
Oportuna ſazon y coiuntura,
En que el Virrey reſuelto ſin eſtoruo,
Tuuo por bien de darle y encargarle,
Aqueſta impreſſa en veinte y quatro dias,
Del mes de Agoſto, y año que contamos,
Mil y quinientos y nouenta y cinco,
Y porque aqueſta entrada ſe hizieſſe,
Con la decencia y orden que pedia,
Coſa tan importante, y tan peſada,
Determinò eſcriuirle y animarle,
En el intento y cauſa començada,
Y porque en coſas graues es muy juſto,
Si la ocaſion lo pide, y lo requiere,
Hazer vueſtros Virreyes mas de aquello,
Que vueſtra larga mano les permite,
Auiſole aſsimiſmo con cuidado,
Que aunque era coſa cierta no tenia,
Mano para gaſtar vueſtro teſoro,
Ni para diſpenſar en coſa alguna,
Mas de lo que la cedula dezia,
En razon de aquellos que apetecen,
A deſcubrir la tierra y conquiſtarla,
Que eſtuuieſſe certiſsimo haria,
En todas ocaſiones tanto efecto,
Por ſolo darle guſto y agradarle,
Quanto ſi de ſu hijo don Franciſco,
Todas fueſſen y mucho le importaſen,
Y eſto porque ſabia y alcançaua,
Lo auian de merecer ſus buenas obras,
A las quales tambien aplicaria,
Todas aquellas armas y pertrechos,
De aquellos que ſe entraron contra vando,
Para cuyo ſocorro le daria,
La poluora y el plomo neceſſario,
Y mas quatro mil peſos con que luego,

Pu-

Pudiesse socorrer à los soldados,
Pidiendole con esto diesse cuenta,
De todo lo que asi quiso escreuirle,
A Rodrigo del Rio cauallero,
Del habito del gran patron de España,
Y que junto con el lo confiriese,
Con don Diego Fernandez de Velasco,
Gouernador del Reyno de Vizcaia,
A los quales mandò que diesse parte,
Por las illustres prendas que alcançauan,
Asi en cosas de paz como de guerra,
Para que con prudencia le aduirtiesen,
Cosas que por ventura no alcançase,
Y porque tanto pierde y se desdora,
La que es buena y cortes correspondencia,
Quanto vemos que tiene de tardança,
Don Iuan sin detenerse ni tardarse,
Obedecio la carta, y esto hizo,
Ante escriuano publico rindiendo,
Su vida, su persona, y su hazienda,
A vuestro Real seruicio sin que cosa,
Quedase reseruada que no fuesse,
En sola aquesta causa dispensada,
Y luego embio poder à don Fernando,
A don Christoual, y à Luys Nuñez Perez,
Tambien à don Alonso sus hermanos,
Todos varones ricos, y con esto,
Gallardos cortesanos, y muy diestros,
Para estas y otras cosas señaladas,
Estos capitularon la jornada,
Faborecidos siempre y amparados,
De aquellos dos doctissimos varones,
Santiago del Riego, y Maldonado,
Columnas del Audiencia, y del derecho,
Cibil, muy grandes y altos obseruantes,
Tambien los fuertes hombros arrimaron,
Con todas sus haziendas y personas,

Chris-

Chriſtoual de Zaldibar, y Franciſco,
De Zaldibar, Lequetio, y don Antonio,
De Figueroa, à quien tambien ſiguieron,
Vicente de Zaldibar y Bañuelos,
Ruidiaz de Mendoza, y con eſte,
Don Iuan Cortes, del gran Cortes viznieto,
Y don Iuan de Gueuara, à quien ſeguia,
Tambien Iuan de Zaldibar hijo illuſtre,
De aquel varon famoſo que primero,
Entrò por eſtas tierras que buſcamos,
Al fin prendas los mas de aqueſtos Heroes,
De Iuanes de Toloſa cuios braços,
Fundaron con esfuerço y lebantaron,
La famoſa Ciudad de Zacatecas,
Y aquel inſigne Salas memorable,
Primero Alcalde deſta Ciudad rica,
Rica digo ſeñor, pues cien millones,
Sabemos ya por cuenta ſe han quintado,
Dentro de ſus goteras no canſadas,
De abrir ſus ricas venas por ſeruiros,
Y qual feroz Leon que la braueza,
Rinde al que ve rendido ſin ſoberuia,
Aſsi don Iuan pidio que ſolo vn punto,
Pidieſen de ſu parte, y no otra coſa,
Y fue que ſe le dieſe mano abierta,
Para poder hazer caſtigo entero,
O para perdonar ſi conuinieſe,
Aquellos que ſe fueron contra vando,
Porque ſeria poſsible auer tenido,
Tan noble proceder que fueſſe juſto,
Que à todos con las vidas los dexaſſen,
Pues como ſus agentes con acuerdo,
Vbieſſen eſta entrada ya aſſentado,
Sin perder tiempo el General prudente,
Cuyo titulo graue acompañaua,
El de Gouernador, y adelantado,
Hizo Maeſe de Campo ſin tardança,

A don Iuan de Zaldibar, y à Iuan Guerra,
Nombrò por ſu teniente, y luego puſo,
Sobre ſus brauos hombros el gran peſo,
Gouierno y mageſtad de todo el campo,
Y porque en todo vbieſſe buen deſpacho,
Tambien quiſo nombrar por ſu teniente,
A don Chriſtoual para todo aquello,
Que fueſſe neceſſario ſe hizieſſe,
En la illuſtre Corte Mexicana,
Y al Capitan Vicente de Zaldibar,
Por Sargento mayor nombrò, y por cabo,
Y qual ſuelen las Aguilas Reales,
Que à los tiernos polluelos de ſu nido,
Largo trecho los ſacan y remontan,
Para que con esfuerço cobren fuerças,
En el libiano buelo, y del ſe balgan,
En prouechoſa y dieſtra alteneria,
Aſsi determinò don Iuan ſalieſe,
Su hijo don Chriſtoual, niño tierno,
Para que con el fueſſe y ſe adeſtraſe,
Sirbiendoos gran ſeñor en el oficio,
De la importante guerra trabajoſa,
Siendo teſtigo fiel de ſus palabras,
Para que con las obras que alli vieſe,
Le tuuieſſe deſpues en bien ſerbiros,
Por vnico dechado, y claro exemplo,
Imitando en aqueſto al dieſtro Vlixes,
Quando del regalado y blando trato,
Que tuuo entre las damas y donzellas,
En el Real palacio el brauo Achiles,
Que del quiſo ſacarle porque ſupo,
Lo mucho que importaua à toda Grecia,
Aſsi quiſo que del regalo dulze,
De ſu querida patria, y deudos caros,
Salieſe para impreſſa en ſi tan alta,
Y como en grandes juſtas y torneos,
Todo ſe enciende, alegra, y alborota,

Triunfa,

Triunfa, gaſta, derrama, y ſe diſpende,
Aſsi muchos guſtoſos y contentos,
Con toda prieſa juntos ſe apreſtaron,
Y no con mas preſteza las auejas,
Al ſol en ſus labores ſuelen verſe,
En la ſazon que ſacan ſus enjambres,
Por los floridos campos quando empieça,
El nueuo Abril ſu fuerça, o quando hinchen,
De aquel licor ſabroſo y regalado,
Los bien compueſtos vaſſos que ordenados,
Eſtan para el efecto, y aſsi juntas,
Las vnas à las otras ſe ſocorren,
Qual vimos los ſoldados ſocorrerſe,
Los vnos à los otros, y apreſtarſe,
Y heruoroſos todos y alentados,
Gaſtando ſus haziendas ſe aſſentaron,
A profeſſar el vſo y exercicio,
Del gallardo eſtandarte que arbolaron,
Echaron luego vandos y contentos,
Por las calles mas publicas y plaças,
Pregonaron aquellas libertades,
Que concedeis ſeñor à los que os ſiruen,
En el oficio duro de las armas,
Tocaronſe clarines lebantados,
Los pifanos y cajas con vizarro,
Eſtrepitu y ruido de ſoldados,
Brauos, diſpueſtos, nobles, y animoſos,
Y en prueuas de la guerra bien curſados,
Pues eſtando ya todos preuenidos,
Y con maduro acuerdo pertrechados,
Rabiando por ſalir y deſpacharſe,
Como à los guſtos ſiempre ſe les ſigue,
Vn millon de diſguſtos y tormentos,
Llegò ſeñor la flota, y como en ella,
Mandò vueſtro gran Padre y ſeñor nueſtro,
Que don Luys de Velaſco ſe partieſe,
Y que al Piru ſe fueſſe, y que quedaſe,
Gouer-

Gouernando el ſeñor de Vlloa y Bietma,
Conde de Monte Rey à nueua Eſpaña,
Como la torpe inuidia ſiempre buſca,
Veredas y ocaſiones donde pueda,
Bomitar ſu mortiſera ponçoña,
Con ſola eſta mudança fue rompiendo,
Y al nueuo Viſorrey ſe fue acercando,
Y qual el tentador que con cubierta,
De grande ſantidad ſolo atendia,
A ſalir con ſu cauſa, y con ſu hecho,
Aſsi ſe fue llegando aqueſta beſtia,
Haziendo relacion de nueſtra entrada,
Y como toda eſtaua encomendada,
Siendo de tanta alteza y excelencia,
A quien era impoſsible la hizieſſe,
Y ſupole intimar tambien el caſo,
Que le dexò ſuſpenſo, y con cuydado,
Y como el pecho noble tanto es facil,
Quanto es mas reboçado el trato doble,
Deſſeoſo el Virrey de bien ſeruiros,
A don Luys de Velaſco eſcriuio luego,
Vna carta Cortes, ſobre eſte caſo,
Pidiendo que con pies de plomo fueſſe,
Y que eſta nueua entrada dilataſe,
En el inter que à Mexico vinieſſe,
Y con eſto eſcriuio tambien à Eſpaña,
Con notable ſecreto y gran recato,
A vueſtro Real Conſejo que ſi fueſſen,
De parte de don Iuan à que aprouaſen,
Aqueſte aſsiento y cauſa ya tratada,
Se ſuſpendieſe todo y dilataſe,
Haſta que èl de otra coſa dieſſe auiſo,
Porque por no tener tomado el pulſo,
Ni tentado los vados deſta tierra,
De preſente juzgaua conuenia,
Que aquello ſe hizieſſe, y no otra coſa,
Y como no nos baſta tener limpia,

El

El alma, y la conciencia, ſi con eſto,
Con toda diligencia no ſe quitan,
Indicios y ſoſpechas que lebantan,
Eſcandalos y culpas en aquellos,
Que libres deſde afuera nos imputan,
Aſsi qual Iulio Ceſar que no quiſo,
Sufrir, tuuieſſe culpa ſu conſorte,
Mas libre de ſoſpecha quiſo fueſſe,
Aſsi el Virrey diſcreto tracendiendo,
Como prudente, ſabio, y recatado,
Alguna gran calunnia por la carta,
Que recibio del Conde, luego hizo,
Qual pratico piloto recatado,
Que las tendidas velas aſſegura,
Antes que los aſſalte gran borraſca,
Vna fuerte prouança tan baſtante,
Acerca de los Padres y los deudos,
Perſona, diſcrecion, prendas, y partes,
Del don Iuan, que ninguno en nueua Eſpaña,
Pudo con mas juſticia competirle,
Aqueſta noble impreſſa que le dieron,
Pues en el inter que los dos Virreyes,
Pudieron ventilar aqueſte hecho,
Qual freſca flor que luego ſe marchita,
Sin el deuido riego que la enciende,
Aſsi ſe fue ſecando y marchitando,
Todo el luzido campo lebantado,
Caiendo del buen nombre que tenia,
Y como el vulgo es ſiempre tan amigo,
De nouedad confuſſa y alboroto,
Alborotados juntos en corrillos,
Dezian y afirmauan ſin verguença,
Aquello que la inuidia vil infame,
A todos publicaua y les dezia,
Dios nos libre ſeñor de aqueſta ſierpe,
Cuia fiera braueza es coſa cierta,
No tiene rayo el Cielo que aſsi rompa,

Deſ-

Deſtruia, desbarate, ni deſtroçe,
La fuerça de virtud qual es ſu lengua,
Eſta causò la muerte al que primero,
Partio de aqueſta vida trabajoſa,
Eſta hizo que el hombre no tuuieſſe,
Segura ſu conciencia, y ſe saluaſe,
Eſta poblò el infierno, y fue primera,
En deſpoblar el Cielo, y tuuo aliento,
Para atreuerſe à Dios, mirad que tiro,
Y à quantos derribò que ya los vimos,
Sobre el impireo Cielo colocados,
Viendo pues los ſoldados que arraſtrauan,
Tan altos penſamientos por el ſuelo,
Por ſolo deshazer aqueſta entrada,
Y que eſtauan ya todos tan gaſtados,
Deshechas ſus haziendas y negocios,
En que eſtauan de aſsiento entretenidos,
Afligidos los vnos y los otros,
Qual vemos à los flacos nauichuelos,
De gran fuerça de vientos combatidos,
Cortar aprieſa rizas, y rendirſe,
A la inclemencia braua poderoſa,
Aſsi todos perdidos zozobrados,
Eſtauan ſin conſuelo ya rendidos,
Mas el Gouernador y ſu teniente,
Como esforçados viendo la tormenta,
Y deshecha borraſca que cargaua,
Con tantos deſatinos y juicios,
Como la gente toda concebia,
Diziendo que no auiendo de hazerſe,
Aquella entrada, que porque reſpecto,
A todos los auian engañado,
Otros à grandes bozes publicauan,
Que aſſolados à todos los tenian,
Sin poder lebantar jamas cabeça,
Y como aqueſto mucho laſtimaua,
Quales dieſtros bridones deſembueltos,

Que

Que à fuerça de la eſpuela y duro freno,
En manijos ligeros la braueça,
Del cauallo animoſo deſembueluen,
Aſsi el Gouernador y ſu teniente,
Cuias ſuabes lenguas parecian,
Que las miſmas auejas endulzauan,
Segun que con Platon, y el ſabio Omero,
Es publico y notorio lo hizieron,
Aſsi con mucha fuerça de razones,
Dulzes palabras, y ſentencias viuas,
Los fueron gouernando y ſoſſegando,
Haſta que vino nueua que ſe auian,
Viſto los dos Virreyes en Oculma,
En cuyo pueſto fue informando luego,
Don Luys de Velaſco con auiſo,
De la buena eleccion que auia hecho,
Y viendo manifieſto el deſengaño,
Qual ſuelen apagarſe y deshazerſe,
Los lebantados Aſtros que bañados,
Se ven del ſol heridos quando viene,
Raſgando la mañana alegre y clara,
Aſsi el de Monte Rey quedò ſuſpenſo,
Del todo ſatisfecho y agradado,
Al qual don Iuan auia con prudencia,
Eſcritole vna carta corteſana,
Dandole el para bien de ſu venida,
Y como la gran prieſa que tenia,
En el deſpacho deſta nueua entrada,
Cerraba los caminos que era juſto,
Eſtuuieſſen auiertos y trillados,
Para ſolo ofrecerſe en ſu ſeruicio,
Partiendo ſin tardança y luego fuera,
Sino dexara ſin remedio aquello,
Que con tan viua fuerça le pedia,
Suplicole aſsimiſmo que ſi fueſſe,
Su perſona de efecto para el caſo,
Que le tenian dado y encargado,

Que

Que ſin ſu bendicion no permitieſe,
Que coſa ſe hizieſſe, ni acabaſe,
Con eſto, y con la ſuerça que puſieron,
Aquellos dos Iuezes que hemos dicho,
Y todos, los agentes cuidadoſos,
Con notable contento luego el Conde,
A don Iuan reſpondio con vn correo,
Moſtrandoſele grato y obligado,
Al parabien que dio de ſu venida,
Y voluntad ſenzilla que moſtraua,
Tener à ſu perſona y à ſus coſas,
Y que en lo que tocaua à ſus deſpachos,
Auia ya moſtrado ſentimiento,
De que no los tuuieſſe deſpachados,
Don Luys de Velaſco pues podia,
Como miniſtro de tan gran prudencia,
Y tambien acertado en coſas graues,
Por cuia juſta cauſa le era fuerça,
Aprouar todo aquello que eſtuuieſſe,
Tratado, y aſſentado, ſin que coſa,
En ninguna manera ſe alteraſe,
Y aſsi determinaua, y le ordenaua,
Que con la vendicion de Dios y ſuia,
Salieſſe ſin eſtorbo, y ſe partieſſe,
Ofreciendo con veras de aſsiſtirle,
Sin faltarle jamas en todo aquello,
Que para proſeguir tan juſto intento,
La experiencia y el tiempo le enſeñaſen,
Y porque pueda yo dezir las coſas,
Que à tan buenos principios ſucedieron,
Quiero con atencion buſcar vereda,
Por do mi toſca pluma por atajo,
Pueda ſalir à luz de tal trabajo.

CANTO SEPTIMO.

DE ALGVNOS SVCESSOS BVENOS, Y MALOS, DE LA jornada, y de vna cedula Real, y mandamiento del Virrey, que ſe intimò à don Iuan, para que hizieſſe alto, y no proſiguieſse la jornada.

AQVESTA vida triſte miſerable,
Solo vemos ſeñor que ſe ſuſtenta,
De mezquinas y vanas eſperanças,
Cuia corta ſubſtancia apenas llega,
A entrar por nueſtras puertas quando luego,
De ſubito ſe hunde y deſuanece,
Tan ſin raſtro de auer alli llegado,
Qual ſi nunca jamas vbiera ſido,
Cuia verdad viſsible bien nos mueſtra,
Aqueſta pobre hiſtoria que eſcreuimos,
Donde vereys gran Rey que eſtando el campo,
Alegre con la carta regalada,
Que el Conde deſpachò con tanto guſto,
Y ſin eſto animado y alentado,
Con la mucha preſteza y diligencia,
Con que los eſtandartes deſpachaua,
Al brauo Californio deſcuidado,
Del Cantabro gallardo que nombraron,
Por General del campo poderoſo,
Que para aquella entrada fue criando,
De bella ſoldadeſca y oficiales,
En armas y quebrantos bien curtidos,
Para lleuar trabajos tan peſados,
Quanto jamas ningunos padecieron,

Sulcando el brauo mar con gran tormenta,
Y la tendida tierra con deshechas,
Fortunas y miſerias nunca viſtas,
Y aſsi por no poder ya ſer ſufridos,
Entrando por ſus tierras eſtos brauos,
Viendo el heroico esfuerço que moſtrauan,
Poderoſo ſeñor en bien ſeruiros,
Bomitados del mar, y de la tierra,
Al fin boluieron eſtos esforçados,
A vueſtra nueua Eſpaña donde muchos,
Famoſos Eſpañoles que quiſieron,
Armar aqueſta entrada, y lebantarla,
Quedaron aſſolados y perdidos,
Mas no canſados Rey de las fatigas,
Miſerias y trabajos ya paſſados,
Cuia grandeza es laſtima deshecha,
Se quede para ſiempre ſepultada,
En materia tan llena y tan honrroſa,
De hechos hazañoſos rebocando,
En campo tan vizarro y tan tendido,
Quanto no fue poſsible mas tenderſe,
Pues dexando ſeñor aqueſto en vanda,
Que pide muy gran pluma lo que encubre,
Como el deſpacho bueno de vna coſa,
Promete à la que viene buen ſuceſſo,
Y mas quando conuienen en los fines,
Para que ſon las dos ſaborecidas,
Viendo quan bien el Conde deſpachaua,
Aqueſta braua entrada que hemos dicho,
Todos mas alentados y esforçados,
Vn proſpero ſuceſſo conozido,
De todas nueſtras cauſas eſperamos,
Y aſsi el Gouernador ſolo aguardaua,
No mas que à ſus deſpachos confirmados,
Y como aquel primero Padre à ſolas,
No pudo ſer Igleſia lebantada,
Mas que principio della conocido,

Por-

Porque ninguna cofa le faltafe,
Pidio le dieffen Religiofos graues,
De buena vida y fama, pues con ellos,
Mas que con fuerça de armas pretendia,
Seruiros gran feñor en efta entrada,
Y alibiaros la carga de los hombros,
Que es fuerça fuftenteis mientras el mundo,
Nueftra ley facrofanta no guardare,
Eftando todo vnido y congredado,
Debajo de vn Paftor, y de vn rebaño,
Por cuia jufta caufa fue nombrado,
Por Comifario, y Delegado illuftre,
Con plena poteftad de aquel monarca,
Iuez vniuerfal de todo el mundo,
Fray Rodrigo Duran, varon prudente,
Y en cofas de gouierno gran fupuefto,
Y por el tribunal del fanto Oficio,
Entrò con fanto esfuerço trabajando,
El buen fray Diego Marquez perfeguido,
De aquellos luteranos por quien vino,
A fer primero mouedor, y el todo,
De todo aquefte campo lebantado,
Vino fray Baltafar, y fray Chriftoual,
De Salazar, en letras eminente,
Y con ellos vinieron otros Padres,
De fingular virtud y claro exemplo,
Y como apenas llega el bien que viene,
Quando cien mil difguftos nos fatigan,
Refuelto ya el Virrey en defpacharnos,
Vbo de reformar algunas cofas,
Por parecerle jufto fe alterafen,
Que eftauan ya tratadas y affentadas,
En razon de franquezas y effenciones,
A nueuos pobladores concedidas,
Y como la eftrecheza y efcafeça,
De libre libertad y nobles fueros,
Es la que mas aflige, y mas laftima,

A

A los hidalgos pechos que ſe meten,
Por medio de las picas enemigas,
De vueſtra Real corona, y alli rinden,
Las vidas, y las almas, por ſeruiros,
Lleuaron con grandiſsimo diſguſto,
Todos los mas del campo trabajado,
Eſta reformacion que el Conde hizo,
Diziendo en los corrillos, y en la plaça,
Que lo vna vez tratado y aſſentado,
No era ley ni juſticia ſe alteraſe,
Principalmente auiendo ſido el pacto,
Con ligitima parte celebrado,
Por cuia cauſa todos ſus haziendas,
Auian ya deshecho y conſumido,
Por cumplir ſus aſsientos ya aſſentados,
Con ſu Rey natural, cuia palabra,
Era fuerça ſin quiebra ſe cumplieſe,
Y que imbiolablemente ſe guardaſe,
Pues que en bajo lugar conſtituido,
El hombre, o en el mas alto lebantado,
Tener de Rey palabra y mantenerla,
Era lo que illuſtraua y lebantaua,
El claro reſplandor de ſu perſona,
Y aſsi todos rebueltos y alterados,
Maldiciendo la entrada ſe quejauan,
Diziendo los auian engañado,
Y echadolos por puertas ya perdidos,
Y como por ley juſta en la milicia,
Las armas ſe ſuſpenden quando tocan,
A retirar, aſsi fue retirando,
Don Iuan y ſu teniente à los ſoldados,
Frenando ſus diſguſtos de manera,
Que todos ſoſſegados concedieron,
Con lo que el Conde hizo por dezirles,
El pobre cauallero laſtimado,
Que con acuerdo ſanto y con juſticia,
Fue todo aquello hecho y ordenado,

Y

Y como en el inchado mar ſoberuio,
Sobre vna gran reſaca otra rebienta,
Y en la tendida plaia ſe deshaze,
En blanca eſpuma toda combertida,
No de otra ſuerte vino rebentando,
Con deshecha tormenta y terremoto,
Vna gran ſierra de agua lebantada,
Imputando à don Iuan à grandes vozes,
No menos que de aleue à la corona,
Con que ceñis ſeñor las altas ſienes,
Mas à penas llegò quando la vimos,
Toda deshecha, llana, y quebrantada,
En la inoçente roca donde quiſo,
Quedar en blanca eſpuma combertida,
Color de la inocencia que tenia,
Aquel que pretendio manchar ſin culpa,
Y como ſiempre arrima algun conſuelo,
La mageſtad inmenſa al afligido,
Y mas ſi con esfuerço ſufre y paſſa,
El peſo del trabajo que deſcarga,
Aſsi vimos que vino gran conſuelo,
Por todo vueſtro campo ya rendido,
Con vn turbion de coſas que la inuidia,
Y fuerça de mentira à boca llena,
Sin genero de rienda publicauan,
Por ſolo deshazerlo y deſtruyrlo,
Mas poco les valio, porque tras deſto,
Quiſo vueſtro Virrey hazer deſpacho,
Mandando que don Lope ſe partieſe,
Y como ſu teniente deſpachaſe,
A todo aqueſte campo, y que hizieſſe,
Viſita general de gente y armas,
Y que tambien hizieſſe çala y cata,
De todos los pertrechos ofrecidos,
De parte de don Iuan, y ſus agentes,
Y que ſi lleno todo lo hallaſſe,
Que libremente luego permitieſſe,

Hi-

Hizieſſe ſu jornada y la acabaſſe,
Y que Antonio Negrete ſecretario,
Hizieſſe aquel deſpacho por la pluma,
Para todo lo qual mandò vinieſſe,
Franciſco de Eſquibel por comiſario,
Con cuios oficiales quiſo el Conde,
Para mas animar aqueſta entrada,
Eſcreuir à don Iuan con gran regalo,
Iuzgandole por pratico en las coſas,
De aquella grande impreſſa que lleuaua,
Suplicando con eſto à Dios le dieſſe,
Tan proſpero ſuceſſo, y buen viage,
Qual ſiempre deſſeaua que vinieſſen,
Por las illuſtres prendas y las partes,
Que ſu perſona y deudos merecian,
Y qual aquel que con ſeñales claras,
La fuerça de ſu intento nos deſcubre,
Aſsi vueſtro Virrey quiſo aduertirle,
Que mas por cumplimiento del oficio,
Que por ſoſpecha alguna que tuuieſſe,
Del pleno cumplimiento de ſu aſsiento,
Mandaua que don Lope le tomaſe,
Viſita general, y que eſperaua,
Que todo lo ternia tan cumplido,
Que aſsi para el don Iuan la diligencia,
Vendria tan colmada, y tan honrroſa,
Como para el deſcargo del oficio,
Que de vueſtro Virrey exercitaua,
Y con eſto tambien le fue diziendo,
Otras muchas caricias regaladas,
Con que contentos todos eſtimaron,
Su proſpera fortuna y buena andança,
Cuio fabor gallardo bien moſtraron,
Solenizando fieſtas y torneos,
Quinientos buenos hombres esforçados,
Que para aqueſta entrada ſe juntaron,
Todos ſoldados viejos conocidos,

Y entre baruaras armas ſeñalados,
Mas como ſiempre el tiempo faborable,
Deſaparece y queda ſurto en calma,
Aquel que permanece ſiempre eſtable,
Deſpues de todo aqueſto que hemos dicho,
Auiendo mucho tiempo ya paſſado,
Llegò luego vn correo con gran prieſſa,
Pidiendo albricias por el buen deſpacho,
De las nueuas alegres que traia,
De vueſtro Viſorrey, en que mandaua,
Que luego todo el campo ſe apreſtaſe,
Y que la noble entrada proſiguieſſe,
Y como eſtà mas cerca del engaño,
Aquel que eſtà mas fuera de ſoſpecha,
Aſsi fue, que el correo aſſegurado,
Con gran contento entrò y dio ſu pliego,
El qual ſe abrio en ſecreto, y con recato,
Que ninguno ſupieſſe ni entendieſſe,
Lo que el cerrado pliego alli traia,
Y como no ay ſecreto tan oculto,
Que al fin no ſe reuele y ſe nos mueſtre,
El que en aqueſte pliego ſe encerraua,
Contra las buenas nueuas que el correo,
Con inociencia à todos quiſo darnos,
Sin quitar vna letra ni añidirla,
Quiero con atencion aqui eſcriuirla.

EL REY.

CONDE de Monte Rey, pariente, mi Virrey Gouernador, y Capitan General, de la nueua Eſpaña, o a la perſona, o perſonas, a cuyo cargo fuere, el gouierno della: auiendo viſto la carta que me eſcriuiſtes, en veynte de Diziembre, del año paſſado, en que tratays del aſsiento

que

que el Virrey don Luys de Velaſco, vueſtro anteceſſor, auia tomado con don Iuan de Oñate, ſobre el deſcubrimiento del nueuo Mexico, y las cauſas porque dezis os deteniades, en la reſolucion, aduirtiendo, que conuenia no aprouar el concierto, ſi aca ſe acudieſſe a pedirlo, por parte del dicho don Iuan de Oñate, haſta que me boluieſſedes a eſcreuir, y conſultadoſeme por los de mi Real Conſejo de las Indias, con ocaſion de auerſe ofrecido don Pedro Ponçe de Leon, ſeñor que diſque es, de la villa de Bailen, à hazer el dicho deſcubrimiento, è determinado que ſe ſuſpenda la execucion de lo capitulado, con el dicho don Iuan de Oñate. Y aſsi os mando no permitais que haga la entrada, ni la proſiga, ſi la obiere començado, ſino que ſe entretenga, haſta que yo prouea, y mande lo que me pareciere conuenir, de que ſe os auiſara con breuedad. Fecha en Azeca, a ocho de Mayo, de mil y quinientos y nouenta y ſeys años. Yo el Rey, por mandado del Rey nueſtro ſeñor, Iuan de Yuarra.

Tras cuia cedula, para mas fuerça embio el mandamiento que ſe ſigue:

MANDAMIENTO DEL VIRREY.

DON Gaſpar de Zuñiga, y Azeuedo, Conde de Monte Rey, ſeñor de las caſas y eſtado de Biedma, y Vlloa, Virrey, lugar teniente, y Capitan General de ſu Mageſtad, en eſta nueua Eſpaña, y Preſidente de la Real Audiencia, y Chancilleria, que en ella reſide. A vos don Lope de Vlloa, Capitan de mi guarda, a quien cometi la viſta tocante a la mueſtra y aueriguacion del cumplimiento del aſsiento que con don Iuan de Oñate eſta tomado, acerca la jornada del deſcubrimiento, pacificacion, y conuerſion

de

de las Prouincias del nueuo Mexico, con nombramiento de mi lugar teniente, para preuenir, ouiar, y caſtigar las deſordenes, y exceſos, que los ſoldados, y gente de la dicha jornada hiziere, en el tranſito è camino deſte viage. Sabed que por cedula del Rey nueſtro ſeñor, a mi dirigida, dada en Azeca, a ocho de Mayo, deſte año de mil y quinientos è nouenta y ſeys, ſe me manda, y ordena, no permita, que el dicho don Iuan de Oñate, haga la entrada del dicho nueuo Mexico, ni la proſiga, ſi la vbiere començado, ſino que ſe entretenga, haſta que ſu Mageſtad prouea y mande, lo que le pareciere conuenir: y que deſto me embiarà auiſo con breuedad, porque entre tanto ſu Mageſtad à determinado ſe ſuſpenda, la execucion de lo capitulado, con el dicho don Iuan de Oñate: ſegun todo conſta de la dicha Real cedula original, que con eſte mi mandamiento vos embio. Y porque conuiene que conſte al dicho don Iuan de Oñate, lo que ſu Mageſtad manda, para que lo guarde y cumpla, os mandamos notifiqueis, y hagais notificar, al dicho don Iuan de Oñate, la dicha Real cedula original, y anſi miſmo eſta mi orden, y mandamiento, para que lo guarde y cumpla, como en el ſe contiene. Para lo qual, en nombre de ſu Mageſtad, y mio, como Virrey, lugar teniente ſuyo, y Capitan general, ſupremo, deſta nueua Eſpaña, y de las Prouincias y jornada, del nueuo Mexico: mando al dicho don Iuan de Oñate, que guardandola, y cumpliendola, luego que eſte mi mandamiento por vos le ſea notificado, y hecho notificar, haga alto, y no paſſe de la parte y lugar, donde ſe le notificare, ni conſienta paſſar la gente que tiene lebantada, ni los baſtimentos, municiones, y bagajes, ni otra coſa alguna, ni proſiga la dicha jornada, antes la ſobreſea y entretenga, haſta ver nueua orden de ſu Mageſtad, y mia, en ſu Real nombre: y en defecto de no lo cumplir, en caſo que paſſe adelante contra lo proueido en la dicha Real cedula, y por mi mandado, en eſte mi mandamiento, ſino fuere algunas

pocas leguas, y con expreſo permiſo vueſtro, por eſcrito, para mejor entretener la dicha gente, deſde luego en el dicho Real nombre, reboco y anulo, los titulos, patentes, y condutas, prouiſiones, comiſsiones, y otros recaudos, que en nombre de ſu Mageſtad ſe han dado, al dicho don Iuan de Oñate, y a los Capitanes, y oficiales, que el nombrò, para la dicha jornada, y para el efeto della, para que en manera alguna no vſen, ni puedan vſar dellos, con apercibimiento, que lo contrario haziendo, no ſe le cumplira coſa, que en ſu fabor eſte otorgada, en el dicho aſsiento y capitulaciones, y ſe procedera contra ſus perſonas y vienes, como contra tranſgreſſores, de las ordenes, è mandatos de ſu Rey, è ſeñor natural, y como contra vaſſallos rebeldes y desleales, vſurpadores del derecho de los deſcubrimientos, entradas, y conquiſtas de Prouincias, a ſu Mageſtad pertenecientes, que para los proceſſos que en razon deſta inobidiencia, rebeldia, y delito tan graue, ſe ouieren de hazer, deſde luego los llamo, cito, y emplaço, para que dentro de ſeſenta dias, de la notificacion deſte mandamiento, pareſcan perſonalmente en eſta Ciudad de Mexico, en las caſas Reales della, donde es mi morada, ante mi perſona, y las de los Iueces que para el conocimiento de las dichas cauſas, yo nombrare, donde pareciendo ſeran oydos, y ſe les hara juſticia: y no pareciendo, en auſencia ſuya, y por ſu rebeldia ſe procedera, y ſe les notificaran los autos en eſtrados, y les pararan tanto perjuizio, como ſi en ſus propias perſonas, ſe les notificaſen. Lo qual mando como dicho es, no ſolo al dicho don Iuan, ſino a los Capitanes, ſoldados, oficiales, y gente que va a la dicha jornada, en qualquier manera, y a cada vno dellos, con los dichos apercibimientos y penas, citaciones, y ſeñalamiento de eſtrados: y que eſte mi mandamiento ſi os pareciere, ſe notifique a los Capitanes, y oficiales del dicho campo, que eſtan preſtos para la dicha jornada: y luego que os pareſca, para que venga a noticia dellos,

y

y de los demas ſoidados, y gente dicha, y hagais echar vando publico, para que ſe publique, declarando a todos los dichos oficiales, ſoldados, y gente que en qualquier manera van a la jornada, que ſo pena de la vida, y perdimiento de vienes, y de ſer como dicho es, auidos por vaſſallos rebeldes, y desleales a ſu Mageſtad, no paſſen adelante ſu viage, y en razon dello, no ſigan, ni ouedeſcan al dicho don Iuan. Y aſsi lo proueiò, è mandò, que eſte mi mandamiento vaya refrendado, de Iuan Martinez de Guilleſtigui, mi Secretario, y haga tanta fee, como ſi por gouernacion fueſſe deſpachado: por quanto en virtud de la Real cedula particular, que yo tengo, para deſpachar, en los caſos que me pareciere, con Secretarios mios: mando, por juſtos reſpectos, que el dicho mi Secretario lo refrende. Fecho en Mexico, a doze de Agoſto, de mil y quinientos è nouenta è ſeys años. El Conde de Monte Rey. Por mandado de ſu ſeñoria, Iuan Martinez de Guilleſtigui.

Con eſtas notificaciones, el Gouernador quedò ſuſpenſo: y porque yo lo eſtoy, quiero al ſiguiente canto remitirme.

* * * * * *
* * * * *
* * * *
* * *
* *

CANTO OCTAVO.

DE LA RESPVESTA QVE DIO DON IVAN DE OÑATE, a la notificacion que ſe le hizo, y de la prudencia y diſcrecion, con que hablò a todo el campo, y fieſtas que ſe hizieron de contento, y del generoſo ofrecimiento de Iuan Guerra ſu teniente, y de otros trabajos que a eſtas fingidas alegrias ſucedieron.

QVIEN vio jamas ſeñor en eſte mundo,
Caduco, fragil, debil, mouedizo,
Sin notable diſcordia, paz alegre,
Guſtoſo rato, ſin triſteza amarga,
Manſo ſoſsiego, ſin pauor terrible,
Y en fin noble bonança, y tiempo bueno,
Sin aſpera tormenta, y gran borraſca,
O triſte condicion de mundo breue,
Y corto entendimiento de mortales,
Si ciegos no conocen ſus mudanças,
Sus Lunas, ſus enrredos, ſus traiciones,
Sus traças, ſus palabras, ſus reboços,
Tanto mas encubiertos quanto ſienten,
Los pechos de los nobles mas cenzillos,
Auiendo pues la inuidia con ſus redes,
Perſuadido al Virrey, porque alcançaſe,
La cedula Real que auemos dicho,
El pobre cauallero laſtimado,
De aquel nueuo accidente, y ofendido,
Qual ſuele con fortuna ſerle fuerça,
Sufrir al que nauega golfos brauos,
Aſsi con grande esfuerço y con paciencia,

Vn

Vn ancho y venenoſo mar beuiendo,
De mil amargas hieles enojoſas,
Temeroſo que todo ſe eſparcieſe,
Con nouedad tan grande, y ſe acabaſe,
Por atajar el paſmo que coſtaua,
Mas de quinientos mil ducados largos,
Con toda diligencia quiſo luego,
Acabar con don Lope le intimaſe,
Con el mayor ſecreto que pudieſſe,
La voluntad Real, y el mandamiento,
Que por vueſtro Virrey le fue embiado,
Pues haziendoſe aſsi, ſin mas acuerdo,
Qual ſuele reſponder con grato fruto,
La fertil ſimentera bien labrada,
Aquellos dos eſcritos fue tomando,
Y con grande reſpecto qual ſi fueran,
Coronas principales de dos Reynos,
Fueron en ſu cabeça lebantados,
Y buelto en vn gran monte de paciencia,
Tocandoles los labios fue diziendo,
Que aunque por juſtas cauſas y razones,
Pudiera ſuplicar de aquel mandato,
Por los daños y grande inconueniente,
Que de perderſe el campo ſe ſeguia,
Con todos ſus pertrechos y bagajes,
Que tanta hazienda y ſangre le coſtauan,
Que no queria hazerlo ni penſarlo,
Mas antes como leal vaſſallo vueſtro,
Con ſuma reuerencia obedecia,
La cedula Real y mandamiento,
Segun que en ella, y el ſe contenian,
Y que inuiolablemente guardaria,
Todo quanto alli ſe le ordenaua,
Sin que vna ſola letra quebrantaſe,
Y como todas eſtas diligencias,
Con gran ſilencio fueſſen acabadas,
Eſtaua todo el campo tan ſuſpenſo,

Quan-

Quanto anſioſſo por ver que contenia,
El buen deſpacho, y pliego, que el correo,
Con tan grande alegría auia traido,
Y para quitar dudas y ſoſpechas,
Qual ſuelen las caſtiſsimas auejas,
Que en ſabroſo licor vemos conuierten,
Aquello que es amargo y deſabrido,
Aſsi ſalio don Iuan la boca dulze,
Diziendo à grandes vozes con contento,
Señores compañeros que hazemos,
Entremos, y à la entrada no durmamos,
Que à peſar de fortuna eſtamos todos,
Con notables ventajas deſpachados,
Oyendo los ſoldados eſta nueua,
Qual ſuelen con aplauſo dar gran grita,
Los verdes años todos reboçando,
Aquel ſumo contento que nos mueſtran,
Al pretender de cathedras honrroſas,
Aſsi la ſoldadeſca toda junta,
Vn alarido fuerte fue ſubiendo,
Y à fuer de caualleros hijos dalgo,
Vizarros, y galanes, ſe juntaron,
En gallardos cauallos animoſos,
Y deſpues de vna gran carrera alegre,
Vna viſtoſa eſcaramuça hizieron,
Los mas famoſos hombres de à cauallo,
Por el Maeſe de campo, y gran ſargento,
Los dos valientes cuernos gouernados,
Entre los quales no con poco orgullo,
Vizarro el General aquella fieſta,
En vn brauo cauallo celebraua,
Y luego que canſados ſuſpendieron,
El regozijo y guſto con deſcuido,
Qual aquel diſcretiſsimo Zineas,
Que por ſu gran prudencia valio tanto,
Como el valiente Pirro por la eſpada,
Aſsi don Iuan con roſtro reportado,

Alegre,

Alegre, preuenido, y recatado,
Para mejor cubrir aquella herida,
Que tanto le afligia y laſtimaua,
El cauallo enjaezado, y enfrenado,
Luego que ſe apeo le dio en albricias,
Pagandole al correo el buen deſpacho,
Y preſta diligencia con que vino,
Por cuio hecho, y otros me parece,
Los Fauios, Cipiones, y Metellos,
Pompeio, Cilla, Mario, ni Locullos,
Y entre ellos Iulio Ceſar, no moſtraron,
En ſu tanto mas pecho à los trabajos,
Ni en ellos mas diſcretos anduuieron,
Que aqueſte illuſtre y alto cauallero,
O diſcrecion ſagaz que bien pareces,
Quando con buen auiſo aſsi deslumbras,
La viſta mas aguda, y tracendida,
Cerrando los caminos à las lenguas,
En coſas de importancia mal ſufridas,
No de otra ſuerte aquellos brauos Griegos,
A los dieſtros Troianos engañaron,
Quando el vello cauallo dentro en Troia,
Fue dellos todos juntos recebido,
Sabida pues la detencion del campo,
Por Iuan Guerra de Reſſa ſu teniente,
A quien con diligencia y gran ſecreto,
El miſmo General quiſo auiſarle,
Por ſer ſu deudo, y aſsi miſmo dueño,
De toda aqueſta cauſa lebantada,
Y vno de los vaſſallos importantes,
Que ciñen noble eſpada en vueſtras Indias,
Cuios agudos filos à ſu coſta,
Muchas fronteras grandes han guardado,
Que gran ſuma de plata os han valido,
Sin el colmo exceſsivo que os ofrecen,
De quintos ſus haziendas cada vn año,
Pues como en bien gaſtar exercitado,

Eſtaua

Eſtaua ya, y curtido en bien ſerbiros,
Aqueſte franco y brauo cauallero,
Qual illuſtre Iacob por la belleza,
De la linda Rachel de nueuo quiſo,
Aſſentàr con Laban, y darle guſto,
Sin mirar los ſerbicios ya paſſados,
Aſsi eſcriuio à don Iuan con nueuos brios,
Que cien mil peſos largos le ofrecian,
De fruto cada vn año ſus haziendas,
Ganados y adqueridos por ſu lança,
Que todos los gaſtaſe y conſumieſſe,
Moſtrandoſe qual ambar oloroſo,
Que quanto mas le afligen, y deshazen,
Mas es ſu viua fuerça y gran flagrancia,
Y que en manera alguna no moſtraſe,
La fuerça de ſu pecho vil flaqueza,
Porque el eſtaua alli que proueheria,
A todos los del campo, de las coſas,
Para poder valerſe neceſſarias,
Y como el gran Ioſeph quando preuino,
La gran fuerça de hambre que eſperaua,
Preuinole con tiempo que guardaſe,
Todos los vaſtimentos que tuuieſſe,
Y que en manera alguna los gaſtaſen,
Por cuia juſta cauſa agradezido,
Don Iuan le replicò con gran contento,
Haziendo mucha eſtima de ſu carta,
Reſpecto de ſer hombre cuias obras,
Hizieron gran ventaja à ſus palabras,
En coſas de importancia y de verguença,
Y aſsi luego por orden de don Lope,
Hizo alto con el campo en vnas minas,
De baſtimentos faltas, montes y aguas,
Que llaman las del Caſco, donde el Conde,
Deſpues de auer gran tiempo ya paſſado,
Mandò ſegunda vez que le intimaſen,
La cedula Real, y mandamiento,

Para

Para que con mas fuerça ſe abſtuuieſſe,
Y aquella noble entrada no intentaſe,
De que podia eſtar bien deſcuidado,
Por el grande reſpecto y reuerencia,
Con que don Iuan guardaua y acataua,
Las coſas de juſticia, y ſus miniſtros,
Y como ſuelen darſe à los enfermos,
Algunas medizinas con que alibian,
La fuerça del dolor que los laſtima,
Aſsi ſiempre el Virrey quiſo eſcriuirle,
Que no lleuaſe mal lo que ordenaua,
Porque aunque eſtaua cierto no haria,
Coſa con que manchaſe ſu perſona,
Que ſin mirar aqueſto que entendieſſe,
Que por ſola obſeruancia de juſticia,
Mas que por otra coſa ſe mandaua,
Que aquellas diligencias ſe hizieſſen,
Y que eſtuuieſſe cierto ſe dolia,
De todos ſus trabajos y diſguſtos,
Y aſsi cual los arroyos que de paſſo,
Refreſcan ſus Riberas, y lebantan,
Gracioſas arboledas, y las viſten,
De tembladoras hojas, y entretejen,
Diuerſidad de flores oloroſas,
Amenos prados, freſcos deleitoſos,
Y ſombras apazibles agradables,
No de otra ſuerte el Conde de contino,
A nueſtro General le entretenia,
Y qual ſi vn diamante fino fuera,
Cuia braua dureza empedernida,
No ay riguroſo golpe deſmandado,
Que ſin violencia alguna no reſiſta,
Aſsi fue reſiſtiendo, y contraſtando,
Las poderoſas hondas lebantadas,
Contra cuia braueza ſiempre vimos,
Que regaladas cartas le embiaua,
Pidiendole con veras ſe animaſe,

En esforçar la gente ya canſada,
Y del mucho eſperar deſeſperada,
Si queria gozar del buen ſuceſſo,
Y dichoſo remate de las coſas,
Que tan grandes trabajos le coſtauan,
Y que aunque no podia dar ſeguro,
Ni eſperanças calientes de remedio,
Que el eſperaua en Dios con gran firmeza,
Que vueſtra Mageſtad ſeria ſerbido,
De tener en memoria ſus trabajos,
Y que ſeria poſsible endereçarſe,
La mal torzida ſuerte deſgraciada,
Y con razon ſeñor dixo torzida,
Porque como al principio con cuidado,
Con zelo de ſeruiros fue eſtoruando,
Quando quiſo deſpues faborecernos,
Fue fuerça obedecer vueſtro mandato,
Y aſsi viendo don Iuan que le era fuerça,
Auer de padecer aquel trabajo,
Qual terniſsimo Padre laſtimado,
Que à fuerça de dolor y de quebranto,
Paſſa la furia del trabajo amargo,
Que con violencia y fuerça le laſtima,
De ver ſus caros hijos afligidos,
Por vna y otra parte deſtrozados,
No de otra ſuerte el noble cauallero,
Miraua todo el campo deſtruido,
Tambien à ſu Perlado ya canſado,
Los pobres Religioſos mal parados,
La flaca ſoldadeſca entretenida,
Con vno y otro engaño dilatado,
Y fuerça de palabras mal cumplidas,
La gente de ſeruicio y oficiales,
Los niños inocentes, y à ſus madres,
Sugetos à viuir à campo auierto,
Como ſi fueran veſtias ſin abrigo,
Por los tendidos prados deſpoblados,

Miraua

Miraua à ſu teniente, cuio pecho,
Deſpues de todo aqueſto que hemos dicho,
Auiendo con valor y grande esfuerço,
Por tiempo de año y medio ſuſtentado,
A todo aqueſte campo por diſiertos,
Y Paramos, que anduuo entretenido,
Como la groſedad de ſus haziendas,
Eſtaua por mil partes derramada,
Viendo que ſe gaſtaua à manos llenas,
Por todo aqueſte tiempo que hemos dicho,
Aqueſte exceſſo vino à tanto extremo,
Que no ſe vio ſoldado conozido,
Que en viendo hazienda ſuya, no dixeſſe,
Eſta hazienda es mia, y quando mucho,
Dezia nueſtra, ſi eran dos aquellos,
Que diſpenſar querian de ſus vienes,
Y como el tiempo todo lo deshaze,
Conſume, desbarata, y lo deſtruye,
Aſsi todos ſe fueron deshaziendo,
Por vna y otra parte derramando,
Viendo pues doña Eufemia, vna ſeñora,
De ſingular valor, y grande esfuerço,
Muger del Real Alferez Peñaloſa,
Hermoſa por extremo, y por extremo,
De bello, lindo, y claro entendimiento,
Que todos los del campo ya canſados,
Con tanta dilacion ſe deſpedian,
Y que otros aſsimiſmo ſe auſentauan,
Por no poder ſufrir tan gran trabajo,
Qual aquella gallarda y noble dama,
Que en medio de la cueſta memorable,
De aquel ſoberuio Arauco no domado,
El poco esfuerço, y triſte cobardia,
De toda vna Ciudad auergonçaua,
Aſsi eſta gran matrona à grandes vozes,
Dentro la plaça de armas fue diziendo,
Nobleza de ſoldados deſcuidados,

De-

Dezidme en que eſtimais el noble punto,
De aquellos coraçones que moſtraſtes,
Quando à tan dura guerra os ofreciſtes,
Dandonos à entender ſer todo poco,
Para harta la fuerça y excelencia,
De vueſtros brauos animos gallardos,
Si agora ſin empacho y ſin verguença,
Qual ſi fueradeis hembras vais boluiendo,
A coſa tan honrroſa las eſpaldas,
Que cuenta es la que dais ſiendo varones,
Deſto que à vueſtro cargo aueis tomado,
Si todo lo dexais en eſtas tocas,
Que de ver tal vageza, y tal afrenta,
Afrentadas las ſiento ya caidas,
Llenas de deshonor y corrimiento,
De ver en Eſpañoles tal intento,
Quando todo ſe pierda, y todo falte,
A de faltarnos tierra bien tendida,
Y vn apazible Rio caudaloſo,
Donde vna gran Ciudad edifiquemos,
A imitacion y exemplo de otros muchos,
Que aſsi ſu fama y nombre eternizaron,
Donde podemos yr que mas valgamos,
Frenad el paſſo, no querais mancharos,
Con mancha tan infame qual es fuerça,
Que ſobre todos vueſtros hijos venga,
Algo importò aqueſto que les dixo,
Aqueſta noble dama generoſa,
Mas como pocas vezes el esfuerço,
En flacos coraçones ſe detiene,
Qual flaco guſanillo que royendo,
Vn poderoſo, grueſſo, y alto pino,
Que al ſuelo le derriba, y hecho aſtillas,
En mil pedazos roto alli le dexa,
Aſsi faltos de fuerças ya rendidos,
Todos el noble campo deſpoblaron,
Mas qual aquella naue poderoſa,

Que

Que fue del gran dilubio combatida,
Que tanto mas fue ſiempre lebantada,
Quanto mas viuas aguas la embiſtieron,
Al fin como primera que en el mundo,
Se vido nauegar por aguas brauas,
Aſsi el Gouernador moſtraua ſiempre,
A todos ſus quebrantos tanto pecho,
Quanto mas los trabajos ſe esforçaron,
Eſtando pues el campo ya deshecho,
Fue fuerça que don Lope le tomaſe,
Viſita general, en cuio tiempo,
El General ſe ſupo dar tal maña,
Y Iuan Guerra de Reſſa ſu teniente,
Que hechando de ſus fuerças todo el reſto,
Sobraron diez mil peſos de buen oro,
De ſolos los pertrechos ofrecidos,
Con mas ſiete ſoldados de los hombres,
Que por concierto y pacto eſtaua pueſto,
Que auia de poner en campo armados,
Cuia grandeza y ſobra puſo eſpanto,
A toda nueua Eſpaña, porque auiendo,
Detenidoſe el campo tanto tiempo,
Era coſſa dificil tal exceſſo,
Y aſsi Luys Nuñez Perez ayudado,
De don Fernando, y don Chriſtoual luego,
Suplicaron al Conde deſpachaſe,
Aqueſta entrada, pues don Iuan auia,
Con colmo tan grandioſo, y lebantado,
La fuerça de ſu aſsiento ya cumplido,
Y como con cuidado el Conde eſtaua,
Aguardando el orden que de Eſpaña,
Mandauan que tuuieſſe en eſta entrada,
No pudo ſer poſsible que hizieſſe,
Coſa que alli nos fueſſe de importancia,
Y aſsi ſe fue ſegunda vez perdiendo,
El pueſto deſte campo reformado,
Por cuia cauſa el Conde ſiempre quiſo,

Ani-

Animarle con cartas, y esforçarle,
Pidiendo ſiempre no desfallecieſſe,
Porque ſeria poſsible que las coſas,
Se fueſſen entablando de manera,
Que fin dichoſo en todo ſe alcançaſe,
Y porque los canſados Religioſos,
De nueuo nueuas coſas nos ofrecen,
Sera bien nueua pluma aqui cortemos,
Y en nueuo canto todo lo cantemos.

* * * * * *
* * * * *
* * * *
* * *
*

CANTO NVEVE.

COMO SE BOLVIO CON ALGVNOS RELIGIOSOS, FRAY Rodrigo Duran, Comiſsario Apostolico de la jornada: y de otros trabajos que fueron ſucediendo: y como el Virrey mando à don Iuan ſe ſugetaſe à segunda viſita, o que mandaria derramar la gente: y venida del viſitador al deſpacho de la jornada, y contento que con el se tuuo: y del orden que tuuo en hazer ſu viſita, y coſas que en ella ſucedieron.

SI con fuerça de braços, y del tiempo,
Han de quedar perfectos y acabados,
Los memorables hechos que emprendemos,
La coſa mas gallarda y lebantada,
Que en ellos luze ſiempre y reſplandeze,
Deſpues que eſtan en pueſto bien obrados,
Es la importante ayuda de aſsiſtencia,
Sin cuia grande alteza la eſperança,
Queda en ſi toda muerta y zozobrada,
Eſtà con dilacion tan triſte y larga,
Vino à desfallezer y deſtroncarſe,
En el canſado hijo de Franciſco,
Fray Rodrigo Duran cuia grandeza,
De animo notable ya rendida,
Vino à dexar la plaça ſin embargo,
De vn gran requerimento que le hizo,
Pidiendole don Iuan que pues eſtaua,
Sobre ſus graues hombros ſuſtentado,
Como en coluna fuerte todo el campo,
Que

Que en ninguna manera permitieſſe,
Pues era coſa llana que en boluiendo,
La fuerça de la Igleſia la cabeça,
Que todo ſe aſſolaſe y deſtruieſſe,
Mas como ya la ſuerte echada eſtaua,
Reſpecto de dar cuenta à ſu Perlado,
De algunas coſas graues y ſecretas,
Sin replica ſalio por cuia cauſa,
Fray Baltaſar, y algunos otros Padres,
De notable importancia, nos dexaron,
Siguiendo ſus piſadas diſguſtoſos,
Y como à Rio buelto ſiempre vemos,
Sobre las turbias aguas muchas coſas,
Que nueua nouedad à todos cauſan,
Tras deſto luego vimos que quiſieron,
Ciertos ſoldados algo lebantados,
Hazer aqueſta entrada y proſeguirla,
Amotinando el campo cuio cancer,
Fue con ſuma preſteza y diligencia,
Del haſtuto ſargento remediado,
Cortando la cabeça al que queria,
Serlo de aqueſta cauſa perſeguida,
En eſte medio tiempo proueieron,
A don Lope de Vlloa que era amparo,
De todas nueſtras cauſas mal paradas,
Por General de China, y luego en eſto,
Dexandonos à todos vino nueua,
Como en Eſpaña eſtaua proueido,
Don Pedro Ponçe, vn grande cauallero,
De ſingular prudencia, y alto esfuerço,
Por General de toda aqueſta entrada,
Y temiendo el Virrey ſe deshizieſſe,
Toda la ſoldadeſca alborotada,
Con aqueſta mudança, y nueuo acuerdo,
Mandò hechar luego vando que la gente,
A ſus vanderas toda ſe juntaſe,
Y aqueſta entrada luego proſiguieſſe,

Tras

Tras cuio vando, ſin tardança alguna,
A don Iuan auiſsò como tenia,
Del Preſidente Pablo de Laguna,
Orden en que auiſaua, y ordenaua,
Que ſi entendieſſe que el don Iuan tenia,
Todo lo neceſſario preuenido,
Para hazer la entrada y proſeguirla,
Que luego libremente permitieſſe,
Que el ſolo la hizieſſe y acabaſe,
Y ſi cumplido todo no eſtuuieſſe,
Que ſin tardança alguna dieſſe auiſo,
Porque eſta cauſa luego remediaſſe,
Por cuias ocaſiones le ordenaua,
Que luego reſpondieſſe ſi tenia,
Expueſto todo aquello que importaua,
Porque ſin mas acuerdo proueheria,
Persona tal qual fueſſe conueniente,
Y general viſita le tomaſe,
A la qual era fuerça ſugetarſe,
Y que ſi no que luego mandaria,
Deſpedir à la gente, y derramarla,
Y que le parecia ſi no auia,
De cumplir por entero que hizieſſe,
Gentileza y ſeruicio illustre y alto,
A vueſtra Mageſtad en deſiſtirſe,
De aqueſta noble impreſſa començada,
Sin gaſtar mas hazienda, ni mas vida,
Que la que auia gaſtado y conſumido,
Aduirtiendo con eſto que ſi eſtaua,
De guſto y parecer que le tomaſen,
Segunda vez viſita, que ſeria,
El Comiſario dentro de dos meſes,
De toda aquella Corte deſpachado,
A cuia carta el General contento,
Al Conde replicò que aunque el auia,
Cumplido enteramente ſus aſsientos,
Que ſin embargo deſto, que el guſtaua,

Rendirſe ſin tardança, y ſugetarſe,
A ſegunda viſita, y à otras muchas,
Si fueſſe neceſſario ſe hizieſſen,
Y como en los dos Polos permanecen,
Los dos exes, tan fijos, y clauados,
Que eſperança ninguna no tenemos,
De verlos de ſus pueſtos apartados,
Aſsi ſin mouimiento eſtables firmes,
Don Iuan, y ſu teniente ſe moſtraron,
Reſpondiendo que aquella gentileza,
Era la que era fuerça ſe hizieſſe,
En vueſtro Real ſeruicio, y ſe acabaſe,
Pues como expueſto todo lo tuuieſſen,
Para el tiempo aplazado que les dieron,
Segun que lo demas paſſoſe en flores,
Porque no fue poſsible deſpacharſe,
A tiempo el Comiſario de la Corte,
Que pudieſſe venir ſin detenerſe,
Por cuia cauſa todos ſe quejauan,
Bien apretadamente, y con enojo,
Trayendo à la memoria las palabras,
Los plazos, y los tiempos mal cumplidos,
Que ſiempre el General les daua à todos,
Afirmando y jurando que eran trazas,
Engaños, y cautelas, que tenia,
Para ſolo aſſolarlos y abraſarlos,
Y que no era poſsible que las cartas,
Fueſſen ciertas del Conde, ſino embuſtes,
Para el fin que dezian y afirmauan,
Y aſsi ſe fueron muchos, y dexaron,
Aqueſta illuſtre entrada diſguſtoſos,
Mas el Sol de juſticia condolido,
Sus manſos ojos, luego fue boluiendo,
A ſu afligido pueblo laſtimado,
Haziendole muy cierto que venia,
Nueuo viſitador, para que luego,
La jornada de hecho deſpachaſe,

A quien ſe hizo vn gran recebimiento,
De mucha gente de armas bien luzida,
Con ſu Maeſe de campo, y Real Alferez,
Su Sargento mayor, y Capitanes,
Y el General famoſo, y oficiales,
Que en orden todos fueron, y en llegando,
Vna gran ſalua alegre de arcabuzes,
Con deſtreza gallarda fue rompiendo,
El ſecreto ſilencio, y fue turando,
Haſta que juntos ſaludarſe vimos,
Los dos nobles varones, y abraçarſe,
Y luego en orden todos bien compueſtos,
A ſu poſada juntos le lleuamos,
Donde ſegunda ſalua les hizieron,
Con notable contento y alegria,
Porque entendieron del, que grande Padre,
Auia de moſtrarſe en nueſtras cauſas,
Y aſsi como tal Padre, y tal amparo,
Pidio al Gouernador que no le fueſſe,
Contrario en coſa alguna ſi queria,
Ver de todas ſus cauſas buen deſpacho,
Con cuias buenas mueſtras y ſeñales,
Como pauones todos en ſus ruedas,
Vfanos y gallardos ſe moſtrauan,
Pues como aſsi eſtuuieſſen ya contentos,
Mandò el viſitador ſe echaſe vando,
Para que todo el campo luego fueſſe,
Siguiendo ſu derrota, y que marchaſe,
Y viendo el General que aquel mandato,
Era ruina total de nueſtra entrada,
Porque eran neceſſarios muchos dias,
Para apretar los carros y carretas,
En cuio tiempo toda la viſita,
Haziendo de vna via dos mandados,
Podia fenezerſe y acabarſe,
Y que ſi aqueſto aſsi no ſe hizieſſe,
Era perderſe todo à cuia cauſa,

Pidio

Pidio con grande inſtancia que miraſe,
Que fuera deſte grande inconueniente,
Perdia otra gran ſuerte y coiuntura,
En apreſtar la gente y el bagaje,
De vn tan largo tiempo entretenida,
De mas de que era fuerça que ſacando,
De ſus querencias todos los ganados,
Que todos ſe perdieſſen y ahuientaſen,
Y que para eſcuſar tan grandes daños,
Hizieſſe ſu viſita en aquel pueſto,
Y del ſalieſſen todos de arrancada,
Sin detenerſe en parte que pudieſſen,
Perderſe aquellas coſas que lleuauan,
Y viendo los ſoldados laſtimados,
El tiempo que perdian con enojo,
A vozes, y ſin rienda deſembueltos,
Dezian que eran trazas porque el campo,
Gaſtaſe el baſtimento que tenia,
Y aſsi ſe deshizieſſe y acabaſe,
Y fuera aſsi ſin duda ſi el gran colmo,
No fuera tal, qual vimos bien colmado,
Y viendo el General que no podia,
Hazer que le tomaſen la viſita,
Con perdida del tiempo irrebocable,
Salio con todo el campo ſin conſuelo,
A fuerça de ſudor y de trabajos,
Que en apreſtarlo todo padecieron,
Y apenas fue marchando cinco leguas,
Quando en vn pueſto pobre de agua y monte,
Mandò hizieſſen alto y deſcargaſen,
Alli boluieron todos al trabajo,
Haziendo ſus aſsientos temeroſos,
De que era fuerça que agua les faltaſe,
Mas Dios que à todos ſiempre nos ſocorre,
Hizo que vnos charquillos bien pequeños,
Que cerca de noſotros ſe moſtrauan,
Aguas en abundancia derramaſen,

Y que à viſta de todos las vertieſſen,
Teniendolas de antes repreſadas,
Y en ſus ſecretas venas eſcondidas,
Aqui el Viſitador mandò echar vando,
Que pena de la vida nadie oſſaſe,
Salir del quartel de armas ſin embargo,
Que del miſmo don Iuan mandato fueſſe,
Con cuio vando luego los ſoldados,
Deſamparando todos los ganados,
Se fueron à gran prieſſa recogiendo,
Dexandolos perdidos ſin ſus guardas,
Y aqueſta deſuentura fue tan grande,
Que andauan à millares los corderos,
Balando, por ſus madres que perdidas,
Balauan aſsimiſmo por hallarlos,
Y atonitas las yeguas diſcurriendo,
Cruzauan por los campos ſin ſentido,
En buſca de ſus crias relinchando,
Y aſsimiſmo las vacas y terneras,
Hundian con bramidos las campañas,
Los tiernos rezentales aſſombrados,
Con el ganado prieto yuan rebueltos,
Por verſe de las cabras diuididos,
Los bueies, los cauallos, los jumentos,
El ganado vacuno y la mulada,
Con todo lo demas que el campo paſta,
Eſparramados todos y perdidos,
A ſu aluedrio y ſin orden alguna,
Andauan ſin ſus guardas deſcarriados,
Y ſin mirar aqueſta deſuentura,
Y perdida ſin traza deſdichada,
Vueſtro viſitador mandò tras deſto,
Que todos los ſoldados y oficiales,
O gente de ſeruicio que quiſieſſe,
Dexar de proſeguir aqueſta entrada,
Que todos libremente ſe quedaſen,
Aunque aliſtados todos eſtuuieſſen,

Hizo

Hizo demas de aqueſto en ſu viſita,
Vna coſa tambien que fue notable,
Andauan como digo los ganados,
Sin guardas por el campo diuididos,
Y de parte de noche nos mandaua,
Que de mañana, yeguas, o cauallos,
Ouejas, o las cabras, o las vacas,
O el genero que mas apetecia,
A regiſtrar traxeſemos, y en eſto,
Por ſer el tiempo corto, y tan taſſado,
Saliamos perdidos à buſcarle,
Y ſi como perdida ſe traia,
Alguna cantidad pequeña, o grande,
Aquella regiſtraua, y ſi tras della,
Venia otra qualquiera, no paſſaua,
Diziendo no podia recebirla,
Porque cerrado ya el regiſtro eſtaua,
Con eſto el general qual fuerte yunque,
Viendo que lo demas aſsi corria,
Sufriendo aquellos golpes con paciencia,
Al Cielo ſuplicaua ſocorrieſſe,
Que aqueſto es lo que vale quando lejos,
Eſtais inmenſo Rey de lo que paſſa,
Hizo notificar à los vezinos,
Que en manera ninguna no vendieſſen,
Ganados à don Iuan, que fue vna coſa,
Que à todos cauſò eſpanto imaginarla,
Mandò tambien con pena de la vida,
Que aquel que en eſta entrada ſe aliſtaſe,
Que ſi fueſſe meſtizo lo dixeſſe,
Y mulato tambien ſi ſe aliſtaſe,
En cuia liſta fueron deſpedidos,
Vnos por no querer que ſe aſſentaſen,
Diziendo no auian de yr à la jornada,
Y por de poca hedad dexaron otros,
Que ſe que eſtan ſeñor allà ſirbiendo,
Con hartas mas ventajas que no aquellos,

Que

Que ſe tambien gran Rey que ſe boluieron,
Sin verguença del peine que en la barua,
Pudo quedar aſsido, y lebantado;
Que con eſtos quiſiera que tuuiera,
Vueſtro viſitador aquellos brios,
Que con vn buen ſoldado vimos tuuo,
Y fue, que porque acaſo, y con deſcuido,
Sin quitarle la gorra fue paſſando,
Determinò y mandò, por ſolo aqueſto,
Que ſeys tratos de cuerda alli le dieſſen,
Pues como el General por el rogaſe,
Y con eſto tambien reprehendieſſe,
El deſcuido que tuuo aquel ſoldado,
Diziendole lo mal que auia hecho,
Reſpondio al General, que mas juſticia,
Y mas pueſto en razon era que honrraſe,
Vueſtro viſitador, y otro qualquiera,
A los que en guerra os ſirben con ſu ſangre,
Con vida, con hazienda, y con ſu honrra,
Que no que aqueſtos tales con infamia,
Vinieſſen por tan altos penſamientos,
A ſer infamemente condenados,
Por vn ſolo deſcuido que tuuieron,
En adorar à quien en paz guſtoſa,
Le ſembrauan de plata los caminos,
Si en vueſtro Real ſeruicio ſu perſona,
Mandauan ſe ocupaſe, y que os ſiruieſſe,
Y que otro hombre que el fue Carlos quinto,
Vueſtro Aguelo caro y esforçado,
Y mucho mas ſoldado, y mas guerrero,
Y que ſabia cierto perdonaua,
A aquellos que en las guerras le ſeruian,
Y viendo el General ſu mucha furia,
Y que era fuerça à todos regalarlos,
Con palabras de Padre graue afable,
Riñiendole mandò que mas no hablaſe,
Y el qual rebuelta piedra de molino,

Que

Que quitandole el agua es fuerça pare,
Aſsi parò, y tambien parò ſu cauſa,
De mas de todo aqueſto que hemos dicho,
Otros que aqueſta hiſtoria à cargo tienen,
Diran en ſus eſcritos otras coſas,
Que acerca deſtas cauſas ſucedieron,
En las quales jamas tuuieron mano,
El buen Iaime Fernandez ſecretario,
Y el Capitan Guerrero, à quien el Conde,
Mandò por Comiſſario aqui vinieſſe,
El vno por la illuſtre y clara pluma,
Y el otro por la fuerça de la lança,
Hombres de buena eſtima, y noble punto,
Y por venir al hecho deſta cauſa,
Al fin hizo viſita, cala, y cata,
Eſta vino à tomar de tal manera,
Que no ſe yo ſi ay teſtigo alguno,
Que pueda con verdad dezir que vido,
Las coſas que aſſentaron y eſcriuieron,
Solo ſabre dezir, que con inſtancia,
Pidio el Gouernador que ſe le dieſſe,
De toda ſu viſita vn teſtimonio,
Para ſaber las ſobras, o las faltas,
Y componer la quiebra ſi la vbieſſe,
De manera que coſa no faltaſe,
Eſto le denegò con tanta fuerça,
Que no ſolo no quiſo darle guſto,
Siendo juſticia que al deudor que paga,
Le den carta de pago por eſcrito,
Mas hizo confeſſaſe que no auia,
Cumplido con ſu aſsiento, y eſto à eſcuras,
Sin darle lumbre alguna de lo eſcrito,
Pidiole demas deſto, que Iuan Guerra,
Y ſu muger doña Ana ſe obligaſen,
En quanto à los ſoldados que faltauan,
Por publica eſcritura en eſta forma,
Que auian de poner en campo armados,

Para

Para cumplir ſu aſsiento ochenta hombres
A ſu minſion y coſta, y que pagaſen,
Todos los daños que eſtos cometieſſen,
Y que tambien pagaſen los ſalarios,
A los miniſtros que el Virrey quiſieſſe,
Vinieſſen al deſpacho deſta entrada,
Y que à ſu voluntad tambien pudieſſe,
Quitar, o reformar aquellas coſas,
Que en ſu fabor ſe vbieſſen concedido,
Y que por el permiſo que le daua,
Para poder hazer aqueſta entrada,
No fueſſe viſto adquirir dominio,
Ni derecho al gouierno de la tierra,
En propriedad, ni poſſeſion alguna,
Y qual ſi fuera monte, o bronce duro,
Con todo concedio los ojos bueltos,
Al ſoberano Dios en cuyas manos,
Pidiendole juſticia con paciencia,
Guſtoſo le dexò todas ſus cauſas,
Y porque ſu teniente auſente eſtaua,
Porque acordò con el que ſe quedaſe,
Para el ſocorro y coſas de importancia,
De aqueſta nueua tierra y nueuos Reynos,
Mandò que me apreſtaſe, y luego fueſſe,
Para tratar con el que ſe obligaſe,
Con ſu muger doña Ana de Mendoza,
Y apenas vido el pliego quando luego,
Como aquellos dos Dezios memorables,
Que alegremente juntos ſe ofrecieron,
Por ſola la ſalud de todo el campo,
En braços de la muerte riguroſa,
Aſsi los dos contentos ſe obligaron,
Y juntos las dos vidas ofrecieron,
A vueſtro Real ſerbicio, ſin que coſa,
Quedaſe para nadie reſeruada,
Paſſadas eſtas coſas, y otras muchas,
Deſpues que vbo bien viſto los poderes,

Hecha ya ſu viſita, y acabada,
Mandò marchar el campo deſtrozado,
Segun vereys ſeñor aqui pintado.

CANTO DIEZ.

COMO SALIO EL CAMPO MARCHANDO, PARA EL RIO de Conchas, y del modo que tuuieron en vadearle y puente que en el ſe hizo y de como ſe deſpidio el Viſitador, dando ſolo permiſo para que el campo entraſe.

ASSI como en la alteza, y excelencia,
De la hermoſa, bella, y blanca Luna,
Vnas vezes ſu noble antorcha vemos,
De todo punto ciega y eclipſada,
Y otras con corta luz, y tras menguante,
Con bellos rayos, dulces y apazibles,
Salir la vemos llena de creciente,
No de otra ſuerte y traza fue ſaliendo,
La fuerça deſte campo deſtrozado,
Tendiendo con diſguſto los pertrechos,
Que à fuerça de trabajos los ſoldados,
Fueron por muchas partes recogiendo,
Los quales fueron luego lebantando,
Mas de ochenta carretas bien cargadas,
Que con ſus carros, y carrozas yuan,
Quales van en ſu eſquadra bien compueſtas,
Las hormigas el trigo acarreando,
Aſsi marchando todas prolongadas,
Con vn ronco chirrido, y ſordo aplauſo,
Vn camino tendido bien auierto,
Dexauan con ſus ruedas ſeñalado,

Y aſsi como del arca contraſtada,
La fuerça de animales fue ſaliendo,
Por generos diſtintos, y apartados,
Aſsi diſtintos todos los ganados,
Fueron el nueuo raſtro proſiguiendo,
Por ſus quarteles todos bien ſembrados,
Cuia hermoſa viſta nos moſtraua,
Aqui vna gran boiada bien tendida,
Alli las cabras que yuan diſcurriendo,
Tras del ganado prieto que ſeguia,
Las ſimples ouejuelas adeſtradas,
De los manſos cencerros conozidos,
Alli los potros tras las yeguas manſas,
Retozauan ligeros y lozanos,
Aqui tras las cerreras relinchauan,
Gran fuerça de cauallos animoſos,
Tras cuia obſcura y alta poluareda,
Otra mas tenebroſa y encumbrada,
El ganado bacuno, y el requaje,
Por vna y otra parte lebantauan,
Que por lo que eſta machina ocupaua,
Se podra bien ſacar lo que ſeria,
Pues tres tendidas millas por lo largo,
Y otras tantas por ancho bien cumplidas,
Tomaua todo el campo lebantado,
Cuia grueſſa grandeza fue marchando,
Haſta llegar con bien à las Riberas,
Del Rio de las Conchas, cuio nombre,
Tomò por la belleza que ſe crian,
Quales viſtoſos nacares gracioſos,
A bueltas de gran ſuma de peſcado,
Cuia vertiente vemos que derrama,
Por donde el claro ſol ſu luz eſconde,
Y à la remota parte de Lebante,
Por torzidos caminos y veredas,
Va al poderoſo mar reſtituyendo,
En cuio aſsiento y pueſto recogidos,

Luego

Luego la gran faena començaron,
Para auer de bufcar feguro vado,
Por donde todo el campo fin peligro,
La fuerça de las aguas contraftafe,
Porque hondable todo fe moftraua,
Por cuia caufa, luego con la fonda,
Affegurar quifieron el partido,
De donde refultò tentar vn vado,
Algo dificultofo y mal feguro,
Por cuia caufa muchos temerofos,
Affegurar paffage no quifieron,
Por no fer de fus aguas caudalofas,
Sorbidos, y tragados, fin remedio,
Y afsi el Gouernador, qual Caio Cefar,
Que fin freno, ni rienda gouernaua,
La fuerça de cauallos mas foberuios,
Afsi faltò en vn cauallo brauo,
De terrible corage defembuelto,
Notando con auifo, y con deftreza,
Que nunca es eloquente en fus razones,
Aquel que las propone, fi admirados,
Con proprias obras, y valor de brazos,
No dexa los oyentes y rendidos,
A folo el apetito, blanco, y fuerça,
Que afpira la corriente de fu gufto,
Y con vn gran bafton en la derecha,
Ea nobles foldados esforçados,
Caualleros de Chrifto fue diziendo,
Efte es noble principio conozido,
Para que cada qual aqui nos mueftre,
Si el credito y valor del importuno,
Y pefado trabajo que feguimos,
En fi tiene valor, y fi merecen,
Aquellos que le figuen gran corona,
Y con eftas razones fue boluiendo,
Las riendas al cauallo poderofo,
Y afsi fe abalançò al brauo Rio,

Y

Y rompiendo las aguas fue bufando,
El animal gallardo deſembuelto,
Y pueſto en la otra vanda hijadeando,
Boluio à cortar las aguas, y en la orilla,
Por los hijares bajo, y anchos pechos,
Reſollando vertia y derramaua,
Sobre la enjuta arena guijarroſa,
Del humido licor vna gran copia,
El General prudente que aſsi puſo,
Seguro vado à todos por delante,
El miſmo començò à picar los bueies,
Animando al exercito ſuſpenſo,
Con vno y otro grito de manera,
Que aſsi como la chuſma ſoſta y carga,
Siguiendo al bogabante con deſtreza,
O de boga arrancada, o ſea picada,
O quiera ſea larga, o ſea chapada,
A todo pone el hombro, y con esfuerço,
Los poderoſos tercios va cargando,
Y aprieſſa la faena va haziendo,
Aſsi deſta manera, traza, y modo,
La ſoldadeſca toda auergonçada,
Como gente de chuſma los mas dellos,
Fueron echando, y deſpojando aprieſſa,
Quedandoſe en pañetes ropa fuera,
Para amparar aquello que en el agua,
Corrieſſe algun peligro de perderſe,
Otros las aguijadas empuñauan,
Y à los anchos coſtados eſpacioſos,
De los vnzidos bueis ſe ponian,
Y aſsi como del pueſto abandonauan,
En el olimpo campo aquellos carros,
De los aurigas dieſtros impelidos,
Que con hiruiente prieſſa à rienda ruelta,
La fuerça de cauallos aguijauan,
Con piernas, cuerpo, y braços leuantados,
Mouiendo el crudo latigo con prieſſa,

Aſsi

Aſsi los nueſtros todos deſembueltos,
Para paſſar la fuerça de los carros,
Como dieſtros aurigas el azote,
Zimbrauan en los pertigos ſubidos,
Y como grueſſas naues, cuias proas,
Sulcando el brauo mar eſpuma grande,
Rebueluen y lebantan ſalpicando,
Las poderoſas cintas que deſcubren,
Aſsi en blanco jabon rebuelto el Rio,
Las lebantadas cumbres ſalpicauan,
De los cargados carros poderoſos,
Cuias herradas ruedas grandes cercos,
Y grueſſos remolinos reboluian,
A fuerça de las maças y los rayos,
Que en ſu brauo raudal yuan torziendo,
Y en las ligeras yeguas tambien otros,
Los ganados maiores auentauan,
Y otros à pie corriendo por la orilla,
Deſnudos y deſcalços rebentando,
La fuerça de los braços deſcubrian,
Y cada qual alli ſe acomodaua,
Segun que la ocaſion ſe le ofrecia,
O diſcrecion ſagaz, o claro exemplo,
Y como nos lebanta vn buen dechado,
Si en vn varon illuſtre reſplandeze,
Con que facilidad los imitamos,
Quando con proprias obras nos adieſtran,
Y que flacas hallamos ſus razones,
Que muertas, que ſin pulſos, quando vienen,
Sin la grandeza de obras adornadas,
Todo aqueſto cauſò el noble exemplo,
Auiſo y diſcrecion de aquel prudente,
Cuias gallardas fuerças ſuſtentauan,
Sus dos brauos ſobrinos con vizarra,
Deſtreza, y gallardia deſembuelta,
Y no hizieron mucho en ſeñalarſe,
Porque ſiempre en aqueſtas ocaſiones,

Bellos

Bellos trabajadores ſe moſtrauan,
Y aſsi los Eſpañoles preſuroſos,
Para ſolo aguijar los tardos bueies,
Hiriendo à puros gritos las eſtrellas,
Los duros aguijones les arriman,
Y à la fuerça del Rio los impelen,
Y qual confuſſa flota combatida,
De poderoſos vientos lebantados,
Cuios pilotos dieſtros heruoroſos,
A puras vozes hazen ſus faenas,
En confuſſas zalomas entonados,
Aſsi por vna y otra parte aprieſſa,
Con vozes chiflos, y altos alaridos,
Esforçauan los bueyes fatigados,
Y aſsi ſugetos todos, mal heridos,
Qual ouediente al duro yugo atado,
Hincando el fuerte morro, arranca, y tira,
La mas peſada carga diſguſtoſo,
Qual ya de todo punto fatigado,
Al aguijon rendido, boqui abierto,
Suelta la larga lengua berreaua,
Por cuia cauſa alli la ſoldadeſca,
Nadando por el agua los aguijan,
Y otros en ſus cauallos los animan,
A fuerça del azote, palo, y grito,
Tambien à los ganados que paſſauan,
Qual entre las ouejas dando vozes,
Los tiernos corderitos aiudaua,
Qual al ganado prieto, y al bacuno,
A la cabra, al cabrito, y al cauallo,
Al potro, à la potranca, y à la yegua,
Y al grueſſo y gran requaje que venia,
Y como con el peſo de la lana,
Muchas de las ouejas zozobrauan,
Por no poder nadar con tanta carga,
Por ſolo remediar tan graue daño,
Dio luego el General en vna coſa,

Al

Al parecer de todos increible,
Y fue, que al brauo Rio caudaloſo,
Vna ſegura puente ſe le hizieſſe,
Para cuio principio dos dozenas,
De ruedas de carretas bien fornidas,
Quiſo que ſe quitaſen y truxeſſen,
Y eſtas mandò poner de trecho à trecho,
Por la grande corriente, con amarras,
Como ſi todas grueſſas naues fueran,
Luego de los mas altos y crecidos,
Hizo cortar los arboles que eſtauan,
Riberas deſte Rio caudaloſo,
De cuios Ramos todos deſpojados,
Sobre las lebantadas, y altas Ruedas,
Mandò que ſe puſieſſen y aſſentaſen,
Y luego con fagina, y con caſcajo,
Y tierra bien piſada quedò hecho,
El poderoſo puente, y fue paſſando,
El reſto del bagaje que faltaua,
Y luego al punto todo ſe deshizo,
Y el General por ver ſe auia moſtrado,
Bernabe de las caſas trabajando,
Hombre de noble aſsiento, y de verguença,
Con titulo de Alferez quiſo luego,
Honrrar à ſu perſona y eſtimarla,
Aqui con noble esfuerço ſe moſtraron,
El Capitan Marçelo de Eſpinoſa,
Cezar Ortiz Cadimo, y Iuan de Salas,
Don Iuan Eſcarramal, y Alonſo Lucas,
Bartolome Gonçalez, y Mallea,
Monçon, Martin Ramirez, y Iuan Perez,
Y tambien Pedro Sanchez Damiero,
Simon de Paz, Medina con Caſtillo,
Iuan de Vitoria Vido, y los Varelas,
Alonſo Nuñez, Reyes, y Herrera,
Y aquel Antonio Conte, y don Luys Gaſco,
Y el Alferez Geronimo de Heredia,

El

El Capitan Ruyz, los Bocanegras,
Robledos, y otros muchos valeroſos,
Que valeroſamente bien moſtraron,
Ser hombres de gran ſuerte en el trabajo,
Que es verdadero premio de los fines,
Que todos pretendemos, y buſcamos,
Pues como todo el campo ya eſtuuieſſe,
Pueſto de eſſotra vanda, luego vino,
La fuerça de la noche ſoſſegando,
Los quebrantados miembros fatigados,
Del peſo del trabajo padecido,
Y apenas por las cumbres, y collados,
La nueua y clara luz entro tendiendo,
Sus bellos rayos de oro, quando eſtaua,
La gente toda junta en gran ſilencio,
Eſperando por vltima partida,
Ser del viſitador alli honrrados,
Con algunas palabras, y razones,
A ſemejantes campos bien deuidas,
Cuio Gouernador tambien eſtaua,
Aguardando ſeñor à las mercedes,
Cedulas, y deſpachos que le daua,
Para ſeguir ſu entrada con conſuelo,
Y como el miſmo Dios es el principio,
De todas nueſtras coſas, aunque vengan,
A ſer los fines otros, que eſperamos,
Oyeron todos Miſſa, y acabada,
Alli el Viſitador con gran tibieza,
Al General le dixo proſiguieſſe,
Aqueſta larga entrada, y que marchaſe,
Y aſsi ſe deſpidio ſin mas palabras,
Y ſin darle papel ni coſa alguna,
Que fueſſe de importancia, ni prouecho,
Cuio ſin pobre, y dexo deſabrido,
Cauſò ſuma triſteza, y deſconſuelo,
En los pechos canſados y afligidos,
De los pobres ſoldados laſtimados,

Viendo la poca ayuda que les daua,
Vueſtro Viſitador, porque ſi quiera,
Vna buena palabra no les dixo,
Mas como eſtà, y aſsiſte dentro el grano,
Por notable potencia el dulze fruto,
Aſsi en la fuerça grande de aflicciones,
Por el illuſtre esfuerço de paciencia,
Triunfa, y eſtà la gloria lebantada,
Por la nobleza firme de eſperança,
Mediante cuia alteza todos juntos,
Bajando las cabeças proſiguieron,
Sirbiendoos gran ſeñor en eſta entrada,
Y aſsi el Viſitador ſin mas reſpecto,
Las crudas riendas luego fue boluiendo,
Dexandonos à todos bien ſuſpenſos,
De ver quan ſin amor alli hablaua,
A todo vn campo que à ſeruiros yua,
Con vida, con hazienda, y con el alma,
Pues como don Iuan vieſſe que de hecho,
Yua el Viſitador marchando à prieſſa,
Por no faltar en coſa ſalio luego,
Con treinta buenos hombres de acauallo,
Y todos de arrancada, los coſtados,
Largandoles las riendas con deſtreza,
Con pies ligeros, juntos les batieron,
Haſta que juntos todos le alcançaron,
Y alli el Gouernador con gran reſpecto,
Le quiſo acompañar algunas leguas,
Pidiendole con veras ſe ſiruieſſe,
De alguna eſcolta buena de ſoldados,
A cuio noble y buen comedimiento,
Con las menos razones que ſer pudo,
Alli le deſpidio ſin que quiſieſſe,
Que à ſu perſona vn paſſo acompañaſe,
Con eſto ſe boluio, y llegando al campo,
Eſtando todos juntos, fue diziendo,
Señores Capitanes, y ſoldados,

Nueſ-

Nueſtra fuerça mayor es el esfuerço,
A cuio valor alto, y lebantado,
Iamas le deſayuda la fortuna,
Y aſsi no ay para que deſmaie nadie,
Corra el rigor del tiempo trabajoſo,
Aunque ya no podamos mas ſufrirle,
Ni à contraſtar ſu gran furor baſtemos,
Que fin han de tener tantas zozobras,
Tantas calamidades y miſerias,
Como ſiempre nos ſiguen y quebrantan,
Que Dios tendra el cuidado que es buen padre,
Serenando con proſpera bonança,
El añublado Cielo que nos cubre,
Que no es coſa muy nueua ver trabajos,
Por hombres de valor, y de verguença,
Digalo Hermodoro con Camilo,
Hermiocrate, Rutilo, con Metelo,
Temiſtocles, con otros valeroſos,
Que fueron por ſer buenos perſeguidos,
Y bien auenturadas las injurias,
Que por cauſa de aquel que eſtà en el Cielo,
Se sufren y padezen en la tierra,
Quanto mas, que ſi bien ſe conſidera,
Eſte es camino cierto y verdadero,
De la impreſſa gallarda que lleuamos,
Y con eſto ceſò, y luego quiſo,
Eſcreuir al Virrey, y darle cuenta,
De todos ſus trabajos y aflicciones,
Por cuia cauſa es bien que aqui paremos,
Y al canto que ſe ſigue diferamos,
Sus laſtimoſas quejas tan ſufridas,
Quanto para eſcreuirlas deſabridas.

CANTO HONZE.

COMO ESCRIVIO DON IVAN AL VIRREY, Y COMO HIzieron boluer al Padre Fray Diego Marquez: y como fue marchando el campo al Rio de ſan Pedro: y eſcolta que ſe embio, para que los Religioſos le alcançaſen: y ſalida que hizo el Sargento mayor, á explorar el Rio del Norte, y trabajos que padecio ſiguiendo ſu demanda.

COMO quiera que el alma laſtimada,
Es cierto que deſcanſa quando cuenta,
La fuerça del dolor, que la fatiga,
Por ſolo deſcanſar de ſus trabajos,
Cercado de dolor y deſconſuelo,
Aqueſte moleſtado cauallero,
Tomò papel y tinta, y vna carta,
Deſpachò luego al Conde en que dezia,
Las grandes aflicciones y congojas,
Las perdidas, los gaſtos, y trabajos,
Perſecuciones, cargas, y diſguſtos,
Que eſta larga jornada auia tenido,
Y aquel ardiente zelo y buen deſſeo,
Que de ſeruir à Dios, y à vueſtro padre,
En el eſtuuo ſiempre, y aquel anſia,
De ver la conuerſion de tantas gentes,
Al gremio de la Igleſia reduzidas,
Y aquella gran paciencia y obediencia,
Que à vn millon de diſguſtos y de agrauios,
Tambien auia tenido y ſuſtentato,
Y la eſperança firme que tenia,

En

En las promeſas, cartas, y palabras,
Que tantas vezes quiſo prometerle,
Y aquella voluntad illuſtre y ſanta,
De vueſtro inmenſo Padre en las mercedes,
Que ſiempre fue ſeruido de moſtrarle,
En todos los deſpachos que hazia,
Mediante cuia fuerça fue aſſentada,
Con el aqueſta entrada con empeño,
Que de su fee y palabra le fue dada,
De guardarle y cumplirle todo aquello,
Que con el ſe puſieſſe, y ſe aſſentaſe,
Cuia inuiolable prenda no ſufria,
Por ningun caſo, quiebra, ni tardança,
Y viendo como via tan mal logro,
De todos ſus ſeruicios y trabajos,
De dos años y medio ya paſſados,
Penſando que adelante muchos paſſos,
Eſtaua ya, y muy cerca de la palma,
Corona, gloria, y triunfo que eſperaua,
Quien tambien merecia ſer premiado,
Se via tan atras, que colegia,
Dos coſas por muy ciertas, è infalibles,
La vna, que eſta entrada trabajoſa,
Que era cierta de Dios, pues que lleuaua,
El camino derecho de ſus obras,
Pues à fuerça de Cruz, y de quebrantos,
Auia ſido ſiempre ſuſtentada,
Y en quanto à la ſegunda no ſabia,
Porque razon, camino, o porque cauſa,
O por qual de las muchas obras buenas,
Que por eſta jornada auia ſufrido,
Era tan perſeguido y maltratado,
Si por lleuar la Igleſia y enſancharla,
Por entre aquellos baruaros perdidos,
Ciegos de lumbre, Fè, y de la ſangre,
Que fue por todo el mundo derramada,
O ſi poner à rieſgo por ſeruiros,

Su

Su vida, ſu perſona, y ſu hazienda,
Si el ſer tratado ſiempre como eſclauo,
Si el ſufrir tan gran tiempo los trabajos,
De dilacion tan larga, y tan coſtoſa,
Pidiendole perdon ſi ſe quejaua,
Porque eſtaua herido y laſtimado,
Y jamas de ninguno ſocorrido,
Mas antes calumniado y probocado,
Con otras muchas coſas laſtimoſas,
Que aſsi quiſo eſcreuirle y auiſarle,
Cerrada pues la carta y deſpachada,
Luego tras deſto vino vn grande golpe,
Que à todos nos cauſò vn gran diſguſto,
Y fue, que ciertos triſtes deſalmados,
Por inuencion diabolica ſecreta,
Trazaron de manera que no fueſſe,
El buen fray Diego Marquez la jornada,
Vnico confeſſor, amparo y fuerça,
De todo aqueſte campo perſeguido,
Que mucho por ſu auſencia ſe dolia,
Por auer ſido la primera vaſſa,
Sobre que fue fundado y lebantado,
Y viendo el General ſu gran deſgracia,
Y que era ya forçoſa ſu quedada,
En prendas del amor que le tenia,
Con mil abraços tiernos y apretados,
Vna deuota Imagen, y vn Roſario,
Y de doña Maria de Galarça,
Que era ſu muy amada y cara hermana,
Vn bello niño Ieſus quiſo darle,
Cuia hechura ſanta no tenia,
Ningun valor ni precio, por la alteza,
Con que el artiſta quiſo figurarlo,
Pues luego que de todos deſpedido,
Salio el vendito Padre ſin conſuelo,
Mandò el Gouernador ſe preuinieſſe,
Eſcolta ſuficiente, y ſe apreſtaſe,

Para

Para traer los Padres Religiosos,
Que con su Comissario ya venian,
Marchando bien apriessa en nuestro alcançe,
Cuia preuencion hizo con auiso,
Por dezir que la gente Tepeguana,
Estaua rebelada y alterada,
Estando pues la escolta preuenida,
La qual fue encomendada y encargada,
Al Capitan Farfan, salio marchando,
Y juntamente el campo fue saliendo,
La buelta de san Pedro, que es vn Rio,
De cristalinas aguas y pescado,
Por todo extremo lindo y regalado,
A cuio puesto yua enderezando,
El pobre General qual gruessa naue,
Que sin ningun registro va sulcando,
El poderoso y largo mar tendido,
No de otra suerte asi se fue lançando,
Al ancho campo por camino incierto,
Hasta llegar al puesto donde luego,
Aguardando los Padres fue assentando,
La fuerça del exercito en sus tiendas,
Y estando algunos dias aguardando,
Llegò toda la escolta con la Iglesia,
Vna jornada larga de aquel sitio,
Y dando auiso luego que venia,
Fray Alonso Martinez Religioso,
De singular virtud y nobles prendas,
Por cabeça y patron de aquella naue,
Cuia graue persona acompañauan,
El Padre Fray Francisco de Zamora,
El Padre Rozas, san Miguel, y Claros,
El Padre Lugo, y Fray Andres Corchado,
Y aquellos dos venditos Padres legos,
Fray Pedro de Vergara, con el Padre,
Fray Iuan, y tres hermanos que truxeron,
Martin, Francisco, y Iuan de Dios el bueno,
Pues

Pues luego que don Iuan la nueua supo,
Dos Capitanes deſpachò à darles,
Con vna noble eſquadra de guerreros,
El bien venido á todos con palabras,
De gran comedimiento, y buen reſpecto,
Y tras dellos ſe fue con todo el campo,
En formado eſquadron, y ſin tardança,
Aſsi como los vido ſeys hileras,
Mandò ſe adelantaſen de banguardia,
Con ſegundo recado corteſano,
Y auiendo el Comiſſario de ſu parte,
Deſpachado à dos nobles Religioſos,
Para que de la ſuya viſitaſen,
A nueſtro General, aqueſto hecho,
Los dos illuſtres braços poderoſos,
A mas andar ſe fueron acercando,
Y eſcupiendo las llaues viuo fuego,
Vna gran ſalua todos le hizieron,
Y auiendoſe abraçado y recebido,
Con terminos diſcretos y razones,
Muy graues y peſadas reboluieron,
Y luego que al exercito llegaron,
Segunda ſalua todos le hizieron,
Y en vna ancha enrramada ſe apearon,
Donde eſtauan las meſas preuenidas,
Y alli los Capitanes y oficiales,
Con ellos todos juntos ſe aſſentaron,
Y vna grande comida les ſiruieron,
Con muy cortes criança regalada,
Deſpues de todo aqueſto por ſus tiendas,
Fueron los Religioſos recogidos,
En eſte medio tiempo auia ſalido,
El Sargento mayor à toda prieſſa,
Con tres Pilotos grandes que dezian,
Ser en aquella tierra bien curſados,
Por ſolo deſcubrir las turbias aguas,
Del caudaloſo Rio que del Norte,

De-

Deciende manſo, y tanto ſe embrabeze,
Que tambien Rio brauo le llamamos,
Saliendo pues las guias deſcubrieron,
De ſan Martin los llanos mas tendidos,
Y alli deſatinaron de manera,
Que como caçadores que diſparan,
Otra ſegunda jara deſde el pueſto,
Para poder tomar mejor la via,
De la primera ſaeta que perdieron,
Aſsi determinaron de boluerſe,
Al pueſto de los llanos, y otro rumbo,
Seguir muy diferente que el primero,
Mas qual veloz cometa cuio curſo,
No vemos que jamas atras rebuelue,
Aſsi determinado en ſu diſtino,
Diſguſtoſo el Sargento nunca quiſo,
Que atras paſſo ſe dieſſe, ni penſaſe,
Y que para adelante por la parte,
Que mas guſto les dieſſe caminaſen,
En cuio penſamiento fue reſuelto,
Por la gran preſuncion que auian moſtrado,
Aqueſtos tres Pilotos confiados,
En ſu propria virtud y vana ciencia,
Y aſsi fueron corriendo grandes tierras,
Mas como ciegos, que à los ciegos guian,
Que todos ſe embarrancan y ſe pierden,
Aſsi perdidos todos zozobrados,
Acudiendo à la tabla y al madero,
Que mas à mano pudo ſer topaſen,
Aſsi buſcaron luego algunos Indios,
Que fueſſen de la tierra naturales,
Y viendo vn grande humo lebantado,
Las riendas reboluieron con preſteza,
Marzelo de Eſpinoſa, y Iuan Piñero,
Villabicioſa, Olague, y aſsi juntos,
Como aſtutos caudillos de pillage,
Redoblando con fuerça el azicate,

Dieron con quatro baruaros que andauan,
Acaſo en el deſierto monteando,
Penſando de cazar, y fueron preſſos,
Y como al elefante, y vnicornio,
Deſpues de preſſos ſuelen regalarlos,
Aſsi con blandas mueſtras y ſeñales,
A todos les moſtraron noble pecho,
De noble coraçon cenzillo y llano,
Y ſolo les pidieron los lleuaſen,
A las aguas del Norte con promeſa,
Que aſsi como las vieſſen les darian,
A todos libertad, ſin que quebraſen,
La fuerça de palabra que en empeño,
A todos ofrecieron y empeñaron,
Y porque el Sol tres dias naturales,
Auia dado buelta al alto Cielo,
Y gota de agua nadie auia bebido,
Llegò Manuel, Franciſco, con Munuera,
Iuan de Leon, Rodriguez, y Buſtillo,
Y Pablo de Aguilar con buenas nueuas,
De vna apazible fuente deſcubierta,
Y juntos todos ya con el Sargento,
Que en buſca de agua y gente diuididos,
Andauan por el campo derramados,
Para la fuente juntos embiſtieron,
Y pueſtos en el agua como pezes,
Aſsi ſe abalançaron ſin ſentido,
Valiendoſe mas della que del ayre,
Satisfechos pues todos otro dia,
Mandò el Sargento que los tres pilotos,
Con algunos amigos ſe boluieſſen,
Y por cumplir el orden que tenia,
Del noble General mandò callaſen,
Y coſa de trabajos no dixeſſen,
A nadie del Real, mas que contaſen,
Alegres nueuas todos publicando,
Dexauan buen camino deſcubierto,

De buenos paſtos, aguas, y buen monte,
Y que ſi alguno fueſſe preguntado,
Que à que ſe detenia, o porque cauſa,
Dixeſſen que por deſcubrir mas tierra,
De aquella que dexauan deſcubierta,
Y eſto determinò porque faltauan,
De todo punto ya los baſtimentos,
Bueltos pues los amigos con las nueuas,
El Sargento mayor con ſus ſoldados,
Rompiendo por cien mil dificultades,
De hambre, ſed, canſancio, y de diſguſtos,
Encuentros, y refriegas que tuuieron,
Guiados de los baruaros llegaron,
Por grandes riſcos, ſierras, y quebradas,
Al Rio que buſcauan, y alli juntos,
Mataron vn cauallo, y le comieron,
Con eſto dieron buelta, y deſpidieron,
Aquellos quatro baruaros amigos,
Dandoles de la ropa que lleuauan,
Y el General temiendo ſu gran falta,
Mandò que el Capitan Landin ſalieſſe,
Y algun ſocorro luego le lleuaſe,
Tambien quiſo que yo con el me fueſſe,
Y aſsi juntos los dos con ſeys ſoldados,
Salimos en ſu buſca, y le encontramos,
Al cabo de diez dias ya cumplidos,
El alma entre los dientes animando,
El, y toda ſu eſquadra à Iuan Rodriguez,
Que en vn flaco cauallo atraueſado,
De hambre ya rendido le traian,
Eſperando ſu muerte, y que acabaſe,
En cuio pueſto todos ſocorridos,
Dexandonos alli nos encargaron,
Que vn gran trecho fueſſemos corriendo,
Por las faldas de vn cerro prolongado,
Y vieſſemos ſi el campo todo junto,
Por el romper pudieſſe algunas leguas,

Con

Con esto todos luego prosiguieron,
A dar razon y cuenta del sucesso,
A solo el General, y con contento,
A todos los del campo consolaron,
Con nueuas muy alegres de la tierra,
Y entre tanto nosotros descubrimos,
Vn buen pedazo de camino llano,
De buenos pastos, y aguas regaladas,
Aqui se le ofrecio hazer despacho,
A la Ciudad de Mexico nombrada,
A nuestro General, y confiado,
Del Capitan Landin mandò boluiesse,
Y vn pliego con presteza le lleuase,
Hecho pues el despacho luego fuimos,
Marchando con el campo muy gustosos,
Hasta llegar al agua que llamaron,
Del santo Sacramento, cuio nombre,
Los Padres Religiosos le pusieron,
Porque alli junto della celebraron,
El Iueues Santo, de la santa Cena,
Por cuia santa noche, y santo dia,
Mandò el Gouernador que se hiziesse,
De poderosos arboles y troncos,
Vna grande capilla muy bien hecha,
Toda con sus doseles bien colgada,
Y enmedio della vn triste Monumento,
Donde la vida vniuersal del mundo,
En el se sepultase y encerrase,
Con mucha escolta, y guarda de soldados,
Y siendo el General alli de prima,
Los Religiosos todos de rodillas,
La noche toda entera alli belaron,
Vbo de penitentes muy contritos,
Vna sangrienta y grande deziplina,
Pidiendo à Dios con lagrimas y ruegos,
Que como su grandeza abrio camino,
Por medio de las aguas, y à pie enjuto.

Los

Los hijos de Iſrrael ſalieron libres,
Que aſsi nos libertaſſe, y dieſſe ſenda,
Por aquellos triſtiſsimos deſiertos,
Y paramos incultos deſabridos,
Porque con bien la Igleſia ſe lleuaſe,
Haſta la nueua Mexico remota,
De bien tan importante y ſaludable,
Pues no menos por ellos fue vertida,
Aquella ſanta noche doloroſa,
Su muy precioſa ſangre que por todos,
Aquellos que la alcançan, y la gozan,
Y porque ſu bondad no ſe eſcuſaſe,
A grandes vozes por el campo à ſolas,
Deſcalças las mujeres y los niños,
Miſericordia todos le pedian,
Y los ſoldados juntos à dos puños,
Abriendoſe por vno y otro lado,
Con crueles azotes las eſpaldas,
Socorro con gran prieſſa le pedian,
Y los humildes hijos de Franciſco,
Cubiertos de zilicios y deuotos,
Inſtauan con clamores y plegarias,
Porque Dios los oyeſſe y aiudaſe,
Y el General en vn lugar ſecreto,
Que quiſo que yo ſolo le ſupieſſe,
Hincado de rodillas fue vertiendo,
Dos fuentes de ſus ojos, y tras dellas
Raſgando ſus eſpaldas derramaua,
Vn mar de roja ſangre ſuplicando,
A ſu gran mageſtad que ſe dolieſſe,
De todo aqueſte campo que à ſu cargo,
Eſtaua todo pueſto y aſſentado,
Tambien ſus dos ſobrinos en ſus pueſtos,
Pedazos con azotes ſe hazian,
Haſta que entrò la luz, y fue alumbrando,
Al noble General en el oficio,
Que deuia hazer porque acertaſe,

Y

Y aſsi aduirtio que pues pilotos dieſtros,
En mar, y en tierra, no eran de importancia,
Para el camino que la Igleſia ſanta,
Auia de lleuar por el deſierto,
Que aqueſta cauſa luego ſe encargaſe,
A gentes de ignorancia, porque à vezes,
Suele ſu gran bageza auentajarſe,
A los que ſon mas ſabios y diſcretos,
Y por notar mejor ſeñor aquellos,
Que coſa tan peſada les encargan,
Quiero con atencion aqui pararme,
Que no tendria à mucho que yo fueſſe,
Por ſer tan grande idiota ſeñalado,
Y en coſas de ignorancia bien prouado.

* * * * * *
* * * * *
* * * *
* * *
* *

CANTO DOZE.

COMO SALIO SEGVNDA VEZ EL SARGENTO, A EXplorar el Rio del Norte, con ſolos ocho compañeros: y de los trabajos que ſufrieron, haſta dar en vna Rancheria de Baruaros, y lo que ſucedio con ellos.

QVIEN jamas gran ſeñor imaginara,
Ser tan illuſtres, y altos los quilates,
De la ſimple ignorancia que por ella,
Vbieſſe de dezir aquel gallardo,
Pelicano ſagrado, cuio pecho,
Tan mal herido y laſtimado vemos,
Del mazizo guijarro lebantado,
Del penitente braço que rebuelue,
Para mas bien ſubirla y encumbrarla,
Sobre las graues letras memorables,
De aquellos mas famoſas que paſſaron,
Diziendo deſta ſuerte contra todos,
O ignorancia ſanta cuia alteza,
Es de tan gran valor, y tanta eſtima,
Que baſta para aſſegurar al hombre,
Nacido para miſeros trabajos,
Seguro y dulze puerto perdurable,
Dentro de aquella bienauenturança,
Donde toda limpieça ſe ateſora,
Nunca por las eſcuelas Atenienſes,
Alcançò el gran Platon ſu gran grandeza,
Ariſtoteles menos ſupo della,
Iamas le dio Anaxogoras alcançe,
Ni todos los demas mundanos ſabios,

Ni

Ni en la Academia Griega, ni Romana,
Nunca jamas ſupieron ni alcançaron,
El valor de ſu gran merecimiento,
Y paſſando adelante va diziendo,
Y yo tambien Geronimo abatido,
Que ſiempre fui imitando à todos eſtos,
Se que tambien ſe me paſſò por alto,
Antes que por mi grande bien me dieran,
Los ſagrados azotes que me dieron,
O ſoberano ſanto, y ſanto pecho,
Y como eſta doctrina nos enſeña,
Aquello que por viſta de ojos vimos,
Auiendo pues excelſo Rey ſalido,
A ſolo deſcubrir eſte camino,
De tierra y mar deſtriſimos pilotos,
Tan llenos de altibez, y de arrogancia,
Que ſin ellos jamas imaginaron,
Que vn ſolo paſſo el campo ſe mouieſſe,
Y aſsi como ſus vanos penſamientos,
Como de vanos, vanos les ſalieron,
Acordò el General ſe ſeñalaſen,
Ocho ſoldados, y que ſolo fueſſen,
En armas y trabajos bien ſufridos,
Que aqueſto es lo que vale quando falta,
Quien nos induſtrie, enſeñe, y nos adieſtre,
En las coſas que todos ignoramos,
Para eſte efecto fueron eſcogidos,
El prouehedor, y Sebaſtian Rodriguez,
Dioniſio de Bañuelos, y Robledo,
Franciſco Sanchez, y Chriſtoual Sanchez,
Carabajal, y yo tambien con ellos,
Para ſolo inchir ſin que ygualaſe,
Mi pequeño caudal à ſu alto esfuerço,
Tan ignorantes todos en alturas,
Rumbos, Eſtrellas, vientos, medios vientos,
Que deſpues de encerrado el Sol ſoſpecho,
Que no yua alli ninguno que dixeſſe,

Afir-

Afirmatiuamente ſin herrarſe,
Aqui es Oriente, y veis alli à Occidente,
Mas para eſto ſon buenos los trabajos,
Que en ellos es neceſsidad maeſtra,
Eſta haze à los hombres auiſados,
Sabios, prudentes, praticos, y dieſtros,
En todas ciencias, y artes liberales,
Sacadas de experiencia, que es la madre,
Y fuente principal de donde nacen,
Aſsi que cada cual con ſu corteza,
Aſpera, toſca, bronca, mal labrada,
Rindiò la voluntad, y fue cumpliendo,
Lo que ſu General alli ordenaua,
Y como ciegos que por ſolo el tiento,
Aquello que pretenden van tentando,
Sujetos à herrar, y dar de ojos,
Aſsi ſujetos, ciegos emprendimos,
La dificil carrera peligroſa,
Lleuando al gran Sargento por caudillo,
Que fue la maior fuerça que nos dieron,
Pues yendo aſsi marchando muchos dias,
Por eſcabroſos paramos tendidos,
Temerarios trabajos padeciendo,
La dificil impreſſa proſeguimos,
A gran fuerça de braços quebrantados,
Haſta que vbimos ya de todo punto,
Todos los baſtimentos acabado,
Y aſsi fue pura fuerça vernos todos,
Por muy gran hambre, y ſed, en grande aprieto,
Mas con aquel esfuerço que combino,
Al inmenſo trabajo riguroſo,
Puſimos firme y animoſo pecho,
Y rompiendo por cueſtas pedregoſas,
Y medanos de arena lebantados,
Deſpues que por tres dias no comimos,
Y agua por penſamiento no guſtamos,
Llegada ya la hora del repoſo,

Y el ſueño amodorrido que al ſentido,
Sin ſer ſentido va el ſentir priuando,
Canſados y afligidos arribamos,
A deſcubrir gran ſuma de faroles,
Que bien dozientos ranchos calentauan,
Luego à gran prieſſa fuimos recogiendo,
Los ſedientos cauallos diſguſtoſos,
Porque de la fogoſa ſed vencidos,
Allà no ſe nos fueſſen deſmandados,
Repartioſe la vela con auiſo,
Para que alerta todos eſtuuieſſen,
Y con eſto determinò el Sargento,
Que en ſu lugar el prouehedor quedaſe,
En el inter que ſolos los dos juntos,
Yuamos à eſpiar aquellos ranchos,
Por ver que cantidad de gente fueſſe,
Que fuerça, y en que ſitio ſe aluergaſe,
Y ſaliendo no mas que à aqueſte efecto,
Por no erar la buelta y derezera,
Qual aquel que en el brauo labirintho,
La fuerça del gran monſtruo acometiendo,
Fue la entrada y ſalida, aſſegurando,
Aſsi noſotros por entrar ſeguros,
Y por aſſegurar tambien la buelta,
Marcamos vna Eſtrella derribada,
Al pie del Orizonte bien opueſta,
A los baruaros ranchos donde fuimos,
Y eſtando que eſtuuimos agachados,
Tan cerca dellos, que muy bien los vimos,
A noſotros vinieron embiſtiendo,
Coſa de ſiete Alarabes furioſos,
Y con las miſmas pieles que cubrian,
Sobre noſotros fueron deſcargando,
Aprieſſa grandes golpes, y aſsi juntos,
Preſtos, ligeros, fueron diſcurriendo,
Todos con gran tropel amontonados,
Dexandonos alli ſin mas tocarnos,

Nunca

Nunca eſpantò jamas pantaſma braua,
Al que de verla eſtuuo mas ſeguro,
Dexandole ſuſpenſo y ſin ſentido,
Eſtremecido, y todo en ſi temblando,
Como los dos ſufrimos aquel rato,
Y luego que algun tanto nos cobramos,
Venimos à entender ſegun ſupimos,
Por ſeñas y ademanes que nos hizo,
Vno de aqueſtos baruaros que digo,
Quando deſpues con ellos nos hallamos,
Que viniendo de caza con contento,
Aquellos ſiete Alarabes nos vieron,
Y que entendiendo que heramos amigos,
Compañeros tambien, y ſus vezinos,
Quiſieron todos juntos eſpantarnos,
Y para que otra vez no ſe burlaſen,
Ni noſotros con ellos: ſi boluieſſen,
Qual ſuelen los pilotos gouernarſe,
Por la Eſtrella del Norte lebantado,
Para lleuar ſus naues à buen puerto,
Aſsi tomamos luego nueſtra guia,
Y preſto à los amigos nos boluimos,
Y dandoles razon de nueſtro caſo,
Tambien les aduertimos y diximos,
Que auia dozientos hombres de arco y flecha,
Y todos combatientes ſin la chuſma,
Que entendimos ſer numero crecido,
Gran confuſion nos puſo aqueſta cauſa,
Y aſsi dando y tomando en ella todos,
Viendo quan mal parada toda eſtaua,
Y que era fuerça perecer de hambre,
Y que con la gran ſed que deſcargaua,
Tres cauallos aquella miſma noche,
Se nos caieron muertos traſijados,
Qual aquel prudentiſsimo Saxonio,
Que al brauo Emperador vencio à ſu ſaluo,
Con ſolo que le dio à entender venia,

Con

Con gran fuerça de gente belicoſa,
Sobre todo ſu campo deſcuidado,
Aſsi determinò que fueſſe el hecho,
Dando orden que al romper del Alua alegre,
El bagaje ſobre ellos embiſtieſſe,
Y que al aire los preſtos arcabuzes,
Las eſpantoſas balas eſcupieſſen,
Lebantando rumor y grande eſtruendo,
De muchas vozes, gritos, y alaridos,
Porque dandoles à entender con eſto,
Que pujança de gente deſcargaua,
Seria poſsible que à vna todos juntos,
Vencidos del gran ſueño, y del eſpanto,
A campo abierto, preſtos, y ligeros,
Deſocupando todos ſus aluergues,
Con preſuroſa fuga ſe eſcapaſen,
Y que ſi bien del hecho ſe ſalieſſe,
Que luego el prouehedor con el Sargento,
Y Sebaſtian Rodriguez con Bañuelos,
Como Eſpañoles brauos que ſe arrojan,
Por la famoſa tierra Berberiſca,
A cautibar los Moros deſmandados,
Que aſsi de los cauallos ſe apeaſen,
A prender la mas gente que pudieſſen,
Y en el inter los otros diſcurriendo,
Por los pagizos ranchos deſpoblados,
Fueſſen quebrando y deſtrozando aprieſa,
Los arcos, y las flechas que pudieſſen,
Y que eſto fueſſe ſin que coſa alguna,
Por penſamiento alli ſe les dexaſe,
Por ſi à noſotros reboluer quiſieſſen,
Armas de todo punto les faltaſen,
Pues ſin que en eſto coſa ſe excedieſſe,
Yua la noche humeda huiendo,
Y à mas andar el Sol venia largando,
Las riendas à ſu carro, y preſuroſos,
Los candidos cauallos ſacudian,

Las

Las lebantadas clines, y aſſomauan,
Por el valcon dorado ſu luz bella,
Quando de todo punto fue boluiendo,
La gente Caſtellana retronando,
Los lebantados Cielos de manera,
Que los cauallos flacos deſtroncados,
Huiendo del rumor ſe diuidieron,
Rompiendo por los Ranchos tan furioſos,
Que ſola ſu braueza fue baſtante,
Para que todos juntos arrancaſen,
Y como ſueltas liebres ſe acogieſſen,
Dexando los aſsientos deſpoblados,
Con eſto los ſoldados valeroſos,
Nueuo furor al punto acrecentaron,
Y aſsi como rabioſos lobos todos,
Quando con hambre turban los ganados,
Y en torno de las redes codicioſos,
Los perros y paſtores deſpreciando,
Por la majada juntos ſe abalançan,
Y en ſon confuſſo todos arremeten,
Aſsi enuiſtiendo todos denodados,
Cargaron los que eſtauan eſcogidos,
Para prender la gente mal guardada,
Y à las bueltas andando con algunos,
Aſsi qual fuertes Aguilas Reales,
Las fuertes garras preſtos ocuparon,
El Sargento dos baruaros gallardos,
Qual bramadero tuuo bien aſsidos,
Bañuelos otros dos tuuo aferrados,
Rodriguez ygualò tambien la parte,
Y aſsi como en turbion horrendo,
El Zefiro, y el Noto ſe acometen,
Y en poderoſa lucha ſe combaten,
Barriendo y arraſtrando todo aquello,
Que ſu violencia braua, y fuerça alcança,
Aſsi vn valiente baruaro ſe vino,
A ſolo el prouehedor deſatinado,

Y

Y el los valientes miembros recogiendo,
Los dientes y los puños apretando,
Sin frenar paſſo le embiſtio ligero,
Y como vn par de naues aferradas,
Aſsi aferrò el vno con el otro,
Con apretados ñudos bien ceñidos,
Fuertes lazos, y brauas ataduras,
Y en los valientes pechos ſe afirmaron,
Y qual ſi dos zeloſos toros fueran,
Gimiendo y azezando por buen rato,
Las poderoſas fuerças ſe tentauan,
Y ſacudiendo cada qual los tercios,
En bolteado torno al deſcubierto,
Con vno y otro buelo lebantado,
Rendir el vno al otro pretendia,
Cuia violencia braua reſiſtiendo,
En las ligeras plantas que afirmauan,
Mas firmes que caſtillos ſe quedauan,
Y viendo el poco jugo que ſacaua,
El baruaro el derecho pie ligero,
Sobre el contrario hizquierdo fue cargando,
Con vn grande gemido poderoſo,
Mas por eſtar los dos tan bien ceñidos,
Haziendoſe crugir los duros gueſſos,
Rollizos nieruos, cuerdas y coſtados,
Qual ſi fueran dos muros poderoſos,
Aſsi parados juntos ſe quedaron,
Pues boluiendo ſegunda vez al torno,
El Eſpañol vn buelo arrebatado,
Al baruaro le dio con tanto aliento,
Que lleuandole todo lebantado,
En tierra dio con el por medio muerto,
En el inter noſotros andubimos,
Quebrando y deſtrozando à grande prieſſa,
Los mas arcos y flechas que topamos,
Y el Sargento mayor eſtando en eſto,
Con blandas mueſtras, y caricias nobles,

Ter-

Ternezas y regalos amoroſos,
Agaſajò la preſſa en quanto pudo,
Dandoles à entender que no venia,
A darles peſadumbre, ni à enojarlos,
Y que ſu cauſa ſolo ſe eſtendia,
A que dos, o tres dellos nos lleuaſen,
Al Rio que buſcauamos del Norte,
Y aſsi por eſta cauſa les pedia,
Que tuuieſſen por bien de concertarſe,
De manera que algunos dellos fueſſen,
Y aquellos que eſcogieſſen ſe quedaſen,
Y aduirtiendo quan mal ſe conuenian,
Y que todos quiſieron eſcuſarſe,
Por quitarles de duda y de ſoſpecha,
Y parecerle aqueſte buen camino,
Vſò de poteſtad en concertarlos,
Y aſsi ſin dilatar aqueſta cauſa,
Cargandolos de cuentas y abalorios,
A los cinco ſoltò con grandes mueſtras,
De amiſtad llana, buena, y muy cinçera,
Sin ninguna encubierta, y trato doble,
Y con las miſmas mueſtras agradables,
A los dos prometio que en viendo el agua,
Dos hermoſos cauallos les daria,
En que ambos à dos juntos ſe boluieſſen,
Los cinco con contento ſe partieron,
Los dos bien afligidos ſe quedaron,
Y como aquellos que forçados lleuan,
Manſos de todo punto ya rendidos,
A la fuerça del remo riguroſo,
Y encendida braueza de crugia,
Aſsi manſos, forçados los lleuamos,
Y de los baſtimentos que dexaron,
De venados, tejones, y conejos,
Hieruas, rapoſos, liebres, y raizes,
Nueſtra inſaziable hambre ſocorrimos,
Preuiniendo tambien para adelante,

Lo

Lo mejor que pudimos preuenirnos,
Y con eſto nos fuimos à el aguage,
Que buena media legua retirado,
Eſtaua de los Ranchos deſcuidados,
Y ſabe gran ſeñor el alto Cielo,
Que aunque ſenti muy bien, y ſiento agora,
Lo que por viſta de ojos vi aquel dia,
Que me faltan palabras y razones,
Para darme à entender en eſta hiſtoria,
No mas que ſeys pozuelos ſe moſtrauan,
Sobre la ſuperfecie de la tierra,
Como rodelas todos, y de hondo,
Vna quarta el que mas hondable eſtaua,
Cubiertos todos de agua, y acabada,
Era fuerça aguardar à que incheſen,
Y llenos por quedar el agua en peſo,
Para ninguna parte derramauan,
Y no podian hazerſe mas hondables,
Porque era caſi peña aquel aſsiento,
Vno ſe reſeruo para noſotros,
Y pueſto encima del el gran Sargento,
No podimos con el que ſe rindieſſe,
Al ſabroſo licor que le aguardaua,
Para matar el fuego poderoſo,
Que en general à todos conſumia,
Reſpecto de que quiſo que primero,
Todos ſu grande ſed ſatisfizieſſen,
En eſte inter llegò la cauallada,
Y luego que reconocio el aguage,
Todos juntos no fuimos poderoſos.
Para que vn ſolo paſſo atras boluieſſe,
Y viendo que acabauan toda el agua,
Rompiendo por los pies de los cauallos,
Dexandoſe piſar de todos ellos,
Dos compañeros nueſtros ſe arrojaron,
Vencidos de la ſed que los mataua,
Y alli ſus miſmos roſtros apretados,

Con

Con los muchos hozicos que cargauan,
Secos los pozos, y ellos tambien ſecos,
Caſi muertos, tendidos ſe quedaron,
Viſto eſto, todos fuimos ayudarlos,
Y al fin juntos alli los ſocorrimos,
Bien peligroſos de perder las vidas,
Solo de la terrible ſed rendidos,
Y fuerça de cauallos quebrantados,
Alabente los Angeles Dios mio,
Que aſsi abates al hombre que lebantas,
Sobre las altas obras de tus manos,
Dexò el alma y ſu belleza en vanda,
Es poſsible ſeñor que no le baſta,
Al eſtremado vaſſo que hiziſte,
Ser vice Dios illuſtre aca en la tierra,
Imagen de tu miſma ſemejança,
Para dexar de eſtar ſiempre ſugeto,
Al miſero ſuſtento de que viue,
Y fuera deſta triſte deſuentura,
Como ſeñor ſe ſufre y ſe permite,
Que auiendo de ſer eſto que los brutos,
Prefieran à tu Imagen de manera,
Que no ſe ſienta coſa en eſta vida,
Que en todo no prefieran con ventaja,
Comer, beber, veſtir, calçar, contento,
Que es lo que mas los hombres procuramos,
Qual bruto en todo aqueſto no prefiere,
Eſtos ſecretos yo no los alcanço,
Y aſsi muy triſte mi alma te procura,
Y tanto mas ſe abraſa, y te deſſea,
Quanto eſtà en tus ſecretos lebantados,
Mas ignorante, torpe, y mas confuſſa,
Y aſsi qual torpe quiero ya boluerme,
A los cauallos torpes fatigados,
Que de la grande ſed todos vencidos,
Sobre las fuentes juntos ſe quedaron,
Y de alli no pudimos retirarlos,

Haſta que llenos todos los hijares,
Como hinchados odres auentados,
Poco à poco ſe fueron eſparciendo,
Y dando de beber à los ſedientos,
Dos compañeros triſtes laſtimados,
Luego fuimos noſotros, y qual ellos,
El inſaçiable vientre contentamos,
Y luego que eſtuuimos ſatisfechos,
Y ninguno quedò que no beuieſſe,
Vino el Sargento, y cerca de la fuente,
Llegò, y haziendo vaſſo del sombrero,
Alli ſu mortal ſed quedò vencida,
Y con eſto ſalimos à lo llano,
Por ſi acaſo los Indios reboluieſſen,
Pudieſſemos con verlos ſer ſeñores,
De aprouecharnos bien de los cauallos,
Alli à los priſioneros regalamos,
Dandoles de amiſtad patentes mueſtras,
Y de la poca ropa que tuuimos,
A entrambos los veſtimos porque fueſſen,
Mas ſin ſoſpecha, y menos rezeloſos,
En cuio pueſto les pidio el Sargento,
Dixeſſen à que vanda, o à que parte,
Derramauan las aguas de aquel Rio,
Cuia fuente hazia el Norte rebentaua,
Y vno dellos que Milco ſe dezia,
Sobre aqueſta pregunta referida,
Hablaua tantas coſas que con ellas,
Mas confuſion à todos nos ponia,
Por cuia cauſa el otro en pie ſe puſo,
Que Mompil dixo à todos ſe llamaua,
Y era el que el prouehedor auia prendido,
Y barriendo del ſuelo cierta parte,
Que toda à caſo deſeruada eſtaua,
Deſemboluiendo el braço poderoſo,
Tomò la punta de vna larga flecha,
Y aſsi como ſi bien curſado fuera,

En

En nueſtra mathematica mas cierta,
Caſi que quiſo à todos figurarnos,
La linea, y el Zodiaco, y los ſignos,
En largo cada qual de treinta grados,
Los dos remotos Polos milagroſos,
El Artico y Antartico cumplidos,
Los poderoſos circulos, y el exe,
Y aſsi como coſmografo excelente,
Reſpecto al Cielo quiſo dibujarnos,
Algunas partes de la baja tierra,
Puſo del Sur, y Norte las dos mares,
Con Islas, fuentes, montes, y lagunas,
Y otros aſsientos, pueſtos, y eſtalages,
Pintonos la circunuezina tierra,
Y el aſsiento del caudaloſo Rio,
Por quien tantos trabajos ſe ſufrieron,
Y todos los aguages y jornadas,
Que era fuerça tener en el camino,
Para auer de beber ſus turbias aguas,
Pintonos vna boca muy eſtrecha,
Por la qual era fuerça ſe paſſaſe,
Y fuera della no nos dio vereda,
Que por ella pudieſſe ſer poſsible,
Que ſalieſſe el exercito marchando,
Por ſer aquella tierra en ſi fragoſa,
Y muy pobre de aguage en todas partes,
Alli pintò tambien las poblaciones,
De nueſtra nueua Mexico, y ſus tierras,
Poniendo y dandoſe à entender en todo,
Como ſi muy ſagaz piloto fuera,
No ſe mouio peſtaña, porque juntos,
Todos oyendo al baruaro gallardo,
De gran contento y gozo no cabian,
Y por la mucha parte que me cupo,
Serà bien que celebre la grandeza,
De la mas alta baruara gallarda,
De pecho y coraçon el mas rendido,
Que en barbara nacion ſe à conocido

CANTO TREZE.

COMO LLEGO POLCA EN BVSCA DE MILCO SU MARIDO, y dexandola en priſion, ſe fue huiendo: y de la fuga que hizo Mompil, y de la liberalidad que el Sargento tuuo con la baruara cautiua.

NO se à viſto jamas coſa perfecta,
Pueſta en ſu miſmo punto y acabada,
Que amor no ſea el autor de ſu grandeza,
Porque el es quien la illustra y quien la eſmalta,
Labra, dibuja, pinta, y endereza,
Sin el todo quebranta y da diſguſto,
Todo enfada, atormenta, y aborrece,
Y à todo fin el vemos dar de mano,
Con el todo se encumbra y ſe lebanta,
Todo ſe emprende, todo ſe acomete,
Todo ſe vence, rinde, y abaſſalla,
Y en fin el es criſol en cuio vaſſo,
Todo ſe afina, ſube, y ſe quilata,
Deſto aqui ſe nos mueſtra vn buen dechado,
Cuia labor es digna que ſe eſcriua,
Si ya la toſca pluma no deſdora,
Aquella viua Imagen que retrata,
Eſtando pues con Mompil platicando,
Y tomando razon de ſu dibujo,
Vimos todos venir à nueſtro pueſto,
Vna furioſa baruara gallarda,
Frenetica de amor, de amores preſſa,
Vnas vezes aprieſſa caminando,
Otras corriendo, à vezes reparada,

Ade-

Aderezaua bien lo que traia,
Que era vn hermoſo niño, lindo, y bello,
Que à la triſte chupando le venia,
La dulze fertil teta, ſin cuidado,
De aquello que à la pobre laſtimaua,
Con vn corbo caiado pueſto al hombro,
Y del cuento colgando à las eſpaldas,
Vn gracioſo zurron en que traia,
Vna pequeña y tierna zeruatica,
Con dos buenos conejos, y vna liebre,
Todo à ſu modo bien adereçado,
Viendo pues el Sargento ſu donaire,
La gracia y deſenfado que traia,
A todos mandò darle franca entrada,
Por ſer muger cuya belleza illuſtre,
A toda corteſia combidaua,
Y con razon el termino ſe tuuo,
Porque aunque es verdad clara y manifieſta,
Que es priuilegio breue la hermoſura,
Engaño y flor, que preſto ſe marchita,
Al fin el corto tiempo que ella dura,
Ella es, la que_es, mas digna de eſtimarſe,
Y à quien mayor reſpecto ſe le deue,
Y aunque Alarabe y baruara en el traje,
En ſu ademan gallardo corteſana,
Sagaz, diſcreta, noble, y auiſada,
Que mas que aqueſto puede amor ſi rompen,
Del mas bruto animal la vil corteza,
Que alli produze amor tambien grandezas,
Tanto mas dignas todas de notarſe,
Quanto muy dignas eſtas de eſcriuirſe,
Y aſsi furioſa, y fuera de ſentido,
Inflamada del lento y dulze fuego,
En que toda ſe eſtaua conſumiendo,
Llegò qual fiel y dieſtra cachorrilla,
Quando deſpues de qual que larga auſencia,
A caſo topa, y da con el montero,

Que

Que ligera, amigable, y alagueña,
Manſamente gimiendo y agachada,
Para el ſe va la triſte condolida,
De la enfadoſa auſencia diſguſtoſa,
Aſsi la pobre baruara ſe vino,
Para el cautiuo baruaro afligida,
Triſte, alegre, lloroſa, mal contenta,
Y deſpues que le dio grandes abraços,
Tiernamente apretados y ceñidos,
Notando que no eſtauan bien ſentados,
Para que lo eſtuuieſſen fue arrancando,
Gran cantidad de hierua con que hizo,
Dos gracioſos aſsientos que les puſo,
Deſpues abrio el zurron y de la caça,
Limpiandoles los roſtros con vn paño,
Al vno dellos ſiempre prefiriendo,
Con amoroſo roſtro vergonçoſo,
A los dos les rogaua que comieſſen,
Y boluiendo à noſotros encogida,
Toda turbada, triſte, y congojoſa,
Alegrando ſu roſtro quanto pudo,
A todos combidò con buena gracia,
Y como de amor toda ſe encendia,
Luego que nos moſtrò ſu roſtro alegre,
Arraſados los ojos dio à entendernos,
Que Milco, que cautiuo le traian,
Era ſu eſpoſo, alma, vida, y padre,
Del inocente niño que à ſus pechos,
Qual verdadera madre alimentaua,
Y alli con blandas mueſtras nos pedia,
Que piedad de aquel niño ſe tuuieſſe,
Y que al padre no dieſſemos la muerte,
Pues guerſanos los dos ſin el quedauan,
Ofreciendo con veras de ſu parte,
Que à doquiera que fueſſemos yria,
Siruiendonos à todos como eſclaua,
Con que la vida ſola ſe otorgaſe,

A

A aquel por quien la triſte intercedia,
Y quando eſto la pobre nos rogaua,
Vn viuo fuego en ella conozimos,
Vna agradable llaga no entendida,
Vn ſabroſo veneno riguroſo,
Vna amargura dulze deſabrida,
Vn alegre tormento quebrantado,
Vna ſeroz herida penetrante,
Guſtoſa de ſufrir, aunque incurable,
Y vna muy blanda muerte ſin remedio,
A la qual dio à entendernos ſe ofrecia,
Con alma y coraçon, con que dexaſen,
A Milco con la vida, pues ſin ella,
Era fuerça la ſuya ſe acabaſe,
Y qual Triaria de Vitelio eſpoſa,
Que rompiendo la femenil flaqueza,
Por medio de las armas belicoſas,
Con quien ſu caro eſpoſo combatia,
Su perſona arrojò con tanto esfuerço,
Quanto ſu miſma hiſtoria nos enſeña,
Aſsi la pobre baruara moſtraua,
Serle muy facil coſa el atreuerſe,
A perder cien mil vidas que tuuiera,
Por ſolo libertar à ſu marido,
Demas deſto notamos en la triſte,
Cien mil grandes opueſtos y contrarios,
Los vnos bien diſtintos de los otros,
Lagrimas con gran ſobra de contento,
Triſteza, y gran extremo de alegria,
Sudando de canſancio, y muy ligera,
Temor y atreuimiento nunca viſto,
Y al fin preſſa de amor, de amor vencida,
Y como es natural de pechos nobles,
Dar vado, y no afligir al afligido,
Al miſmo punto procurò el Sargento,
De conſolar y dar algun alibio,
A ſu mortal congoja, y anſia fiera,

Con

Con manifieſtas mueſtras y ſeñales,
De dar luego remedio à ſu triſteza,
Poniendo en libertad à ſu marido,
Y como la eſperança ſiempre alienta,
Al miſero temor y le ſuſtiene,
Porque rabioſo no ſe deſeſpere,
Polca, que aſsi à la baruara llamauan,
Faborecida toda de eſperança,
Aſsi como con gracia, y ſon ſuabe,
Remedan à las lluuias regaladas,
Las hojas de los alamos mouidas,
De vn freſquezito viento manſo amable,
No de otra ſuerte aqueſta hembra bella,
Mouida del fabor del gran Sargento,
Con gran contento quiſo aſſegurarſe,
Y para que los duelos menos fueſſen,
Comer hizo à los pobres priſioneros,
Regalando à ſu Milco quanto pudo,
Y luego que los tuuo ſoſſegados,
Deſpues de auer gran rato platicado,
Determinaron que ella ſe quedaſe,
Y que por dos amigos Milco fueſſe,
Y aſsi como noſotros entendimos,
La llaneza y buen guſto que tuuieron,
Luego en el miſmo punto fue largado,
El oprimido baruaro afligido,
Cuia gran prenda alli ſe nos quedaua,
Con todo el guſto que deſſearſe pudo,
Y qual feroz cauallo bien penſado,
Que rota del peſebre la cadena,
Furioſo eſcapa, y ſale del eſtablo,
Vna y otra corrida arremetiendo,
Parando y reboluiendo poderoſo,
Buſando y relinchando con brabeza,
La cola y clin al viento tremolando,
El recogido cuello ſacudiendo,
Feroz, gallardo, brauo, y animoſo,

Los

Los quatro pies ligeros lebantando,
No de otra ſuerte Milco muy ligero,
Furioſo ſalio caſi ſin ſentido,
Haſta ſubir la cumbre lebantada,
De vn poderoſo cerro peñaſcoſo,
Por cuia falda à todos nos dejaua,
De cuía zima en gritos lebantados,
Razonando con Mompil, y con Polca,
De ſubito ceſſò, y al miſmo punto,
Por la vertiente del fragoſo riſco,
Traſpuſo como viento arrebatado,
Dexandola de nueuo mas rendida,
Y en el fuego implacable mas ardiendo,
De cuia fuerte fuerça quebrantada,
Con ſuſpiros amargos y gemidos,
Deshaziendoſe en lagrimas la triſte,
Alli nos dio à entender que no vendria,
Aquel traidor que aſsi la auia burlado,
Porque deſde la cumbre lebantada,
Muy bien deſengañado los auia,
Qual hizo aquel cruelíſsimo Theſeo,
Con la noble Ariatna que burlada,
Dexò en pago de auerle libertado,
De la fuerça del monſtruo embrauecido,
En cuio fiero aluergue temeroſo,
Hecho cien mil pedazos ſe quedara,
Y de la miſma beſtia conſumido,
Si no fuera por ella remediado,
Propria paga, coſecha, y recompenſa,
De torpes brutos, animos ingratos,
Que tanto es mas ſu vil correſpondencia,
Quanto por mas crecidos beneficios,
Se hallan los infames obligados,
O verdad que poquitos ſon aquellos,
Que ſiguen tu caſtiſsima pureza,
Y quantos ſon, lo que con ella enrredan,
Marañan, vierten, tienden, y derraman,

Vn mar de ponçoñofos vafilifcos,
No ay ya fegura fee en todo el mundo,
No me da mas los padres que los hijos,
Deudos nobles, parientes, y maridos,
Hidalgos pobres, ricos poderofos,
Caualleros, villanos, titulados,
Con todo el demas refto miferable,
De miferos mortales que fe encienden,
Los vnos con los otros, y fe abrafan,
Con terribles engaños no entendidos,
Affechanças, doblezes, inuenciones,
Culpas, delictos, robos, y pecados,
Solapas, con lifonjas y bagezas,
Efcandalo, crueldad, crimen, exceffo,
Y en fin guerra fangrienta, y cruel batalla,
Que à fangre y fuego fiempre la lebantan,
No me da mas varones cultiuados,
Que incultos, broncos, baruaros, grofferos,
Que bafta y fobra, conozer fer hombres,
Para entender que fuera del demonio,
Sea la mas mala beftia quando quiere,
De todas quantas Dios tiene criadas,
Exemplo claro aqui feñor tenemos,
En efta pobre baruara engañada,
Que es facil de engañar à quien bien ama,
Atonita fe mueftra, y fe confume,
Aflige, y fe deshaze rebentando,
Con la flecha en el alma foterrada,
Furiofa à todas partes reboluiendo,
La vifta cuidadofa fin confuelo,
No cabe en todo el campo la cuitada,
Que todo le es eftrecho y apretado,
Y afsi de lo mas intimo del alma,
Entrañables fufpiros redoblaua,
En laftimofas lagrimas embueltos,
O trifte amor humano à quantas cofas,
Tu terrible violencia y furia, fuerça,

Si

Si afsi ciegos feguimos tus pifadas,
Diga el mas bien librado de tus manos,
Qual fue el paffo mas libre y mas feguro,
Que enmedio del fus ojos miferables,
Cien mil vezes quebrados no fintieffe,
O traidor aleuofo fementido,
Cruel, ingrato, vil, defconocido,
Di qual bruto à fu hembra la dexara,
Como tu vil cobarde la dexafte,
O ingratitud infame, o cafo trifte,
Que por no mas de auerlo imaginado,
Quedaras para fiempre aborrecido,
La fin ventura Polca defdichada,
Arroios por los ojos derramando,
A fu afligida alma yua cubriendo,
La obfcura noche, con fu negra fombra,
Cerrando en torno todo el Orizonte,
Que ya las velas todas repartidas,
Eftauan à cauallo y en fus pueftos,
Y por mas buen feguro de la pobre,
Con mas cuidado poftas le pufieron,
Porque Mompil à cafo no rompieffe,
Y por defcuido nueftro la lleuafe,
Y luego que en mitad del alto Polo,
Segun aquel varon heroico canta,
Los Aftros lebantados demediaron,
El poderofo curfo bien tendido,
En el mayor filencio de la noche,
Quando las brauas beftias en el campo,
Y los mas razionales en fus lechos,
Y los pezes en fu alto mar profundo,
Y las parleras aues en fus breñas,
En agradable fueño amodorrido,
Repofan con defcuido fus cuidados,
En efte mifmo inftante y punto vino,
De la canfada y debil cauallada,
Rindiendo à la modorra el quarto trifte,

La

La fatigada prima ya vencida,
Y notando que todos repoſauan,
Y que el buen Mompil eſcapado auia,
Dexando alli la baruara cautiua,
A grandes vozes quiſo recordarnos,
Y à penas lo entendimos quando todos,
Mudos quedamos, triſtes, y ſuſpenſos,
Eloſenos la ſangre, y el aliento,
A vna ſuſpendimos palpitando,
Los flacos coraçones dentro el pecho,
Viendo à nueſtro piloto y guia auſente,
Por no mas de deſcuido de la vela,
A cuio cargo eſtuuo aquel cuidado,
Y cada qual gimiendo ſe dolia,
De los triſtes ſuceſſos que apretauan,
Tras tantas deſuenturas padezidas,
Haſta que entrò la aurora refreſcando,
Y en pie todos canſados y afligidos,
Mirandonos los vnos à los otros,
Buen rato ſin hablar nos eſtuuimos,
Aqui la pobre Polca ſin conſuelo,
Paſmada, boqui auierta, nos miraua,
Qual triſte miſerable que aguardando,
Sentencia, eſtà de muerte riguroſa,
Por inorme delicto cometido,
Aſsi la triſte miſera afligida
Tragada ya la muerte por muy cierta,
De ſu venida infelix aguardaua,
Vn deſaſtrado fin, y mal ſuceſſo,
Pues viendo ya el Sargento reportado,
El caſo ſucedido ſin remedio,
Por no deſanimar los compañeros,
Hablando alli con todos, fue diziendo,
Señores no ay ninguno que no alcançe,
Que el miſmo poderoſo Dios eterno,
Es el camino cierto y verdadero,
De los que ſu ley ſanta profeſſamos,

Y

Y aſsi tiene cien mil floreſtas bellas,
Amenos boſques, campos, y llanados,
Por do los flacos deuiles y tiernos,
Van ſus cortas jornadas caminando,
Otros tiene quajados de cambrones,
Abrojos, duras puntas, y pedriſcos,
Cerros, quebradas, breñas y barrancos,
Por do los esforçados y alentados,
Su lebantado curſo van corriendo,
Y aſsi no ay para que deſmaie nadie,
Y entendamos ſeñores compañeros,
Que como à illuſtres, nobles, y valientes,
Quiere el inmenſo Dios aqui prouarnos,
Y como tales bien ſerà tomemos,
Con buen recato todos el camino,
Y pues que aqueſta baruara merece,
Toda noble, cortes correſpondencia,
Pues no eſtà media legua de ſu tierra,
Demosle libre, libertad gracioſa,
Para que allà ſe buelua ſin zozobra,
Y como el alma de la ley heroica,
Es la fuerça de la razon illuſtre,
Y aqueſta jamas quiſo ſer forçada,
Todos juntos alegres aprouamos,
Del Sargento mayor el buen reſpecto,
Y partiendo con ella nueſtra ropa,
Y cargandole al niño de brinquiños,
Dimosle libertad que ſe boluieſſe,
Y entendido por ella bien tan grande,
Como la ſobra de contento cauſa,
Tierno ſemblante, y lagrimas guſtoſas,
En que los triſtes laban ſus cuidados,
Como la lengua muchas vezes miente,
Penſando que mas fee deuia darſe,
A ſus corrientes lagrimas vertidas,
Que à ſus muchas palabras y razones,
Quando muy bien ſupiera proponerlas,

Vertien-

Vertiendolas aſsi con gran contento,
Auiendonos à todos abrazado,
Por tres vezes ſalio determinada,
De recebir el bien de que dudaua,
Y à coſa de cien paſſos ſe boluia,
A moſtrarſenos ſiempre mas guſtoſa,
Amoroſa, y mas bien agradezida,
Y como ſiempre vemos se adelanta,
La noble gratitud al beneficio,
Quarta vez fue ſaliendo y pareciole,
Que quedaua muy corta, y no pagaua,
Y porque ingratitud no la rindieſſe,
Otra fue reboluiendo, y de los pechos,
El niño ſe quitò, y diò al Sargento,
Y alli le ſuplicò que le lleuaſe,
Pues todo le faltaua, y no tenia,
Con que poder ſeruir merced tan grande,
El Sargento le tuuo, y dio mil veſos,
Entre ſus nobles braços bien ceñidos,
Y dandole mas cuentas, y abalorios,
Con mil tiernas caricias amoroſas,
El niño le boluio, y pidio ſe fueſſe,
Con cuio cumplimiento regalado,
Qual ſuele tras la cierua el cieruo en brama,
Herida de ſu amor correr tras della,
Y anſioſo de alcançarla deſembuelto,
De ſalto, y de corrida va ſiguiendo,
El amoroſo raſtro, y dulze huella,
Por vna y otra parte ſin que pueda,
Pararſe, ò detenerſe, ò alentarſe,
En parte que el cariño no le aſsiſta,
Aſsi ſin ſeſo, ciega, y ſin ſentido,
Atonita del todo fue ſiguiendo,
La huella de ſu amado desbalida,
Y porque prieſſa dan que me adereze,
Todo aquello que reſta de quebranto,
Veremos adelante en nueuo canto.

CANTO CATORZE.

COMO SE DESCVBRIO EL RIO DEL NORTE, Y TRABAJOS que hasta deſcubrirlo padecieron: y de otras coſas que fueron ſucediendo, haſta ponerſe en punto de tomar poſeſion de la tierra.

TANTO ſe eſtima, ſube, y ſe lebanta,
El valor de la coſa que ſe emprende,
Quanto es mas eſtimado todo aquello,
Con que ſe alcança, adquiere, y ſe conſigue,
Traigo eſto gran ſeñor, porque ſe entienda,
Mas bien, la gran grandeza, y excelencia,
Del belico exercicio que profeſſan,
Todos aquellos Heroes valeroſos,
Que à trueque de trabajos, y quebrantos,
Vida, y ſangre compraron, y adquirieron,
Solo el illuſtre nombre de ſoldados,
A cuia alta excelencia le es muy proprio,
El ver y tracender de todo punto,
Que por demas ſe ſufren los trabajos,
Miſerias, aflicciones, y fatigas,
Que la ſangrienta guerra trae conſigo,
Si enmedio de ſu curſo ſin remedio,
El animo ſe rinde, y ſe acobarda,
Y para no venir en tanta mengua,
Zozobrando las fuerças fatigadas,
Sin ver vn agradable y dulze puerto,

Luego

Luego que la contenta y noble Polca,
Deſpedida ſalio para ſu tierra,
Qual ſuele el cazador quando à perdido,
Vn rico girifalte, alcon, o ſacre,
Que à vozes por los cerros y vallados,
Le va con grandes anſias ahuchando,
Moſtrandole el ſeñuelo haſta verlo,
Seguro, y en la mano, donde alegre,
Sin memoria del ſuſto ya paſſado,
Le alaga, y le regala, y le compone,
La pluma mal compueſta, y le apazigua,
Aſsi la hermoſa baruara ſoſpecho,
Que fue deſalentada tras ſu Milco,
Y noſotros ſeñor con nueuos brios,
Mas de cincuenta dias caminamos,
Peſadas deſuenturas padeciendo,
Y por auernos ſin ceſſar llouido,
Siete largas jornadas trabajoſas,
En las carnes la ropa ya cozida,
Ninguno de noſotros entendimos,
Poder ſalir con vida de aquel hecho,
Por eſcabroſas tierras anduuimos,
De Alarabes, y Baruaros incultos,
Y otros deſiertos broncos peligroſos,
Cuio tendido y eſpacioſo ſuelo,
Nunca jamas Chriſtianos pies piſaron,
En cuio largo tiempo conſumimos,
Los pobres baſtimentos que ſacamos,
Y alimentando todos con esfuerço,
Los fatigados cuerpos deſtroncados,
Con ſolas raizes brutas indigeſtas,
Contra el rigor del hado prohejando,
Nueſtra derrota ſiempre proſeguimos,
Ya por eſpeſas breñas y quebradas,
Por cuios brauos boſques enrredados,
Las fuertes eſcarcelas ſe raſgauan,
Ya por aſperas cumbres lebantadas,

Por

Por cuias zimas los cauallos laſos,
Por delante lleuavamos rendidos,
Hijadeando, canſados, y afligidos,
A pie, y de todas armas moleſtados,
Y las hinchadas plantas ya deſnudas,
Deſcalças ſin calçado ſe aſſentauan,
Por riſcos, y peñaſcos eſcabroſos,
Ya por muy altos medanos de arena,
Tan ardiente, encendida, y tan fogoſa,
Que de ſu fuerte reflexion heridos,
Los miſerables ojos abraſados,
Dentro del duro caſco ſe quebrauan,
Y como el fin de aquello que ſe eſpera,
Solo ſe alienta, esfuerça, y ſe ſuſtenta,
Con el valor y punto de eſperança,
Eſperando hizimos los trabajos,
Mas lebes, comportables, y ſufribles,
Y como la que es preſta diligencia,
Arrimada al ſolicito trabajo,
Es madre de qualquier ventura buena,
Eſta ſe tuuo en deſcubrir la boca,
Que aquel haſtuto Baruaro nos dixo,
Marcando la circunuezina tierra,
Aſsientos, y lugares que nos puſo,
Quando con Milco preſſo le tuuimos,
Y como Magallanes, por ſu eſtrecho,
Aſsi deſembocando todos fuimos,
Vencidos del trabajo, y ya rendidos,
De la fuerça del hado riguroſo,
Que con peſada mano bien cargada,
Mucho quiſo apretarnos y afligirnos,
Quatro dias naturales ſe paſſaron,
Que gota de agua todos no beuimos,
Y tanto que ya ciegos los cauallos,
Crueles teſtaradas, y encontrones,
Se dauan por los arboles ſin verlos,
Y noſotros qual ellos fatigados,

 Vino

Viuo fuego exalando, y efcupiendo,
Saliua mas que liga pegajofa,
Defahuziados ya, y ya perdidos,
La muerte cafi todos deffeamos,
Mas la gran prouidencia condolida,
Que tanto es mas beloz en focorrernos,
Quanto con mas firmeza la efperamos,
Al quinto abrio la puerta, y fuimos todos,
Alegres arribando el brauo Rio,
Del Norte, por quien todos padezimos,
Cuidados y trabajos tan pefados,
En cuias aguas los cauallos flacos,
Dando tras pies fe fueron acercando,
Y zabullidas todas las cabeças,
Beuieron de manera los dos dellos,
Que alli juntos murieron rebentados,
Y otros dos ciegos tanto fe metieron,
Que de la gran corriente arrebatados,
Tambien murieron de agua fatisfechos,
Y qual fuelen en publica taberna,
Tenderfe algunos triftes miferables,
Embriagados del vino que beuieron,
Afsi los compañeros fe quedaron,
Sobre la frefca arena amollentada,
Tan hinchados, hidropicos, hipatos,
Afsi como fi fapos todos fueran,
Pareciendoles poco todo el Rio,
Para apagar fu fed, y contentarla,
Y qual fi en los Elifeos campos frefcos,
Vbieramos llegado à refrefcarnos,
Afsi feñor nos fueron pareciendo,
Todas aquellas playas y riberas,
Por cuios bellos paftos los cauallos,
Repaftandofe alegres defcanfauan,
Los fatigados gueffos quebrantados,
Del pefado camino trabajofo,
Y afsi por aquel bofque ameno todos,

Fuimos

Fuimos con mucho guſto diſcurriendo,
Por freſcas alamedas muy copadas,
Cuias hermoſas ſombras apazibles,
A los canſados miembros combidauan,
Que cerca de ſus troncos recoſtados,
Alli junto con ellos deſcanſaſen,
Por cuios verdes ramos eſpacioſos,
Qual ſuelen las caſtiſsimas auejas,
Con vn ſuſurro blando y regalado,
De tomillo en tomillo yr ſaltando,
Guſtando lo mejor de varias flores,
Aſsi por eſtas altas arboledas,
Con entonado canto regalado,
Cruzauan vn millon de pajaricos,
Cuios gracioſos picos deſembueltos,
Con ſus arpadas lenguas alabauan,
Al inmenſo ſeñor que los compuſo,
Y aunque las aguas del gallardo Rio,
En raudal muy furioſas y corrientes,
Se yuan todas vertiendo y derramando,
Tan manſas, ſuabes, blandas, y amoroſas,
Como ſi vn ſoſſegado eſtanque fueran,
Por anchas tablas, todas bien tendidas,
Y de diuerſos generos de pezes,
Por excelencia rico y abundoſo,
Hallamos demas deſto grueſſa caza,
De muchas grullas, anſares, y patos,
Donde cebaron bien ſus alcabuzes,
Los haſtutos monteros diligentes,
Y auiendo hecho grande caza y peſca,
Luego de los fogoſos pedernales,
El eſcondido fuego les ſacamos,
Haziendo vna gran lumbre poderoſa,
Y en grandes aſſadores, y en las braſas,
De carne, y de peſcado bien abaſto,
Puſimos à dos manos todo aquello,
Que el hambriento apetito nos pedia,

Para

Para poder rendir de todo punto,
Las buenas ganas, al manjar ſabroſo,
Y como la paloma memorable,
Que luego que paſſò la gran tormenta,
El verde ramo trujo de la oliba,
No de otra ſuerte todos nos boluimos,
Colmados de contento y alegria,
Que es verdadero premio del trabajo,
Y luego que al exercito llegamos,
Con muchas fieſtas fuimos recibidos,
Y porque ſiempre es fuerça y cauſa guſto,
Traer à la memoria los trabajos,
Miſerias, y fatigas, que ſe ſufren,
Quando la dura guerra ſe milita,
Llamado deſte guſto, fue contando,
El Sargento mayor à todo el campo,
Preſente el General, aquellos paſſos,
Caminos, y ſuceſſos que ſufrimos,
Haſta que al fin llegamos à las playas,
Riberas, y alamedas deſte Rio,
En cuias arboledas eſpacioſas,
Todas nueſtras fatigas deſcanſamos,
Y como ſiempre cauſa grande alibio,
No ſer en padezer trabajos ſolo,
Luego como acabò tomò la mano,
El dieſtro General por dar conſuelo,
A los quebrantos triſtes ya paſſados,
Diziendo los trabajos que los ſuyos,
Auian tambien ſufrido y padezido,
Y como vno cargò con tantas veras,
Que eſtuuo à pique el campo de perderſe,
Y fue, que entrando Marҫo caluroſo,
Con poderoſos ſoles aſſentados,
Vino à faltar el agua de manera,
Que ſecas las gargantas miſerables,
Los tiernos niños, hombres, y mugeres,
Traſpaſſados, perdidos, y abraſſados,

Socorro

Socorro al ſoberano Dios pedian,
Por ſer aqueſte el vltimo remedio,
Que pudieron tener en tal conflicto,
Y los triſtes canſados animales,
Como aquellos de Ninibe rendidos,
Del inſaziable ayuno fatigados,
Aſsi cuitados todos ſe moſtrauan,
Con la fuerça del tiempo que cargaua,
Y como ſiempre acude y faborece,
Su gran bondad inmenſa ſoberana,
Al que con veras pide y le ſuplica,
Eſtando el Cielo claro y muy ſereno,
Por vna y otra parte fue turbado,
De grueſſas nuues negras bien cargadas,
Y ſin ningun relampago ni trueno,
Tanta agua derramaron y vertieron,
Que los bueyes vnzidos con ſus yugos,
Su mortifera ſed ſatisficieron,
Y luego que el exercito afligido,
Quedò por todas partes conſolado,
La belleza del Sol quedò con rayos,
Por vna y otra parte tan tendidos,
Que tan ſola vna nuue no impedia,
Su claro reſplandor en parte alguna,
Y aſsi por eſta cauſa le puſieron,
Al parage de aqueſta ſanta lluuia,
El agua del milagro, porque fueſſe,
Eterna ſu memoria prolongada,
Y nunca para ſiempre ſe perdieſſe,
O ſoberano bien con que preſteza,
Socorres nueſtras faltas ſi ponemos,
Tanta fee quanta ajuſta, mide y peſa,
No mas que vn ſolo grano de moſtaza,
Vendito tal varato y tal empleo,
No ſolo para que las altas nuues,
Fuera de tiempo viertan grandes lluuias,
Mas para que los mas peſados montes,

Remue-

Remueuan y lebanten ſus aſsientos,
Y la belocidad del Sol repare,
Su poderoſo curſo, y le detenga,
No mas que por mandarlo el hombre noble,
A cuios pies ſe rinden y abaſſallan,
Todas las coſas grandes y pequeñas,
En fin como en ſugeto lebantado,
Por manos tan grandioſas y admirables,
Y aſsi parece que yua ſu grandeza,
Lleuando aqueſte campo como à ſuyo,
Vnas vezes cargados de trabajos,
Y otras de mil conſuelos ſocorrido,
Viage derecho, cierto, y verdadero,
De los obreros grandes que lebantan,
Heroicos edificios en ſu Igleſia,
Pues yendo aſsi marchando muchos dias,
Llegaron à las aguas deſte Rio,
Y qual aquel Troyano memorable,
Que fue faborecido y amparado,
Del humedo tridente de Neptuno,
Deſpues de la tormenta y gran borraſca,
Aſsi el Gouernador con todo el campo,
Seguro y dulze puerto fue tomando,
Y à ſu mas fatigada ſoldadeſca,
Por las freſcas orillas y riberas,
Auierta mano dio que deſcanſaſe,
Y como el buen gouierno no conſiſte,
En la que es buena induſtria de preſente,
Sino en preuenir con ſazon aquello,
Que puede deſpues darnos gran cuidado,
Mandò el Gouernador que ſin tardança,
El Sargento ſalieſſe y ſe apreſtaſe,
Con cinco compañeros eſcogidos,
Y dieſtros en nadar, porque buſcaſen,
Algun ſeguro vado al brauo Rio,
Para que por el todo vueſtro campo,
Seguro y ſin zozobra le paſſaſe,

Y

Y poniendo por obra aquel mandato,
Salio Carabajal, y Alonſo Sanchez,
Y el gran Chriſtoual Sanchez, y Araujo,
Y yo tambien con ellos porque fueſſe,
El numero cumplido de los cinco,
Y andando embeuecidos todos juntos,
En buſca de buen vado cuidadoſos,
De ſubito nos fuimos acercando,
A vnos pagizos ranchos do ſalieron,
Gran cantidad de baruaros guerreros,
Y por ſer todo aquello pantanoſo,
Y no poder valernos de las armas,
Aſsi para los baruaros nos fuimos,
Moſtrandonos amigos agradables,
Y como el dar al fin quebranta peñas,
Dandoles de la ropa que tuuimos,
Tan manſos los boluimos, y amoroſos,
Tanto que quatro dellos ſe vinieron,
Y vn lindo vado à todos nos moſtraron,
Por cuia cauſa el General prudente,
Mandò que à todos quatro los viſtieſſen,
Y con mucho regalo los trataſen,
Por cuia cauſa todos ſe bajaron,
Y dandoſe de paz, trujeron juntos,
Vna gran ſuma de peſcado freſco,
Y mandandoles dar vn buen retorno,
Luego ſe procuro que ſe hizieſſe,
En vn copado, y apazible boſque,
Vna gracioſa Igleſia de vna naue,
Capaz para que todo el campo junto,
Pudieſſe bien caber ſin apretarſe,
En cuio aluergue, ſanto, Religioſo,
Cantaron vna Miſſa muy ſolemne,
Y el docto Comiſſario con eſtudio,
Hizo vn ſermon famoſo bien penſado,
Y luego que acabaron los oficios,
Repreſentaron vna gran comedia,

Que

Que el noble Capitan Farfan conpuſo,
Cuio argumento ſolo fue moſtrarnos
El gran recibimiento que à la Igleſia,
Toda la nueua Mexico hazia,
Dandole el parabien de ſu venida,
Con grande reuerencia ſuplicando,
Las rodillas en tierra les labaſe,
Aquella culpa con el agua ſanta,
Del precioſo Baptiſmo que traian,
Con cuio ſaludable ſacramento,
Muchos Baruaros vimos ya labados,
Luego que por ſus tierras anduuimos,
Vbo ſolemnes fieſtas agradables,
De gente de acauallo bien luzida,
Y por honrra de aquel illuſtre dia,
Vna gallarda eſquadra ſuelta yua,
De aquel Capitan Cardenas famoſo,
Soldado de valor y de verguença,
Y que muy bien ſeñor os ha ſeruido,
Eſte por entender que la jornada,
No auia de ſer poſsible ſe hizieſſe,
Quedoſe de manera que no pudo,
Dar alcançe deſpues à vueſtro campo,
Por cuia cauſa dieron ſu eſtandarte,
A Diego Nuñez, y con eſto luego,
Se tomò poſſeſion de aquella tierra,
En vueſtro inſigne, heroico, y alto nombre,
Haziendo en eſta cauſa cierto eſcrito,
Que aqueſte ſerà bien que aqui le ponga,
Sin corromper la letra porque importa,
Por ſer del miſmo General la nota,

De como se tomó, y aprehendio la possesion de la nueua tierra.

EN el nombre de la ſantiſsima Trinidad, y de la indeuidua vnidad eterna, deidad y mageſtad, Padre, Hijo, y Eſpiritu Santo, tres perſonas, y vna ſola eſſencia, y vn ſolo Dios verdadero, que con ſu eterno querer, omnipotente poder, è infinita ſabiduria, rige, gouierna, y diſpone, poderoſa, y ſuabemente, de mar à mar, de fin à fin, como principio y fin de todas las coſas, y en cuias manos eſtan, el eterno Pontificado, y Sacerdocio, los Imperios, y los Reynos, Principados, y Ditados, Republicas, mayores y menores, familias, y perſonas, como en eterno Sacerdote, Emperador, y Rey de Emperadores y Reyes, ſeñor de ſeñores, criador de Cielos y Tierra, elementos, Aues, y pezes, animales, plantas, y de toda criatura, eſpiritual, y corporal, razional è irrazional, deſde el mas ſupremo Cherubin, haſta la mas deſpreciada hormiga, y pequeña mariposa: è à honor y gloria ſuya, y de ſu ſacratiſsima, y venditiſsima Madre, la Virgen ſanta Maria, nueſtra Señora, puerta del Cielo, arca del Teſtamento, en quien el manà del Cielo, la vara de la diuina Iuſticia, y braço de Dios, y ſu Ley de gracia, y amor, eſtuuo encerrada, como en Madre de Dios, Sol, Luna, Norte, y guia, y abogada, del genero humano: y à honrra del Seraphico Padre ſan Franciſco, Imagen de Chriſto, Dios, en cuerpo y alma, ſu Real Alferez, y Patriarca de pobres, à quienes tomo por mis Patrones y abogados, guia, defenſores, è interceſſores, para que rueguen al miſmo Dios, que todos mis penſamientos, dichos, y hechos, vayan encaminados al ſeruicio de ſu Mageſtad infinita, aumento de fieles, y extension de ſu ſanta Iglesia, y à ſeruicio del Chriſtianiſsimo Rey don Felipe, nueſtro ſeñor, columna fortiſsima de la Fè Catholica, que

Dios guarde muchos años, y corona de Caſtilla, y amplificacion de ſus Reynos y Prouincias. Quiero que ſepan, los que ahora ſon, o por tiempo fueren: como yo don Iuan de Oñate, Gouernador, y Capitan general, y Adelantado de la nueua Mexico, y de ſus Reynos y Prouincias, y las à ellas circunuezinas, y comarcanas, poblador y deſcubridor, y pazificador dellas, è de los dichos Reynos, por el Rey nueſtro ſeñor. Digo, que por quanto en virtud del nombramiento que en mi fue fecho, y titulos que ſu Mageſtad me da, deſde luego, de tal Gouernador, Capitan general, y Adelantado de los dichos Reynos, y Prouincias, sin otros mayores que me promete, en virtud de ſus Reales ordenanças, y de dos Cedulas Reales, y otras dos ſobrecedulas, y capitulos de cartas del Rey nueſtro ſeñor: ſu fecha en Valencia, à veinte y ſeis de Enero, de mil y quinientos y ochenta y ſeis años: ſu fecha en ſan Lorenço, à diez y nueue de Iulio, de mil y quinientos y ochenta y nueue años: ſu fecha à diez y siete de Enero, de mil y quinientos y nouenta y tres: ſu fecha à veinte y vno de Iunio, de mil y quinientos y nouenta y cinco: y por otra vltima cedula Real: ſu fecha de dos de Abril, deſte año paſſado, de mil y quinientos y nouenta y siete: en que en contradicion de partes, ſu Mageſtad aprueua la eleccion hecha en mi perſona, è eſtado, exerciendo y continuando el dicho mi oficio, y aora venido en demanda de los dichos Reynos y Prouincias, con mis oficiales maiores, Capitanes, Alferez, ſoldados y gente de paz y guerra, para poblar y pazificar, è otra gran machina de pertrechos neceſſarios, carros, carretas, roſas, cauallos, bueyes, ganado menor, y otros ganados, y mucha de la dicha mi gente caſada, de ſuerte que me hallo oy con todo mi campo entero, y con mas gente de la que ſaquè de la Prouincia de ſanta Barbola, junto al Rio que llaman del Norte, y alojada à la Ribera, que es lugar circunuezino, y comarcano, à las primeras poblaciones de la nueua Mexico, y que paſſa por ellas el

dicho

dicho Rio, y dexo hecho camino auierto de carretas, ancho y llano, para que sin dificultad ſe pueda yr y venir por el, deſpues de andadas al pie de cien leguas de deſpoblado: è porque yo quiero tomar la poſſesion de la tierra, oy dia de la Aſcencion del Señor, que ſe cuentan treinta dias del mes de Abril, deſte preſente año, de mil y quinientos y nouenta y ocho: mediante la perſona de Iuan Perez de Donis, Eſcriuano de ſu Mageſtad, y Secretario de la jornada, y gouernacion de los dichos Reynos y Prouincias, en voz y nombre del chriſtianiſsimo Rey nueſtro ſeñor, don Felipe Segundo deſte nombre, y de ſus ſubceſſores, que ſean muchos, y con ſuma felicidad, y para la corona de Caſtilla, y Reyes que ſu glorioſa eſtirpe Reynaren en ella, è por la dicha, y para la dicha mi gouernacion, fundandome y eſtriuando, en el vnico y abſoluto poder, è juridicion, que aquel eterno ſummo Pontifice, y Rey Ieſu Chriſto, hijo de Dios viuo, cabeça vniuerſal de la Iglesia, y primero y vnico inſtituidor de ſus ſacramentos, vaſſa y piedra angular del viejo y nueuo Teſtamento, fundamento y perfeccion del, tiene en los Cielos y en la tierra, no ſolo en quanto Dios, y conſubſtancial à ſu Padre eterno, que como criador de todas las coſas, es vnico abſoluto, natural y propietario ſeñor de ellas, que como tal puede hazer y deshazer, ordenar y diſponer à ſu voluntad, y lo que por bien tuuiere: mas tambien en quanto hombre, à quien ſu eterno Padre, como à tal, y por ſer hijo del hombre, y por ſu doloroſa y penoſa muerte, y triunfante y glorioſa Reſurreccion, y Aſcencion, y el eſpecial titulo de vniuerſal Redentor, que con ella ganò, dio omnimoda poteſtad, juriſdicion y dominio, cibil y criminal, alta y baja horca, y cuchillo mero mixto Imperio, en los Reynos de los Cielos, y en los Reynos de la tierra, y en cuias manos puſo el peſo y medida, judicatura, premio y pena, del Orbe vniuerſo, haziendole no ſolo Rey y Iuez, mas tambien paſtor vniuerſal de las ouejas, fieles, è infieles, de las que oy

en

en ſu voz le creen y ſiguen, y eſtan dentro de ſu rebaño y pueblo Chriſtiano, y de las que no han oido ſu voz, y Euangelica palabra, ni haſta el dia de oi le conozen, las quales dize le conuiene traer à ſu diuino conozimiento, porque ſon ſuias, y es ſu ligitimo y vniuerſal Paſtor, para lo qual auiendo de ſubir à ſu eterno Padre, por preſencia corporal, vbo de dexar y dexò por ſu Vicario, y ſubſtituto, al Principe de los Apoſtoles, ſan Pedro, y demas ſubceſſores, ligitimamente electos, à los quales dio y dexò el Reyno, poder, è Imperio, y las llaues del Cielo, ſegun y como el miſmo Chriſto Dios le recibio de ſu eterno Padre, en el, como ſu cabeça, y ſeñor vniuerſal, y en los demas, como en ſus ſubceſſores, sieruos, miniſtros, y Vicarios, y aſsi no ſolo les dexò la juriſdicion Eclesiaſtica, y monarchia eſpiritual: mas tambien les dexò auitualmente juriſdicion y monarchia temporal, y el vno y otro braço, y cuchillo de dos filos, para que por si o por medio de ſus hijos, los Emperadores y Reyes quando y como les pareciеſſe conuenir, por vrgente cauſa pudieſſen reduzir la ſobredicha juriſdicion, y monarchia temporal, al acto, y ponerla en execucion, como luego que la ocasion y neceſſidad ſe ofrecio, la executaron, vſando de la omnimoda poteſtad temporal, del braço y poder ſecular, aſsi por si, como por armadas y exercitos, de mar y tierra, en las proprias, y en las diſtintas y baruaras naciones, con los pendones, vanderas y eſtandarte Imperial de la Cruz, ſubgetando las baruaras naciones, hallanando el paſſo à los Euangelicos Predicadores, aſſegurando ſus vidas y perſonas, vengando las injurias que los vna vez recebidos recibieren, reprimiendo y refrenando el impetu, y beſtial y baruara fiereza, de los ſobredichos: y en el nombre del poderoſo Chriſto Dios, que mandò predicar ſu Euangelio à todo el mundo, y por ſu autoridad y derecho enſanchando los terminos de la Republica Chriſtiana, y amplificando ſu Imperio, por mano tambien de los ſobredichos ſus

hijos,

hijos, Emperadores y Reyes: entre los quales el Rey don Felipe nueſtro ſeñor, Rey de Caſtilla, y de Portogal, y de las Indias Occidentales y Orientales, deſcubiertas y por deſcubrir, halladas y por hallar, mediante la ſobredicha poteſtad, juridicion y monarquia Apoſtolica y Pontifical transfuſſa, concedida y otorgada, encomendada y encargada, à los Reyes de Caſtilla y Portogal, y à ſus ſuceſſores, deſde el tiempo del ſumo Pontifice Alexandro Sexto, por diuina y singular inſpiracion, como por la piedad Chriſtiana enſeña ſer inſaliblemente aſsi, pues Dios à ſu Vicario que repreſenta ſu perſona y vezes, en coſas tan graues jamas falta, y la experiencia verdadera maeſtra, y prueua de la verdad, en tan largos tiempos à moſtrado: lo qual teſtifica con infalible certidumbre, el conſentimiento permiſo, y confirmacion, del ſobredicho Imperio y dominio, de las Indias Orientales, y Occidentales, en los Reyes de Caſtilla y Portogal, y ſus ſubceſſores, transfuſſo y colocado, por manos de la Iglesia militante, de todos los demas ſumos Pontifices, ſubceſſores del dicho ſantiſsimo Pontifice, de glorioſa memoria, Alexandro Sexto, haſta el dia preſente, en cuio ſolido fundamento eſtriuo, para tomar la ſobredicha poſſesion, deſtos Reynos y Prouincias, en el ſobredicho nombre: à lo qual ſe allegan, como vaſſas, y pilares deſte edificio, otras muchas, graues, vrgentes, y notorias cauſas, y razones, que à ello me mueuen, y obligan, y dan ſegura entrada, y con aiuda de Dios, y de ſu vendita Madre, y el eſtandarte de ſu ſanta Cruz, por medio de los Euangelicos Predicadores, hijos de mi Seraphico Padre ſan Franciſco, daran mucho mas ſeguro, proſpero, felice ſubceſſo, y la primera, y no de menos consideracion, para el caſo preſente, es la inocente muerte de los Predicadores del ſanto Euangelio, verdaderos hijos de ſan Franciſco, Frai Iuan de Santa Maria, Frai Franciſco Lopez, y Frai Aguſtin Ruiz, primeros deſcubridores deſta tierra, deſpues de aquel gran Padre Frai Marcos de Niça,

que

que todos dieron ſus vidas y ſangre, en primicias del ſanto Euangelio, en ella, cuia muerte fue inocente, y no merecida, pues siendo vna vez recebidos deſtos Indios, y admitidos en ſus Pueblos, y caſas, y quedandoſe los dichos Religioſos ſolos entre ellos, para predicarles la palabra de Dios, y mejor entender ſu lengua, confiados de la ſeguridad del buen roſtro y trato que les hazian, y auiendo acudido en todas ocasiones à hazer bien à eſtos naturales, aſsi en todo el tiempo que los pocos Eſpañoles que con ellos eſtuuieron, que fueron ſolos ocho, duraron en la tierra, como el que deſpues eſtuuieron ſolos, contra ley natural, dieron mal por bien, y la muerte à otros hombres como ellos, inocentes, y que no les hazian daño, y que les dauan como por entonces mejor podian, y procurauan darles la vida, mediante la palabra de la Ley de gracia, mas auentajadamente, cauſa y razon baſtante, quando otra no vbiera para juſtificar mi pretension, demas de la qual, la enmienda, correccion y caſtigo de los pecados contra naturaleza, y la inhumanidad que entre eſtas beſtiales naciones ſe halla, que à mi Rey y Principe, como à tan poderoſo ſeñor, conuiene corregir y reprimir, y à mi en ſu Real nombre, dan mano al acto preſente, y sin eſtas la piadoſa razon y Chriſtianiſsima opinion del Bautiſmo, y ſaluacion de las almas, de tantos niños como entre eſtos infieles padres al preſente viuen y nacen, que à ſu verdadero Padre Dios, y mas principal Padre, ni obedezen, ni reconozen, ni pueden moralmente hablando reconozer, sino es mediante eſte medio, como la larga experiencia en todas eſtas tierras ha moſtrado, y quando pudieran reconozerle, entrando por la puerta del Bautiſmo, no pueden conſeruar la Fe, ni perſeuerar en ſu bocacion, entre gente idolatra, è infiel, contra cuia voluntad ſe ha de hazer eſta obra, porque la voluntad de Dios es, que todos ſe ſalben, y à todos llegue el ſon, y efectos de ſu palabra y Paſsion, y Dios deue ſer ouedezido, y no los hombres, aunque ſean juezes, o padres,

o si

o si tengan Reynos o Ciudades, pues ſola vn alma es mas precioſa, que todo el mundo, ni ſus mandos, riquezas, y propiedades, y sin eſtas, ai otras euidentes cauſas, en que me fundo, para eſte efecto, aſsi del gran bien temporal, que el eſpiritual no tiene precio, que eſtas baruaras naciones con nueſtro comercio, y trato, adquieren, y ganan en ſu trato pulitico, y gouierno de ſus Ciudades, viuiendo como gentes de razon, en pulicia, y entendimiento, acrecentando ſus oficios y artes, mecanicas, y algunos las liberales, aumentando ſus Republicas, de nueuos ganados, crias, y ſemillas, legumbres, y baſtimentos, ropas, y frutos, y ordenando diſcretamente el trato economico de ſus familias, caſas y perſonas, viſtiendoſe los deſnudos, y los ia beſtidos mejorandoſe, y dexando otras cauſas, finalmente en ſer gouernados en paz y juſticia, con ſeguridad en ſus caſas y en ſus caminos, y defendidos y amparados de ſus enemigos, por mano y à expenſas de tan poderoſo Rey, cuia ſubgecion es verdadero prouecho y libertad, y tener en el proprio Padre, que à ſu coſta, y mediante ſus gages, y mercedes, de tan remotas tierras, les embian Predicadores y miniſtros, Iuſticia y amparo, con inſtruciones verdaderamente de Padre, de paz, concordia, ſuabidad y amor, la qual guardare yo à perder de vida: y mando, y siempre mandare ſe guarde, ſopena della. Y por tanto, fundado en el ſolido fundamento ſobredicho, quiero tomar la ſobredicha poſſesion, y aſsi lo haziendo, en preſencia del Reuerendiſsimo Padre Fray Alonſo Martinez, de la orden del ſeñor ſan Franciſco, Comiſſario Apoſtolico, *cum plenitudine poteſtatis,* deſta jornada de la nueua Mexico y ſus Prouincias, y de los Reuerendiſsimos Padres Predicadores del ſanto Euangelio, ſus compañeros, Fray Franciſco de ſan Miguel, Fray Franciſco de Zamora, Fray Iuan de Roſas, Fray Alonſo de Lugo, Fray Andres Corchado, Fray Iuan Claros, y Fray Chriſtoual de Salazar, y de mis amados Padres, y hermanos, Fray Iuan de San Buena-

uentura

uentura, y Fray Pedro de Vergara, frailes legos, Religiosos que van à esta jornada, y conuersion, y de mi Maese de campo General, don Iuan de Zaldiuar Oñate, y de los oficiales mayores, y de la maior parte de los Capitanes y oficiales del campo, y gente de paz y guerra del, digo: que en voz, y en nombre del Christianissimo Rey don Felipe nuestro señor, vnico defensor, y amparo de la santa madre Iglesia, y su verdadero hijo, y para la corona de Castilla, y Reyes, que de su gloriosa estirpe Reynaren en ella, è por la dicha, è para la dicha mi gouernacion, tomo y aprehendo, vna, dos, y tres vezes: vna, dos, y tres vezes: vna, dos, y tres vezes: y todas las que de derecho puedo, è deuo, la tenencia y possesion Real, y actual, cibil y criminal, en este dicho Rio del Norte, sin excetar cosa alguna, y sin ninguna limitacion, con las vegas, cañadas, y sus pastos y abreuaderos. Y esta dicha possesion tomo, y aprehendo, en voz, y en nombre de las demas Tierras, Pueblos, Ciudades, Villas, Castillos, y casas fuertes, y llanas, que aora estan fundadas, en los dichos Reynos, y Prouincias, de la nueua Mexico, y las à ellas circunuezinas, y comarcanas, y adelante por tiempo se fundaren en ellos, con sus montes, Rios, y Riberas, aguas, pastos, vegas, cañadas, abreuaderos, y todos sus Indios, naturales, que en ellas se incluieren, y comprehendieren, y con la jurisdicion cibil y criminal, alta y baja, horca y cuchillo, mero mixto Imperio, desde la hoja del Monte, hasta la piedra del Rio, y arenas del, y desde la piedra y arenas del Rio hasta la hoja del Monte. Y yo el dicho Iuan Perez de Donis, Escriuano de su Magestad, y Secretario susodicho, certifico y doi fee, que el dicho señor Gouernador, Capitan general, y Adelantado de los dichos Reynos, en señal de verdadera, y pacifica possesion, y continuando los actos de ella, puso y clauò, con sus proprias manos, en vn arbol fijo, que para el efecto se aderezò, la Santa Cruz, de nuestro Señor Iesu Christo, y boluiendose à ella, las rodillas en el suelo, dixo.

CRVZ

CRVZ Santa, que ſois diuina puerta del Cielo, Altar, del vnico, y eſſencial ſacrificio, del cuerpo, y ſangre del Hijo de Dios, camino de los Santos, y poſſesion de ſu gloria, Abrid la puerta del Cielo, à eſtos infieles, fundad la Iglesia y Altares, en que ſe ofreſca el cuerpo y ſangre, del Hijo de Dios: Abridnos camino de ſeguridad y paz, para la conuersion dellos, y conuersion nueſtra, y dad à nueſtro Rey, y à mi en ſu Real nombre, pacifica poſſeſsion, deſtos Reinos, y Prouincias, para ſu Santa Gloria. Amen.

Y luego incontinente, fixò, y prendiò, aſsimiſmo, con ſus propias manos, en el eſtandarte Real, las Armas del Chriſtianiſsimo Rey don Felipe, nueſtro ſeñor, de la vna parte, las Imperiales, y de la otra las Reales: y al tiempo y quando ſe puſo, è hizo lo ſuſodicho, ſe tocò el clarin, y diſparò el arcabuzeria, con grandiſsima demonſtracion de alegria, à lo que notoriamente parecio. Y ſu Señoria del dicho ſeñor Gouernador, Capitan general, y Adelantado, para perpetua memoria, mandò que ſe autorice, y ſelle, con el ſello maior de ſu oficio, y signado, y firmado, de mi nombre y signo, ſe guarde con los papeles de la jornada, y Gouernacion, y ſe ſaquen deſte original, los traslados que quisieren, aſſentandoſe en el libro de la gouernacion, y lo firmò de ſu nombre, siendo teſtigos, los ſobredichos, Reuerendiſsimos, Padre Comiſſario, Frai Alonſo Martinez, Comiſſario Apoſtolico, Frai Franciſco de San Miguel, Frai Franciſco de Zamora, Frai Iuan de Roſas, Frai Alonſo de Lugo, Frai Andres Corchado, Frai Iuan Claros, Frai Chriſtoual de Salazar, Frai Iuan de San Buenauentura, Frai Pedro de Vergara, y don Iuan de Zaldiuar Oñate, mi Maeſe de campo, General, y los demas oficiales mayores, Capitanes, y ſoldados del exercito, ſobredichos, el dicho dia de la Aſcension del Señor, treynta, y vltimo de Abril, deſte año de mil y quinientos y nouenta y ocho años.

Tomada eſta poſſesion, otro dia començò à marchar el campo, para paſſar el Rio del Norte, en la forma que diremos.

F 1

CANTO QVINZE.

COMO SALIO EL CAMPO PARA PASSAR EL RIO DEL Norte, y como ſe deſpacho el Capitan Aguilar, a eſpiar la tierra, y como eſtuuo para degollar, por auer quebrado el orden que le dieron, por cuya cauſa el Gouernador ſe adelanto para los pueblos, y de las coſas que fueronſucediendo, hasta que el Gouernador quiſo hazer aſsiento y poblar la tierra.

LA cumbre mas ſubida y mas gallarda,
Que al buen ſoldado illuſtra y le lebanta,
Dexo, la con que el alma ſe enrriqueze,
Es la noble nobleza de la honrra,
Que por ſolo valor, por excelencia,
Por prudencia, por ſer, y por esfuerço,
De virtud propria, vemos que ſe alcança,
Y porque ay grandes honrras que deshonrran,
Y vituperios ay tambien que honrran,
Solo ſe aduierte, nota, y ſe pratica,
Que aquella que es perfecta y verdadera,
Que no conſiſte en mas, que en merecerla,
Y ſi la grande alteza deſte guſto,
Faltaſe à los guerreros que profeſſan,
El belico exercicio, caſi apenas,
Hallaramos vn hombre que quiſiera,
Lleuar alegremente los trabajos,
Que el rigor de la guerra trae conſigo,
Si el triunfo deſta impreſſa no le hiziera,
Ligera aqueſta carga tan peſada,

Para

Para arreſgar por ella cien mil vidas,
Y otras tantas con ellas ſi tuuiera,
Y aſsi llamados todos los ſoldados,
Deſta ſu vida, gloria lebantada,
Por ſolo merecerla, y alcançarla,
Bueltos al gran trabajo lebantaron,
A todo vueſtro campo, y le puſieron,
De eſſotra vanda de las aguas turbias,
Que del Norte decienden en vn pueſto,
Seguro y abundante, de buen paſto,
Cuia grandeza juntos la aſſentaron,
Deſnudos, y deſcalços quebrantados,
A fuerça de ſudor, y de los braços,
Hechos pedazos todos, ya rendidos,
Y porque ya muy cerca de poblado,
Sentia el General que el campo eſtaua,
Por preuenirſe en todo, mandò luego,
Que Pablo de Aguilar con ſeys ſoldados,
En cauallos ligeros ſe apreſtaſe,
Y con todo ſecreto y buen recato,
La tierra le eſpiaſe, y que ſi vieſſe,
Alguna poblacion, que luego al punto,
Qual la libiana jara que ſe arroja,
A la ſubida cumbre que en llegando,
Al pueſto donde el arco le permite,
Luego la vemos todos que rebuelue,
Que aſsi luego boluieſſe, ſin que en eſto,
Otra coſa ninguna diſpenſaſe,
Y para mas forçarle y obligarle,
Mandole que con pena de la vida,
Deſte mandato expreſo no excedieſſe,
Saliendo el Aguilar con eſte orden,
El campo fue marchando las riberas,
Deſte copado Rio caudaloſo,
Cuios incultos baruaros groſſeros,
En la paſſada edad, y en la preſente,
Siempre ſueron de bronco entendimiento,

De

De ſimple vida, bruta, no enſeñada,
A cultiuar la tierra, ni romperla,
Y en adquirir hazienda, y en guardarla,
Tambien de todo punto deſcuidados,
Solo ſabemos viuen de la caza,
De peſca, y de raizes que conozen,
Tras cuia vida todos muy contentos,
De las grandes Ciudades oluidados,
Bullicio de palacio, y altas Cortes,
Paſſan ſin mas zozobra ſus cuidados,
Eſtos con guſto bien nos ayudaron,
A paſſar por ſus tierras ſin rezelo,
Y eſtando ya ſeñor para dexarlos,
Tomando otra derrota deſte Rio,
Llegò Aguilar, y dixo auer entrado,
En el primero pueblo de la tierra,
Sin reſpecto ninguno de aquel orden,
Que nueſtro General mandò tuuieſſe,
Por cuia juſta cauſa eſtuuo à pique,
De darle alli garrote, ſino fuera,
Por la fuerça de ruegos que cargaron,
Por el, y por la gente que lleuaua
Ecepto Iuan Piñero, porque quiſo,
Guardar en todo el orden que les dieron,
Y como no ay temor ſi con prudencia,
Preuenimos el golpe que amenaça,
Que vn ſoſſegado puerto no nos mueſtre,
Temiendo el General que luego alçaſen,
Todos los baſtimentos con preſteza,
Los baruaros, y luego deſpoblaſen,
Cincuenta buenos hombres, bien armados,
Con el mandò que fueſſen, y dexando,
Al Alferez Real por ſu teniente,
Lleuando à nueſtro Padre Comiſſario,
Y al Padre fray Chriſtoual, fue marchando,
Con tan ligero paſſo, y preſto curſo,
Que muy breue ſe puſo por ſus tierras,

Y

Y eſtando bien à viſta de los pueblos,
Parece que la tierra eſtremecida,
Sintiendo la gran fuerça de la Igleſia,
Sacudiendo los idolos furioſa,
Con violencia horrible arrebatada,
Y tempeſtad furioſa y terremoto,
Eſtremecida toda y alterada,
Aſsi turbada fue con brauo aſombro,
Cubriendo todo el cielo de entricadas,
Nuues tan denſas, negras, y eſpantoſas,
Que paboroſo paſmo nos cauſauan,
Viendolas encender por cien mil partes,
Con tremendos relampagos y fuegos,
Y vertiendo gran lluuia fue rompiendo,
Con truenos grimoſiſsimos los montes,
Los valles, cerros, riſcos, y collados,
Deſpidiendo de piedra tan gran fuerça,
Que rendidos los Padres ſe pararon,
Y al poderoſo Dios à grandes vozes,
Socorro le pidieron, y acabada,
Toda la letania con ſus prezes,
Sin otras oraciones que rezaron,
Con ſuma reuerencia alli contritos,
Condolido el Señor, moſtrò la fuerça,
De aquel turbion grimoſo lebantado,
Qual poderoſo mar ſoberuio hinchado,
Que recogido el viento ſe ſoſsiega,
Y vna grande bonança à todos mueſtra,
Aſsi dio buelta luego el alto Cielo,
Moſtrandoſe tan claro, y tan ſereno,
Qual ſuele eſtar el Sol, quando ſus rayos,
Por medio de ſu curſo nos deſcubre,
Con cuio noble tiempo fue llegando,
El General al pueblo, y luego juntos,
Los baruaros ſalieron à noſotros,
Y viendo al Comiſſario que lleuaua,
Arbolada vna Cruz en la derecha,

Todos

Todos con gran refpecto la vefaron,
Y à nueftro General ouedecieron,
Alojandole dentro de fu pueblo,
En cuias cafas luego reparamos,
En vna grande fuma que tenian,
De foberuios demonios retratados,
Feroces, y terribles por extremo,
Que claro nos moftrauan fer fus diofes,
Porque al dios del agua, junto al agua,
Eftaua bien pintado, y figurado,
Tambien al dios del monte, junto al monte,
Y junto à pezes fiembras, y batallas,
A todos los demas que refpetauan,
Por diofes de las cofas que tenian,
Y tienen una cofa aqueftas gentes,
Que en faliendo las mozas de donzellas,
Son à todos comunes, fin efcufa,
Con tal que fe lo paguen, y fin paga,
Es vna vil bageza, tal delito,
Mas luego que fe cafan viuen caftas,
Contenta cada qual con fu marido,
Cuia coftumbre, con la grande fuerça,
Que por naturaleza ya tenian,
Teniendo por certifsimo nofotros,
Seguiamos tambien aquel camino,
Iuntaron muchas mantas bien pintadas,
Para alcançar las damas Caftellanas,
Que mucho apetecieron y quifieron,
Tambien notamos, fer aqueftas gentes,
Manchadas del beftial pecado infame,
Y en efto fue tan fuelta fu foltura,
Que fino diera gritos vn muchacho,
De nueftra compañia, le rindiera,
Vn baruaro de aquellos que por fuerça,
Le quifo fugetar, y fino fuera,
Por la gran tierra que por medio pufo,
Fuera cafo impofsible que quedara,

Seme-

Semejante delicto ſin caſtigo,
Con eſto fuimos todos por los pueblos,
Con notable contento, aunque aguado,
Por no ſaber las lenguas deſtas gentes,
Y darles à entender nueſtros intentos,
Y por ſer otro dia aquella fieſta,
Del gran ſan Iuan Baptiſta, luego quiſo,
El General que el campo ſe aſſentaſe,
En vn gracioſo pueblo deſpoblado,
De gentes y vezinos, y abundoſo,
De muchos baſtimentos que dexaron,
Aqui con gran recato preuenidos,
La mañana gracioſa celebraron,
En los cauallos de armas los ſoldados,
En dos contrarios pueſtos diuididos,
Cuias ligeras puntas gouernauan,
En vna bien trabada eſcaramuça,
El buen Maeſe de campo, y gran Sargento,
Las poderoſas lanças reboluiendo,
Con vizarro donaire deſembuelto,
Y luego que los vnos y los otros,
Rompieron grueſſas lanças y prouaron,
Las fuerças de ſus pechos en torneos,
Que con bella deſtreza tornearon,
Quedaron para ſiempre ſeñalados,
Por buenos hombres de armas, y de impreſas,
El Maeſe de campo, y el Sargento,
El Capitan Queſada, con Bañuelos,
El Capitan Marçelo de Eſpinoſa,
Pedro Sanchez, Monrroi, y Antonio Conde,
El Alferez Romero, Alonſo Sanchez,
Iuan de Leon, Damiero, y los Robledos,
Acabadas las fieſtas, luego entraron,
Tres baruaros gracioſos deſembueltos,
Y eſtando el General con gran contento,
Con todos los ſoldados platicando,
Aſsi los tres ſe fueron à ſu pueſto,

Y eſtando junto del, algo riſueño,
El vno dellos, dixo en altas vozes,
Iueues, y Viernes, Sabado, y Domingo,
Y qual ſi fuera aquella gran culebra,
Que en la expulſion de los Tarquinos vieron,
Ladrar dentro de Roma los Romanos,
Que atonitos quedaron del portento,
Aſsi deſatinados nos colgamos,
De la lengua de aquel que mas no quiſo,
Hablar otra palabra Caſtellana,
Y viſto el General ſu gran ſilencio,
A todos los prendio, por cuia cauſa,
El miſmo baruaro algo temeroſo,
Dixo Thomas, Chriſtoual, ſeñalando,
Que los dos deſtos nombres, dos jornadas,
Eſtauan de noſotros, bien cumplidas,
Y apurandole mucho conozimos,
Que nunca jamas ſupo mas palabras,
Que aqueſtas que nos dixo Caſtellanas,
Con ſola aqueſta lumbre alegres todos,
Lleuandolos con guſto y con recato,
Salio el Gouernador con toda prieſſa,
En buſca de los dos que baptizados,
Por los dos Santos nombres parecian,
Y haciendo jornada en vn buen pueblo,
Que Pùaràì llamauan ſus vezinos,
En el à todos bien nos recibieron,
Y en vnos corredores jaluegados,
Con vn blanco jaluegue recien pueſto,
Barridos y regados con limpieça,
Lleuaron à los Padres, y alli juntos,
Fueron muy bien ſeruidos, y otro dia,
Por auerſe el jaluegue ya ſecado,
Dios que à ſu ſanta Igleſia ſiempre mueſtra,
Los Santos que por ella padecieron,
Hizo ſe trasluzieſſe la pintura,
Mudo Predicador, aqui encubrieron,

Con

Con el blanco barniz, porque no viessen,
La fuerça del martirio que passaron,
Aquellos Santos Padres Religiosos,
Fray Agustin, Fray Iuan, y Fray Francisco,
Cuios illustres cuerpos retratados,
Los baruaros tenian tan al viuo,
Que porque vuestra gente no los viese,
Quisieronlos borrar con aquel blanco,
Cuia pureza grande luego quiso,
Mostrar con euidencia manifiesta,
Que à puro azote, palo, y piedra fueron,
Los tres Santos varones consumidos,
Y como siempre prende el que assegura,
Mandò el Gouernador con gran recato,
Que alli desentendidos se mostrasen,
Y que en manera alguna no pusiessen,
La vista en la pintura, pues con esto,
Assegurados todos passarian,
Al pueblo de Thomas, y de Crhistoual,
Y asi con el secreto que importaua,
Cuia custodia y guarda es vna cosa,
Con gran razon de todos estimada,
Quando el Baruaro pueblo ya entregado,
Estaua con reposo al dulze sueño,
Qual vn valiente tigre que agachado,
Con el oydo atento y vista aguda,
Los gruessos pies y manos va sacando,
El poderoso lomo recogiendo,
Para alentar mejor el presto salto,
Sobre el ligero pardo descuidado,
Asi quando rindieron la modorra,
Salio de aqueste pueblo recatado,
Nuestro Gouernador, y fue marchando,
La noche toda en peso, y puso cerco,
Al pueblo de los dos que se llamauan,
Christoual, y Thomas, en cuias casas,
Aquellos que prendimos nos pusieron,

Y luego dentro dellas ſe arrojaron,
El prouehedor Zubra, y Iuan de Olague,
El Alferez Zapata, y Leon de Iſaſti,
Munuera, Iuan Medel, Alonſo Nuñez,
Y Pedro de Ribera, Gentilombre,
De vueſtro General, y de ſu meſa,
Franciſco Vazquez, y Chriſtoual Lopez,
Manuel, Franciſco, Vido, y Monteſinos,
Segundo Paladin en bien ſeruiros,
Que eſtos dieron con ellos en la cama,
Y della los ſacaron y truxeron,
A nueſtro General, con quien hablaron,
En eſpañol, y en lengua Mexicana,
Diziendo que ellos eran ya Chriſtianos,
Y que fueron de aquellos que Caſtaño,
Trujo de nueua Eſpaña, y que quiſieron,
Quedarſe en aquel pueſto donde eſtauan,
A vſança de la tierra ya caſados,
Nunca jamas ſe hallò tan gran teſoro,
Ni bien tan lleno, rico y abundoſo,
Quanto el Gouernador, ſintio tenia,
Con los dos baptizados que delante,
Con el hablauan lengua que entendia,
Y que tambien ſabian y alcançauan,
Aquella que los baruaros vſauan,
Mediante cuios medios luego pudo,
Manifeſtar ſu intento, y ſus conceptos,
Por toda aquella tierra donde vimos,
Muy buenas poblaciones aſſentadas,
Por ſus quartos y plaças bien quadradas,
Sin genero de calles, cuias caſas,
Tres, cinco, ſeys, y ſiete, altos ſuben,
Con mucho ventanaje y corredores,
A la viſta gracioſa deſde afuera,
Cuios vezinos tienen tantas hembras,
Quantas les es poſsible que ſuſtenten,
Son lindos labradores por extremo,

Ellos

Ellos hilan y tejen, y ellas guiſan,
Edifican y cuidan de la caſa,
Y viſten de algodon viſtoſas mantas,
De diuerſos colores matizados,
Son todos gente llana y apazible,
De buenos roſtros bien proporcionados,
Rebueltos, preſtos, ſueltos, y alentados,
No mancos, no tullidos, no contrechos,
Mas de ſalud entera reforçada,
De miembros muy bien hechos y trabados,
Y tienen vnà coſa aqueſtas gentes,
Digna de noble eſtima y excelencia,
Y es, que nunca han tenido, ni han vſado,
Ninguna borrachera ni breuage,
Con que puedan priuarſe de ſentido,
Argumento euidente que los tiene,
La Mageſtad del Cielo ya diſpueſtos,
Para el rebaño ſanto, que eſcogido,
Eſta para ſaluarſe ſeñalado,
Son lindos nadadores por extremo,
Los hombres y mugeres, y ſon dados,
Al arte de pintura, y noble peſca,
No tienen ley, ni Rey, ni conozemos,
Que caſtiguen los vicios ni pecados,
Es toda behetria no enſeñada,
A profeſſar juſticia, ni tenerla,
Y ſon ſuperſticioſos hechizeros,
Idolatras perdidos, inclinados,
A cultiuar la tierra, y à labrarla,
Cogen friſol, maiz, y calabaça,
Melon, y endrina rica de Caſtilla,
Y vbas en cantidad por los deſiertos,
Y deſpues que con ellos nos tratamos,
Cogen el rubio trigo y hortaliza,
Como es lechuga. col, haua, garbanço,
Cominos, zanaorias, nabos, ajos,
Zebolla, cardo, rabano, y pepino,

Tienen

Tienen graciosa cria de gallinas,
De la tierra, y Castilla, en abundancia,
Sin el carnero, baca, y el cabrito,
Tienen caudales Rios, abundosos,
De gran suma de pezes regalados,
Como es bagre, mojarra, y armadillo,
Corbina, camaron, robalo, aguja,
Tortuga, anguila, truchas, y sardinas,
Sin otra buena suma que notamos,
En tanta cantidad que à solo anzuelo,
Vn solo Castellano, en solo vn dia,
A venido con seys y mas arrobas,
De pezes regalados, y no cuento,
Otras cosas grandiosas que la tierra,
Produze, abraza, y tiene de nobleza,
Con cuias buenas partes muy gustosos,
Hizimos el asiento que tenemos,
Segun que en otro canto lo veremos.

* * * * * *
* * * * *
* * * *
* * *
* *

CANTO DIEZ Y SEYS.

COMO HIZO ASSIENTO EL GOUERNADOR, CON TODO el Campo, en vn pueblo de Baruaros, à quien puſieron por nombre San Iuan de Caualleros, y del buen hoſpedaje de los Indios, y motin de los ſoldados, y fuga que hizieron quatro dellos, y caſtigo que en los dos ſe hizo, ſaliendo el autor, haſta tierra de paz tras dellos, y de la primera Yglеſia que se hizo.

NO tiene el mundo guſto tan guſtoſo,
Que compararſe pueda, al que recibe,
La gente de una flota contraſtada,
Quando de brauos vientos combatida,
Seguro y dulze puerto va tomando,
En ſoſſegado aluergue conozido,
No de otra ſuerte todo vueſtro campo,
Al cabo de fortunas y ſuceſſos,
Tiempos y deſuenturas tan peſadas,
Alegre y con gran guſto fue arribando,
Hazia vn gracioſo pueblo bien trazado,
A quien ſan Iuan por nombre le puſieron,
Y de los caualleros por memoria,
De aquellos que primero lebantaron,
Por eſtas nueuas tierras y Regiones,
El ſangriento eſtandarte donde Chriſto,
Por la ſalud de todos fue arbolado,
Aqui los Indios todos muy guſtoſos,
Con

Con nofotros fus cafas diuidieron,
Y luego que alojados y de afsiento,
Haziendo vezindad nos affentamos,
Eftando el General comiendo vn dia,
Lebantaron los baruaros vn llanto,
Tan alto y efpantofo, que penfamos,
Auer llegado el vltimo remate,
De la tremenda cuenta, y poftrer punto,
Del fin vniuerfal de todo el mundo,
Por cuia caufa todos alterados,
Confuffos preguntamos à las lenguas,
La caufa de aquel llanto, y nos dixeron,
Que lloraua la gente por el agua,
Que mucho tiempo ya paffado auia,
O las nuues jamas auian regado,
La tierra, que de feca por mil partes,
Eftaua tan hendida y tan fedienta,
Que no le era pofsible que criafe,
Ninguna de las fiembras que tuuieffe,
Por cuia caufa luego el Comiffario,
Y el Padre Fray Chriftoual confiados,
En aquel fumo bien por quien viuimos,
Mandaron que en voz alta les dixeffen,
Que no llorafen mas, ni fe canfafen,
Porque ellos rogarian à fu Padre,
Que eftaua hallà en el Cielo, fe dolieffe,
De toda aquella tierra, y que efperauan,
Que aunque inobedientes hijos eran,
Que à todos muchas aguas les daria,
Y que eftas que vendrian de manera,
Que todos los fembrados fe cogieffen,
Y afsi como los niños tiernos callan,
Quando ciertos les hazen de las cofas,
Porque fe afligen, lloran, y fatigan,
Afsi callados todos foffegaron,
Efperando les dieffen cierta el agua,
Por quien llorauan tanto, y fe afligian,

Y apenas otro dia fue llegando,
La hora deſte llanto, quando el Cielo,
Cubriendoſe de nuues fue vertiendo,
Por toda aquella tierra tantas aguas,
Que eſpantados los baruaros quedaron,
De la merced que alli el Señor nos hizo,
Tras deſte buen ſuceſſo luego vino,
Vn Indio bautizado, que Iuſepe,
Dixo que ſe llamaua, y que venia,
Huiendo de la gente que auia entrado.
Contra vando, y ſin orden, con Bonilla,
Y dio por nueuas, que vn ſoldado Vmaña,
Le dexaua ya muerto á puñaladas,
Por vandos y paſsiones que tuuieron,
Y que eſte por Gouernador quedaua,
Tambien por General de aquella gente,
Que Riberas de vn Rio le dexaua,
Tan ancho y caudaloſo, que tenia,
Vna cumplida legua, y que diſtaua,
De nueſtro nueuo aſsiento, y eſtalage,
Seyſcientas largas millas bien tendidas,
Y dixonos con eſto, que cebado,
De la noticia grande que tenia,
De muchas poblaciones abundoſas,
De gran ſuma de oro, ſe yua entrando,
La tierra mas adentro, y que penſaua,
Paſſar con ciertas balſas aquel Rio,
Por entender que eſtaua bien poblado,
Reſpecto de los humos que viſsibles,
De aqueſta vanda todos deſcubrian,
Tambien nos dio noticia auian paſſado,
Por vn pueblo tan grande, que eſtuuieron,
Vn dia y medio, en ſolo atraueſarle,
Y que de miedo que de Vmaña tuuo,
Reſpecto de los muchos que ahorcaua,
Quiſo con preſta fuga alli dexarlos,
En eſte medio tiempo vnos ſoldados,

Amo-

Amotinando el campo fueron preſſos,
Y entre ellos Aguilar, por cuia cauſa,
Queriendo el General hazer caſtigo,
Fueron tantos aquellos que cargaron,
Con lagrimas, lamentos, y con ruegos,
Que general perdon alli alcançaron,
Por cuia cauſa todos conſolados,
Por ſolo aqueſte hecho ſe ordenaron,
Vnas ſolemnes fieſtas que turaron,
Vna ſemana entera, donde vbo,
Iuego de cañas, toros, y ſortija,
Y vna alegre comedia bien conpueſta,
Regozijos de moros y Chriſtianos,
Con mucha artilleria, cuio eſtruendo,
Cauſò notable eſpanto y marauilla,
A muchos brauos baruaros que auian,
Venido por eſpias à eſpiarnos,
Y à ver las fuerças y armas que alcançauan,
Alli los Eſpañoles cuio brio,
De ninguna nacion fue mas notado,
Como deſpues veremos adelante,
Que de la fuerça de Acoma que tuuo,
Entre noſotros vna grande eſpia,
Que muy larga razon lleuò de todo,
Pues luego que eſtas fieſtas ſe acabaron,
Como el perdon á vezes es gran parte,
Para que nueuas culpas ſe cometan,
Parece que vnos pobres oluidados,
De la infamia y bageza que emprendian,
En boluer las eſpaldas à la Igleſia,
A vueſtro General y al eſtandarte,
Y à ſus hermanos, deudos, y parientes,
Hurtando vna gran parte de cauallos,
Hizieron fuga, ſiendo los primeros,
Que à tal infamia abrieron el camino,
Mas Dios nos libre quando quiebra y rompe,
El hancora ſagrada de obediencia,

La

La naue, y con fortuna ſe abalança,
Por lebantados riſcos, y aſsi ſuelta,
Perdido ya el gouierno y arraſtrando,
Los poderoſos cables donde aſsida,
Eſtuuo, y ſin zozobra de anegarſe,
Que quando aſsi perdida vemos pierde,
El miedo à todo trance, Dios nos libre,
Que à tanta deſuentura nadie llegue,
Auiendo pues perdido la verguença,
Y hecho fuga aqueſtos deſdichados,
Mandò el Gouernador que luego al punto,
Tras dellos yo ſalieſſe, y me apreſtaſe,
Y porque aqueſta cauſa bien ſe hizieſſe,
Mandò que Iuan Medel. Ribera, y Marquez,
Como leales ſiempre en bien ſeruiros,
A caſtigar tan gran delicto infame,
Salieſſen aſsimiſmo y ayudaſen,
Y que doquiera que el alcançe fueſſe,
Que alli luego las vidas les quitaſe,
Con cuio mandamiento luego fuimos,
Catorze dias ſiempre por la poſta,
Gran ſuma de trabajos padeziendo,
Y dandoles alcançe qual Torquato,
Que al muy querido hijo mandò luego,
Por tranſgreſſor del vando quebrantado,
Que la cabeça de los triſtes hombros,
Alli le deſtroncaſen y quitaſen,
Aſsi à los dos mandamos degollaſen,
Y libres otros dos ſe libertaron,
Dexandonos alli la cauallada,
Y como todo aqueſto ſucedieſſe,
Cerca de Santa Baruara ſalimos,
Forçados de gran hambre à ſocorrernos,
Deſde cuios aſsientos eſcreuimos,
A vueſtro Viſſorrey lo que paſſaua,
Aſsi en eſta cauſa como en todas,
Las que en tan largo tiempo nos paſſaron,

Y como el Real Alferez Peñaloſa,
Llegò con todo el campo ſin diſguſto,
Al pueblo de ſan Iuan los Religioſos,
Hizieron luego Igleſia y la bendijo,
El Padre Comiſſario, y baptizaron,
Mucha ſuma de niños con gran fieſta,
En eſto el General mandò ſalieſſe,
El Sargento mayor, y que arrancaſe,
Cincuenta buenos hombres, y que fueſſe,
A deſcubrir la fuerça de ganados,
Que los llanos de Zibola criauan,
Pues como aqueſto luego ſe hizieſſe,
Salio marchando, y en vn freſco Rio,
De ziruelas cubierto, y de peſcado,
Alegres deſcanſaron y ſe fueron,
Por otros muchos Rios abundoſos,
De muchas aguas, pezes, y arboledas,
Donde con ſolo anzuelo ſucedia,
Sacar quarenta arrobas de peſcado,
En menos de tres horas los ſoldados,
Pues yendo aſsi marchando acaſo vn dia,
Auiendo hecho alto por las ſaldas,
De vna pequeña loma, junto à vn Rio,
Por vn repecho vieron que aſſomaua,
Vna figura humana con orejas,
De caſi media vara, y vn hozico,
Horrible por extremo, y vna cola,
Que caſi por el ſuelo le arraſtraua,
Beſtido con vn juſto muy manchado,
De roja ſangre todo bien teñido,
Con vn arco y carcax, amenaçando,
A toda vueſtra gente con meneos,
Saltos, y con amagos nunca viſtos,
Y mandando el Sargento que eſtuuieſſen,
Apercebidos todos, y aguardaſen,
A ver en que paraua tal enſayo,
Notaron que era vn Indio que venia,

A

A no mas que eſpantarlos, porque tuuo,
Por coſa cierta, que los Eſpañoles,
Dexaran el bagaje y ſe acogieran,
Y que el fuera ſeñor de todo aquello,
Que alli lleuauan todos deſcuidados,
De la baruara burla de aquel bruto,
Por cuia cauſa juntos ſe moſtraron,
Alebreſtados, timidos, cobardes,
Fingiendo ſe eſcondian temeroſos,
Entre la miſma ropa que lleuauan,
Y aſsi notando el Indio que temian,
Entre ellos ſe metio haciendo cocos,
Al cabo de los quales le cogieron,
Y la maſcara luego le quitaron,
Y aſsi corrido, triſte, auergonçado,
Llorando les pidio que le boluieſſen,
Aquel reboço, el qual con grande riſa,
Chacota, y paſſatiempo, le boluieron,
Y no quiſo el Sargento que ſe fueſſe,
Haſta que muy riſueño, alegre y ledo,
Con todos ſe moſtraſe, y eſto hecho,
El baruaro ſe fue por ſu camino,
No menos diſguſtoſo que contento,
Tras deſto luego fueron à otro Rio,
Donde vieron à vn baruaro gallardo,
Mucho mas blanco y zarco, que vn flamenco,
Con vna buena eſquadra de flecheros,
Que con pauſado eſpacio ſe venia,
Hazia los Eſpañoles, y en llegando,
Con grande grauedad y gran meſura,
A todos los mirò muy ſoſſegado,
Y viendo alli el Sargento ſu deſcuido,
Su pauſa, y ſu ſilencio, y poco caſo
Que de todos hazia, y que apenas,
Quiſo alçar los ojos para nadie,
Mandò que ſe llegaſen, y à la oreja
Vn buen moſquete alli le diſparaſen,

Con

Con fin de que temiesse y se assombrase,
Pues haziendose asi, qual sino fuera,
La fuerça del mosquete disparado,
Alçò la blanca mano, y con el dedo,
Escaruando el oydo con espacio,
Al punto le quitò, y quedò tan sesgo,
Como si de vn fino marmol fuera,
Viendo pues el Sargento tal prodigio,
Mandò que con respecto le tratasen,
Y asiendole del braço cortesmente,
Vn gran cuchillo quiso presentarle,
Y tomandole el baruaro mirole,
Y boluiendo la mano poca cosa,
A los suyos le dio, y luego ellos,
De su misma pretina le colgaron,
Con esto le pidieron que vna guia,
Fuesse seruido darles, y que fuesse,
Tal que à todos juntos los lleuase,
A los llanos que todos pretendian,
Apenas lo dixeron quando luego,
Mandò que cierto baruaro saliesse,
De aquellos que con el auian venido,
Y que qual buen piloto los lleuase,
Hasta los mismos llanos que dezian,
Iamas se vio sentencia rigurosa,
Ni perdida de vida mas temida,
Que el baruaro temio tan gran mandato,
Y qual si yunque fuera no le vieron,
Aunque muy demudado y alterado,
Estremezido todo y sin aliento,
Que replica tuuiesse, ni hablase,
Con esto los dexò, y qual se vino,
Con reposados passos fue boluiendo,
Y luego con la guia fue marchando,
El Sargento mayor, y siempre quiso,
Que postas à la guia se pusiessen,
Porque fuga no hiziesse y los dexase,

Pues

Pues velando Cortes el triſte quarto,
Que dizen de modorra, fue rompiendo,
La fuerça de priſion el Indio cauto,
Y aſsi como cometa que ligero,
Traſpone ſu carrera, aſsi traſpuſo,
Y el Eſpañol tras del, y con preſteza,
El curſo apreſuraron de manera,
Que corrieron dos leguas bien tiradas,
Al cabo de las quales ya rendido,
El Cortes ſe quedò deſatinado,
Lleno de corrimiento y de verguença,
Pues como no ſupieſſe ni entendieſſe,
El Sargento mayor, ni otro alguno,
El camino y derrota que lleuauan,
El vno tras del otro diſguſtoſos,
Eſperando eſtuuieron haſta el alua,
Y eſtando con grandiſsima triſteza,
Porque era medio dia ya paſſado,
A coſa de las tres llegò ſudando,
Con doze brauos baruaros diſpueſtos
Y con gentil donaire y deſenfado,
A todos denodados fue diciendo,
Si como fueran doze fueran ciento,
A todos los truxera, y fuera paga,
Conforme al Euangelio ſacroſanto,
El vno ſe me fue, y aqueſtos traigo,
Y no viniera aca ſino ſupiera,
Que bien puede ſuplir por vno ſolo,
Qualquiera de los doze que aqui vienen,
Con eſto alegres todos y contentos,
Arrancaron de alli, cuia memoria,
Será bien que ſe cante en nueua hiſtoria.

CANTO DIEZ Y SIETE.

COMO SALIO EL SARGENTO CON LAS NUEUAS GUIAS, que trujo Marcos Cortes, y como llegò à los llanos de Zibola, y de las muchas vacas que vio en ellos, y de la obediencia que dieron los Indios al Gouernador, y ſalida que hizo, para los pueblos en cuya vista determinò, que en llegando el Sargento mayor al Real, quedaſe gouernando, y que el Maeſe de Campo ſalieſſe, para yr con el al Mar del Sur para lo qual deſpachò menſagero proprio, para que ſalieſſe tras del con treynta hombres.

QVE quiebra puede ſer en ſi tan grande,
Que facil no ſe enmiende, y ponga en punto,
Si es hombre de valor, y de verguença,
Aquel por quien ſucede vn caſo triſte,
Auiendo pues el buen Cortes perdido,
El baruaro en la vela y en la fuga,
Ocupado de empacho y de verguença,
Se fue por vna ſenda muy hollada,
De gente natural de aquella tierra,
Y acaſo derrotados del camino,
Vio ſolos doze baruaros deſnudos,
Con impetu furioſo venir ciegos,
Tras de vn valiente cierbo que venia,
Tambien de temor ciego por el pueſto,
Por donde cuidadoſo yua marchando,

Y

Y luego que le vido desembuelto,
Dio buelta al arcabuz, y alargò en trecho,
Cogiendole en el ayre lebantado,
Con la fuerça del salto poderoso,
Dio con el muerto en tierra, y con el humo,
De la encendida llaue descubierto,
Los baruaros le vieron y quedaron,
No menos muertos, que el que en tierra estaua,
Pensando que era Dios, pues con vn rayo,
De sus valientes manos despedido,
El animal ligero que seguian,
Ynopinadamente fue priuado,
De la vida y aliento que lleuaua,
Viendolos pues suspensos y parados,
Atonitos del caso nunca visto,
A todos los llamò que se llegasen,
Y ellos bien temerosos y encogidos,
Arrastrando los arcos por el suelo,
Mudos, suspensos, tristes, cabizbajos,
Por no ser sin pensar alli abrasados,
Pasmados, y temblando se acercaron,
Al puesto y estalage donde estaua,
El valiente Español con brauo imperio,
En esto quatro baruaras vinieron,
Por este mismo puesto atrauesando,
Con vna buena requa bien cargada,
De perros, que en aquestas partes vsan,
Traerlos à la carga, y trabajarlos,
Como si fueran mulas de requaje,
Y aunque pequeños, lleuan tres arrobas,
Y quatro, y andan todos lastimados,
Qual suelen nuestras bestias con la carga,
Que se les va assentando con descuido,
A estas dio Cortes el gran cierbo,
Y despues que à los baruaros hablaron,
Todas de miedo, y de temor cubiertas,
Alli le lebantaron encogidas,

Y

Y ellos con gran reſpecto ſe vinieron,
Con el fuerte eſtremeño, que les dixo,
Que con el ſe vinieſſen, y aſsi juntos,
A todos los lleuaron à los llanos,
Donde vieron vn toro deſmandado,
Con cuia viſta luego los cauallos,
Bufando y reſurtiendo, por mil partes,
A fuerça de la eſpuela y duro freno,
Hizieron los ginetes ſe llegaſen,
Y alli todos en coſſo le truxeron,
Con grande regocijo, y con eſpanto,
De la baruara gente que notaua,
Aquel imperio y mageſtad tan grande,
Con que los Eſpañoles apremiauan,
El impetu y fiereza de animales,
Tan fuertes y animoſos como aquellos,
Que cada qual regia y gouernaua,
Y por ſolo cauſai les mayor grima,
Mandò el Sargento todos ſoſſegaſen,
Y poniendoſe enfrente deſta beſtia,
Vn ligero valazo, con el fuego,
Del arcabuz ligero fue impeliendo,
Por medio de los leſos que tenia,
Con tan viua preſteza que en vn punto,
Los quatro pies abiertos puſo en tierra,
El vientre rebolcando y dando buelta,
Quedò ſin vida, hierto, eſtremeciendo,
Sobre el tendido lomo ſuſtentando,
Con eſto todos juntos ſe metieron,
Los llanos mas à dentro, y encontraron,
Tanta ſuma y grandeza de ganados,
Que fue coſa eſpantoſa imaginarlos,
Son del cuerpo que toros Caſtellanos,
Lanudos por extremo, corcobados,
De regalada carne y negros cuernos,
Lindiſsima manteca, y rico ſebo,
Y como los chibatos tienen barbas,

Y ſon à vna mano tan ligeros,
Que corren mucho mas que los venados,
Y andan en atajos tanta ſuma,
Que veynte y treynta mil cabeças juntas,
Se hallan ordinarias muchas vezes,
Y gozan de vnos llanos tan tendidos,
Que por ſeyscientas, y ochocientas leguas,
Vn ſoſſegado mar parece todo,
Sin genero de cerro ni vallado,
Donde en manera alguna pueda el hombre,
Topar la viſta acaſo, o detenerla,
En tanto quanto ocupa vna naranja,
Si aſsi puede dezirſe tal exceſſo,
Y es aqueſto ſeñor en tanto extremo,
Que ſi por triſte ſuerte ſe perdieſſe,
Alguno en eſtos llanos no ſeria,
Mas que ſi ſe perdieſſe y ſe hallaſe,
Enmedio de la mar ſin eſperança,
De verſe jamas libre de aquel trago,
Queriendo pues en eſtos grandes llanos,
El Sargento mayor coger algunas,
De aqueſtas vacas ſueltas y traerlas,
Al pueblo de ſan Iuan, porque las vieſſen,
Mandò que vna manga ſe hizieſſe,
De fuerte palizada prolongada,
La qual hizieron luego con preſteza,
El Capitan Ruyz, y Iuan de Salas,
Iuan Lopez, Andres Perez, y Iuan Griego,
Tras deſtos Pedro Sanchez Damiero,
Iuan Guerra, Simon Perez, y Eſcalante,
Alonſo Sanchez Boca Negra, y Reyes,
Y Iorge de la Vega, y Iuan de Olague,
Y el buen Chriſtoual Lopez, Mallea,
Y luego que la manga ſe compuſo,
Salieron para dar el auentada,
Todos los ſobredichos, y con ellos,
El prouehedor, y aquellos Capitanes,

Aguilar, y Marçelo de Eſpinoſa,
Domingo de lizama, con Ayarde,
Chriſtoual Sanchez, y Franciſco Sanchez,
Iuan de Leon, Zapata, y Cauanillas,
Pedro Sanchez, Monrroy, Villabicioſa,
Y Franciſco de Olague, y los Robledos,
Iuan de Pedraça, con Manuel Franciſco,
Carabajal, Carrera, y los Hinojos,
Iuan de Vitoria, Ortiz, y los Varelas,
Franciſco Sanchez el Caudillo, y Soſa,
Todos en buenas yeguas voladoras,
Auentando ſalieron el ganado
Y aſsi como la manga deſcubrieron,
Qual poderoſo viento arrebatado,
Que remata en vn grande remolino,
Aſsi fue reparando y reboluiendo,
La fuerça del ganado lebantando,
Vn terremoto eſpeſo tan cerrado,
Que ſi junto à vnas peñas no ſe halla,
La ſoldadeſca toda guarecida,
No quedara ninguno que hecho pieças,
Entre ſus miſmos pies no ſe quedara,
Por cuia cauſa luego dieron orden,
Que el ganado en paradas ſe mataſe.
Y todo aſsi diſpueſto hizieron carne,
Para boluerſe luego, y deſpidieron,
Con notables carizias à los doze,
Que el buen Marcos Cortes auia traido,
Dandoles muchas cuentas y abalorios,
Con que todos ſe fueron eſpantados,
De ver la fuerça y armas de Eſpañoles,
Los quales vieron ſiempre en eſtos llanos,
Gran ſuma de vaqueros, que apie matan,
Aqueſtas miſmas vacas que dezimos,
Y dellas ſe ſuſtentan y mantienen,
Toda gente robuſta y de trabajo,
Deſenfadada, ſuelta, y alentada,

Y tienen lindas tiendas por extremo,
Y lindos y luzidos pabellones,
Del cuero de las vacas, cuio adobo,
Es tan tratable y dozil. que mojado,
Aqueſte miſmo cuero que dezimos,
Buelue deſpues de ſeco mas ſuabe,
Que ſi ſuera de lienço, o fina olanda,
En eſte medio tiempo y coiuntura,
Eſtando hallà en ſan Iuan que no dormian,
Iuntos el General, y el Comiſſario,
De parte de la Igleſia ſacroſanta,
Y de vueſtra grandeza generoſa,
Vnanimes los dos, determinaron,
Que alli los Capitanes principales,
De todas las Prouincias ſe juntaſen,
Por cuia cauſa luego deſpacharon,
El libro de memoria, que era el ſello,
Con que era el General obedezido,
De toda aquella tierra, porque en viendo,
Los baruaros el libro ſe rendian,
A todo lo que aquel que le lleuaua,
De parte el General les proponia,
Pues como ſin tardança obedecieſſen,
Sin exceder en coſa de aquel tiempo,
Que à todos les fue pueſto y ſeñalado,
Iuntos en vna plaça les propuſo,
El noble General con buena gracia,
Preſente el Secretario, y todo el campo,
Y el Padre Comiſſario, y Religioſos,
Que la cauſa de auerlos el llamado,
Era ſolo el amor que les tenia,
Y que eſte le oprimia, y le forçaua,
A que les enſeñaſe vna gran coſa,
Que mucho le peſaua que tan ciegos,
En ella tantos tiempos eſtuuieſſen,
Pues ſin que la ſupieſſen y alcançaſen,
No era poſsible que ninguno dellos,

Deſ-

Deſpues que muerto fueſſe, que dexaſe,
De arder para ſiempre en los infiernos,
Y que para librarlos deſte fuego,
Y que gozaſen de vn deſcanſo alegre,
Era fuerça ſupieſſen y alcançaſen,
Que eſtaua vn gran ſeñor allà en el Cielo,
De tan grande poder, y tanto imperio,
Que con ſolo querer aquello hazia,
Queriendo que ſe hizieſſe, y que ſe obraſe,
Y que con eſte miſmo ſeñorio,
Deshazia y quitaua todo aquello,
Que tenia ya hecho y lebantado,
Cuia verdad muy claro les moſtraua,
Aqueſte gran ſeñor que les dezia,
A ellos miſmos, ſi notar quiſieſſen,
Pues ſin obra de manos vian todos,
Crecer las mieſſes, arboles, y plantas,
Marchitarſe deſpues y deshazerſe,
Llouer y granizar el alto Cielo,
Y moſtrarſe deſpues claro y ſereno,
Venir el Sol y luego las Eſtrellas,
Tener ſalud el hombre, y en vn punto,
Perderla ſin que manos le tocaſen,
Cuias obras grandioſas y admirables,
Era razon ſupieſſen y entendieſſen,
Eran hechas y obradas todas ellas,
Con ſola voluntad, y no otra coſa,
Y que de aqueſta ſuerte, traza y modo,
Eſte miſmo ſeñor, ſin mas ayuda,
Auia hecho el Cielo, Sol y Luna,
Eſtrellas, y los campos y las aguas,
Los pezes, y las aues, y los montes,
Y vna gran ſuma de Angeles que eſtauan,
Siruiendole en el Cielo, y à los hombres,
Que auitan en la tierra, y que importaua,
Saber que en todas partes aſsiſtia,
Aqueſte gran ſeñor, y ſe moſtraua,

Mas

Mas dentro de las cofas que criaua,
Que ellas eftauan dentro de fi mifmas,
Sabiendo y penetrando el penfamiento,
Y voluntad que cada qual tenia,
En obrar bien, o mal, y que camino,
Era aquel que lleuaua, y que cuenta,
Hazia de la ley que no podia,
Negar que la ignoraua, y no fupieffe,
Pues todos dicernian y fabian,
Qual era malo, o bueno, cuias obras,
En bien o mal, ninguno fe efcufaua,
De dar eftrecha cuenta en la otra vida,
Porque aunque libres Dios à todos hizo,
Para efcoger aquello que quifieffen,
A todos les forçò à que alcançafen,
Y juntamente claro conozieffen,
Ser llegado à razon feguir lo bueno,
Y culpa y ceguedad feguir lo malo,
Y por fi en la eleccion deftas dos cofas,
Alguno difcrepafe les hazia,
Ciertos de gloria y pena, fegun fueffe,
Malo, o bueno, el camino que lleuafen,
Y que por folo aquefto aca en la tierra,
Tenia efte feñor grandes miniftros,
Para que caftigafen y premiafen,
A todos los que mal, o bien hizieffen,
Y que pues ellos eran libertados,
Y no eftauan fugetos à ninguno,
Que jufticia ni ley, les enfeñafe,
Que fi en eftas dos cofas pretendian,
Ser todos induftriados y enfeñados,
Que era fuerça que todos libremente,
Dieffen fu libertad y la obediencia,
A vueftra Real corona, y que entendiefen,
Que à los que bien viuieffen les daria,
En vueftro nombre premios muy honrrofos,
Y que eftarian fiempre defendidos,

Y de ſus enemigos amparados,
Y aſsimiſmo tambien aprouechados,
En muchas coſas de importancia grande,
Para el cuerpo y el alma que tenian,
Y que aſsimiſmo que era bien ſupieſſen,
Que à los que hizieſſen mal, que ſin eſcuſa,
Auian de ſer todos caſtigados,
Segun que los delictos cometieſſen,
Y que los que vna vez ſe ſugetaſen,
Y dieſſen la obediencia à vueſtras leyes,
Que en ninguna manera no podian,
Con pena de la vida hacerſe afuera,
Todas aqueſtas coſas les propuſo,
Alli el Gouernador bien declaradas,
Y à todas ellas luego reſpondieron,
Los baruaros à vna, que guſtauan,
De dar la libertad, y ſugetarſe,
A vueſtra Real perſona, y que querrian,
Dar luego la obediencia de buen grado,
Porque à todos muy bien les parecia,
Lo que el Gouernador les proponia,
Y luego ſe hizieron y eſcriuieron,
Publicos inſtrumentos y eſcrituras,
A cerca deſta cauſa ya tratada,
Con eſto alegre el noble Comiſſario,
Alli tambien à todos les propuſo,
Que dexaſen ſu vil idolatria,
Y adoraſen à Chriſto, Dios y hombre,
Cruzificado, muerto y ſepultado,
Por la ſalud de todo el vniuerſo,
A lo qual juntos todos replicaron,
Que quiſieſſen primero doctrinarlos,
En aquello que aſsi les proponian,
De aquel hombre mortal paſsible y muerto,
Y que ſi bien à todos eſtuuieſſe,
Dexar ſu ley, por recebir aquella,
Que alli les enſeñauan y moſtrauan,

Que

Que todos con gran gusto lo harian,
Y que si viessen no les combenia,
Que no mandasen que ellos recibiessen,
Cosa que no entendiessen y alcançasen,
Con cuia puerta luego el Comissario,
Sembrò sus Religiosos como Christo,
Sembrò el Apostolado por Prouincias,
Y assi à san Miguel luego le dieron,
La Prouincia de Pècos, y à Zamora,
La Prouincia de Quères, y al gran Lugo,
La Prouincia de Emès, y à Corchado,
La Prouincia de Zía, y al buen Claros,
La Prouincia de Tiguas, y con esto,
Dieron à Fray Christoual la Prouincia,
De aquellos nobles Tèguas donde el campo,
Quiso hazer assiento, y alli juntos,
Los soldados à una hizieron fiestas,
Por bien tan inefable y tan grandioso,
Con cuio buen principio sin tardança,
Salio el Gouernador por las Prouincias,
Que estauan lejos, y apartadas destas
Que assi señor os dieron la obediencia,
Y viendo quan bien todos se rendian,
A vuestra Real justicia, y leyes della,
Al Maese de campo escriuio luego,
Que no bien el Sargento se apease,
De buelta de las vacas, le dixesse,
Que en su lugar quedase gouernando,
Y que el sin detenerse le siguiesse,
Con treinta buenos hombres bien armados,
Porque determinaua yrse breue,
A ver el mar del Sur, y que entretanto,
Que los dos se juntasen, que el queria,
Hazer visita entera de los pueblos,
Que por amigos todos se mostrauan,
Y como es cosa cierta que entre buenos,
No faltan siempre malos que deshazen,

Aquello

Aquello que los buenos apetecen,
Salio el Gouernador para la fuerça,
De Acoma famoſa, cuia gente,
Alborotada toda van tomando,
Las poderoſas armas incitados,
Del baruaro mas bajo que tenia,
Aqueſta braua fuerça, cuio encanto,
Serà bien que ſe cante en nueuo canto.

* * * * * *
* * * * *
* * * *
* * *
* *

CANTO DIEZ Y OCHO.

COMO FVE EL GOVERNADOR PARA LA FUERÇA DE Acoma, y alboroto que cauſò Zutacapan, y traicion que tuuo fabricada.

O LIBRE libertad, como te ofendes,
Si duro iugo viene amenaçando,
Con que ſolicitud la altiua frente,
Y cerbiz braua vemos que ſacudes,
Al punto que le ſientes y conozes,
No ſube en Tiuar, ni en Arauia, tanto,
El oro, ſus quilates lebantados,
Quanto los tuyos vemos que lebantas,
Y no es mucho, pues toda ſu grandeza,
No es valor ſuficiente ni baſtante,
Que pueda emparejar al alto precio,
De lo mucho que vales, y te eſtimas,
Apenas ſe mouio y ſalio marchando,
Para el Peñol ſoberuio todo el campo,
Quando Zutacapan ſalio de paſſo,
Y digo aſsi ſeñor ſalio de paſſo,
Por no auer ſido baruaro de cuenta,
Mas antes comunmente reputado,
El, y todos ſus deudos, y paſſados,
Por gente mas vil, baja, y mas groſſera,
Que toda eſſotra chuzma conozida,
Y aſsi en las juntas graues que tuuieron,
Por ſer todos humildes y encogidos,
Iamas ninguno dellos fue llamado,

Pues ſiendo aqueſte de ambicion cautiuo,
Inuidioſo, ſoberuio, y aleboſo,
Amigo de mandar y ſer tenido,
Pareciole ſer ya llegada la hora,
De que libertad fueſſe medianera,
Para poder ſubirſe y lebantarſe,
Y para dar principio à ſu flaqueza,
Determinò de hablar à todo el pueblo,
Y ſubiendoſe à lo alto de vna caſa,
En altas vozes empezo à dezirles,
Eſcuchadme varones y mugeres,
Vezinos deſta fuerça deſdichada,
Que à dura ſeruidumbre miſerable,
Hos ſiento ya ſugetos y abatidos,
Por qual razon aueys aſsi querido,
Dormir à ſueño ſuelto ſin cuidado,
Serà bien que perdamos todos juntos,
La dulze libertad que nos dexaron,
Nueſtros diſuntos padres ya paſſados,
No ſentis los clarines y las cajas,
De la ſoberuia gente Caſtellana,
Que à toda prieſſa viene ya marchando,
Qual es aquel que pienſa de voſotros,
Quedar con libertad ſi aqueſtos llegan,
Eſtando como eſtamos deſcuidados,
Tomad, tomad, las armas y eſperemos,
La intencion mala, o buena, con que vienen,
Que en nueſtra mano eſtà deſpues dejarlas,
Si conuiene aſsi, que las dexemos,
Apenas lo vbo dicho quando luego,
Furioſos todos fueron embiſtiendo,
Los vnos con gran prieſſa deſcolgando,
Del alto techo la fornida maça,
Otros el grueſſo leño bien labrado,
Qual la rodela y haſta bien toſtada,
El arco, y el carcax de agudas puntas,
Con otras muchas armas que à ſu modo,

Han

Han conſerbado ſiempre, y han guardado,
Y con ellas ſalieron à la plaça,
Turbados de alboroto y de rebuelta,
Y el baruaro qual vn aſtuto lobo,
Por la nariz y boca reſollando,
Latiendo los hijares con braueza,
Vn ñudoſo baſton en la derecha,
Rebentando por verſe ya rebuelto,
En coſas de ambicion y de gouierno,
De lo alto de la caſa donde eſtaua,
Al baruaro eſquadron bajò diziendo,
Con grandes alaridos, guerra, guerra,
A ſangre, fuego, y arma, ſin remedio,
Ni dilacion alguna ſe lebante,
Contra eſtos aleboſos, que pretenden,
Piſar los brauos terminos vedados,
No ſolo à todo el mundo y ſu grandeza,
Mas à los miſmos dioſes prohibidos,
Que muerte y vida traigo aqui rendidas,
Al valor deſte braço poderoſo,
Para que por mi ſolo guſto viuan,
O mueran triſtemente miſerables,
Aqueſtos atrebidos que endereçan,
Sus mal ſeguros paſſos à noſotros,
Muchos dellos alli ſe le arrimaron,
Que aqueſto tiene el mundo que no faltan,
Amigos de renzillas y alborotos,
Y quien atize, ſople, y creſca el fuego,
Y porque tambien todo lo digamos,
Entre los malos muchas vezes vemos,
Algunos que de ſuyo ſon muy buenos,
Tuuo Zutacapan vn noble hijo,
El primero que en todo ſu linaje,
Moſtrò tener valor, y buen concierto,
Llamado Zutancalpo, moço afable,
Que veinte años cumplidos no tenia,
Gracioſo, gentilombre, y bien hablado,

Amigo

Amigo de ſu Patria, y muy compueſto,
Y en coſas de importancia reportado,
Aqueſte fue el primero que ſe opuſo,
Â reſiſtir al Padre en ſus intentos,
Hablando deſta ſuerte à todo el pueblo,
Nobleza de Acomeſes valeroſos,
Aunque es verdad, y todos conozemos,
Que la fortuna ſiempre faborece,
A los que ſon oſſados y atreuidos,
Con eſto tambien todos alcançamos,
Que no es coſa ſegura, ni diſcreta,
Ser ſin maduro acuerdo el hombre oſſado,
Porque donde el peligro no ſe teme,
Alli mueſtra ſu fuerça mayor golpe,
Y eſte es tanto mas graue y mas peſado,
Quanto con mas confiança fue emprendido,
Bien os conſta que entraron los Caſtillas,
Segun grandes guerreros en la tierra,
Bien preuenidos todos con cuidado,
La noche toda en peſo con ſus velas,
Sabemos duermen juntos bien armados,
Y en pueblos que han entrado conozemos,
Que en paz guſtoſa à todos los dexaron,
Pues ſi ellos alcançaſen que noſotros,
Las ſoſſegadas armas lebantamos,
Viniendo como vienen preuenidos,
Quien duda ſer la guerra cierta en caſa,
Y ſi aqueſta no bien nos ſucedieſſe,
Y eſtos ſon como dizen inmortales,
Qual diſculpa ſera la que diſculpe,
El ſer todos noſotros los primeros,
En encender la tierra que de ſuio,
Eſta toda guſtoſa y ſoſſegada,
Tened las armas, no querais con ellas,
Cauſar incendio que deſpues no pueda,
Ser de todos noſotros apagado,
Y ceſſando con eſto el brauo joben,

Eſtaua

Eſtaua en eſta fuerça vn noble viejo,
Que ciento y veinte años alcançaua,
En ſus tiempos varon de muy buen ſeſo,
Auiſo y diſcrecion bien concertada,
Y principal tambien de ſeys que auia,
En toda aquella fuerça ſeñalados,
Eſte por nombre Chùmpo ſe llamaua,
Y porque algun gran daño no cauſaſen,
Con el bullicio de armas lebantadas,
De aqueſta ſuerte à todos les propuſo,
Hijos caros, valientes y eſcogidos,
De donde el honor de Acoma deciende,
Y flor de aquella gente eſclarecida,
De donde vueſtro esfuerço y ſer depende,
Que con yra ſeais embrauecidos,
Contra todos aquellos que pretenden,
Por algun mal camino perturbaros,
Es coſa en ſi tan juſta, quanto injuſta,
Querer voſotros miſmos encenderos,
Y aſsi encendidos aguardar al viento,
Y que con èl los vnos y los otros,
Quedemos deſpues todos abraſados,
Yo ſoy de parecer que luego auna,
Las armas ſe ſoſsieguen y deſcanſen,
Que como os tiene dicho Zutancalpo,
Si en otros pueblos guerras no han tenido,
Aqueſtos Eſpañoles que eſperamos,
Hijos que cauſa puede auer baſtante,
Para que aqui noſotros los temamos,
Y con eſto que el viejo les propuſo,
Demas de las razones del mançebo,
Todos las armas luego ſuſpendieron,
Y libres de temor ſe ſoſſegaron,
Solo Zutacapan embrauezido,
Fue tal ſu furia, fuego, y freneſia,
Que muy viuas centellas de ſu cuerpo,
Y por los ojos llamas deſpedia,

Y

L. of C.

Y qual furioſo toro que bramando,
La eſcarua de la tierra vemos ſaca,
Y ſobre el eſpacioſo lomo arroja,
Y firme en los robuſtos pies ligeros,
El ayre en vano azota, hiere, y rompe,
Con vno y otro cuerno corajoſo,
Aſsi ſalio eſte baruaro ſañudo,
Al hijo maldiciendo y blasfemando,
Y à Chùmpo ſi pudiera con los dientes,
Alli hecho pedazos le dexara,
Mas qual viuo rapoſo haſtuto y dieſtro,
Diſimuloſe todo lo que pudo,
Fingiendo darle guſto lo tratado,
Y al deſcuido las redes bien tendidas,
Fue con todas ſus fuerças procurando,
De agaſajar amigos bullicioſos,
Y ſupo darſe en eſto tanta maña,
Que no quedò moçuelo belicoſo,
Que ſu opinion y vando no ſiguieſſe,
Viendoſe pues de fuerças reforçado,
Creciole la ſoberuia de manera,
Que tratò con algunos de ſecreto,
Que al General ſin replica ninguna,
Dentro de aquella fuerça le mataſen,
Dando entre todos traza que en entrando,
A cierta eſtufa luego le lleuaſſen,
Y dentro doze baruaros ſecretos,
Alli la vida juntos le quitaſen,
Hecho aqueſte concierto y trato doble,
Llegò el Gouernador con todo el campo,
Y admirado de ver la braua fuerça,
Grandeza, y fortaleza que moſtrauan,
Los poderoſos muros lebantados,
Torreones, caſtillos eſpantoſos,
Baluartes, y braueza nunca viſta,
Paſmado ſe quedò por vn buen rato,
Mirando deſde afuera las ſubidas,

Y

Y bajadas, grimoſas no penſadas,
Y eſtando alli mirando, y remirando,
Aſsi como el artifice que el ſitio,
Del edificio notá, y toma el punto,
Y aduierte bien los vientos, Sol y quadros,
Medidos con los anchos y los largos,
Y en proporcion deuida, traza y forma,
La planta con deſtreça bien ſacada,
Llegò Zutacapan con todo el pueblo,
A ver al General, y à todo el campo,
Y ſi admirados todos eſtuuieron,
Mucho mas admirados y eſpantados,
Se quedaron los baruaros de verlos,
A todos tan cubiertos y veſtidos,
De poderoſo azero, y duro hierro,
Y en ligeros cauallos animoſos,
De fina piel curtida encubertados,
Cuyos brauos relinchos les cauſaron,
Vn terrible pabor y ſobreſalto,
Medroſos de que aquellos animales,
Alguna coſa grande les dixeſſen,
Y porque el General aſsi lo quiſo,
No mas que por cauſarles mas eſpanto,
Con gallarda deſtreza los prouaron,
En ligeros manijos deſembueltos,
Y paſmados los baruaros de verlos,
Los ojos no mouieron ni hablaron,
Y luego que don Iuan en pie ſe puſo,
Todos con gran preſteza ſe puſieron,
En formado eſquadron, ſin que ninguno,
Alli los gouernaſe, ni mandaſe,
Por la mucha deſtreça que tenian,
En ocupar ſus pueſtos con cuidado,
Y notando los baruaros el orden,
Con que empezò à ſubir la grande cumbre,
Y guarda que quedaua en los cauallos,
Auiſo y preuencion que en todo auia,

Y

Y que à la retaguardia los pusieron,
Por lleuarles el alto ya ganado,
Auergonçados todos se mostrauan,
De ver en los Castillas tanto auiso,
Y con esto les dio tambien cuidado,
Que luego que llegaron à la cumbre,
Disparando y cargando vna gran salua,
A todos los del pueblo les hizieron,
Demas desto aduirtieron y notaron,
El orden con que fueron por las plaças,
Y como hechos todos vna piña,
En vna dellas fueron reparando,
Y conoziendo el baruaro que aquello,
Era por don Iuan solo gouernado,
Y que si su persona les faltase,
Auian de ser todos sus rendidos,
Arrojose al intento començado,
Y por poder mejor salir del hecho,
Llegose al General, y por el braço,
Con gusto le prendiò, y rogò que fuesse,
A ver vna gran cosa que tenia,
Metida en vna estufa bien guardada,
Y luego el General con buen semblante,
Por no dar de flaqueza algun indicio,
Con el fue junto sin perder de vista,
Al formado esquadron que alli dexaua,
Y asi como llegaron à la estufa,
Alegre le rogò que dentro entrase,
Y visto el soterrano, y boca estrecha,
Qual suele aquel que por camino incierto,
Echa de ver, ynopinadamente,
Que de muy alta cumbre se despeña,
Y con prestas repressas se retira,
Asi se retirò, y con contento,
Al baruaro le dixo que queria,
Bajar el esquadron de aquella fuerça,
Y puesto abajo todo, y alojado,

Daria

Daria luego buelta à ver la eſtuſa,
Y por aſſegurarle mas le dixo,
Que con el ſe bajaſe, porque juntos,
Mano à mano à la cumbre ſe boluieſſen,
Y con aqueſto el baruaro contento,
Con ellos ſe bajò para lo llano,
Donde don Iuan le deſpidio diziendo,
Que por venir canſado, y ſer ya tarde,
Ya no podria ſubir, que tiempo abria,
Para poder boluer à darle guſto,
Y viſto el lançe en vano, entriſtecido,
El baruaro quedò con gran cuidado,
Y eſta traicion jamas ſeñor ſe ſupo,
Haſta que vbo gran tiempo ya paſſado,
Y aſsi contentos de que mal ſalieſſe,
Zutacapan del hecho mal penſado,
Luego Purguapo, Chùmpo, y Zutancalpo,
Con todos ſus amigos le truxeron,
Los mas regalos que les fue poſsible,
Y gran cantidad de agua que bebieſſe,
Toda la cauallada que venia,
Y eſtando todo aqueſto preuenido,
Luego el General quiſo proponerles,
Si pretendian daros la obediencia,
Y aſsi como los otros ſin rezelo,
La dieron con gran guſto y gran contento,
Siendo Zutacapan y ſus conſortes,
Los primeros que en darla concedieron,
Con eſto ſe partio de aquella fuerça,
Paſſando à Mohoçe, Zibola, y Zuni,
Por cuias nobles tierras deſcubrimos,
Vna gran tropa de Indios que venia,
Con cantidad harina que eſparcian,
Sobre la gente toda muy aprieſſa,
Y entrando aſsi en los pueblos las mugeres,
Dieron en arrojarnos tanta della,
Que dimos en tomarles los coſtales,

De donde reſultò tener con ellas,
Vnas carneſtolendas bien reñidas,
De grande paſſatiempo y muy trabadas,
Y luego que canſados vbo pazes,
Entre ellas y noſotros, por concierto,
Con ſumo regozijo nos truxeron,
A todos que comer en abundancia,
Y eſtando aſsi comiendo nos dixeron,
Que aquella cerimonia ſe hazia,
Por darnos à entender con mas certeza,
Que aſsi como no puede ſer que el hombre,
Pueda paſſar viuiendo alegremente,
Aqueſta vida triſte ſin ſuſtento,
Que aſsi no era poſsible que paſſaſen,
Sin ſernos ſiempre amigos verdaderos,
Y viendo que vna Cruz alli arbolamos,
Como noſotros todos la adoraron,
Y para mas moſtrar ſu buen intento,
Al General y à todos combidaron,
Para vna illuſtre caza que hazian,
Y dandoles en eſto todo guſto,
Tomamos los cauallos y partimos,
Y llegados al pueſto eſtauan juntos,
Mas de ochocientos baruaros amigos,
Y aſsi como nos vieron arrancaron,
Haziendo dos grandioſas medias lunas,
Y cerrando los cuernos ſe moſtraron,
En circulo redondo tan tendidos,
Que eſpacio de vna legua rodeauan,
De ſola traueſia, y en el medio,
Con toda nueſtra eſquadra nos tuuimos,
Y luego que empeçaron el ogeo,
Cerrando todo el circulo vinieron,
A meter donde juntos nos quedamos,
Tantas liebres, conejos, y rapoſos,
Que entre los miſmos pies de los cauallos,
Penſauan guarecerſe, y ſocorrerſe,

Bien

Bien quiſieran algunos por ſu guſto,
Andar alli à las bueltas con la caça,
Y dar à los rapoſos ciertos golpes,
Mas fue mandato expreſſo que ninguno,
Dexaſe de eſtar bien apercebido,
Los pies en los eſtribos con cuidado,
Por no ſaber de cierto ſi ſus pechos,
Fueſſen tan buenos, nobles, y cenzillos,
Como ordinariamente ſe moſtraron,
En eſta alegre caza vimos muertas,
Largas ochenta liebres muy hermoſas,
Treinta y quatro conejos, y no cuento,
Los rapoſos que alli tambien juntaron,
Y no ſe yo que tenga todo el mundo,
Liebres de mas buen guſto, y mas ſabroſas,
Mas crecidas, mas bellas, ni mas tiernas,
Que eſta tierra produze, y ſus contornos,
Con eſto ſe boluieron para el pueblo,
Y luego al Capitan Farfan mandaron,
Que fueſſe à deſcubrir ciertas ſalinas,
De que grande noticia ſe tenia,
Y poniendo por obra aquel mandato,
Con preſta diligencia, y buen cuidado,
En brebe dio la buelta, y dixo dellas,
Que eran tan caudaloſas y tan grandes,
Que por eſpacio de una legua larga,
Moſtraua toda aquella ſal, de grueſſo,
Vna muy larga pica bien tendida,
Y con tan buena mano como tuuo,
Mandole que ſegunda vez ſalieſſe,
En buſca de vnas minas muy famoſas,
Porque dellas tambien ſe auia tenido,
Baſtante relacion de muchas gentes,
Y porque todo bien ſe encaminaſe,
Con el ſalio Queſada bien armado,
Don Iuan Eſcarramal, y Antonio Conde,
Marcos Garçia, en mil trabajos fuerte,

Y

Y en ellos Damiero bien ſufrido,
Y Hernan Martin, con otros compañeros,
Que juntos con preſteza ſe partieron,
Y deſpues que anduuieron muchas leguas,
Padeciendo grandiſsimos trabajos,
La buelta dio Queſada muy contento,
Diziendo grandes vienes de la tierra,
Y que era de metales abundoſa,
De lindos paſtos, montes, fuentes, Rios,
Cañadas, vegas, ſitios, y llanadas,
Por cuios pueſtos cantidad toparon,
De gallinas monteſes de la tierra,
Iguanas y perdizes de Caſtilla,
Conchas de perlas, porque cerca eſtauan,
De la perlada coſta que en ſilencio,
Quiere el inmenſo Dios que eſtè guardada,
El ſabe para que, y por que ſe calla,
Y mucha gente toda bien diſpueſta,
Hermoſa por extremo, y no era mucho,
Porque no auia ninguno que dexaſe,
De ponerſe en mitad de la cabeça,
Vna Cruz bella, hecha de dos cañas,
Y à los miſmos cabellos bien prendida,
Y eſtandonos diziendo todo aqueſto,
Llegò Farfan, y ſin faltar en nada,
Aquellas miſmas coſas fue contando,
Y quiſieron los dos adelantarſe,
Dexando muy atras los compañeros,
Por ſolo dar aquellas buenas nueuas,
Y como el gran contento ſiempre cauſa,
Gran largueza en aquel que le recibe,
Por mas bien celebrar las buenas nueuas,
Nombrò el Gouernador por Capitanes,
Al Alferez Romero, y Iuan Piñero,
Y porque ya he llegado, temo y ſiento,
Que aqui ſe me apareja vn gran quebranto,
Quiero esforçar la boz en eſte canto.

CANTO DIEZ Y NVEVE.

COMO BOLVIO EL AVTOR DEL CASTIGO DE AQUELLOS que degollaron, y como los Indios de Acoma le cogieron en vna trampa, y trabajos que padeciò por efca-par la vida, y focorro que tuuo, hafta llegar al Real del Gouernador.

NO fe ha vifto jamas que la fortuna,
Aya vn punto la rueda affegurado,
Y afsi los de fu mal fegura cumbre,
Por mas bien que fe tengan, no es pofsible,
Dexar de verfe todos rebolcados,
Pueftos de lodo, triftes, y afligidos,
Cuya gran desbentura fiempre nace,
De fer en fi inuidiofa fementida,
Improua, melancolica, inconftante,
Dudofa, cautelofa, mouediza,
Frenetica, furiofa, debil, flaca,
Y fuerte, fi de vicios fe focorre,
Y al fin, fi à muchos toca fu braueza,
Todo es fufrible, todo es comportable,
Mas fi viene à fer folo quien la fufre,
Dios nos libre que aqui ninguno llegue,
Boluiendo pues feñor de aquel caftigo,
De los pobres foldados que dexamos,
Abiertas las gargantas, ya difuntos,
Auiendonos bien todo fucedido,

Como

Como en ſortuna fragil nunca ay guſto,
A quien alegre rato le ſuceda,
Auiendoſe paſſado tanto tiempo,
Que el General y todos los del campo,
No tenian de noſotros nueua alguna,
Pareciome ſer bien adelantarme,
A dar cuenta al Gouernador del hecho,
Que aſsi tuuo por bien de encomendarme,
Pues ſiendo deſte acuerdo todos juntos,
Luego tomè el camino trabajoſo,
Y llegando à Pùarài, pueblo de amigos,
Alli vine à ſaber por coſa cierta,
De vn niño Caſtellano que llamauan,
Franciſco de las Nieues, como auia,
Salido el General de aquel aſsiento,
Antes que yo llegaſe ſolo vn dia,
Y aſsi como lo ſupe ſin tardança,
Tras del me fuy marchando cuidadoſo,
De darle breue alcançe ſi pudieſſe,
Y apenas alto Rey me fuy llegando,
A la gran fuerça de Acoma nombrada,
Quando vi que los baruaros eſtauan,
Segun ſenti no nada deſcuidados,
Que eſto tienen los pechos cauteloſos,
Que ſiempre dexan raſtros y ſeñales,
Con que auiſan, deſpiertan y preuienen,
A los que dellos viuen recatados,
Y aſsi con el recato que lleuaua,
Echè de ver me eſtauan aguardando,
Como dieſtros lebreles agachados,
A la vereda todos deſſeoſos,
De verſe ya rebueltos y ocupados,
Con la guſtoſa preſſa bien aſsidos,
Y por temor que tienen eſtas gentes,
Con ſeys tendidas braças no ſe llegan,
Al hombre de acauallo temeroſos,
Del animal gallardo, porque pienſan,

Que

Que alli los ha de hazer cien mil pedazos,
Y aquel que yo lleuaua tengo oy dia,
Que mas bello animal nunca parieron,
Caſtizas yeguas dieſtras bien prouadas,
En alentado curſo deſembuelto,
Por cuia cauſa todos rezeloſos,
Con mueſtras y ſeñales rebozadas,
El bien venido juntos me moſtraron,
Y mas Zutacapan à quien propuſe,
Neceſsidad vrgente que tenia,
De ſolo baſtimento que apreſtaua,
La miſera flaqueza deſabrida,
Cõn cuia mano luego rebozado,
Mirando me pidio deſocupaſe,
La ſilla del cauallo, y me daria,
En todo mucho guſto, y eſto dixo,
Algo riſueño, y nada ſoſſegado,
Y porque del eſtuue rezeloſo,
Por eſcapar la vida ſi pudieſſe,
Alli le di à entender que mucha prieſſa,
Era la que lleuaua y no podia,
Parar ſolo vn momento en aquel pueſto,
Y viendo que no pudo demudado,
El braço ſacudiendo con enojo,
Me dixo que me fueſſe y no aguardaſe,
Y viſta ſu deſgracia, deſpedime,
Fingiendo el roſtro alegre quanto pude,
Y eſtando ya yo dellos tanto trecho,
Quanto vna gran carrera bien tirada,
A grandes bozes todos me llamaron,
Caſtilla, muy aprieſſa pronunciando,
Y aunque les entendi que me llamauan,
Repare mi cauallo, y con el braço,
Hize ſeñal de alli ſi me pedian,
Que mi camino fueſſe proſiguiendo,
O que à ſu pueſto luego me acercaſe,
Y llamandome juntos con las manos,

Sacan-

Sacando fuerças de flaqueza al punto,
Fiado en el cauallo que lleuaua,
Bolui luego las riendas demudado,
Y vna veloz carrera atropellando,
El animal gallardo deſembuelto,
Salio con preſto curſo poderoſo,
Y alli los crudos trapos ſacudiendo,
Batiendo con braueza el duro ſuelo,
Haziendoſe pedazos con las manos,
Brioſo y alentado fue parando,
Haziendo vna gran plaça bien tendida,
Por la canalla baruara medroſa,
En cuio pueſto lejos deſde afuera,
Alli Zutacapan me preguntaua,
Si atras otros Caſtillas me ſeguian,
Y que fueſſe contando por los dedos,
Que numero venia, y quantos dias,
Tendria de demora ſu tardança,
Yo con algun temor fingi venian,
Ciento y tres hombres bien aderezados,
Y que ſolos dos dias tardarian,
En llegar à ſus muros lebantados,
Pues como bien me vbieſſen entendido,
Mandaronme que fueſſe mi camino,
Y viendo ya que el Sol de todo punto,
Sus claros y hermoſos rayos yua,
Deſcubriendo al Antipoda remoto,
Apreſureme todo quanto pude,
Haſta que ya la triſte noche obſcura,
Apagada la luz al mundo tuuo,
Y por hazer mi cauſa mas ſegura,
Vna gran milla quiſe derrotarme,
A vn lado del camino que lleuaua,
En cuio pueſto triſte ſolitario,
El cauallo animoſo aſſegurando,
Con grueſſa y fuerte amarra, ſolo quiſe,
Quitarle el pecho, freno, y la teſtera,

Dexan-

Dexandole pazer à ſu aluedrio,
Y viendome del ſueño ya vencido,
Deſpues de media noche ya paſſada,
Tendido en aquel ſuelo fuy arrimando,
Los quebrantados miembros fatigados,
Al azerado hielmo deſabrido,
Y como el alma ſiempre eſta diſpierta,
Al tiempo que el terreſtre cuerpo duerme,
Della miſma deſpierto y recordado,
Lebantandome fuy deſpauorido,
Y viendo todo el tiempo en ſi rebuelto,
Aderezè de preſto mi cauallo,
Y apenas los eſtribos fuy cobrando,
Quando del alto Cielo grandes copos,
De blanca nieue todo me cubrian,
Y aſsi me fuy ſaliendo à la vereda,
Y raſtro que el Gouernador dexaua,
Y llegando à vna grande palizada,
En forma de barrera bien tendida,
Vi que por medio della mi camino,
Por vn portillo eſtrecho yua ſaliendo,
Y aſsi ſin mas acuerdo con deſcuido,
Por el quiſe ſalir ſin mas cuidado,
Y aſsi como al relampago ſucede,
Vn repentino rayo arrebatado,
Aſsi fue gran ſeñor mi triſte ſuerte,
Que apenas fui paſſando quando à pique,
La tierra que piſaua, y que corria,
Abriendo vna gran boca poderoſa,
Senti que me ſorbia y me tragaua,
Y viendo que el cauallo entre ſus labios,
Sorbido à dentro todo le tenia,
Sin genero de vida atraueſado,
De todo punto muerto, y ſin ſentido,
Qual flaco marinero que perdida,
Siente la pobre naue zozobrada,
Que aprieſſa y ſin vagar ſe deſempacha,

Y al poderoſo y brauo mar ſe arroja,
Tragada ya la muerte ſin remedio,
Aſsi la corta vida ya rendida,
Y la eſperança rota, fue ſaliendo,
Del horrible ſepulcro temeroſo,
Que Zutacapan hecho me tenia,
Para cogerme viuo ſi pudieſſe,
Y fue la mageſtad de Dios ſerbida,
Que por ſuceder eſto entre dos luzes,
Y que gran nieue el Cielo derramaua,
Retirados los baruaros eſtauan,
Donde alcançar ninguno dellos pudo,
Aquello que en la trampa peligroſa,
A ſolas y ſin ellos padezia,
Y temiendo que preſto alli vinieſſen,
Y ſin remedio juntos me mataſen,
Qual ſuelen con tormenta y gran borraſca,
Los pobres contraſtados y oprimidos,
Alijar con preſteza la mas ropa,
Aſsi determinè de deſpojarme,
Y eſcondido al ſocarre de vna peña,
Alli dexè la cota y eſcarçela,
El lebantado yelmo, y el adarga,
El arcabuz con fraſco, y ſu fraſquillo,
Y ſolo con la eſpada, y con la daga,
Quiſe tomar de preſto mi camino,
Y por no ſer ſacado por el raſtro,
Los çapatos bolui ſin detenerme,
Poniendo los talones à las puntas,
Con cuia diligencia deslumbrados,
Los baruaros quedaron todo el tiempo,
Que me fue neceſſario muy al juſto,
Para poder librarme de ſus manos,
Quatro dias naturales fuy marchando,
Terrible ſed y hambre padeciendo,
Rendido de flaqueza, y que perdida,
Tenia la eſperança que alentaua,

El miſero viuir de aqueſta vida,
Que quando aqui ſe llega, deſdichado,
De aquel que aſsi ſe ve tan afligido,
Porque no tiene el mundo inſulto, ni torpeza,
Delicto, crimen, vicio, ni pecado,
Si Dios no le ſocorre, que no emprenda,
Y ponga por la obra, ſi en hazerlo,
Conſiſte el eſcaparſe, y verſe libre,
O vida humana, debil quebradiza,
No creo que con mas maganta hambre,
Al hijo dio la muerte aquella triſte,
Que al vientre le boluio en la gran ruina,
De aquella Ciudad ſanta que perdida,
Quedò por ſus pecados aſſolada,
Qual ſucediò por mi en eſte hecho,
Lleuaua pues vn perro que à mi lado,
Anduuo mucho tiempo, y que velaua,
Quando de noche à caſo me dormia,
Y porque ya la hambre me afligia,
De ſuerte que la vida me acabaua,
Determinè matarle, y dos heridas,
Le di mortales con que luego el pobre,
De mi ſe fue apartando vn largo trecho,
Llamele con enojo y oluidado,
Del vergonçoſo hecho inadvertido,
Gimiendo manſamente y agachado,
A mi boluio el amigo mal herido,
Lamiendoſe la ſangre que vertia,
Y aſsi con deſconſuelo y laſtimado,
Por agradarme en algo ſi pudieſſe,
Lamio tambien mis manos que teñidas,
Me puſo de ſu ſangre bien bañadas,
Mirele pues ſeñor y auergonçado,
De auerle aſsi tratado y ofendido,
Con tan craſa ignorancia que no via,
Que fuego para aſſarlo me faltaua,
Bajè los ojos triſtes y boluiendo,

Del

Del hecho arrepentido à acariciarlo,
Muerto quedò à mis pies, con cuio ſuſto,
Dexandolo tendido y deſangrado,
Paſſè aquel trago amargo, y fui ſiguiendo,
El golpe de fortuna que acabaua,
La miſerable vida que viuia,
Haſta que por gran ſuerte fuy llegando,
Al pie de vnos peñaſcos lebantados,
En cuio aſsiento y pueſto vi que eſtaua,
Vn apazible eſtanque de agua fria,
Sobre cuios criſtales caſi ciego,
Apenas fuy venciendo la gran furia,
De la inſaziable ſed que me acabaua,
Quando temblando todo eſtremecido,
El humido licor lançe forçado,
Y eſtando alli algun tanto ſuſpendido,
No libre de temor, y traſſudado,
A çaſo echè de ver que çerca eſtaua,
Vn poco de maiz que por ventura,
Alguno con deſcuido auia dexado,
Y à mi Padre ſan Diego gracias dando,
A quien con veras ſiempre fuy pidiendo,
Que alli me ſocorrieſſe y amparaſe,
Hincado de rodillas fuy cogiendo,
Dos puños bien eſcaſos, mal cumplidos,
Pues viendome de hecho ya perdido,
Los pies hinchados, torpes, deſtroncados,
Y que eſperança humana no podia,
En tanta desbentura ſocorrerme,
Con el ſuſtento corto que ſembrado,
Eſtaua por el ſuelo bien tendido,
Al Real de ſan Iuan quiſe boluerme,
Mas de cincuenta leguas muy bien hechas,
De aquel aſsiento y pueſto donde eſtaua,
Y auiendo entrado ya el silencio triſte,
De la obſcura noche que cargaua,
Dios que en ſus grandes ſantos reſplandeze,

Y ſocorro por ellos nos embia,
Empeçando à marchar para boluerme,
A mi llegaron tres amigos nobles,
Valientes, esforçados, y animoſos,
Y de todos por tales conozidos,
Que acaſo y ſin penſar alli llegaron,
En buſca de cauallos que perdidos,
Andauan codizioſos de hallarlos,
Franciſco de Ledeſma fue el primero,
Y luego detras del, Miguel Montero,
Iuan Rodriguez el bueno tambien vino,
Y como el toldo obſcuro ya tendido,
A todos en tinieblas nos tenia,
Alli me preguntaron que quien era,
Y luego que mi nombre yo les dixe,
Alegres todos juntos diſpararon,
Los preſtos arcabuzes de contento,
En eſte miſmo inſtante y coiuntura,
Siguiendome los baruaros llegaron,
Sedientos de acabarme ya la vida,
Y ſintiendo la fuerça de los tiros,
Entendiendo que el campo junto eſtaua,
En aquel miſmo pueſto temeroſos,
Antes que la tiniebla el Sol raſgaſe,
Los preſuroſos paſſos reboluieron,
Dexandome alli libre y ſin peligro,
Alabente los Angeles Dios mio,
Que vn cauallo enſillado y enfrenado,
Sin que ni para que acaſo trujo,
Iuan Rodriguez el grato, por pagarme,
Por ſecreto juizio no entendido,
Aquel grande ſocorro que le hize,
En otra tal qual eſta desbentura,
Quando atrabeſado en vn cauallo,
Rendido ya de hambre le trayan,
Eſperando ſu muerte y que acabaſe,
Secretos ſon ocultos que nos mueſtran,

Ser

Ser todo por tu ſacroſanta mano,
Socorrido, amparado, y remediado,
Truxeron demas deſto los amigos,
En muy grande abundancia todo aquello
Para matar la hambre neceſſario,
Y ſacando del pedernal fogoſo,
Viuas centellas luego los pegaron,
A la yeſca, y con paja, que encendieron,
Deſgajando los tres con mucha prieſſa,
De los antiguos arboles las ramas,
Vn grande fuego juntos lebantaron,
A cuia lumbre luego fue rendida,
La miſerable hambre que lleuaua,
Y contandoles todos mis trabajos,
Otro dia ſiguiente luego fuimos,
A donde el General con todo el campo,
Eſtaua de noſotros apartado,
Dos muy grandes jornadas, y en llegando,
Dandole larga cuenta del ſuceſſo,
En todo alli ſe dio por bien ſerbido,
Y pues de mis trabajos he querido,
Daros como à ſeñor eſtrecha cuenta,
Suplicoos me eſcucheis tambien aquellos,
Que ſufren y padezen mis amigos,
Y pobres camaradas quebrantados,
Por todas eſtas tierras remontados,

* * * * * *
* * * * *
* * * *
* * *
* *

Can-

CANTO VEYNTE.

DE LOS EXCESIBOS TRABAJOS QUE PADEZEN LOS ſoldados, de nueuos deſcubrimientos, y de la mala correſpondencia que ſus ſeruicios tienen.

TODO el valor, alteza, y excelencia,
Que puede acaudalar el buen guerrero,
De los gloriofos triunfos que se alcançan,
En la ſangrienta guerra belicoſa,
Es quedar para ſiempre bien premiado,
Por el gallardo braço de la eſpada,
Y por el brauo pecho valeroſo,
Que en padezer trabajos à tenido,
Entre cien mil peligros no eſperados,
Y aſsi alto y heroico Rey ſabemos,
Que no ay trabajo duro en la milicia,
Ni tiempo en padecerle mal gaſtado,
Si la correſpondencia deſte fruto,
Viene à ſer tal qual es razon ſe tenga,
Con aquellos gallardos coraçones,
Que muy bien en las guerras os ſirbieron,
Aunque para mi tengo Rey ſublime,
Que es mucho mejor ſuerte la de aquellos,
Que por mas bien ſerbiros acabaron,
Entre enemigas armas deſtrozados,
Hechos menudos quartos y pedazos,
Que no aguardar la triſte ſuerte y paga,
Que algunos deſtos Heroes han tenido,

De

De ſus muchos quebrantos padezidos,
Y por moſtrar mejor ſi ſon ſoldados,
Aqueſtos valeroſos por quien digo,
Que como los eſtimo y reuerencio,
Por mucho mas que hombres, mas que hombres,
Fuera bien ſe encargara, y que eſcriuiera,
Sus claros y altos hechos hazañoſos,
Mas como inculto, bronco, y mal limado,
Dellos informarè lo que ſupiere,
Quę aſsi ſatisfare con ſolo darles,
Todo aquello que valgo, alcanço, y puedo,
No trato por agora que dexaron,
Por ſerbiros ſeñor como es juſticia,
A ſu querida y dulze patria amada,
Padres, hermanos, deudos y parientes,
Ni que ya ſus ligitimas y haziendas,
Eſtan de hecho todas conſumidas,
Trocando por trabajos el deſcanſo,
Que pudieron tener ſin ſugetarſe,
Los dias y las noches que ſe ocupan,
En peſados oficios trabajoſos,
Miſerias y diſguſtos nunca viſtos,
Donde vereis ſeñor que ſe ſuſtentan,
No mas que por ſu pico y fiel trabajo,
Mediante el qual adquieren todo aquello,
Para paſſar ſu vida neceſſario,
Auentajando ſiempre ſus perſonas,
A la de aquel Tebano memorable,
Que por no mas de ſolo auerle viſto,
Quedaron muchos cortos y afrentados,
Quando en el monte Olimpo en ſus vertientes,
Vieron que quanto ſobre ſi traya,
Eran grandioſas obras de ſus manos,
Porque el auia cortado los çapatos,
Y pueſtolos en punto bien coſidos,
Y aſsi como ſi fuera ſaſtre el ſayo,
Fue por ſus proprias manos acabado,

Y el tambien la camiſa auia tegido,
Y de ſu valor miſmo punto y corte,
Salio toda cumplida y acabada,
Y los inſignes libros que traia,
Qual illuſtre filoſofo prudente,
El los auia compueſto y trabajado,
Y con eſto otras muchas coſas nobles,
Dignas por cierto todas de eſtimarſe,
Aſsi tambien ſeñor eſtos varones,
No traen conſigo coſa que no ſea,
Hechura y obra de ſus bellas manos,
El ſayo, calçon, media, y el calçado,
El jubon, cuello, capa, y la camiſa,
Con todas las demas coſas que alcançan,
La femenil flaqueza por ſu aguja,
De todo dan tan dieſtra y buena cuenta,
Como ſi en coſer ſiempre, y no otra coſa,
Vbieran ſus perſonas ocupado,
Y no ay de que eſpantarnos pues ſabemos,
Que fue el primer oficio que ſe ſupo,
En eſta vida triſte miſerable,
Y con eſto ellos miſmos por ſus manos,
Guiſan bien de comer, laban, y amaſan,
Y en fin toda la vida ſiempre buſcan,
Deſde la ſal haſta la leña y agua,
Si guſto han de tener en la comida,
Ellos rompen la tierra y la cultiuan,
Como dieſtros famoſos labradores,
Y como hoſpitaleros ſiempre curan,
Las mas enfermedades con que vienen,
Sus pobres camaradas quebrantados,
De los muchos trabajos que han ſufrido,
Y coſa alguna aqueſto les impide,
Para que todo el año no los hallen,
A qualquier hora de la noche y dia,
Tan cubiertos de hierro, y fino azero,
Como ſi fueran hechos y amaſados,

De poderoſo bronçe bien fornido,
Trabajo que por mucho menos tiempo,
Quando diamantes todos ſe moſtraran,
Los vbiera deshecho y acabado,
Quanto mas à la miſera flaqueza,
Del que de carne y gueſſo eſta compueſto,
Viuen y paſſan caſi todo el tiempo,
Como ſi fueran brutos por el campo,
Sugetos al rigor del Sol ardiente,
Al agua, al viento, deſnudez, y frio,
Hambre, ſed, molimientos, y canſancio,
Cuio lecho no es mas que el duro ſuelo,
Adonde muchas vezes amanecen,
En blanca nieue todos enterrados,
Paſſan crueles y grandes aguazeros,
Sin poderſe aluergar en parte alguna,
Y ſecanſe en las carnes los veſtidos,
Sucedeles que lleuan en coſtales,
El agua para ſolo ſu ſuſtento,
Algunas vezes hecha toda nieve,
Carambano las mas empedernido,
Sufren todos eladas de manera,
Que ya por nueſtras culpas hemos viſto,
Rendir el alma y vida todo junto,
Al gran rigor del encogido tiempo,
No ay aguas tan caudales por los Rios,
Que no los paſſen, naden, y atrabieſſen,
Ni páramos, ni fieras, ni vallados,
Que a puros palmos todo no lo midan,
No ay baruara nacion que no deſcubran,
Ni gran dificultad que no acometan,
Y no cuidan jamas eſtos varones,
De maeſtros y oficiales para coſas,
Al militar oficio neceſſarias,
Ellos cortan las armas y las hazen,
Para qualquier cauallo bien ſeguras,
Saben aderezar sus arcabuzes,

Y echarles lindas cajas por extremo,
Remallan bien ſus cotas, y eſcarçelas,
Y pintan ſus zeladas de manera,
Que quedan para ſiempre prouechosas,
Y como dieſtros cirujanos curan,
Heridas peligroſas penetrantes,
Y ſon tambien boniſsimos barberos,
Y quando es meneſter tambien componen,
De la gineta y brida las dos fillas,
El aluzitar jamas les haze falta,
Porque ellos hierran todos ſus cauallos,
Tambien los ſangran, cargan, y los curan,
Domandolos de potros con deſtreza,
Y por ſer buenos hombres de a cauallo,
En ellos hazen grandes marauillas,
Y en las ſangrientas lides y contiendas,
Qual, o qual, ha dexado de moſtrarſe,
Ser hombre de valor y grande esfuerço,
Y aqueſto muchas vezes ſuſtentados,
De raizes incultas deſabridas,
De hieruas y ſemillas nunca vſadas,
Cauallos, perros, y otros animales,
Inmundos y aſqueroſos á los hombres,
Y por neuados riſcos y quebradas,
Qual ſuelen los arados que arraſtrados,
Rompiendo van la tierra deshaziendo,
Las azeradas rejas que enterradas,
Haziendo van ſus ſulcos prolongados,
Aſsi los Eſpañoles valeroſos,
A colas de cauallos arraſtrados,
Por no morir de hecho entre las nieues,
Muchos aſsi las vidas eſcaparon,
Temerarias hazañas emprendiendo,
Y hechos hazañoſos acabando,
Qual cantarè ſeñor ſi Dios me dexa,
Ver la ſegunda parte à luz echada,
Donde vereis gran Rey prodigios grandes,

De

De tierras y naciones nunca viſtas,
Trabajos y auenturas no contadas,
Impreſſas inauditas y deſdichas,
Que á fuerça de fortuna y malos hados,
Tambien nos persiguieron y acoſaron,
Que deſto moſtraran inmenſas prueuas,
Demas de los varones que hemos dicho,
Los Capitanes Vaca, y Iuan Martinez,
Raſcon, y Iuan Rangel, y Iuan de Ortega,
Gimon Garçia, Ortiz, y Iuan Benitez,
El Capitan Donis, y Iuan Fernandez,
Gueuara, Luzio, y Aluaro Garçía,
Gimenez, Iuan Ruyz, Soſa, Morales,
Tambien Pedro Rodriguez, y otros brauos,
Valientes y esforçados caualleros,
Que bien en paz y guerra trabajaron,
Sin los heroicos y altos Comiſſarios,
El Padre fray Franciſco de Velaſco,
Franciſco de Eſcobar, con Eſcalona,
Fray Alonſo Peinado, cuias fuerças,
En cultiuar la viña bien moſtraron,
Ser hijos del Serafico Franciſco,
Pues mas de ſiete mil auemos viſto,
Que tienen bautizados por ſus manos,
Mas que importa Rey inmenſo y juſto,
Si ya los veo à todos deſtroncados,
Eſtropeados, canſados, y tullidos,
Bueltos todos en pobres hoſpitales,
De males y dolencias incurables,
Sin genero de amparo ni remedio,
En cuio gran conflicto miſerable,
Si bueluen para ſus antiguas caſas,
Sucede à bien librar por todos ellos,
Lo miſmo que de Vlixes valeroſo,
Que deſpues de ſeruicios tan honrrados,
Eſcapò de la guerra de manera,
Que no fue de ninguno de ſu caſa,

Mas

Mas que de ſolo el perro conozido,
Segun boluio de viejo y deſtrozado,
O flor de jubentud, o verdes años,
Que preſto la belleza ſe marchita,
Notad qual bueluen eſtos esforçados,
Que ya no los conozen en ſus caſas,
Rotos, pobres, canſados, y afligidos,
Viejos, enfermos, triſtes, miſerables,
Y ſi por vltimo y poſtrer remedio,
Quieren ſeñor valerſe y ſocorrerſe,
De vna migaja de los muchos panes,
Que con tan liberal y franca mano,
Mandais que ſe les de ſin eſcaſeza,
No ſon mas ellos que los otros pobres,
Hijos perdidos, nietos y viznietos,
De aquellos esforçados que os ſirbieron,
Y aqueſte nueuo mundo conquiſtaron,
Que à todos falta la ſegunda tabla,
Que deſpues del naufragio ſe pretende,
Llamo ſegunda tabla Rey inſigne,
A los Gouernadores y Virreyes,
Que ay algunos, algunos ſeñor digo,
Que para ſolo auer de proponerles,
Su miſera demanda y cauſa juſta,
Primero es fuerça ſufran y padezcan,
Vna eternidad de años arrimados,
Por aquellas paredes de palacio,
Muertos de hambre, canſados y afligidos,
Adorando à los pajes y porteros,
Seruientes y oficiales de ſu caſa,
Por ver ſi por aqui tendrân entrada,
Para ſu larga pretenſion perdida,
Y ſi caſo por gran ventura alcançan,
A ver el lugar del ſanta ſantorum,
Si es que aquel pueſto aſsi puede llamarſe,
A donde eſta la mageſtad intacta,
Que qual ſi fuera aquella ſoberana,

Que

Que no puede ſer viſta de ninguno,
Que tenga alguna mancha, o coſa ſea,
Porque à de ſer mas limpio, puro, y bello,
Que el ampo de la nieue no tocada,
Aſsi no puede ſer que nadie alcançe,
A ver grandeza y celeſtial tan alta,
Si no es gente muy limpia y oloroſa,
Almidonada, rica, y bien luzida,
No con algunas manchas de pobreza,
Neceſsidad, trabajo, y desbentura,
Que eſtos como incapazes de ſu viſta,
Inmundos, pobres, viles, y leprosos,
No es poſsible mereſcan bien tan grande,
Sabe el inmenſo Dios Rey poderoſo,
Que con coraçon y alma he deſſeado,
Veros ſeñor Virrey de nueua Eſpaña,
Por no mas de que vieſſedeys el como,
Se haze vn puro hombre dios del ſuelo,
Aquel que eſtá en el Cielo lo remedie,
Y aliente los balidos y gemidos,
De tantos miſerables como claman,
Porque aunque es cierto, y todos lo ſabemos,
Que han gouernado muchos como buenos,
Y que oy el Reyno todo ſe gouierna,
De manera que ya ninguno ignora,
Que à vozes por las caſas de palacio,
Buſcan los negociantes, porque tengan,
Sus cauſas con juſticia buen deſpacho,
Coſa que jamas nunca auemos viſto,
Dexando aqueſte bien tan grande en vando,
Algunos otros vemos que han paſſado,
Sin hazer cuenta de los muchos perros,
Que en pulpitos haziendoſe pedazos,
A muy grandes ladridos y amenazas,
No hizieron mas impreſsion en ellos,
Que ſi fueran de bronze, o duro azero,
Siete años continuos me detuue,

En

En vueſtra illuſtre y lebantada corte,
Y no vi pobre capa, ni mendigo,
Que con facilidad no ſe llegaſe,
A vueſtro caro Padre y ſeñor nueſtro,
A contalle ſus cuitas y fatigas,
Con eſperança cierta y verdadera,
De bellas remediadas y amparadas,
Dios por quien es os tenga de ſu mano,
Y conſerue el illuſtre y alto nombre,
Que por aca ſe ſuena y ſe publica,
De que ſoys muy gran Padre de ſoldados,
Que yo como el menor de todos ellos,
Y que à ſeñor y Padre me querello,
He querido contaros los trabajos,
Que por aca ſe ſufren y padezen,
Que como bien ſabeys Rey poderoſo,
No ay hombre que deſpues de auer ſufrido,
Fatigas y miſerias tan peſadas,
No quiera alguna paga y recompenſa,
De ſus muchos ſerbicios y trabajos,
Por cuio memorable ſufrimiento,
Las manos pueſtas pido, y os ſuplico,
Que aya memoria deſtos deſdichados,
Cuio valor heroico lebantado,
Merece clementiſsimo Monarca,
Perpetua gloria y triunfo eſclarecido,
Que lebante la alteza y excelencia,
De ſus gallardos pechos esforçados,
Y por no canſar mas ſeñor ya he dicho,
Y aſsi ſerà razon que yo me buelua,
Al hilo de la hiſtoria que lleuaua:
Llegò el Sargento alegre y muy contento,
De los grandes ganados deſcubiertos,
En los llanos de Zibola famoſos,
Y ſuſpendiendo vn tanto los trabajos,
Quedando en el Real por buen gouierno,
Sin detenerſe luego fue ſaliendo,

El buen Maeſe de campo con deſſeo,
De dar en breue alcançe ſi pudieſſe,
A vueſtro General, que ya canſado,
Eſtaua de eſperarle muchos dias,
Pues yendo aſsi marchando ſu derrota,
Llegó á la fuerça de Acoma famoſa,
Donde Zutacapan tratado auia,
Con algunos del pueblo belicoſos,
Que por ſeñor y Rey de aquella fuerça,
Trataſen de ſecreto le nombraſen,
Entre los mas amigos que pudieſſen,
Ofreciendo por eſto les daria,
Honrras y libertades preminentes,
Para cuio principio concertaron,
Que la mano Zutacapan tomaſe,
En defender la patria y libertarla,
De manos de Eſpañoles, y con eſto,
Seria facil coſa que le dieſſen,
La pretenſion ſegura y ſin rezelo,
Que nadie ſe moſtraſe ſu contrario,
Pues lebantarle todos por cabeça,
Era la libertad de todo el pueblo,
Con eſto luego a una ſe juntaron,
Todos los mas amigos que pudieron,
Donde el baruaro á todos les propuſo,
Que en ninguna manera permitieſſen,
Que gente aduenediza y foraſtera,
Los pies puſieſſe dentro de aquel fuerte,
Y mas para pedirles baſtimentos,
Pues nunca jamas anima viuiente,
Tal les auia pedido ni ſacado,
Y que aunque los Caſtillas perecieſſen,
Y muertos de hambre todos acabaſen,
Era razon que todos por las armas,
Aquel partido juntos defendieſſen,
Otompo, y Meco, luego concedieron,
Que fueron los del trato y del ſecreto,

Con

Con lo que aquel traidor alli dezia,
A Mulco, y otros pocos ſediciosos,
Amigos de rebueltas y alborotos,
Que aqueſtos nunca faltan, porque es tanta,
La braueza del hombre miſerable,
Que ſi falta quien ſople y lo rebuelua,
El miſmo ſe rebuelue y alborota,
Abraſa, enciende, quema, y ſe deſtruie,
Y eſta deſdicha ſiempre la notamos,
Deſpues de aquella culpa lamentable,
Que à todos nos deshizo y deſcompuſo,
Y aſsi el mayor contrario que tenemos,
Es à noſotros miſmos, porque ſomos,
Los que ſolos podemos derribarnos,
Sin que las fuerças del infierno juntas,
Baſten ſi no queremos à rendirnos
Porque las miſmas fuerças que alcançamos,
Para emprender el mal que cometemos,
Aqueſas miſmas ſiempre nos aſsientan,
Para emprender el bien ſi le queremos,
Y aſsi nadie es tan torpe que no ſabe,
El premio que por ſolo el bien alcança,
Y el mal que por la culpa ſe merece,
Y aſsi por eſta cauſa temeroſos,
Todos aqueſtos baruaros à vna,
Por ſer menos culpados acordaron,
Que pues alli faltaua la mas gente,
Que todos los del pueblo ſe juntaſen,
Coſecha propria de animos doblados,
Cubrir ſiempre con capa de innocentes,
La mucha grauedad de ſus delictos,
Y aſsi bien disfraçados y cubiertos,
A todo el pueblo junto congregaron,
Donde luego vereis lo que trataron.

CANTO VEYNTE Y VNO.

COMO ZVTACAPAN HIZO IVNTA DE LOS INDIOS ACOmeſes, y diſcordia que entre ellos vbo, y de la traycion que fabricaron.

O Gloria humana, en cuia inſtable cumbre,
La preſuncion hinchada, y vil ſoberuia,
Quiere ſiempre ſubirſe y aſſentarſe,
Dime ſoberuia infame como ygualas,
El poderoſo cetro y Real corona,
Con vn tan bajo baruaro perdido,
De baruara, y vil baruaro, engendrado,
Di que tiene que ver el alto trono,
Con baruara canalla y behetria,
O ciega vanidad, o vana pompa,
De altos, medianos, vajos, y abatidos,
Sin diſtincion, razon, ni cuenta alguna,
Ygualmente buſcada y pretendida,
Digalo aqueſte baruaro furioſo,
De tan humilde ſangre produzido,
Si como Luzbel quiere lebantarſe,
Y el gouierno de todo atribuirſe,
Y aſsi ſin diſiſtirſe de ſu intento,
Ordenò que à conſejo ſe juntaſen,
Y juntos todos dentro de vna plaça,
Como la cruel ſoberuia deſmedida,

Con-

Continuamente ſiempre ſe adelanta,
Sin dilatarlo, luego en pie ſe puſo,
En ſi todo encendido y abraſado,
Y tendiendo la viſta por el pueblo,
Desbergonçado, libre, y deſembuelto,
Aſsi tomò la mano, y fue diziendo:
Varones esforçados y valientes,
Los poſtreros trabajos y peligros,
Dan franca entrada, y campo bien abierto,
Para que cada qual aquello diga,
Que mas le duele, aprieta, y le laſtima,
Dezid qual mas infamia y vil afrenta,
Puede venir por toda aqueſta fuerça,
Que permitir tan dura ſeruidumbre,
Como es dar de comer à foraſteros,
Siendo como ellos todos libertados,
Yo juro por los dioſes todos juntos,
Y por quien vidas todos alcançamos,
Que no ha de quedar hombre en eſta tierra,
Que tal bageza aya imaginado,
Y viendo que las armas embraçauan,
Sin dexarle acabar ſalio diziendo,
Su hijo Zutancalpo demudado,
A ſu Padre mirando con enojo,
El mas ſeguro bien que el hombre alcança,
Es que quiera rendirſe à todo aquello,
Que à la razon va bien encaminado,
No ſoy de parecer que à los Caſtillas,
Enemiſtad ninguna ſe les mueſtre,
Porque es temeridad hazer agrauio,
A quien nunca jamas nos à ofendido,
Tenerlos por amigos con recato,
Es mas ſano conſejo y ſin peligro,
Lo demas es patente deſatino,
Y para no ſer todos imputados,
Digo que la obediencia les guardemos,
Pues ya la auemos todos profeſſado,

Y

Y pues la ocaſion freno nos permite,
Reprimaſe la colera indiſcreta,
Que la paz es el punto mas diſcreto,
Que puede remediar el mal que aguarda,
Aquel que eſta en peligro de ſufrirle,
Y con eſto ceſò el noble joben,
Y luego començò vn rumor confuſſo,
De toda aquella gente congregada,
Y aprouando por bueno lo que dixo,
Nunca paſſò palabra por crugia,
Mas reſpetada, libre, y mas eſſenta,
Ni mas obedecida, ni acabada,
Que aquel acuerdo expreſſo, porque luego,
Iuntas obedecieron y dejaron,
Las poderoſas armas lebantadas,
En eſto el viejo Chumpo rezeloſo,
De que la paz y tregua ſe rompieſſe,
Cargado de vejez y de trabajos,
Con palabras diſcretas y ſeberas,
La fatigada voz alçò diziendo,
Mirad mis hijos que el conſejo es ſano,
Y es quien alcança ſiempre la victoria,
En peligroſas guerras conozidas,
Y pues que Zutancalpo en verdes años,
Os à ya dicho aquello que os combiene,
Pues vemos que el morir no es mas que vn ſoplo,
Y en bien morir conſiſte nueſtra gloria,
Para morir buen tiempo ſe procure,
Sazon y coiuntura bien mirada,
Y eſcuſeſe tan grande inconueniente,
Como es tratar con furia y mouimiento,
Coſas tan graues, grandes y peſadas,
Como eſtas que tenemos entre manos,
Aqui bolaron luego las palabras,
Y torpes fanfarronas amenaças,
De aquellos indiſcretos conjurados,
Llamando al viejo Chumpo de atreguado,

Ca-

Caduco, infame, loco, y hechizero,
Oyendo aqueſto todo embrauecido,
Zutacapan arremetio furioſo,
Poniendo al pobre viejo en tal aprieto,
Que ſi Cotumbo preſto no repara,
La fuerça de la maça que bajaua,
La eſpalda toda entera le derriua,
Viſtoſe pues cargado con palabras,
Que le dixo tambien de grande afrenta,
Qual ſi ſobre el valientes y altos montes,
Se vbieran juntos pueſto y aſſentado,
Aſsi ſe echò de ver ſu ſentimiento,
Mas qual ſi fuera el miſmo centro y vaſſa,
Para lleuar vn peſo tan peſado,
Diſimuloſe todo quanto pudo,
Sufriendo el corage concebido,
Y dando à la templança larga rienda,
Aſsi compueſto hablò con todo el pueblo,
Nunca jamas me vi tan inclinado,
A ſatisfazer mi honrra ya difunta,
Qual oy lo eſtoy con tanta desberguença,
Como conmigo veys que ſe ha tenido,
Y ſi aquel jubenil ardor tuuiera,
Que en mi paſſada edad tener ſolia,
Que es en que aqueſte vil traidor eſtriua,
Ya de ſu vana preſuncion tuuiera,
La enmienda, y el caſtigo merecido,
Mas que puedo hazer en mi deſcargo,
Si ya de tanta edad eſtoy cargado,
Y la vejez à mas andar me aflige,
Aqueſta afrenta no es à mi perſona,
A voſotros ſe ha hecho, por ſer hijos,
De aquellos cuios padres yo he criado,
Y ſaltando enmedio de la plaça,
Qual ſerpentin famoſo que cargado,
Eſtà de fina poluora ſuſpenſo,
Su taco y grueſſa vala, y ſoſſegado,

Està

Eſtà mientras el fuego no le mueue,
Y luego que le llega con ruido,
Aſsi ſe deſembuelue, ſale y rompe,
Qual rayo de las nuues eſcupido,
Aſsi ſin detenerſe ni tardarſe,
Zutancalpo por el tomò la mano,
Y el reforçado leño reboluiendo,
Para el Padre ſe fue deſatinado,
La gran maça el Padre aferró luego,
Y al encuentro Parguapo fue ſaliendo,
Pilco alli tambien ſe deſembuelue,
Otompo, y luego Meco, con Guanambo,
A Mulco, y otros muchos Acomeſes,
Y cada qual ſu vando ſuſtentando,
Derribando los mantos de los hombros,
Prouar quiſieron todos ſus perſonas,
Mas fueles impedido el allegarſe,
Por los muchos que juntos eſtuuieron,
Con eſto la canalla ſe deshizo,
Y cada qual ſe fue para ſu caſa,
O vanidad, vil toſigo ſabroſo,
Sugeto à cruel inuidia, y muerte azerba,
Que mar de ſangre vemos derramada,
Por ſolo pretenderte, el vano altibo,
Que preſta la Real ſangre, la hidalga,
La villana, la baruara, y ſerrana,
Si como de aquel Padre decendientes,
Toda es vna materia y vna fuente,
De vn color y vna miſma ſemejança,
Que en cada qual la cruel ſoberuia altiua,
Sabemos que ſe anida y ſe ateſora,
Qual hambrienta polilla peligroſa,
O ſedienta carcoma que royendo,
De ſus venas y entrañas à ſu guſto,
Derrama, rompe, y vierte, la que quiere,
Y aſsi eſte vil idolatra ſangriento,
Lleuado de frenetica ſoberuia,

Luego

Luego determinò que ſe rompieſſen,
Las pazes y las treguas concertadas,
Y à los Caſtillas todos acabaſen,
Sin que anima viuiente en pie quedaſe,
Y por enderezar mejor ſu intento,
Determinaron todos que en entrando,
La gente Caſtellana en ſus aſsientos,
Que cada qual hizieſſe por ſu parte,
Que todos por las caſas ſe ſembraſen,
Y eſtando bien ſembrados y eſparcidos,
Iuntos acometieſſen de manera,
Que pelo de ninguno ſe eſcapaſe,
Eſtando todo aqueſto aſsi tratado,
Zutancalpo con todos ſus amigos,
Y Chumpo con los ſuyos ſe ſalieron,
Fuera de todo el pueblo por no verſe,
En trato tan infame y vergonçoſo,
Deſto Zutacapan tomò contento,
Porque aſsi todo el pueblo le dexauan,
Caſi ſin fuerça alguna que pudieſſe,
Contradezirle aquello que ordenaſe,
En eſte punto crudo fue llegando,
Aquel Maeſe de campo que vendido,
Aqueſtos aleboſos le tenian,
Y por hazer ſu cauſa mas en breue,
Iuntos à recebirle le ſalieron,
El pobre cauallero deſcuidado,
De aquel rebozo eſtraño y encubierta,
A todos abraçò con gran contento,
Y luego que los vbo acariciado,
Pidioles que le dieſſen por reſcates,
Algunos baſtimentos que tuuieſſen,
A eſto todos alegres le dixeron,
Que aſſentaſe el Real, y que otro dia,
Todo muy bien cumplido lo ternian,
Con eſto ſe boluio, y el dia ſiguiente,
En fin por orden del precioſo hado,

Para el pueblo boluio que no deuiera,
Aquel que careciendo de ſoſpecha,
Acercandoſe fue para el engaño,
Que todo aqueſto tiene el trato doble,
Llamar ſobre ſeguro al inocente,
Dios nos libre del mal que nos aguarda,
Y con mueſtras de bien nos aſſegura,
Porque pueſtos en prueua tan dificil,
No ay diſcrecion, auiſo, ni deſtreza,
Armas, virtud, verdad, ni reſiſtencia,
Que puedan contraſtar ſu gran violencia,
Propuſo pues el ſin ventura joben,
Aſsi como à la fuerça fue llegando,
Vna guſtoſa platica amoroſa,
Para que alli los baruaros le dieſſen,
El baſtimento que le auian mandado,
Ellos con gran deſcuido reſpondieron,
Que fueſſen por las caſas à pedirlo,
Que todos con gran guſto le darian,
Luego el Maeſe de campo ſin ſoſpecha,
Porque fueſſe mas breue aqueſta cauſa,
O por mejor dezir ſu corta vida,
Quedandoſe con ſolos ſeys ſoldados,
Mandò que todos fueſſen por las caſas,
Y el baſtimento todo le juntaſen,
Cuia traicion ſi auemos de dezirla,
Quiero alentar ſeñor para eſcreuirla.

* * * * * *
* * * * *
* * * *
* * *
* *

CAN-

CANTO VEYNTE Y DOS.

DONDE SE DECLARA LA ROTA DEL MAESE DE CAMpo, y muerte de ſus compañeros, cauſada por la traycion de los indios Acomeſes.

O Mundo inſtable de miſerias lleno,
Verdugo atroz de aquel que te conoze,
Diſimulado engaño no entendido,
Prodigioſa tragedia portentoſa,
Maldito cancer, ſolapada peſte,
Mortal veneno, landre que te encubres,
Dime traidor aleue fementido,
Quantas traiciones tienes fabricadas,
Quantos varones tienes conſumidos,
De quanto mal enrredo eſtas cargado,
O mundo vano, o vana y miſerable,
Honrra con tantos daños adquirida,
O vanas eſperanças de mortales,
O vanos penſamientos engañoſos,
Sugetos ſiempre à miſeros temores,
Y à mil ſuceſſos triſtes y accidentes,
O muy terrible caſo lamentable,
Que no ſe le conceda mas de vida,
A la noble lealtad alta gallarda,
De vn esforçado coraçon valiente,
De quanto vn vil traidor cobarde y bajo,

Quiera con encubierta y trato doble,
Dar con ſu esfuerço en tierra y derribarle,
A peſar de los braços belicoſos,
Cuias illuſtres prendas desbanecen,
Qual preſuroſo viento que traſpone,
Luego que traicion quiere atraueſarſe,
Y con ſecreto toſigo cubrirſe,
Para mayor ponçoña del eſtrago,
Con que deſpues ſe mueſtra y embrabece,
Dexemos los autores que eſcriuieron,
Gran ſuma de ſuceſſos deſdichados,
Por manos de traidores fenecidos,
Y tomemos aqueſte miſerable,
Caſo por accidente ſucedido,
No bien ſeñor los vieron derramados,
Y à todos por el pueblo diuididos,
Propria y comun dolencia de Eſpañoles,
Meterſe en los peligros ſin recato,
Soſpecha ni paſsion de mal ſuceſſo,
Cuio grande deſcuido con cuidado,
Los baruaros notaron y con eſto,
Aduirtieron que ſolos ſeys ſoldados,
Con el Maeſe de campo auian quedado,
Y temiendo que preſto ſe juntaſen,
Poniendo en auentura ſu partido,
La furia popular fue deſcubriendo,
La fuerça del motin que eſtaua armado,
Y mormurando todos la tardança,
Sedientos de acabar las flacas fuerças,
Que alli los Eſpañoles alcançauan,
Por ſolo auer querido derramarſe,
Alborotados todos lebantaron,
Vn portentoſo eſtruendo de alaridos,
Tan altos, tan valientes, y grimoſos,
Que à todos cauſò eſpanto imaginarlos,
Viendo el Maeſe de campo la braueza,
De la baruara gente rebelada,

Con reportado roſtro graue ayrado,
Para los ſuyos ſe boluio diziendo,
Caualleros cuia grandeza encierra,
Todo valor, esfuerço, y buen conſejo,
Bien claro veys la grande desberguença,
De toda aqueſta chuſma deſmandada,
Pues à noſotros vemos que rebueluen,
Las omicidas armas lebantadas,
Notad que toda viene al deſcubierto,
La fee quebrada, rota la obediencia,
Las treguas y los pactos quebrantados,
Violado el vaſſallage que nos dieron,
Por cuio manifieſto deſengaño,
Siento la cruda guerra ya encendida,
Y vn diabolico fuego lebantado,
Que conſejo os parece que tomemos,
Que mas à nueſtra cauſa ſatisfaga,
Guardando el punto que es razon ſe guarde,
Al belico exercicio y al gouierno,
Del graue General que nos encarga,
Que ſiempre imaginemos y penſemos,
En quan ſin ſangre tiene aſſegurada,
Coſa de tanta afrenta y graue peſo,
Como es toda la tierra que piſamos,
Y ſi por qual que deſdichada ſuerte,
Noſotros derramaſemos alguna,
Seria deſdorar la gran grandeza,
De la mas ſoſſegada paz que alcança,
Por cuia juſta cauſa ſoy de acuerdo,
Pues tan buena ocaſion el tiempo ofrece,
Que luego nos ſalgamos retirando,
Recogiendo al deſcuido nueſtra gente,
Pues para todo ay tiempo y coiuntura,
Y como jamas vemos que à faltado,
Para las coſas bien encaminadas,
Vn fiſcal que reprueue y contradiga,
Parece que la ſobra de arrogancia,

De

De vn torpe Capitan que cerca eſtaua,
Dixo porque mas bien ſe deſcubrieſſe,
Su vana preſuncion y vano esfuerço,
No es bien Maeſe de campo que ſigamos,
Por honrra de Eſpañoles tal afrenta,
Y ſi no ſolo à mi ſe de licencia,
Y verſea como ſolo me antepongo,
A toda eſta canalla, y la ſugeto,
Para que ſin que nadie ſe retire,
Decienda quando mas le diere guſto,
Sano y ſalbo, à lo llano deſta cumbre,
Paſmado el de Zaldiuar ſin aliento,
De la ſobrada replica encendido,
Suſpenſo difirio la juſta enmienda,
Para mayor bagar del que le daua,
La furia de la tropa que embeſtia,
Por auerle aquel necio entretenido,
Con ſus necias palabras mal digeſtas,
Pues como ſi le vbieſſe ya paſſado,
La preciſſa ocaſion de retirarſe,
Cuia perdida triſte laſtimoſa,
Por marauilla vemos que la cobran,
Aquellos que la pierden ſin rezelo,
Del graue inconueniente que ſe ſigue,
Deſpues de ſer perdida y acabada,
Aſsi por no perderla deſembuelto,
Salio Zutacapan feroz diziendo,
Mueran, mueran à ſangre y fuego, mueran,
Todos eſtos ladrones que han tenido,
Tan grande atrebimiento y desberguença,
Que ſin ningun temor ni buen reſpecto,
Han querido piſar los altos muros,
De aqueſta illuſtre fuerça poderoſa,
Luego tras del ſalieron replicando,
Ezmicaio Amulco, y tambien Pilco,
A quien ſiguieron Tempal y Cotumbo,
Diziendo, mueran eſtos fementidos,

Inſa-

Infames, viles, perros, alebosos,
Perturbadores del comun sossiego,
Esforçò aquesta voz la braua turba,
De la infernal canalla belicosa,
Las poderosas armas embraçando,
Viendo el Maese de campo sin remedio,
El rigor de las armas lebantadas,
Buelto à los suyos dixo à grandes vozes,
No me dispare nadie, y solo apunten,
Que con solo apuntar serà possible,
Detener la gran fuerça que descarga,
De la baruara furia que arremete,
La qual se abalançò con tanto aliento,
Qual suele vna deshecha y gran borrasca,
Quando à la pobre nauezilla embiste,
Cuias mas encumbradas y altas gauias,
Al profundo del hondo mar derriba,
Y luego al mismo Cielo las lebanta,
Assi rabiosos todos embistieron,
Las poderosas mazas descargando,
Viendo el Maese de campo sin remedio,
Cosa de tanto peso y graue afrenta,
Y que por bien no pudo reduzirlos,
Qual ponçoñosa viuora pisada,
Del ancho pie del rustico villano,
Que viendose perdida y quebrantada,
En si toda se enciende y embraueze,
Tendida y recogida amenaçando,
Con la trisulca lengua y corbo diente,
Assi el Zaldiuar todo embrauecido,
A los suyos mandò con grande priessa,
Que las fogosas llaues apretasen,
Y escupiendo los prestos arcabuzes,
Las escondidas valas derribaron,
De la enemiga gente grande parte,
Mas poco les valio tan buen efecto,
Porque todos al punto se mesclaron,

Sin

Sin que pudiessen darlos otra carga,
Y assi la soldadesca en tanto aprieto,
Qual suelen con fortuna los forçados,
Bogar sobre los cabos rebentando,
Por no desamarrarse y dessasirse,
Y à fuerça de los puños y los braços,
Con roncos azezidos y gemidos,
Contra el rigor del mar soberbio arsando,
Embisten con las hondas y las rompen,
Con sobra de corage lebantando,
Al Cielo espumas de agua assi oprimidos,
Los fuertes Españoles arrancaron,
Las valientes espadas rigurosas,
De las gallardas cintas en que estauan,
Y assi rebueltos, todos desembueltos,
Por medio la canalla se lançauan,
Desquartizando à diestro y à siniestro,
Inormes cuerpos brauos y espantosos,
Con horribles heridas bien rasgadas,
Sangrientas cuchilladas desmedidas,
Profundas puntas, temerarios golpes,
Con que los vnos y otros bien mostrauan,
De sus heroicos braços raras prueuas,
En esto el brauo Tèmpal que corrido,
Estaua ya sin seso auergonçado,
De ver en Españoles tal esfuerço,
Al suelo se abajò por vn gran canto,
Y atras el pie derecho fue haziendo,
La espalda derribada y fue lançando,
El canto de manera que hundida,
Dexò la triste boca de Pereira,
Y no bien vio los dientes derramados,
Quando sobre el boluio y regañando,
Pedazos la cabeça con vn leño,
Le hizo al miserable, y viendo todos,
Los cascos que mezclados con los sesos,
Sangrientos se esparcieron por el suelo,

Tan

Tan gran corage à una concibieron,
Que aſsi como la poluora de hecho,
Lebanta vn gran caſtillo y lo deſtroza,
Siembra y lo derrama por mil partes,
Aſsi la chuſma baruara furioſa,
La Caſtellana fuerça fue embiſtiendo,
Por cierta la victoria alli cantando,
Quan bueno es el callar, y que importante,
Quando la dura guerra ſe platica,
Porque aunque con gran fuerça pretendamos,
Se ygualen las palabras con las obras,
No ſon los nobles hechos tan tenidos,
Quanto aquellos que ſin parlar ſe acaban,
Todo eſto digo por aquel furioſo,
Capitan indiſcreto, mal mirado,
Que por ganar gran fama blaſonaua,
Que eſtà de todo punto ya rendido,
Alebraſtado, mudo, temeroſo,
Suſpenſo, manſo, palido, cobarde,
Y ſin genero de armas en las manos,
La vil, bana cabeça deſcubierta,
Y eſcudando ſu timida perſona,
Con el Maeſe de campo valeroſo,
Que en la ſangrienta guerra deſdichada,
Vn inuencible Godo ſe moſtraua,
Mas poco le turò el eſcudarſe,
Que al fin le dieron muerte vergonzoſa,
Pues ſin que laſtimaſen ſu perſona,
De las manos las armas le quitaron,
Y qual ſi fuera oueja miſerable,
Aſsi tambien la vida le rindieron,
O ſoldados que al belico exercicio,
Soys con grande razon aficionados,
Aduertid que es grandiſsima grandeza,
No ſer nada muy prodigos de lengua,
Y ſerlo por la eſpada es coſa noble,
Si con razon ſe ajuſta y ſe compone,

Notad

Notad aqueſta hiſtoria porque os juro,
Que ſi Dios nueſtra cauſa no repara,
Como bondad inmenſa poderoſa,
Que fuera eſte hombre cauſa ſuficiente,
Para que ſin que coſa en pie quedara,
En aquel nueuo mundo y nueua Igleſia,
Todo ſe deſtruyera y ſe aſſolara,
Y eſto ſin que viua anima pudiera,
Salir à dar la nueua deſdichada,
Y para no venir en tanta afrenta,
Dos coſas con grandiſsimo cuidado,
A ſiempre de notar el buen guerrero,
La vna es que conſidere bien ſi manda,
Y la otra ſi es de aquellos que obedecen,
Y mire qual de aqueſtos dos oficios,
Le es fuerça que exercite y que profeſſe,
Y no permita quiebra ni ſe atreba,
A perder ni ſalir tan ſolo vn paſſo,
Del termino que à cada qual ſe deue,
Teniendo ſiempre por opueſto y blanco,
Al miſmo poderoſo Dios eterno,
A cuia alteza inmenſa y ſoberana,
No eſta bien ſe gouierne por noſotros,
Y menos no es bien que gouernemos,
A mageſtad tan alta y lebantada,
Y porque ſe muy cierto que me entienden,
Los que mandan, y aquellos que obedecen,
Cada qual exercite con imperio,
La fuerça del oficio que tuuiere,
Y mande la cabeça poderoſa,
Y obedezcan los bajos pies humildes,
Si quieren ver en todo buen gouierno,
Pero dexemos eſto gran Monarca,
Que ſale Pilco echando eſpumarajos,
Por la rabioſa boca deſmedida,
Y vn gran baſton en torno reboluiendo,
Biene ciego de colera encendido,

Con

Con ſobra de corage amenaçando,
La lebantada frente de Bibero,
Cuia fuerça fue en alto reparando,
Cubriendo la cabeça con dos manos,
Iunta la guarnicion con el adarga,
La rodilla derecha en tierra firme,
Todo el coſtado yzquierdo deſcubierto,
Sobre cuio deſocupado eſpacio,
Deſcargò el braço del ferrado leño,
Con tan violenta fuerça y gran pujança,
Que le quebrò la hiel dentro del cuerpo,
Haziendole pedazos las coſtillas,
Y à penas dio conſigo el pobre en tierra,
Quando de lo mas alto de vna caſa,
De encima del pretil vna gran piedra,
Fue de vna flaca vieja rempujada,
Eſta ſe vino aplomo de manera,
Que le hizo pedazos la cabeça,
Viendo al triſte Eſpañol alli tendido,
Y qual el compañero que hemos dicho,
Los eſcondidos ſeſos derramados,
Tan fuertes vozes todos lebantaron,
Y con vn tan horrible y brauo eſtruendo,
Que los mas altos y encumbrados Cielos,
Por vna y otra parte parecian,
Que triſtemente todos ſe raſgauan,
Dexandoſe venir de todo punto,
Rotos y deſtrozados para el ſuelo,
Y como todo andaua de rebuelta,
Popolco arremetio para Coſtilla,
Mulato de nacion, y tan muchacho,
Que armas nunca jamas auia ceñido,
Y abriendole de vn hijar al otro,
Todas las tripas le vertio en el ſuelo,
El miſero muchacho laſtimado,
Que junto al cuerpo de Biuero eſtaua,
La daga le arrancò de la pretina,

Y qual ſuele imprimirſe y eſtamparſe,
La figura del ſello en blanda cera,
Aſsi imprimio la llaga aquel mulato,
En ſu miſmo omicida de manera,
Que en las rebueltas tripas tropeçando,
El vno con el otro muy rabioſos,
A los braços vinieron ya difuntos,
Y eſtando bien aſsidos y abraçados,
Por las terribles bocas ſangrentadas,
Las inmortales almas vomitaron,
En eſto Chontal baruaro arriſcado,
Que acaſo fue paſſando por do eſtaua,
El Alferez Zapata en yra ardiendo,
Con mil ſalbages brauos peleando,
Alçò el ferrado leño y en el yelmo,
Tan gran golpe le dio que eſtuuo en punto,
De dar conſigo en tierra caſi muerto,
Y luego que algun tanto fue cobrado,
De verſe aſsi tratado y ofendido,
No la braueza y furia deſatada,
Del corajoſo toro ya vencido,
Vertiendo grueſſas bauas por vengarſe,
Aſsi ſe vio jamas qual vimos todos,
Al Eſpañol furioſo reboluiendo,
El hierro de la eſpada auergonçado,
Sobre el valiente baruaro atreuido,
Y embebiendola toda caſi ciego,
Seys vezes la bañò, y tinta y roja,
Sacò de los coſtados poderoſos,
Vertiendo vn mar de ſangre denegrida,
Do el alma zozobrò, y aſsi rabioſa,
Salio de la vertiente ſangrentada,
No bien el fuerte baruaro difunto,
En tierra dio conſigo quando todos,
Alçando vn alarido arremetieron,
Muera, muera diziendo, y aſsi juntos,
Qual el ſoberuio mar, quando combate,

La

La lebantada roca, y ella fuerte,
Las poderoſas aguas contraſtando,
Inhieſta queda ſiempre eſtable y firme,
Aſsi ſu grande esfuerço fue moſtrando,
El Eſpañol gallardo en tal conflicto,
Zutacapan furioſo viendo aqueſto,
Con toda ſu quadrilla fue embiſtiendo,
A tres ſolos fortiſsimos guerreros,
Y por ſer la ventaja tan ſobrada,
A ſu peſar los fueron retirando,
Para vn grimoſo y gran deſpeñadero,
Adonde les fue fuerça que prouaſen,
Los oprimidos Heroes afligidos,
El vltimo rigor y poſtrer trance,
Que pudo la fortuna embrauecida,
Dar à ſus triſtes cuerpos esforçados,
El primero de todos fue Camacho,
Detras del luego ſe arrojò ſegura,
Y à la poſtre aquel pobre de Ramirez,
Que todos de la mal ſegura cumbre,
Se fueron deſpeñando y lançando,
Culpando en vano, y ſin ningun remedio,
A ſu triſte ventura y mala ſuerte,
Triſte pues antes de llegar al ſuelo,
Muertos llegaron dando cien mil botes,
Por los mas crudos riſcos lebantados,
Pues como el valor de armas ſe encendieſſe,
Y el rigor de los dientes ſe apretaſe,
Eſcalante, con Sebaſtian Rodriguez,
Moſtrando la fineza de quilates,
De ſus brauos gallardos coraçones,
La mas cruenta refriega ſuſtentaron,
Haſta que faltos de vigor y aliento,
Apedreados los dos nobles guerreros,
Iuntos al otro mundo ſe partieron,
El bueno de Araujo peleando,
Con vn valiente baruaro que quiſo,

Fortu-

Fortuna que eſtuuieſſen retirados,
Dos poderoſos lobos ſe moſtraron,
El vno contra el otro y ſe embiſtieron,
Tan esforçadamente que ponian,
Horror en ſolo verlos tan heridos,
Y de ambas partes tanto enſangrentados,
Y deſpues que vendieron bien ſus vidas,
Sin ninguna ventaja, o diferencia,
Rendidos los dos brauos fenecieron,
En eſto con gran furia deſcargauan,
Sobre el Maeſe de campo fieros golpes,
Cuio triſte progreſſo à nueuo canto,
Serà bien difirir porque me faltan,
Fuerças para eſcreuir mi gran deſdicha,
Pues de dos camaradas y ſeñores,
Que por buena y gran ſuerte me cupieron,
En toda aqueſta guerra trabajoſa,
Me es fuerça llore al vno, y con quebranto,
Viua de oy mas en vn azerbo llãto.

* * * * * *
* * * * *
* * * *
* * *
* *

CAN-

CANTO VEYNTE Y TRES.

DONDE SE DIZE LA MVERTE DEL MAESE DE CAMPO y lo que deſpues ſucedio, haſta lleuar la nueua al Gouernador.

RENUEUESE el dolor, y el ronco azento,
Con funebre dolor ſalga llorando,
La fiera y braua muerte lamentable,
De aquel varon heroico que rompiendo,
Por mil furioſas baruaras eſquadras,
Por la terrible eſpada poderoſa,
Vn mar de freſca ſangre va bertiendo,
Tres largas horas con valor ſoſtuuo,
Todo el inorme peſo portentoſo,
De la cruenta batalla el nueuo Marte,
Con tan ſobrado animo y esfuerço,
Como si de vn fino bronce fuera,
Pues viendo aquel membrudo y fiero Qualpo,
La fineza del Eſpañol gallardo,
Con ſobrado corage fue à dos manos,
Del arco las dos puntas encorbando,
Para que con mayor violencia y fuerça,
La poderoſa flecha ſe arrancaſe,
De la tirante cuerda belicoſa,
Y aſsi la deſpidio con tal braueza,
Que rompiendole toda la eſcarcela,

Atra-

Atrabeſada ſe quedò temblando,
Por el derecho muslo bien aſsida,
Aqui el Zaldiuar reboluio furioſo,
Qual rabioſo leon atrabeſado,
Del riguroſo dardo que le claua,
El haſtuto montero que le ſigue,
Tras cuio braço vemos que ſe enciende,
Y ſe arma, ſacude, y embrabeze,
Rabíoſo, lebantando, y herizando,
El aſpero creſton del alto cerro,
El bedijoſo cuello reboluiendo,
Y con roncos bramidos y gemidos,
Fuertes vñas y dientes corajoſos,
Para todos arranca y ſe abalança,
No de otra ſuerte y traza la braueza,
Del brauo Eſpañol crece y ſe lebanta,
Haziendo vn bien tendido y ancho campo,
Por do quiera que embiſte y arremete,
Aqui derriba, tulle y eſtropea,
Alli huyendo del ſe acogen todos,
Qual vanda de palomas que eſparcidas,
Huyendo del vilano van tendiendo,
Las alas por el ayre y van buſcando,
Los auigados nidos puerto libre,
Donde ſeguras puedan ampararſe,
Y libres de ſus garras ſocorrerſe,
Aſsi los Acomeſes temeroſos,
Aprieſſa ſe retiran y recogen,
Mas como lo violento no es perpetuo,
La gran braueza fue desfalleciendo,
Qual en vn fiero toro desfalleze,
Quando en eſtrecho coſo agarrochado,
Se ve por todas partes afligido,
Arroyado de ſangre denegrida,
Ya falto de vigor, fuerça y aliento,
No menos el raudal brauo famoſo,
De aquel brioſo animo valiente,
Vino

Vino à menguar ſus esforçadas fuerças,
Que ya como atras queda referido,
Sobre el furioſos golpes deſcargauan,
Pilco embiſtio con todos ſus guerreros,
Zutacapan tambien fue deſcargando,
Ayudado de Amulco y Ezmicaio,
Cotumbo y Tempal fueron reboluiendo,
Y aſsi todos ſe fueron ya mezclando,
Con la popular tropa que embeſtia,
Sobre el brauo caudillo deſtroncado,
Cobrando en ſu flaqueza nueuos brios,
Tanto mas alentados y esforçados,
Quanto menos esfuerço y reſiſtencia,
Sintieron en el pobre cauallero,
Condicion propria, y natural coſecha,
De torpes brutos, animos beſtiales,
Enſayar ſu foror en vn rendido,
Y que en el ſean ſus golpes ſeñalados,
Fingiendoſe valientes y animoſos,
Como ſi por alli no ſe dexara,
Mucho mas deſcubierta la bageza,
De ſus infames animos cobardes,
Pues ſiendo tan aprieſſa laſtimado,
Luego que por tres vezes ya perdido,
Del ſuelo ſe cobro con nueuo esfuerço,
El animoſo y fuerte combatiente,
Haziendo en todas tres, por tres leones,
Tres bien deſocupadas y anchas plaças,
Al fin con gran cuidado fue bajando,
De aquel Zutacapan la fiera maça,
Con tan valiente fuerça que aſſentada,
Sobre las altas ſienes del Zaldiuar,
Alli rendido le dexò entregado,
Al repoſo mortal y largo ſueño,
Que à todos nos es fuerça le durmamos,
O vida miſerable de mortales,
Sugeta à mil millones de miſerias,

Peli-

Peligros, desbenturas, y deſaſtres,
Nauſragios, y otros triſtes accidentes,
De miſeros ſubceſſos que notamos,
Aquellos que aunque libres los ſentidos,
Dios ſabe ſi otra coſa nos aguarda,
De mas dolor, miſeria, y mas quebranto,
Que aquellas que muy graues nos parecen,
Pues viendo aquel guerrero alli tendido,
Como rabioſos perros lebantaron,
Vn grande eſtruendo, baruaro confuſſo,
De aullidos y alaridos temeroſos,
Y rempujandoſe deſatinados,
Los vnos à los otros ſe eſtorbauan,
Por ſolo enſangrentar las fieras armas,
Que cada qual mandaua y gobernaua,
En la inocente ſangre del Chriſtiano,
Y tantos golpes fueron deſcargando,
Qual ſuelen los herreros quando en torno,
Gimiendo junto al yunque van bajando,
Los poderoſos machos, y à porfia,
Aſsientan con esfuerço mayor golpe,
Y tantos ſobre el dieron y cargaron,
Quantos ſobre aquel noble de Anaxarco,
Quando por viſta de ojos vio molerſe,
En vn grande mortero bien fornido,
Adonde en laſtimoſa y tierna paſta,
La carne con los gueſſos le dexaron,
Viendo al Maeſe de campo ya rendido,
El valiente Zapata, y Iuan de Olague,
El gran Leon, y fuerte Cauanillas,
Y aquel Pedro Robledo el animoſo,
Auiendo como buenos ſeñalado,
Sus imbenzibles braços no domados,
Reſiſtiendo à la turba que cargaua,
Se fueron à gran prieſſa retirando,
Haſta llegar à vn ſalto lebantado,
De mas de cien eſtados deſcubiertos,

De

De donde todos cinco ſe lançaron,
Por milagro las vidas eſcapando,
Ecepto el miſerable de Robledo,
Que derramados los bullentes ſeſos,
Por las peñas bajò ſin ambos ojos,
Y como Soſa y Tabora con prieſſa,
Y con ellos Antonio Sariñana,
Se fueron à buen tiempo retirando,
Libres y ſin zozobra decendieron,
Al llano de la cumbre lebantada,
Donde el Alferez Caſas quedò en guarda,
De la importante y fuerte cauallada,
El qual fue recogiendo à grande prieſſa,
Aquellos quatro amigos deſpeñados,
Que caſi muertos los hallò molidos,
Sin genero de pulſo ni ſentido,
Con los quales ſalio ſin detenerſe,
Al pueſto y vando amigo que dejaron,
Donde los recibieron con gran llanto,
Y deſpues que curaron los heridos,
Acordaron que Tabora ſalieſſe,
A dar al General la triſte nueua,
Y luego deſpacharon por la poſta,
Por todas las Prouincias comarcanas,
Porque à los Religioſos deſcuidados,
Alguna tropa no les embiſtieſſe,
Y à todos ſin las vidas los dexaſen,
Y para obiar tan grande incombiniente,
A todos eſcriuieron y auiſaron,
Que à mas andar ſe fueſſen recogiendo,
Al Real de ſan Iuan con toda prieſſa,
Donde ya con ligero y preſto buelo,
La vil parlera fama auia llegado,
Con la infelix nueua deſdichada,
Alli luego el Sargento deſcuidado,
De nueua tan atroz quedò ſuſpenſo,
Los braços en el pecho bien cruzados,

Y teniendo el aliento por buen rato,
Con profundos gemidos fue vertiendo,
Vna gran lluuia con que fue apagando,
Las brafas en que fu alma fe abrafaua,
De vna tan grande perdida encendida,
Y defpues que fus ojos fatigados,
Vbieron vn gran golfo ya vertido,
Todo lo mas que pudo fue fufriendo,
Por no defconfolar à las mugeres,
Que en viuos gritos todas fe encendian,
Y afsi como leonas que bramando,
Sus muertos cachorrillos rezucitan,
No menos dando vozes pretendian,
Dar vida à fus difuntos malogrados,
Y cada qual fintiendo fu defdicha,
Gritos à fus maridos eftan dando,
Y otras al dulze hijo y caro hermano,
Otras al bien hechor y deudo amado,
Con tanto fentimiento que ya el pueblo,
Con laftimofo llanto fe hundia,
De las pobres feñoras que mefauan,
Las hebras de oro fino que tenian,
Y con fus blancas manos azotauan,
Las rofadas mexillas de fus roftros,
Con vno y otro golpe que fe dauan,
Haziendo tanta confufsion y eftruendo,
Como quando con furia y con braueça,
El poderofo mar refurte y vate,
En las concabas rocas y peñafcos,
Que contra fu gran fuerça fe anteponen,
Vifta tan gran defdicha y desbentura,
Reprimiendo el Sargento como pudo,
Del fexo femenil el tierno llanto,
Sacando algunas fuerças de flaqueza,
Bien laftimado, trifte, y afligido,
Mandò por los difuntos fe hiziessen,
Vnas triftes obfequias funerales,

En

En eſte medio tiempo y coiuntura,
Llegò el Capitan Tabora diziendo,
No auer podido dar con el camino,
Y raſtro, que el Gouernador lleuaua,
Viſto el recado con que auia venido,
Sin mas acuerdo ſe mandò que Caſas,
Y que Franciſco Sanchez el Caudillo,
Franciſco Vazquez, y Manuel Franciſco,
Soldados de valor, y de verguença,
Salieſſen con grandiſsima preſteza,
Y la nueua al Gouernador lleuaſen,
Y apenas ſe les dixo quando luego,
En ſus cauallos bien encubertados,
Marchando juntos con valor ſalieron,
Y rompiendo por mil dificultades,
Que los baruaros ſiempre les puſieron,
Sin poder ofender à ſus perſonas,
Aunque algunos cauallos les mataron,
Al fin con buena y preſta diligencia,
Llegaron eſtos quatro valeroſos,
Al miſmo aſsiento, pueſto, y eſtalage,
Donde en mi gran trabajo riguroſo,
Fuy por mi buena ſuerte ſocorrido,
Pues viniendo el Gouernador al pueſto,
De aquella triſte nueua deſcuidado,
Marchando con grandiſsimo contento,
Con acuerdo de hazer alli jornada,
Y de hoſpedarſe en Acoma otro dia,
Auiendo preuenido grandes fieſtas,
Para quando el Real ſe deſcubrieſſe,
Y otras para deſpues que dentro entraſe,
Eſtando como digo preuenido,
Y todo con acuerdo platicado,
Llegaron los amigos ſin conſuelo,
Muy triſtes, cabizbajos, y lloroſos,
Y antes que puedan dar la triſte nueua,
Quiero tomar repoſo ſi pudiere,

Si es que por mi deſgracia y corta ſuerte,
He de boluer de nueuo à lamentarme,
Para mas afligirme y laſtimarme.

CANTŌ VEYNTE Y QVATRO.

COMO SE DIO LA NVEUA AL GOUERNADOR, Y DE lo que fue ſucediendo, haſta llegar á ſan Iuan de los Caualleros.

O Mas que loca, incierta, debil, y dudoſa,
Eſperança variable de los hombres,
Y ſus vanos y altiuos penſamientos,
Pues que en mitad de la carrera vana,
Quando con mas braueça la atropellan,
De ſubito ſe vnde y zozobran,
Primero que en ſeguro y dulze puerto,
Puedan de ſu barquillo tenue flaco,
Dando fondo, aferrar la pobre amarra,
Porque como begigas muy hinchadas,
Que con agua y jabon los niños tiernos,
Por libiano cañuto al ayre eſparzen,
Que quando mas viſtoſas y agradables,
En vn inſtante vemos desbanecen,
Tan ſin raſtro de aquello que moſtraron,
Qual ſi nunca jamas ouieſſen ſido,
No menos Rey ſublime y poderoſo,
Todas las mas humanas eſperanças,

Al fin como mortales desbanecen,
Y entonces ſe conſumen, y ſe acaban,
Quando dellas eſtamos mas aſsidos,
Mas prendados, mas firmes, y mas ciertos,
Y menos ſoſpechoſos de perderlas,
Cuia verdad nos mueſtra y manifieſta,
Aqueſte claro exemplo que tenemos,
Pues auiendonos pueſto la fortuna,
En la mas alta cumbre de ſu rueda,
Teniendo ya pacifica la tierra,
Sin ver gota de ſangre derramada,
Como nunca jamas ſe vio parada,
Auiendoſe moſtrado faborable,
En enemiga buelta fue boluiendo,
Dandonos quando menos entendimos,
De ſu mudable fee patente indicio,
Y aſsi llegaron juntos los amigos,
Y dando al General la triſte nueua,
Siendo Caſas de viſta buen teſtigo,
Para mayor dolor y ſentimiento,
Del deſaſtrado caſo que contaua,
Cuio progreſſo apenas fue acabando,
Quando ſe derribò de ſu cauallo,
Que encubertado todo le traia,
Y por ſus ojos lagrimas vertiendo,
Y el roſtro para el Cielo lebantando,
Hincadas las rodillas por el ſuelo,
Pueſtas las manos todo demudado,
Aſsi esforçò la boz deſalentada,
Hablando à Dios el triſte cauallero,
Gran ſeñor ſi la pobre nauezilla,
Que aquel grande piloto de tu Igleſia,
Quiſo y tuuo por bien de encomendarme,
La tienes ya por mi aborrecida,
Si por mis graues culpas no merece,
Le des tu mano ſanta generoſa,
Por eſta vez ſuplico la perdones,

Y

Y no permitas paguen inocentes,
La mucha grauedad de mis delictos,
Y ſi combiene todos zozobremos,
A tu voluntad ſanta poderoſa,
Eſtoi aqui ſugeto y muy rendido,
Mas pues llegado auemos à eſtas tierras,
Suplicote ſeñor que nos aguardes,
Suſpendiendo el rigor de tu juſticia,
Y el grande y graue azote que deſcarga,
Y ſerenando nueſtras pobres almas,
Gozemos del valor de tu clemencia,
Con eſtas y otras coſas lamentables,
Alçandoſe del ſuelo ſollozando,
Tomò el cauallo bien enternecido,
Y aſsi como llegamos al parage,
Solo à ſu tienda quiſo recogerſe,
Hincado de rodillas, y en las manos,
Vna Cruz pobre, hecha de dos trozos,
Ambos con ſu corteza mal labrados,
Que à falta de otros me mandò buſcaſe,
Y que à ſu tienda luego los truxeſſe,
Donde paſſò la triſte y larga noche,
Gimiendo amargamente y ſuplicando,
A Dios nueſtro Señor le dieſſe esfuerço,
Para poder lleuar tan gran trabajo,
Y luego que la luz entrò rompiendo,
De la obſcura tiniebla el negro manto,
Mandò que me llamaſen y dixeſſen,
Iuntos los compañeros le lleuaſe,
Y eſtando à una todos recogidos,
Y ſin conſuelo lagrimas vertiendo,
Salio del pabellon todo cubierto,
De funebre dolor, manſo lloroſo,
Los ojos hechos carne y viua ſangre,
Hinchados, triſtes, tiernos, mal enjutos,
Deſcolorido todo y traſnochado,
Y afligido apretandoſe las manos,

Eſtan-

Eſtando alli parado por buen rato,
Aſsi como del aſpero tomillo,
Azedo y deſabrido vemos ſaca,
Miel para el panal la cauta aueja,
Y della ſe ſocorre y faborece,
Quando los tiempos cargan mas ſin jugo,
Aſsi el Gouernador à ſus ſoldados,
Deſconſolados, triſtes, y afligidos,
Queriendo por tres vezes esforçarſe,
A dezir ſu razon quedò ſuſpenſo,
Con todas las palabras atoradas,
A la pobre garganta y tierno pecho,
Y luego que el tormento fue aflojando,
Algun tanto la cuerda que apretaua,
Dexandole alentar con mas ſoſsiego,
Aſsi hablò à los flacos coraçones,
Señores compañeros ſabe el Cielo,
Que me laſtima el alma verlos todos,
Deſconſolados, guerfanos, y triſtes,
Viendo la gran columna que nos falta,
En el Maeſe de campo ya difunto,
Y en los demas amigos valeroſos,
Cuias vidas ſin par y ſin medida,
Sirbiendo à las dos grandes mageſtades,
Sabemos fenecieron y acabaron,
La pobre carne ha hecho ya ſu oficio,
Y aſsi ſerà razon tambien que el alma,
Proſiga con el ſuyo pues es juſto,
Que en todo ſiempre vaya por delante,
No ſiento aqui varon que no ſe precie,
De ſoldado de Chriſto verdadero,
Pues como tal ſu ſangre, Cruz y muerte,
Viene à comunicar con grande esfuerço,
Por todas eſtas baruaras naciones,
Se dezir que no tiene todo el campo,
Soldadeſca, y exercito de Chriſto,
Vn tan ſolo ſoldado en ſu eſtandarte,

Que

Que ſegun tuuo cada qual las fuerças,
No fueſſe fuertemente moleſtado,
Y riguroſamente combatido,
Dexo todos aquellos que oyeron,
Y que por viſta de ojos ſe hallaron,
A vn millon de deſaſtres prodigioſos,
Con que quedaron todos laſtimados,
Y aſsi como noſotros afligidos,
Dezidme los demas por donde ſueron,
Y qual fue la derrota que lleuaron,
Los vnos viuos fueron enterrados,
Y tambien aſſerrados otros viuos,
A otros deſollaron el pellejo,
Deſcoiuntados otros acabaron,
Y à bocados de cruel tenaza viua,
Vna gran ſuma dellos fenecieron,
Otros crucificados y azotados,
Deſquartizados otros valeroſos,
Tanto mas esforçados y eſtimados,
Quanto mayor martirio padezieron,
Si es que teneys eſpiritu de Chriſto,
Señores compañeros llueuan muertes,
Carguen trabajos, vengan aflicciones,
Porque el que de noſotros mas ſufriere,
Mas triunfo, mas alteza, mas trofeo,
Es verdad infalible que le aguarda,
Y pues eſto es aſsi, varones nobles,
Deſeche cada qual la vil triſteza,
Y à Dios lebante el alma y no deſmaye,
En quien ſin duda alguna eſpero y fio,
Que ſi con veras todos le ſeguimos,
Que con veras y por ſu miſma mano,
Auemos de ſer todos conſolados,
Y luego que el Gouernador prudente,
Acabò con ſu platica, parece,
Que qual marchito campo que ſe alegra,
Y brota, crece, ſube, y ſe lebanta,

Con

Con fuerça de las aguas que derraman,
Las poderoſas nuues à ſu tiempo,
Que aſsi todos ſe fueron conſolando,
Sacudiendo de ſi el diſconſuelo,
Y dolor melancolico peſado,
Con que ſus almas triſtes laſtimauan,
Viendo à ſu General con tanto pecho,
Esforçado, animado, y alentado,
El qual luego empezo à ponerlo todo,
En buen concierto y orden, por ſi acaſo,
A noſotros los baruaros ſalieſſen,
Y aſsi determinò Tomas entraſe,
Como de aquella tierra buen piloto,
Y lengua de los Indios naturales,
A dar auiſo à todos los amigos,
Que alli goloſos del metal ſabroſo,
A deſcubrir las grandes minas fueron,
Para que derrotados ſe boluieſſen,
A ſan Iuan con grandiſsimo recato,
De cuia eſquadra quiſo adelantarſe,
El Capitan Farfan en compañia
Del Capitan Queſada, porque juntos,
Salieron con la nueua de las vetas,
Segun que atras lo auemos ya contado,
Hecha eſta preuencion, que fue importante,
Alçoſe todo el campo, y fue marchando,
Lleuando en la banguardia gran cuidado,
Y cuerpo de batalla, y retaguardia,
Y porque todo fueſſe mas ſeguro,
Ligeros corredores deſpachaua,
Que tierra deſcubrieſſen y abiſaſen,
De qualquiera ſubceſſo que importaſe,
Y como ſiempre vemos que aborrecen,
La belleza del Sol los mal hechores,
No libres de traicion y de encubierta,
De noche à punto todos nos velamos,
Con cuidadoſas poſtas deſembueltos,

Y grandes centinelas bien partidas,
Con que al quarto del alua juntos todos,
Continuamente ſiempre nos hallamos,
Vigilantes y bien apercebidos,
Y con eſte orden fuimos à alojarnos,
Fatigados de ſed à una cañada,
Por cuias peñas fuimos recogiendo,
Cierta parte de nieue retirada,
Donde el rigor del Sol no pudo entrarle,
Aqueſta con el fuego regalamos,
Pueſta en los hielmos caſcos y zeladas,
Y al fin hizimos razonable aguage,
Con que nueſtra gran ſed ſatisfizimos,
Y aquel que no deſamparò los ſuyos,
Qual verdadera ſenda fue guiando,
Nueſtros canſados paſſos de manera,
Que llegò à ſaluamento todo el campo,
Muy cerca de ſan Iuan adonde eſtaua,
El Sargento bien triſte y cuidadoſo,
Porque nunca jamas auia tenido,
De todo nueſtro campo nueua alguna,
Viendo el Gouernador quan cerca eſtaua,
Mandò ſalir al niño don Chriſtoual,
Para que de ſu parte viſitaſe,
Al Sargento mayor por ſu perſona,
Y porque ſu edad tierna no le daua,
Lugar à lo que el Padre pretendia,
Para que aqueſta falta ſe ſupieſſe,
Y que por el vbieſſe quien hablaſe,
Encomendoſe toda aqueſta cauſa,
Al Capitan Queſada, y juntamente,
Que fueſſe yo con el al miſmo efecto,
Mandonos que con veras ſe pidieſſe,
A todos los amigos que eſcuſaſen,
De ſalir al camino à recebirle,
Porque ſeria ocaſion de laſtimarle,
Mas de lo que el venia, aunque esforçando,

A

A todos los del campo fatigado,
Tambien nos encargò que con cuidado,
Viessemos de su parte à las biudas,
Y à todos los demas que perdidosos,
Ouiessen por desastre, o mala suerte,
De la desdicha de Acoma salido,
Y à todos ofreciessemos con veras,
De su mima alma y vida todo el resto,
Porque con alma y vida procuraua,
Hazer en su consuelo tanto efecto,
Quanto era bien hiziesse par salbarse,
Llegamos pues à casa del Sargento,
Cuia vista me puso en gran tristeza,
Porque de tres que juntos estuuimos,
Dentro de aquel aluergue descuidados,
Ya guerfanos los dos quedado auemos,
Aguardando encogidos nuestra suerte,
Dios sabe qual serà, y tambien el quando,
Visitamos tambien à las biudas,
Y fue tal el dolor que en todas vimos,
Que assi como al Sargento no hablamos,
Menos à ellas palabra les diximos,
En esta sazon luego tras nosotros,
Llegò el Gouernador con todo el campo,
Y estando en su presencia todos juntos,
No se escapò garganta que añudada,
Enzolbada y suspensa no se viesse,
Ni ojos que alli no se quebrasen,
Rebentando de lagrimas copiosas,
Viendo al Gouernador que auia llegado,
Y sin que hombre razon alli dixesse,
Solo vbo abraços tiernos y apretados,
Criança de buena gorra y no otra cosa,
Y assi juntos al Templo le lleuamos,
Donde tambien los santos Religiosos,
Sin dezirle palabra le abraçaron,
Y rindiendo al inmenso Dios las gracias,

Por

Por ſu buena venida le cantaron,
Te Deum laudamus, todos muy contritos,
Y acabado el oficio todos fuimos,
Con el haſta ſu caſa bien lloroſos,
Y dexandole alli fue repartida,
La cuidadoſa vela por ſus quartos,
Y cada qual ſe fue qual nunca vaya,
Alarabe ni Moro à ſu poſada,
Deſconſolado, triſte y afligido,
En ſu confuſſo pecho reboluiendo,
Cien mil quimeras triſtes, laſtimoſas,
Y las zozobras grandes y trabajos,
Ordinarios que ſiempre nos cargauan,
El peſado deſaſtre ſucedido,
La ſoledad del campo ſin ſu abrigo,
La tierra rebelada y alterada,
El pequeño ſocorro y gran peligro,
Nueſtro flaco partido y corta fuerça,
La enemiga pujança ſi quiſieſſe,
Proſeguir en la rota començada,
Todas aqueſtas y otras muchas coſas,
Las laſtimadas almas reboluian,
Dentro de ſus aluergues alteradas,
Y el General prudente que aſsiſtia,
Velando y no durmiendo en eſta cauſa,
Y en cuio oſſado y animoſo pecho,
Los cuidados de todos ſe encerrauan,
Aguardando à la luz de la mañana,
Eſtaua el esforçado cauallero,
Y para ver el orden que ha trazado,
Pues viene ya rayando el claro dia,
Serà razon que yo tambien me aguarde,
Y en advertirlo todo no me tarde.

CAN

CANTO VEYNTE Y CINCO.

COMO SE HIZO CABEZA DE PROCESSO, CONTRA LOS Indios de Acoma, y de los pareceres que dieron los Religiosos, y de la instruccion que se le dio al Sargento mayor, para que saliesse al castigo de los dichos Indios.

NO bien la fresca Aurora entrò rindiendo,
El encogido quarto, quando estaua,
El fuerte General sin desarmarse,
Hablando con las velas y ordenando,
Por auerse ya muerto el Secretario,
Iuan Perez de Donis, vn gran sugeto,
Y que siruio muy bien en esta entrada,
Hiziesse Iuan Gutierrez Bocanegra,
Alcaide y Capitan, por ser muy diestro,
Contra la gente de Acoma y su fuerça,
Cabeça de processo, y esta hecha,
Estando ya la causa sustanciada,
Antes de dar sentencia quiso diesse,
El Padre Comissario y Religiosos,
Su voto cada qual sobre estas dudas,
Cuios escritos graues me parece,
Que sin mudar estilo aqui se pongan.

Caso

Caſo que puſo el Gouernador, para que ſobre el, dieſsen ſu parecer los Padres Religioſos.

DON Iuan de Oñate, Gouernador y Capitan general, y Adelantado de las Prouincias de la nueua Mexico. Pregunta, que ſe requiere, para la juſtificacion de la guerra, y ſupueſto que es la guerra juſta, que podra hazer la perſona que la hiziere, acerca de los vencidos, y ſus bienes.

Reſpueſta del Comiſſario, y Religioſos.

LA pregunta propueſta, contiene dos puntos: el primero es, que ſe requiere para que la guerra ſea juſta. Al qual ſe reſponde, que ſe requiere lo primero, autoridad de Principe, que no reconozca ſuperior, como lo es el Pontifice Romano, el Emperador, y los Reyes de Castilla, que gozan de preuilegio de Imperio, en no reconocer ſuperior en lo temporal, y otros: aſsi ellos por ſu perſona, o quien ſu poder ouiere, para eſte efecto, porque perſona particular, no puede mouer guerra, pues ſe requiere combocar gente para ella, que es acto de ſolo el Principe, y el puede pedir ſu juſticia, ante ſu ſuperior.

Lo ſegundo ſe requiere, que aya juſta cauſa para la ſobredicha guerra, la qual es en vna de quatro maneras, o por defender à inocentes, que injuſtamente padecen, á cuia defen-

defenſa eſtan los Principes obligados, siempre que pudieren, o por repeticion de bienes, que injuſtamente les han tomado, o por caſtigar à delinquentes y culpados, contra ſus leyes, si ſon ſus ſubditos, o contra las de naturaleza, aunque no lo ſean, y vltima y principalmente, por adquirir y conſeruar la paz, porque eſte es el fin principal à que ſe ordena la guerra.

Lo tercero ſe requiere, para la omnimoda juſtificacion de la guerra, juſta y recta intencion, en los que pelean, y ſerà juſta, peleando por qualquiera de las quatro cauſas que acabamos de dezir, y no por ambicion de mandar, ni por vengança mortal, ni por codicia de los bienes agenos.

El ſegundo punto de la pregunta es, que podra hazer la perſona que hiziere la dicha juſta guerra, de los vencidos y ſus bienes. Al qual ſe reſponde, que los dichos vencidos y ſus bienes, quedan à merced del vencedor, en la forma y manera que requiere la cauſa juſta que mobio la guerra, porque si fue defension de inocentes, puede proceder haſta dexarlos libres, y ponerlos en ſaluo, y puede ſatisfazerles, y ſatisfazerſe, de los daños que han padecido, y de los que han contraido en eſte hecho, à ſemejança de Moiſen, en la defension del Hebreo, maltratado del Egipcio.

Y si la cauſa de la guerra, fue repeticion de bienes, puede ſatisfazerſe tanto por tanto, en la miſma eſpecie, o en ſu valor, en toda juſticia, y si quiere vſar de autoridad de miniſtro, de la diuina juſticia, y juez de la humana: puede como tal miniſtro y juez, eſtender mas la mano, en los bienes de ſu contrario, penando y caſtigando ſu delicto, sin obligacion de reſtitucion, à ſemejança del Iuez que ahorca à vno, porque hurtò algunos marauedis, o Reales.

Si la cauſa de la guerra, es caſtigo de delinquentes, y culpados, ellos y ſus bienes, quedan à ſu voluntad y merced, conforme à las juſtas leyes de ſu Reyno, y Republica, si ſon ſus ſubditos, y si no lo fueſſen, los puede reduzir

à

à viuir conforme à la ley diuina, y natural, por todos los modos y medios que en juſticia y razon le fuere viſto conuenir, atropellando todos los inconuenientes que à eſto ſe le pudieſſen ofrecer, de qualquier modo que fueſſen, siendo tales, que le pudieſſen eſtoruar el juſto efecto que pretende.

Y finalmente si la cauſa de la guerra es, la paz vniuerſal, o de ſu Reyno, y Republica, puede muy mas juſtamente hazer la ſobredicha guerra, y deſtruir todos los incombinientes, que eſtoruaren la ſobredicha paz, haſta conſeguirla con efecto, y conſeguida, no deue de guerrear mas, porque el acto de la guerra, no es acto de eleccion y voluntad, sino de juſta ocasion y neceſsidad, y aſsi deue requerir con la paz, antes que la empieze, si guerrea por ſolo ella, y si tambien guerrea por otras cauſas, de las ya dichas, puede repetir y tomar la deuida ſatisfacion à ellas, abſteniendoſe de no dañar à los inocentes, porque eſtos siempre ſon ſaluos, en todo derecho, pues no han cometido culpa: y abſteniendoſe todo lo que fuere poſsible, de muertes de hombres, lo vno porque es odiosiſsima à Dios, tanto, que de mano del juſto Dauid, por auer sido omicida, no quiſo recebir Templo, ni morada. Lo ſegundo, por la manifiesta condenacion, de cuerpo y alma, que en los contrarios que injuſtamente pelean con la muerte, ſe cauſa de los quales, pudiera auer muchos conuertidos, o juſtificados, andando el tiempo, si alli no morian, pueſto caſo que es aſsi verdad, que ceſſando la neceſsidad, o manifieſto peligro, à muertes, o por ſer impoſsible de otra manera la victoria, o por juſta ſentencia de Iuez competente, en tal caſo, no es la culpa de los matadores, que como miniſtros de la diuina juſticia, executan, sino de los muertos, que como culpados lo merecieron: y eſte es mi parecer, ſaluo otro mejor. Fray Alonſo Martinez, Comiſſario Apoſtolico.

Eſto miſmo sintieron, y firmaron, todos los demas Padres.

Con

CON cuios pareceres bien fundados,
En muchos textos, leyes, y lugares,
De la Eſcriptura ſanta, luego quiſo,
Viendo el Gouernador que concurrian,
Todas aqueſtas coſas en el caſo,
Y dudas que aſsi quiſo proponerles,
Cerrar aqueſta cauſa, y ſentenciarla,
Mandando pregonar à ſangre y fuego,
Contra la fuerça de Acoma la guerra,
Y por querer hazerla y ordenarla,
Por ſu propria perſona y fenecerla,
Vbo ſobre eſte acuerdo grandes coſas,
Muy largas de contar, mas por yr breue,
Al fin à fuerça grande de la Igleſia,
Y de todo el Real fue ſuſpendida,
La voluntad preciſa que tenia,
De ſalir en perſona, y puſo luego,
Sobre los fuertes hombros del Sargento,
El peſo y grauedad de aqueſte hecho,
Para cuyo buen fin mandò ſalieſſe,
Por ſu lugar teniente, y caſtigaſe,
A toda aqueſta gente por las muertes,
Que dieron y cauſaron tan ſin cauſa,
A vueſtros Eſpañoles ya difuntos,
De donde total quiebra ſe ſeguia,
De la vniuerſal paz que ya la tierra,
En ſi toda tenia y alcançaua,
Demas del gran peligro manifieſto,
De tantos niños todos inocentes,
Tiernas donzellas con ſus pobres madres,
Sin los Predicadores y miniſtros,
De la doctrina ſanta, y Fè de Chriſto,
Y libertad que todos alcançauan,
Con el fabor y amparo que tenian,
En ſu miſma perſona à cuio cargo,
Seria qualquier daño que vinieſſe,

Si aqueſtos aleboſos ſe quedaſen,
Sin la deuida enmienda que pedia,
Delicto tan inorme y tan peſado,
Por cuia juſta cauſa luego quiſo,
Que à toda diligencia ſe apreſtaſe,
Y pues ſu autoridad toda le daua,
Tomaſe en ſi la comiſsion y dieſſe,
Recibo al Secretario del entrego,
Mandandole con eſto que eſtorbaſe,
A todos los ſoldados lo primero,
Las ofenſas de Dios, y que hizieſſe,
Lleuando via recta ſu derrota,
Fueſſen los naturales bien tratados,
Por doquiera que fueſſe, y que paſſaſe,
Y luego que la fuerça deſcubrieſſe,
Notaſe con acuerdo ſus aſsientos,
Entradas y ſalidas, y en la parte,
Que mas bien le eſtuuieſſe que plantaſe,
La fuerça de los tiros y moſquetes,
Y en ſus lugares pueſtos y ordenados,
Todos los Capitanes y ſoldados,
Por ſus eſquadras dieſtras preuenidos,
Sin que en manera alguna permitieſſe,
Ruido de arcabuzes ni otra coſa,
Con mucha ſuabidad alli llamaſe,
De paz aquella gente, pues auia,
Rendido la obediencia y entregaſen,
Todos los mouedores que cauſaron,
El paſſado motin, y que dexaſen,
La fuerça del Peñol, y en vn buen llano,
Seguro de que mal hazer pudieſſen,
Aſſentaſen ſu pueblo donde fueſſen,
A ſolo predicarles los miniſtros,
Del Euangelio ſanto la doctrina,
Pues por ſolo eſte fin auian venido,
De tierras tan remotas y apartadas,
Y que los cuerpos, armas, y los vienes,

De

De los pobres difuntos entregaſen,
Y ſi en aqueſto todo ſe vinieſſe,
Que quemada la fuerça y abraſada,
A los culpados preſos los truxeſſe,
Y ſi rebeldes todos ſe moſtraſen,
Y vieſſe ſe arreſgaua y ſe ponia,
En condicion y punto de perderſe,
Que mucho ſe abſtuuieſſe, y que miraſe,
Coſa tan importante y tan peſada,
Con muy maduro acuerdo y buen conſejo,
Y ſi faborecidos y amparados,
Fueſſen de nueſtro Dios, y la victoria,
Alli por vueſtra Eſpaña ſe cantaſe,
Que à todos juntos preſos los truxeſſe,
Sin que chico ni grande ſe eſcapaſe,
Y à los de edad entera que hizieſſe,
En todos ſin que nadie ſe eſcapaſe,
Vn exemplar caſtigo de manera,
Que todos los demas con tal enmienda,
Quedaſen para ſiempre eſcarmentados,
Y ſi deſpues de preſſos combinieſſe,
Hazer algun perdon, que ſe buſcaſen,
Todos los medios, trazas, y caminos,
De ſuerte que los Indios entendieſſen,
Que aquel perdon que ſolo ſe alcançaua,
Por no mas que pedirlo el Religioſo,
Que acerca deſte caſo intercedieſſe,
Porque notaſen todos y aduirtieſſen,
Que eran perſonas graues y de eſtima,
Y à quien muy gran reſpecto ſe deuia,
Y porque bien en todo ſe acertaſe,
Del conſejo de guerra mandò fueſſen,
Y al Sargento mayor acompañaſen,
El Contador y el Prouehedor Zubia,
Y Pablo de Aguilar, Farfan, y Marquez,
Y yo tambien con ellos quiſo fueſſe,
Porque con tales guias me adeſtraſe,

En

En vueſtro Real ſerbicio, y no eſtuuieſſe,
Tan torpe como ſiempre me moſtraua,
En coſas de momento y de importancia,
Tambien mandò que Iuan Velarde hizieſſe,
Por ſer ſagaz, prudente, y auiſado,
En todas nueſtras juntas el oficio,
De Secretario fiel, pues por la pluma,
No menos era noble y bien mirado,
Que por la illuſtre eſpada que ceñia,
Deſpues de todo aqueſto ſe nombraron,
Setenta valeroſos combatientes,
Cuias grandioſas fuerças ſe aumentaron,
Mediante la deſtreza y el trabajo,
De Iuan Cortes, Alferez tan valiente,
Quanto muy dieſtro y pratico en las armas,
Que à fuerça de ſus braços puſo en punto,
Para poder romper ſin que hizieſſen,
Al combatiente falta en la refriega,
En que deſpues nos vimos y hallamos,
Cuia perſona de contino hizo,
Muy grande falta à todo vueſtro campo,
Por la poca ſalud que ſiempre tuuo,
Mas aqui quiſo el Cielo la tuuieſſe,
Tan entera y cumplida que ſin ella,
Tengo por impoſsible que eſte hecho,
En ninguna manera ſe acabara,
Y porque largo trecho dibertido,
Eſtoy ya de los baruaros ſoſpecho,
Que juntos en ſu fuerça van tratando,
De nueuo nueuas coſas yo de nueuo,
Para mejor notarlas y eſcreuirlas,
En nueuo canto quiero proſeguirlas.

CAN-

CANTO VEYNTE Y SEYS.

COMO LLEGO LA NUEUA DEL MAESE DE CAMPO, A oydos de Gicombo, vno de los Capitanes Acomeſes, que auſente auia eſtado, y de las diligencias que hizo, juntando á los Indios, á conſejo, y diſcordia que tuuieron.

LA coſa que mas duele, y mas laſtima,
El alma, y la conſume, es que le imputen,
Quando eſtà mas quieta y ſoſſegada,
Culpa que nunca hizo, ni propuſo,
Y eſte dolor y caſo deſaſtrado,
En ſi es tanto mas graue quanto tiene,
De peſo y grauedad aquel exceſſo,
Con que quieren mancharla y deſdorarla,
Luego que ſucedio el caſo triſte,
Que en Acoma los baruaros hizieron,
No bien ſolas dos horas ſe paſaron,
Quando Gicombo, vn baruaro valiente,
Afable, gentilombre, y auiſado,
Que treinta leguas de la fuerça eſtaua,
Por arte del demonio que no duerme,
Supo lo que paſſaua, y ſin tardança,
Temiendo le imputaſen tal delicto,
Por ſer varon de cuenta, y eſtimado,

Por

Por Capitan en esta misma fuerça,
Donde estaua casado con Luzcoija,
Vna famosa baruara gallarda,
Que por su gran belleza y trato noble,
Era reuerenciada y acatada,
De todo aqueste fuerte y sus contornos,
Por cuias justas causas, y otras muchas,
Que en su noble persona concurrian,
Afrentado del hecho, y caso infame,
Mandò à Buzcoico luego se partiesse,
A los Apaches, que eran estrangeros,
De su nacion remotos y apartados,
Y à Bempol gran su amigo le llamase,
Nacido y natural de aquella tierra,
Valiente por extremo y gran soldado,
Y de su parte solo le dixesse,
Que dentro de seys soles conuenia,
En Acoma se viessen, sin que vbiesse,
En esto quiebra alguna ni tardança,
Porque tenia cosas muy pesadas,
Que tratarle y dezirle de importancia,
Y apenas las seys bueltas fue cerrando,
La poderosa lampara del Cielo,
Quando los dos guerreros animosos,
En Acoma se vieron, donde à una,
Fueron bien regalados y seruidos,
De la noble Luzcoija, y alli juntos,
Despues de auer tratado y conferido,
Por toda aquella noche el caso feo,
Determinaron que en abriendo el dia,
Los Capitanes todos se juntasen,
Que eran solos seys baruaros valientes,
Popempol, Chumpo, Calpo, y gran Buzcoico,
Ezmicaio, y Gicombo, aqueste brauo,
Por cuio ruego todos se juntaron,
Y asi como parece que derrama,
El sembrador el grano, y que lo arroja,

Per-

Perdido por el ſuelo aſsi al deſcuido,
Hablando con la junta ſue diziendo,
Varones poderoſos bien os conſta,
Que aquel que ofende es fuerça ſiempre traiga,
La barua ſobre el hombro recatado,
De todo mal ſuceſſo y caſo triſte,
Bien veys que quien à honze Caſtellanos,
Hizo ſin cauſa alguna ſe partieſſen,
De aqueſta vida triſte miſerable,
Que puede ſer que à ſu peſar le fuerçen,
Quando mas deſcuidado y mas ſeguro,
Que tras de todos ellos vaya y ſiga,
La miſera derrota que lleuaron,
Y pues para que bueluan, no ay remedio,
Aquellos que de aqueſta vida parten,
Yo ſoy de parecer que con recato,
Si en lo hecho quereis aſſeguraros,
Que nueſtros hijos todos y mugeres,
Salgan de aqueſte fuerte, y nos quedemos,
No mas que los varones, entretanto,
Que los Caſtillas dan indicio, o mueſtran,
El corage que tienen y las fuerças,
Que ponen en vengar à ſus amigos,
Por cuia cauſa quiſe que vinieſſe,
Bempol, y con noſotros ſe juntaſe,
Y que ſu parecer y voto dieſſe,
Como quien en las armas ſiempre tuuo,
Lugar mas preminente, y mas en coſas,
Que ſon de tanto peſo, y tanta eſtima,
Quales ſon eſtas donde tantas honrras,
Vemos que penden ſin las muchas vidas,
Que es fuerça que peligren y ſe pierdan,
Si muy breue remedio no ſe aplica,
A mal tan peligroſo, quanto el tiempo,
Dira ſi con preſteza no ſe ataja,
Su miſera dolencia conozida,
Y aſsi como frenetico que buelue,

Su

Su ſaña contra el medico, y furioſo,
Pretende deshacerlo y acabarlo,
Sin ver que ſe desbela, buſca y traza,
Orden para curarle y darle ſano,
Aſsi rabioſo, fiero, y ſin ſentido,
Oyendo eſtas palabras deſde afuera,
Zutacapan ſe fue luego acercando,
Con vna falſa riſa y al deſgaire,
Y dixo deſta ſuerte con deſcuido,
Cierto que eſtoy corrido, y que me peſa,
Que para coſa tan cobarde y baja,
Ayan tan brauos y altos Capitanes,
Iuntadoſe à conſejo, pues de ſiete,
Que eſtan en eſta illuſtre y noble junta,
Qualquiera de los cinco generoſos,
Que eſtoy por ſeñalarlos con el dedo,
Es muy baſtante amparo y ſuficiente,
Para poder en eſte pueſto y fuerça,
Desbaratar à todo el vniuerſo,
Y deſtruirlo ſin que quede coſa,
Que no ſe le ſugete y auaſſalle,
Y ſi Gicombo tanto miedo tiene,
Arrimeſe à la ſombra deſta maça,
Que aqui tendra ſu vida bien ſegura,
Y eſcuſara tambien que foraſteros,
Vengan à defendernos y à dar voto,
Donde las fuerças y el conſejo ſobra,
Y mas entre ſoldados tan valientes,
Quanto cobardes todos los temores,
Con que vienen agora alebraſtados,
Los dos guerreros con el brauo golpe,
De vna ſola piedra laſtimados,
Deſocuparon luego los aſsientos,
Y como preſtos ſacres embiſtieron,
Las palmas bien auiertas, y ſi preſto,
Popempol, Chumpo, y Calpo, no bajaran,
La colera rebuelta, ya encendida,

Alli

Alli Zutacapan de todo punto,
Quedara para ſiempre deshonrrado,
Y buelto contra el, le dixo Bempol,
De quando aca te atreues, dime infame,
Hablar donde jamas nunca tuuiſte,
Manos para librar por fuerça de armas,
Lo que quieres librar por ſola lengua,
Cotumbo dixo en eſto deſembuelto,
No ay para que ninguno ſe auentaje,
Que ſolo aqueſte braço en eſta fuerça,
Baſta para rendir à todo el mundo,
Y penſar otra coſa es cobardia,
Infamia, y vil afrenta con que mancha,
El valor y grandeza que alcançamos,
Qual ſi fueramos dioſes en lo alto,
Deſtos valientes muros poderoſos,
Tras deſte luego Tempal demudado,
Aſsi como eſcorpion rabioſo y fiero,
De venenoſa hierua apacentado,
Vibrando las tres lenguas deſgarradas,
Y el eſpinazo todo lebantado,
Dixo ſer gran bageza gouernaſen,
Armas, todos aquellos que tuuieſſen,
Temor ſobre ſeguro tan notorio,
Qual brotan pedernales las centellas,
Con golpes del azero y chiſpas viuas,
Otros tambien ſin eſtos aprouaron,
Eſte partido juntos, y dixeron,
Ser pobres de valor y de verguença,
Aquellos que temieſſen ni penſaſen,
Pueſtos en aquel pueſto les vinieſſe,
El mal que à las Eſtrellas, cuia cumbre,
No permite que coſa jamas llegue,
Que pueda eſcurecerlas ni mancharlas,
Oyendo aqueſto el noble Zutancalpo,
Aſsi qual dieſtro muſico que abaja,
La lebantada prima, y la afloja,

La poderoſa maça fue lançando,
Enmedio de la junta, y fue diziendo,
Si ſer pudiera por valiente braço,
Aqueſta pobre patria defendida,
Por eſte ſè que fuera libertada,
Mas dezidme varones no vencidos,
Quantos en alta cumbre entronizados,
Con miſera ruina auemos viſto,
Caer de ſus aſsientos lebantados,
Quantos valientes, brauos, y animoſos,
Vemos de flacas fuerças conſumidos,
Quantas altas eſtrellas deſclauadas,
De los grandioſos cielos poderoſos,
En breue eſpacio vemos apagadas,
De que ſirue ſeñores que mi padre,
Con ſola ſombra de ſu maça haga,
Seguras nueſtras vidas, y con eſto,
Quieran otros tambien con ſolo vn braço,
Derribar todo vn mundo y ſugetarle,
Si pueſtos en las veras todos juntos,
Quales milanos triſtes ſin reſpecto,
Han de ſer deſpreciados y arraſtrados,
Qual veys aqueſa maça por el ſuelo,
Muda, cobarde, flaca, y ſin gouierno,
De mano belicoſa que la mande,
Sin dexarle acabar al miſmo inſtante,
Echando viuo fuego por los ojos,
Salio diziendo Bempol corajoſo,
No pienſe aqui ninguno que ſu esfuerço,
En ſi tanto ſe eſtiende y ſe lebanta,
Quanto el mas bajo poluo deſpreciado,
Porque harè que donde yo la planta,
A ſu peſar, ſus viles ojos ponga,
Gicombo ſe arriſcò con otros muchos,
Y eſte partido todos por las armas,
Quiſieron defender, y porque el fuego,
No ſe encendieſſe mas, y ſe abraſaſen,

Deſ-

Despues de auer passado con enojo,
Muchas grandes demandas y repuestas,
Desafiados tres à tres quedaron,
Gicombo y Zutancalpo, y el gran Bempol,
Contra Zutacapan, Cotumbo y Tempal,
Cuio brauo combate suspendieron,
Hasta alcançar de España la victoria,
Por cuia causa Amulco vn hechizero,
Que era por tal de todos estimado,
Assi como se exsala, afloja y templa,
El encendido horno, destapando,
La concaua brauera assi templando,
La baruara canalla descompuesta,
Dixo muy bien sabeis nobles varones,
Que el futuro sucesso que esperamos,
Por hado aduerso, o prospero, que es fuerça,
Que yo le sepa, entienda, y le conozca,
Muy grandes tiempos antes que suceda,
Y bien sabeis tambien que à mi los dioses,
En aplacar las armas dieron mano,
Y en alterarlas siendo conueniente,
Si esto es assi por que quereis en vano,
Litigar estas cosas si està en casa,
Quien con patente y claro desengaño,
Puede manifestaros todo aquello,
Que puede disgustaros, o agradaros,
Por cuia justa causa quiero luego,
Por quitaros de dudas y sospechas,
Consultar à los dioses, porque à todos,
Pueda desengañaros sin tardança,
Del bien, o mal que ya determinado,
Es fuerça que le tengan, y no dudo,
Daros alegres nueuas faborables,
Todos los Capitanes aprouaron,
Con el resto del pueblo aquel intento,
Y abiendo entrado en cerco confiado,
Aqueste bruto presago adiuino,

Estan-

Eſtando todos juntos aguardando,
El prodigioſo oraculo ſuſpenſos,
Como ſi en el horrible infierno brauo,
Vbiera eſtado, aſsi ſalio encendido,
Diziendoles à todos con enfado,
Que miedos ſon aqueſtos, que pantaſmas,
Que ſombras, que viſiones aueys viſto,
Dezidme valeroſos Acomeſes,
Y tu Gicombo, y Bempol esforçados,
Cuios grandioſos y altos coraçones,
Nunca jamas temieron como agora,
Veo que eſtays los dos deſalentados,
Auemos pueſto todos por ventura,
En oluido perpetuo al brauo Qualco,
Quando fue por eſpia, y le embiamos,
Al pueblo de ſan Iuan, que dizen ellos,
Ser de los Caualleros, no nos dixo,
Que en ciertos regozijos que tuuieron,
Eſtos miſmos Caſtillas que dezimos,
Que muy ſoberuios tiros ſe tiraron,
Los vnos à los otros, y no vido,
Caer ninguno dellos, donde todos,
Bien claro conozimos y entendimos,
No ſer ſus armas mas que ſolo aſombro,
Eſtrepitu ruido, grima eſpantoſa,
Y al fin todo alboroto, pues ſus rayos,
Si aſsi quereis llamarlos, no hirieron,
A ninguno de todos los que andauan,
Enmedio de ſus truenos paboroſos,
Por ſolo eſſa razon dixo Gicombo,
Que no ſe laſtimaron ni tocaron,
Con armas tan grimoſas y eſpantoſas,
Auemos de entender que como dioſes,
Que nada les ofende combatieron,
Y aſsi es muy juſto todos les temamos,
Aqui Zutacapan replicò luego,
Yo quiero que con rayos muy ardientes,

Qua-

Quales ſoberuios dioſes nos arrojen,
Todos eſſos Caſtillas que tu temes,
Pero ſerà razon tambien me cuentes,
Por cada cien mil truenos, quantos rayos,
Has viſto que han llegado à nueſtros muros,
Y ſi has viſto alguno que deſtrozo,
Hizo aquel que mas pues vna arroba,
Iamas nos han mermado todos juntos,
De ſus valientes riſcos lebantados,
Pues ſi el poder del Cielo no ſe eſtiende,
A mas de lo que oyes, por que tratas,
De vnos infames todos mas mortales,
Que aquellos que ſin almas vemos dexan,
Los miſerables cuerpos ya difuntos,
Ya ſe que ſon mortales dixo luego,
El valiente Gicombo reportado,
Pues por ſola tu cauſa como tales,
Honze en aqueſta fuerça fenecieron,
Y ſabes tu tambien que no ay peñaſco,
Ni fuerça tan ſoberuia en eſta vida,
Que no pueda aſſolarſe y abraſarſe,
Si debajo de engaño y trato alebe,
Queremos combatirla y derribarla,
Muy bien eſtoy con eſſo, dixo Amulco,
Mas quando viene el bien es coſa juſta,
Que todos ſu grandeza conozcamos,
No es tan cierto el Sol en darnos lumbre,
Quanto tenemos cierta la victoria,
Calenſe luego puentes y piquemos,
Todos los paſſadizos ſin que coſa,
Quede para Caſtillas reſerbada,
Que deſta vez auemos de aſſentarnos,
En el mas alto cuerno de la Luna,
Y à ti fuerte Gicombo yo te mando,
No obſtante que Luzcoija es muy hermoſa,
Doze donzellas bellas Caſtellanas,
Y ſeys al brauo Bempol, porque buelua,

Con

Con tal deſpojo honrrado à ſus amigos,
Deudos, patria, y parientes mas cercanos,
Aqui los dos à una replicaron,
Por no dar de flaqueza mas ſoſpecha,
Armas nos han de dar y no mugeres,
Si auemos de auer premio en las batallas
Mas porque no ſe entienda que queremos,
Por miedo de la muerte aqui eſcuſarnos,
De ver à los Caſtillas prometemos,
Por nos, y por los muchos que quiſieran,
Salirſe deſte pueſto, y no aguardarlos,
De quedarnos aqui con mas firmeza,
Que eſtan los altos montes quando aguardan,
A quien los rompa, tale, y los abraſe,
Y porque ya la gente Caſtellana,
Aprieſſa ſe diſpone, quiero luego,
Diſponerme ſeñor, porque me es fuerça,
Venir con todos ellos à eſta fuerça.

* * * * * *
* * * * *
* * * *
* * *
* *

CAN-

CANTO VEYNTE Y SIETE.

COMO SALIO EL EXERCITO PARA EL PEÑOL DE ACOMA, y de las coſas que fueron ſucediendo, y rebato que dieron en el pueblo de San Iuan.

QVANDO con buena y preſta diligencia,
La braueça del cancer no ſe ataja,
No es poſsible que el miſero paciente,
Eſcape con la vida, porque es cierto,
Que la aya de rendir à tal dolencia,
Y ſi la atrozidad de los delictos,
Iuſticia con rigor no los reprime,
Tambien es impoſsible que gozemos,
De la guſtoſa paz en que biuimos,
Deſto dechado grande nos han dado,
Aquellos brauos baruaros de Arauco,
Pues por no mas de auerles dilatado,
El deuido caſtigo à tales culpas,
Sincuenta largos años ſon paſſados,
Que en efuſion de ſangre Caſtellana,
Sus omicidas armas no ſe han viſto,
Enjutas, ni canſadas, de verterla,
Temiendo pues aqueſto dando alarma,
El brauo General mandò tocaſen,
Los gallardos clarines lebantados,
De los valientes ſoplos impelidos,

De

De los trompetas dieſtros que en coloquios,
Reſpondiendo à los pifanos y cajas,
La fuerça de las armas encendian,
Y à los valientes pechos prouocauan,
Al rigor de los braços y los golpes,
Que en la cruenta batalla ſe executan,
Turbaronſe con eſto las prouincias,
De las quales ſalieron con preſteza,
A dar auiſo todas las eſpias,
Pidiendo à los amigos ſocorrieſſen,
Y contra Eſpaña juntos conjuraſen,
A fuego y ſangre, guerra, y la rompieſſen,
Con cuia fuerça luego fue creciendo,
En toda la libiana y moça gente,
Vn animo y corage deſmedido,
De baruara braueza deſgarrada,
Los nueſtros viendo aqueſto ſe cubrieron,
De fino azero, limpio, y anta doble,
Y dentro de las mallas ſacudieron,
Los poderoſos tercios y colgaron,
De los valientes hombros las adargas,
Las lanças empuñaron de dos hierros,
Las medias lunas otros apreſtaron,
Y de los cauallos brauos animoſos,
Las bridas y ginetas compuſieron,
Los baſtos, los eſtribos, los aziones,
Los fuſtes, las coraças, los pretales,
Los frenos, con las riendas y azicates,
Los pechos, las hijadas, las teſteras,
Y de los grueſſos crudos correones,
Recorren y refuerçan las heuillas,
Ciernen el poluorin y al Sol le ponen,
Y otros al ſerpentin la cuerda ajuſtan,
Apreſtan las mochilas y las balas,
Y en fin no dexan coſa que les pueda,
Hazer alguna falta, o quiebra, pueſtos,
En la dificil prueua y eſtacada,

Y porque ſin buen orden el ſoldado,
No es mas que bruto cuerpo ſin el alma,
El noble General les fue diziendo,
Que ſin paſsion tomaſen el delicto,
De la baruara gente, y que ninguno,
Fueſſe con ſolo blanco de vengarſe,
Pues era coſa cierta que llamaua,
Vengança, á la vengança, y muerte à muerte,
Por cuia cauſa à todos encargaua,
Que ſolo ſe eſtendieſſen y alargaſen,
A la enſeñança y correccion deuida,
De ſuerte que el delicto y no otra coſa,
Quedaſe caſtigado, y la juſticia,
De todos amparada y ſocorrida,
Mediante cuios medios eſperaua,
En Dios nueſtro Señor, muy buen ſuceſſo,
Por cuias viuas llagas ſangrentadas,
Aſsimiſmo pedia con el alma,
Que todos confeſſaſen, pues la Igleſia,
En peligros tan graues y peſados,
Aſsi lo diſponia, y lo mandaua,
Y que no permitieſſen que ninguno,
Partieſſe deſta vida, y que dexaſe,
Afrenta y ſambenito tan infame,
Quanto penoſo y triſte para el pobre,
Que contra ſi tan gran maldad hizieſſe,
Apenas lo vbo dicho quando todos,
Labaron como buenos ſus conciencias,
Comulgando deſpues deuotamente,
Ecepto vn deſdichado que no quiſo,
Por mas que ſus amigos le apretaron,
Y aſsi le dexo aqui que pues ſe oluida,
Dios que murio por el terna el cuidado,
Salimos pues marchando, y otro dia,
Mandò el Sargento luego me partieſſe,
Con doze compañeros y apreſtaſe,
En el pueblo de Zia baſtimentos,

No mas que para ſolas dos ſemanas,
Sin que en eſto otra coſa diſpenſaſe,
Porque mediante hambre pretendia,
Si no pudieſſemos hazer ſubieſſen,
A lo mas alto del peñol ſoberuio,
A vueſtros Eſpañoles ſin que vbieſſe,
Para eſcapar la vida trabajosa,
Remedio ni eſperança de otra coſa,
Hizelo pues anſi, y en tiempo breue,
Por vna boca eſtrecha fue aſſomando,
El campo Caſtellano, no dos millas,
Del ſoberuio Peñol jamas vencido,
Nunca pilotos vieron viento en popa,
Deſpues de larga calma deſabrida,
Mas alegre, contento, ni guſtoſo,
Que el que eſtos brauos baruaros tuuieron,
De vernos ya tan cerca de ſus manos,
Y luego que nos vieron lebantaron,
Vna algazara y grita tan grimoſa,
Que alli todo el infierno parecia,
Eſtaua con ſu fuerça rebramando,
Y aſsi marchando en orden nos llegamos,
Al poderoſo fuerte, el qual conſtaua,
De dos grandes peñoles lebantados,
Mas de trecientos paſſos deuididos,
Los terribles aſsientos no domados,
Y eſtaua vn paſſaman del vno al otro,
De riſcos tan ſoberuios que ygualauan,
Con las disformes cumbres nunca viſtas,
Deſde cuios aſsientos fue contando,
Zutacapan la gente que venia,
En orden dando buelta à ſus murallas,
Y viendo ſer tan pocos dixo luego,
Con grande regozijo, no es poſsible,
Que dexen de ſer locos todos eſtos,
Pues con tan cortas fuerças han venido,
A meterſe en peligro tan notorio,

Aqui

Aqui dixo Gicombo rezeloſo,
Bien ſe que para cuerdos ſon muy pocos,
Y muchos para locos, y eſto es cierto,
Que jamas vido el mundo tantos locos,
Iuntos, qual tu los hazes en vn pueſto,
Y pues las frentes todos enderezan,
A nueſtras caſas con tan poca gente,
Grande miſterio tiene ſu venida,
Tras deſto dixo luego Zutancalpo,
Bien os conſta ſeñores que eſtos vienen,
De muy remotas tierras, y que es fuerça,
Que en diſtancia tan larga ayan tenido,
Grandioſas ocaſiones de diſguſtos,
Encuentros y batallas peligroſas,
Con cuios duros trances, pues que vienen,
Aſsi para noſotros yo no dudo,
Sino que dexan hechas grandes prueuas,
De ſus ſoberuios braços poderoſos,
Y atajando la platica furioſa,
Dixo Zutacapan que le dexaſen,
Con ſolos ſus amigos que el queria,
Sin ſu fabor y ayuda dar principio,
A gozar de aquel tiempo y coiuntura,
Que ſu buena fortuna le ofrecia,
Y aſsi ſalio bramando con ſu gente,
Qual jugando la maça y grueſſo leño,
Qual la ſoberuia galga deſpedida,
Del lebantado riſco, peñaſco,
Qual tiraua la piedra, qual la flecha,
Qual de pintados mantos ſe adornaua,
Y de diuerſas pieles y pellicos,
Otros tambien alli ſe entretejian,
Entre cuias libreas ſe moſtraua,
Vna grandioſa ſuma nunca viſta,
De baruaras bizarras, muy hermoſas,
Las partes bergonçoſas enſeñando,
A vueſtros Caſtellanos, confiadas,

De

De la victoria cierta que eſperauan,
Tambien entre varones y mugeres,
Andauan muchos baruaros deſnudos,
Los torpes miembros todos deſcubiertos,
Tiznados, y embijados de vnas rayas,
Tan eſpantables, negras y grimoſas,
Qual ſi demonios brauos del infierno,
Fueran con ſus melenas deſgreñados,
Y colas arraſtrando, y vnos cuernos,
Deſmeſurados, grueſſos y crecidos,
Con cuios trajes todos ſin verguença,
Saltauan como corços por los riſcos,
Diziendonos palabras bien infames,
Y à todas eſtas coſas el Sargento,
Qual aquel gran Dauid que las palabras,
Sufriò de Semei, aſsi ſufriendo,
La baruara canalla, mandò luego,
Llamar al ſecretario Iuan Belarde,
Y à Tomas el interprete ladino,
En la baruara lengua, y Caſtellana,
Para que les dixeſſen ſe bajaſen,
A dar razon y cuenta de las muertes,
Que dieron y cauſaron tan ſin culpa,
A nueſtros compañeros, y al momento,
Que fue por todos ellos entendido,
Con boz terrible y ronca dixo luego,
Zutacapan ſoberuio y arrogante,
Que tempeſtad, que viento, que pujança,
Os ha traido pobres à las manos,
Y matadero triſte deſgraciado,
Que es fuerça que ſufrais, no aueis verguença,
De aueros allegado à nueſtros muros,
Sino que pretendais pedirnos cuenta,
De las muertes de aquellos cuias vidas,
Tuuimos qual tenemos de preſente,
Las vueſtras miſerables deſdichadas,
En eſto todos juntos lebantaron,

Las

Las armas y las bozes en confusso,
Diziendo à que aguardamos, mueran, mueran,
Mueran aqueſtos perros atrebidos,
Y no quede ninguno que no ſea,
Hecho menudos quartos y pedazos,
Por nueſtras miſmas manos y cuchillos,
Viendo pues el Sargento ſu dureza,
Y pertinacia braua que moſtrauan,
Y que la luz del dia derribada,
Eſtaua al Occidente, mandò luego,
Aſſentar ſu Real en vn buen pueſto,
Donde las poſtas todas repartidas,
Me es fuerça que le dexe por contaros,
Lo que eſta miſma noche fue paſſando,
El fuerte General allà en ſu aſsiento,
Donde dieron alarma con gran fuerça,
Los baruaros del pueblo temeroſos,
De aquellos ſus vezinos comarcanos,
Diziendo que venian con pujança,
A deſtruirlos todos y aſſolarlos,
Si ya no fue ruydo y trato alebe,
Que entre todos trataron y acordaron,
Mas como quiera que eſto ſucedieſſe,
El pueblo, no conſtaua ni tenia,
Mas que vna ſola plaça bien quadrada,
Con quatro entradas ſolas, cuios pueſtos,
Deſpues de auerlos bien fortalecido,
Con tiros de campaña, y con moſquetes,
Mandò que el vno dellos le guardaſe,
El Capitan Moreno de la Rua,
Y Franciſco Robledo, y Iuan de Salas,
Y aquel Eſteuan noble hijo caro,
Del gran Carabajal à quien ſeguia,
Iuan Perez de Buſtillo, y el Alferez,
Iuan Cortes con Antonio Sariñiana,
Y eſſotra eſquina quiſo defendieſſe,
El Capitan y Alcaide Bocanegra,

Y

Y ſu hijo Gutierrez y Medina,
Don Iuan Eſcarramal, Ortiz, y Heredia,
Franciſco Hernandez, Soſa, y don Luis Gaſco,
Y el otro pueſto tuuo con buen orden,
El Capitan Marçelo de Eſpinoſa,
Con Geronimo Marquez y Iuan Diaz,
Pedro Hernandez, y Franciſco Marquez,
Hermanos todos quatro, y con ellos,
Bartolome Gonçalez, y Serrano,
Baltaſar de Monçon, y los Barelas,
Y Iuan de Caſo, y Pedro de los Reyes,
Y el vltimo mandò que ſe encargaſe,
Al Capitan Ruyz, y al buen Cadimo,
A Gonçalo Hernandez, y al Alferez,
Iuan de Leon, y Hernan Martin el moço,
Y el cuerpo de guardia, el Real Alferez,
El General, y gente de ſu caſa,
Antonio, Conte, Vido, Alonſo Nuñez,
Chriſtoual de Herrera, y Iuan de Herrera,
Brondate, Zezar, y Caſtillo, todos,
Muy bien apercebidos, y aſsi juntos,
Alborotados todos con la grita,
Y confuſſo tropel de aquella gente,
Alarma dando todos con gran prieſſa,
Requirieron los pueſtos, y notaron,
Que eſtauan ya los altos de las caſas,
Tomados y ocupados, y aſsi luego,
El General à bozes mandò fueſſen,
Algunos Capitanes, y miraſen,
Que gente fueſſe aquella, y que diſtino,
En aquel pueſto, pueſto los auia,
Mas luego doña Eufemia valeroſa,
Hizo ſeguro el campo con las damas,
Que en el Real auia, y fue diziendo,
Que ſi mandaua el General bajaſen,
Que ellas defenderian todo el pueblo,
Mas que ſi no, que ſolas las dexaſen,

Si

Si aſſegurar querian todo aquello,
Que todas ocupauan y tenian,
Con eſto el General con mucho guſto,
Dandoſe el parabien de auer gozado,
En embras vn valor de tanta eſtima,
Mandò que doña Eufemia ſe encargaſe,
De toda aquella cumbre, y aſsi todas,
Qual à la gran Marteſia obedecian,
Las brauas amazonas, aſsi juntas,
Largando por el ayre preſtas valas,
Con gallardo donaire paſſeauan,
Los techos y terrados lebantados,
Al fin como mugeres, prendas caras,
De aquellos valeroſos coraçones,
El Alferez Real, y Alonſo Sanchez,
Zubia, y don Luys Gaſco, y Diego Nuñez,
Pedro Sanchez, Monrroi, Soſa, Pereira,
Queſada, Iuan Moran, y Simon Perez,
Aſencio de Archuleta, y Bocanegra,
Carabajal, Romero, Alonſo Lucas,
Y San Martin, Cordero, y el Caudillo,
Franciſco Sanchez, y Franciſco Hernandez,
Monçon, y Alonſo Gomez Monteſinos,
Y Franciſco Garçia con Buſtillo,
Y la de aquel membrudo y fuerte Griego,
Que como gran geniçaro valiente,
Alli muy bien moſtrò ſu brauo esfuerço,
Y viſto los contrarios el recato,
Auiſo y preuencion que en todo auia,
Boluieron las eſpaldas ſin moſtrarſe,
Y porque nos boluamos al Sargento,
Que cerca de la fuerça eſta alojado,
Serà bien que paremos entretanto,
Que la obſcura tiniebla pierde el manto.

———

CAN-

CANTO VEYNTE Y OCHO.

DE LAS COSAS QUE PASSARON Y SUCEDIERON, ANTES de ſubir al Peñol, y dificultades que puſieron.

NO las mueſtras, hazañas, no prohezas,
De coraçones grandes, y hechos brauos,
Quilatan los ſoldados ſi ganoſos,
De verſe y eſtimarſe por valientes,
Arrieſgan ſus perſonas y las ponen,
En pūnto de perderſe y desluſtrarſe,
Mas el valor, alteza, y excelencia,
De aquel que con esfuerço, y con prudencia,
Emprende reportado vn hecho honrrado,
Y aſsi quando el esfuerço va y ſe pone,
Enmedio del peligro con recato,
Y aqueſtos requiſitos que hemos dicho,
Y del ſabe ſalir ſin empacharſe,
No hay para que tratar ſi ſus prohezas,
Y altos heroicos, hechos hazañoſos,
Fueron muy bien, o mal acometidos,
Mas quando eſtà perplejo, y muy dudoſo,
Del fin de ſus impreſſas, aqui cargan,
Las dudas y verguença de vn diſcreto,
Y honrrado Capitan, fuerte, valiente,

Cuios

Cuios cuidados graues afligieron,
A todos los del campo fatigado,
Confiderando bien la gran braueza,
Del poderofo fuerte, y enemigos,
Tan proterbos y altibos que abraçaua,
Y las grandes entradas y falidas,
Que para ganar honrra defcubrian,
Y el aguage que eftaua de aquel puefto,
Muy largas cinco millas bien tendidas,
Y que agua de pie la fortaleza,
Tenia allà en la cumbre bien fobrada,
Y el poco baftimento, pues taffado,
Para no mas que folas dos femanas,
Me mandò que truxeffe y no paffafe,
Vn punto mas de aquello que ordenaua,
Y con efto notaron que tenian,
Mas de para feys años los cercados,
Baftantes baftimentos recogidos,
Tenian todas eftas, y otras cofas,
A todos los de acuerdo cuidadofos,
Y viendo demas defto que acordaua,
El Sargento mayor hazer de hecho,
Subir à efcala vifta à lo mas alto,
Del poderofo rifco peñafcofo,
Temiendo fe perdieffe todo el refto,
Algunos me pidieron que tratafe,
Con el dicho Sargento que aduirtieffe,
Aquello que intentaua, y no arrefgafe,
Cofa tan importante, y que pedia,
Acuerdo muy maduro, y muy pefado,
Porque en faliendo mal de aquel intento,
Era fuerça perderfe y affolarfe,
Y dandole razon de todo aquefto,
Y de otras muchas cofas que paffamos,
Tomando mal aquello que propufe,
Sin mas confiderar me dixo ayrado,
Yo trazarè efta caufa de manera,

Que mas no me repliquen eſtas dueñas,
Llamandonos aſsi à los de acuerdo,
Porque el determinaua con cuidado,
Aſſegurar primero nueſtras vidas,
Con cuio buen ſeguro ſin rezelo,
Tambien aſſeguraua que ninguno,
Haria mas de aquello que el quiſiere,
Y aunque es verdad que dixo todo aqueſto,
Por algun mal ſeguro no ignoraua,
Que venian con el illuſtres hombres,
Valientes y diſcretos, y animoſos,
Y aſsi fue proſiguiendo, y dixo luego,
Aqui no ay que tratar, ſino apliquemos,
Los vltimos remedios, pues lo pide,
La dolencia que es vltima, y de todos,
Por tal deſahuziada, y pues à oſſados,
Es fuerça que fortuna faborezca,
Tentemos luego el vado pocos hombres,
Para que à menos coſta, y menos ſangre,
Eſcapen con las vidas, y ſe bueluan,
Los ſeñores de acuerdo à ſu preſidio,
Luego que aqueſto dixo confiado,
Qual ſuele el leñador que al alto pino,
Con vno y otro golpe reforçado,
De la ſegur aguda lo eſtremece,
Haſta que à puros golpes ya vencido,
Temblando por la cima y por los lados,
En tierra da con el, y hecho rajas,
Alli lo ve à ſus pies, aſsi el Zaldiuar,
Para traerlos todos à ſu guſto,
Al punto ſeñalò doze guerreros,
Para que como tales ſe apreſtaſen,
Y à eſcala viſta todos emprendieſſen,
La mas dificil cumbre lebantada,
En eſto aquellos baruaros contentos,
De ver los Caſtellanos tan vezinos,
Vn grande vaile todos ordenaron,

Y

Y vna opulenta cena regalada,
Donde Zutacapan ſalio el primero,
De mantas regaladas adornado,
No menos que el ſalieron muy vizarros,
Cotumbo, y Tempal, llenos de alegria,
Tambien aquel Amulco, y grande Pilco,
Y otros muchos con eſtos que moſtrauan,
Vn no penſado guſto, reboçando,
De placer y contento jamas viſto,
De ver los Eſpañoles alojados,
Tan cerca de ſus muros lebantados,
Eſtando pues cenando todos juntos,
Para empeçar el vaile ſeñalado,
Como quiera que ſiempre la fortuna,
Aborrece los guſtos y contentos,
Que celebran lo que ella quiere darnos,
Temiendo Zutancalpo reboluieſſe,
En enemiga buelta la inconſtante,
Y mal ſegura rueda prodigioſa,
De parecer de Bempol y Gicombo,
Entrò con ſus amigos demudado,
Y tendiendo la viſta por aquellos,
Que con tan gran deſcuido alli cenauan,
Qual otro Scipion que al Campamigo,
No quiſo permitirle tal exceſſo,
Quando à Numancia vino aſsi este joben,
Pareciendole mal aquellas fieſtas,
A todos deſta ſuerte les propuſo,
Barones deſcuidados bien os conſta,
Que para bien hablar en coſas juſtas,
Es à qualquiera edad muy permitido,
Que diga lo que ſiente, y le laſtima,
Y aſsimiſmo ſabeys que alcança y tiene,
La fuerça de razon en ſi mas alma,
Quanto por menos años ſe propone,
Aquello que es juſticia y es derecho,
Y ſi à lo que yo agora propuſiere,

No

No diere autoridad la frefca fangre,
Tomad feñores todas mis palabras,
Como de hijo que à fu mifmo padre,
Repugna y contradize en lo que haze,
Cuia defemboltura no fe toma,
Si no es herrando el padre, y arraftrando,
La fuerça de razon por los cabellos,
Ya fe que es impofsible reduziros,
A la guftofa paz que pretendemos,
Y fiendo aquefto afsi, dezidme agora,
Por qual razon viuis tan defcuidados,
Teniendo al enemigo tan à pique,
Quien vio jamas banquetes y libreas,
Bailes y regozijos por aquellos,
Que laftimofa guerra les aguarda,
Mirad foldados nobles esforçados,
Que eftan ya los Caftillas dentro en cafa,
Y aunque tengais muy cierta la victoria,
Es jufto no ignoreis de todo punto,
Que della nace fiempre nueua guerra,
Apercebid las armas, reforzemos,
Todas las partes flacas con prefteza
Hazed luego reparos y empeçemos,
A apercebir ingenios y trincheas,
Pongamos luego poftas no durmamos,
Demos luego principio cuidadofos,
A dar en que entender al enemigo,
Mirad que de centellas muy pequeñas,
Se fuelen lebantar muy grandes llamas,
Aqui Zutacapan algo rifueño,
Colmado de contento dixo luego,
Diras à tus amigos Zutancalpo,
A Gicombo te digo, y al gran Bempol,
Que riñan fus pendencias con palabras,
De gran comedimiento y cortefia,
Bajas las dos cabeças y los ojos,
En tierra bien clauados y los braços,

Suel-

Sueltos por los coſtados ſin que coſa,
Ocupen con las manos que con eſto,
No eſperen que jamas les venga coſa,
Que pueda dar diſguſto à ſus perſonas,
Oyendo pues aqueſto el noble joben,
Venciendo aquel diſguſto con prudencia,
Dejandolos à todos dio la buelta,
Y ellos empezaron luego el baile,
Y entraron tan brioſos y gallardos,
Qual ſuelen los cauallos que taſcando,
Los eſpumoſos frenos van hiriendo,
Con las herradas manos lebantadas,
Los duros empedrados, y aſsi brauos,
Hollandoſe ligeros, mil pedazos,
Ganoſos de arrancar ſe van haziendo,
Aſsi los brauos baruaros ſoberuios,
Haziendo mil lindezas y ſaltando,
Hiriendo aquel peñaſco à puros golpes,
De las valientes plantas que aſſentauan,
Y con fuerça de gritos y alaridos,
Vn infernal clamor alli ſubian,
Tan horrendo y grimoſo que las almas,
De todos los dañados parecian,
Que alli ſu triſte ſuerte lamentauan,
Eſte baile turò haſta que el Alua,
La miſera tiniebla fue venciendo,
Y dando buelta al muro por lo alto,
Dixo Zutacapan en altas bozes,
Viendo que auia bien auierto el dia,
Que à que aguardan tanto los Caſtillas,
Que ya eſtauan canſados de aguardarlos,
Y lebantando todos grandes gritos,
Diziendonos palabras afrentoſas,
A la batalla todos incitauan,
En eſto vnos cauallos ſe acercaron,
A vnos charquillos de agua llouediza,
Y eſtando alli bebiendo nos flecharon,

Algu-

Algunos dellos, y otros nos mataron,
Mas no les ſalio el hecho tan barato,
Que al deſcuido, Cordero con Zapata,
Por orden del Sargento les ſalieron,
Y al Capitan Totolco ſu caudillo,
Del gran Gicombo, ſuegro regalado,
Y de Luzcoija padre muy querido,
Muerto le trujo à tierra el buen Zapata,
Siendo el primero que moſtrò el esfuerço,
Del Caſtellano vando belicoſo,
En eſto los demas ſe retiraron,
A muy gran prieſſa todos de aquel pueſto,
Viendo pues el Zaldiuar tal ſuceſſo,
A conſejo mandò que ſe juntaſen,
Y eſtando juntos todos con cuidado,
Aſsi les fue diziendo reportado,
Quando todos partimos del preſidio,
Diſcretos caualleros no ignoramos,
Que ſupieron los baruaros, ſalimos,
A ſola la vengança y el caſtigo,
De aqueſtos que eſte fuerte abraça y tiene,
Cuias balientes fuerças todos juntos,
Supimos y alcançamos no ſer menos,
Que agora ſe nos mueſtran y deſcubren,
Si pueſtos en el pueſto donde eſtamos,
Alçaſemos la mano y ſin enmienda,
Dexaſſemos la cauſa començada,
Qual ſerà aquel ſeguro que aſſegure,
Nueſtras honrras y vidas ſi tal mancha,
Vieſſemos en Eſpañoles los vezinos,
De todas eſtas tierras comarcanas,
Y por ſalir mejor de aqueſte hecho,
Puſoles por delante vueſtro ceptro,
Con omenage eterno obedecido,
Y la Eſpañola ſangre no canſada,
De ſer ſiempre leal, y los diſguſtos,
De tan prolijos tiempos padecidos,

Trujo-

Trujoles afsimifmo à la memoria,
Aquel inmenfo premio y altas cruzes,
Con que feñor honrrais los nobles pechos,
De aquellos valerofos que en las lides,
Entre temor dudofos y efperança,
Triunfaron como buenos de los hechos,
Que afsi como valientes alcançaron,
Por cuias juftas caufas les dezia,
Que pues por flacos medios pocas vezes,
Grandes cofas fe alcançan y configuen,
Que à efcala vifta doze permitieffen,
Que aqueftos muros juntos efcalafen,
Que feñalados todos los tenia,
Para cuio buen fin dixo afsimifmo,
Señores compañeros aduirtamos,
Que razonar vn grande cortefano,
Con vn vil, bronco, baruaro, groffero,
Y tratar con el cofas que no caben,
Mas que en vn limpio, claro y cultiuado,
Sagaz, difcreto, y alto entendimiento,
Es querer que los pezes fe apacienten,
Por los fubtiles ayres delicados,
Y que los cierbos fueltos por el agua,
Con prefurofo curfo la atropellen,
Y afsi por efta caufa foy de acuerdo,
Imitando fi puedo en efte hecho,
Al madrigado fimple de tragedia,
Cuio fingir taimado defembuelto,
Es como fi otra cofa no encubrieffe,
Que afsi cubierto todo y reboçado,
Serà bien que yo hable aqueftos Indios,
Diziendoles que quiero por la cumbre,
Mas alta del Peñol fubir arriba,
Con todos los foldados de á cauallo,
Con cuio trato doble deslumbrados,
Viendo que juntos todos emprendimos,
La dificil fubida peligrofa,

Serà

Serà poſsible todos deſamparen,
Sus pueſtos, y al ſocorro partan luego,
Y aſsi los doze ſalgan ſeñalados,
Para eſcalar los muros lebantados,
Sin que perſona alguna los impida,
Pues aprouando todos eſte acuerdo,
Salio el ſagaz Sargento, y junto al muro,
Cuia vertiente caſi cien eſtados,
De grimoſa caida deſcubria,
Mandò que les dixeſſen y auiſaſen,
Que pues que no le dauan cuenta alguna,
De las muertes injuſtas que cauſaron,
A nueſtros compañeros, que el queria,
Por ſolo que ſupieſſen y alcançaſen,
Las fuerças y valor de los Caſtillas,
Subir por aquel pueſto y darles muerte,
Paſſandolos à todos à cuchillo,
Y porque no dixeſſen ni alegaſen,
Que no les auiſaua, auia querido,
Señalarles el pueſto y preuenirlos,
Y aſsi boluio las riendas, y al deſcuido,
A todos los dexò con gran cuidado,
Y porque aqueſte hecho mas ſe entienda,
Ya tengo ſeñor dicho y declarado,
Que eſtauan dos peñoles lebantados,
Mas de trecientos paſſos diuididos,
Los terribles aſsientos no domados,
Y eſtaua vn paſſaman del vno al otro,
De rocas tan ſoberuias que ygualauan,
Con las mas altas cumbres que tenian,
Entendido pues eſto con ſecreto,
Dexò doze Eſpañoles eſcondidos,
Al ſocaire de vn riſco muy pegado,
Al primero peñol, y luego al punto,
Mandò quitar las tiendas de manera,
Que todos claro vieſſen y notaſen,
Que ſin que Caſtellano alli quedaſe,

Al

Al prometido hecho todos juntos,
Determinados yuan à matarlos,
Y aſsi partieron todos de arrancada,
Raſgando los coſtados poderoſos,
De los brauos cauallos animoſos,
Y viendo alli los baruaros que juntos,
Los Eſpañoles yuan denodados,
A ſubir por el pueſto ſeñalado,
Como baruaros todos luego al punto,
Teniendo por verdad aquel engaño,
Dexando ſus aſsientos arrancaron,
A defender el paſſo mas ſeguro,
Que toda aquella fuerça alli alcançaua,
En eſto aquellos doze que eſcondidos,
Al ſocaire del riſco auian quedado,
Salieron con esfuerço acometiendo,
La fuerça del Peñol jamas vendido,
Segun vereis gran Rey ſi ſoys ſeruido.

* * * * * *
* * * * *
* * * *
* * *
* *

CANTO VEYNTE Y NVEVE.

COMO LOS DOZE COMPAÑEROS ESCALARON EL PRIMER Peñol, y batalla que tuuieron con los Indios, y junta que tuuieron para lebantar por General á Gicombo, y acetacion que hizo del cargo, y condiciones que ſacó para exercerlo.

COSA es patente, clara y manifieſta,
Poderoſo ſeñor, ſi bien notamos,
Que muchas vezes vemos ſe auentaja,
A toda diſcrecion, ſaber y auiſo,
Vn necio razonar, ſi con prudencia,
Sabe diſimularſe y proponerſe,
Cuio disſraz diſcreto vimos tuuo,
Aqui el sagaz Sargento, haſtuto y cauto,
Porque viendo los baruaros que juntos,
Los Caſtellanos todos arrancauan,
Y al poderoſo muro acometian,
Y que anima viuiente no quedaua,
Por todo nueſtro aſsiento, cuias tiendas,
Para mas encubrirnos derribamos,
Temiendo ſer verdad aquel portento,
De tropel todos juntos arrancaron,
A defender el paſſo mas guardado,
Que pudo deſſearſe en todo el mundo,
Viendo pues que dejauan deſpoblado,
El primero Peñol aquellos brauos,

Salie-

Salieron de tropel y à eſcala viſta,
Quales al rico palio arremetian,
Ligeros corredores aſsi juntos,
Los doze Caſtellanos arrancaron,
Cuios nombres es juſto que ſe eſcriuan,
Pues no piden ſus obras que ſe callen,
El Sargento mayor, y Leon de Iſaſti,
Marcos Cortes, Munuera, Antonio Hernandez,
Tambien el Secretario Iuan Belarde,
Chriſtoual Sanchez, y Chriſtoual Lopez,
Hernan Martin, Cordero, y aquel Pablo,
Que dizen de Aguilar, y yo con ellos,
Que aſsi fue neceſſario, porque el colmo,
No fueſſe tan cumplido, y que mermaſe,
Pues como aqueſtos fuertes embiſtieſſen,
El mas valiente muro, y lo eſcalaſen,
Eſtaua el gran Gicombo, y Bempol juntos,
Y el viejo Chumpo, y noble Zutancalpo,
Con todos los amigos que las pazes,
Pidieron con inſtancia, y procuraron,
Por cuia cauſa à todos deſpreciaron,
Aqueſtos pobres baruaros perdidos,
Y aſsi ſin hazer dellos cuenta alguna,
Como bruto animal ſin mas ſoſpecha,
Dexando aquel peñol deſocupado,
Salio Zutacapan con todo el pueblo,
A defender la entrada à los Caſtillas,
Que eſtaua à ſolas aues reſerbada,
Notando pues Gicombo que ocupauan,
El primero peñol los Caſtellanos,
Y que era fuerça alli los acabaſen,
Por penſar que eran todos ſus contrarios,
Mandò que Bempol luego arremetieſſe,
Con quatrocientos baruaros, y al punto,
Que todos embiſtieron, y à las doze,
La cumbre del peñol auian ganado,
Y luego al paſſaman acometieron,

Y

Y en vn angoſto eſtrecho todos juntos,
Las armas ſangrentaron de manera,
Que ſi qual ellos yo me ſeñalara,
El numero de doze dentro en Francia,
De todo punto es cierto ſe perdiera,
Y en eſte angoſto eſtrecho ſe hallara,
Viendo pues el Sargento tal braueza,
En braços tan valientes y esforçados,
Caualleros de Chriſto les dezia,
Oy es de ſan Vicente el ſanto dia,
Con cuio ſanto nombre ſoy honrrado,
Y en eſte heroico illuſtre y grande ſanto,
Eſpero valeroſos Eſpañoles,
Que auemos de ſalir de aqueſte hecho,
Triunfando como brauos deſta gente,
Idolatra perdida, vil infame,
Oyendo pues aqueſto todos juntos,
Apretando los dientes ſoportauan,
De flecha y piedra eſpeſa tan gran lluuia,
Que pedazos à todos los hazian,
Haſta que el gran caudillo dio con Polco,
Vn baruaro valiente en tierra muerto,
Con cuia buena ſuerte el Secretario,
Marcos Cortes, Cordero, y Leon de Iſaſti,
Con cada quatro balas deſpedidas,
De los preſtos cañones derribaron,
Diez baruaros gallardos, y tras deſtos,
Otros catorze juntos deſpacharon,
El buen Chriſtoual Sanchez con Munuera,
Y Pablo de Aguilar, y Antonio Hernandez,
Y aquel Hernan Martin, al qual ſeguia,
El gran Chriſtoual Lopez, à quien vimos,
De vna grande pedrada tan ayrado,
Que apenas en el ſuelo fue tendido,
Quando ſe puſo en pie, y aſsi encendido,
Hizo tan gran deſtrozo que no auia,
Quien ya eſperar oſſaſe ſu oſſadia,

En

En eſto Antonio Hernandez Luſitano,
Ganoſo de eſtimarſe por valiente,
En ſus ſoberuias fuerças confiado,
Tanto quiſo meterſe y arriſcarſe,
Que à palos y à pedradas, aſsi muerto,
Auiendo deſtrozado grandes cuerpos,
Fue por ſolo el Sargento ſocorrido,
Pues como Bempol vieſſe la braueza,
De aquel pequeño numero de eſpadas,
Arraſtrando los cuerpos ya difuntos,
Y à cueſtas los heridos retirando,
Socorro fue pidiendo, y luego en eſto,
Aſsi como de Irlanda vn brauo perro,
Con vna grande eſquadra de guerreros,
Gicombo fue embiſtiendo, y Zutancalpo,
Y viendo alli el Sargento que traia,
Vn baruaro gallardo aquel beſtido,
Del caro hermano muerto enſangrentado,
Aſsi como Iacob quedò ſuſpenſo,
De ver la beſtimenta tinta en ſangre,
De ſu Ioſeph querido y regalado,
Aſsi le vimos todos ſuſpendido,
Y luego que algun tanto fue cobrado,
Poniendo en aquel baruaro los ojos,
Para el arremetio con tal braueza,
Qual ſuele vn brauo ſacre arrebatado,
Que de muy alta cumbre ſe abalança,
Sobre la blanca garza, y de encuentro,
La priua de ſentido, y luego à pique,
Hecha vn ouillo toda à tierra viene,
Aſsi de aqueſta ſuerte ſin acuerdo,
Para el ſe abalançò deſatinado,
Y tulliendo y matando, fue rompiendo,
La baruara canalla reformada,
Haſta que por mortaja aquella ropa,
Quedò del miſerable que en vn punto,
Dexò ſin vida y alma alli diſunto,

En

En eſto el gran Gicombo deſembuelto,
Furioſo à todas partes reboluia,
La baruara canalla alli alentando,
Con vno y otro grito, y fue embiſtiendo,
Con todos ſus ſoldados de manera,
Que la pequeña eſquadra Caſtellana,
De todo punto rota alli quedara,
Si el Sargento mayor con gran preſteza,
Pedazos de vn valazo no le haze,
Por lo alto del molledo el dieſtro braço,
Con cuia buena ſuerte venturoſa,
Nunca ſe vio jamas que aſsi bramaſe,
Bertiendo eſpumarajos por la lengua,
La braueza y fiereza deſatada,
Del corajoſo toro jarretado,
Que à todas partes vemos arremete,
La deſtroncada corba ſacudiendo,
Los muy agudos cuernos lebantando,
Qual vimos à Gicombo embrauecido,
Por vna y otra parte rebentando,
De colera deshecha, y aſsi brauo,
Esforçando à los ſuyos les hazia,
Que de los preſtos braços deſpidieſſen,
De flecha, palo, y piedra, tal vertiente,
Qual vemos vn gran poluo, quando eſpeſo,
Los poderoſos vientos nos derraman,
Y en el inter aquellos valeroſos,
Que de falſo embiſtieron al gran muro,
Apenas arrancaron quando luego,
De los cauallos preſto ſe apearon,
Aquel Franciſco Sanchez el Caudillo,
Tras del Diego Robledo, y Simon Perez,
Guillen, y Catalan, Mallea, y Vega,
Tambien Martin Ramirez y Montero,
Ayarde, con Iuan Griego, y aſsi juntos,
Sacudiendo las creſtas lebantadas,
De las brauas zeladas ſe apegaron,

Qual

Qual trepadora yedra al fuerte muro,
Y fingiendo eſcalarle ſoportauan,
De piedra deſgalgada tal tormenta,
Que aſsi como ſe rompe el alto Cielo,
Con vno y otro trueno pauoroſo,
Y con fuerça de rayos nos aſſombra,
Aſsi todos temiendo prohejauan,
Contra la gran tormenta jamas viſta,
De cantos y peñaſcos que embiauan,
Atonitos los baruaros confuſſos,
De ver en Caſtellanos tal prodigio,
Creyendo ſer verdad que via el ciego,
Y que bolaua el que alas no tenia,
Y para mas engaño deſembueltos,
El poderoſo muro acometian,
Los Capitanes, Marquez y Queſada,
El Contador Romero, y Iuan Piñero,
Tambien el prouehedor, y gran Zapata,
Farfan, y Cauanillas, cuios braços,
Aprieſſa eſpeſas balas deſpedian,
Contra Zutacapan, Cotumbo, y Tempal,
Amulco, y gran Parguapo, y brauo Pilco,
Derribando del alto muchos dellos,
Que à pique ſe venian ſin el alma,
Que en la cumbre dexauan con la fuerça,
De los gallardos braços ayudados,
De Iuan Medel, Ribera, y de Naranjo,
Franciſco de Ledeſma, y de Carrera,
Iuan de Pedraça, Olague, y de Zumaia,
Franciſco Vazquez, y Manuel Franciſco,
Marcos Garçia, y Pedro de los Reyes,
Y à bueltas Pedro Sanchez Damiero,
Simon de Paz, Iuan Lopez, y Andres Perez,
Pero Sanchez, Monrroi, tambien Villalua,
Y Fraciſco Martin, y aquel Alonſo,
Que del Rio llamamos, cuias aguas,
A muchos anegando zozobrauan,

Y

Y el Alferez Bañuelos rodeando,
El poderoſo muro, yua blandiendo,
Vna terrible lança de dos hierros,
Tras del el ſuerte braço lebantaua,
En vn cauallo bayo remendado,
De blancas manchas todo bien manchado,
Aquel gallardo Inojos, mal ſufrido,
Carabajal, y Caſas reportado,
Tambien Alonſo Gomez Monteſinos,
La fuerça de las armas fue ſufriendo,
Haſta que ya la noche fue tendiendo,
Su lobrega tiniebla con que todos,
Suſpendiendo la colera encendida,
Las armas repoſaron fatigadas,
Y encargando el Sargento cuidadoſo,
La fuerça de aquel alto ya ganado,
A Pablo de Aguilar, y à Leon de Iſaſti,
A quien Villauicioſa y otros buenos,
Tambien acompañaron como brauos,
El Sargento mayor bajò y en peſo,
Rondò toda la noche, y porque eſtauan,
Dos muy profundas çanjas que partian,
El alto paſſaman que auian ganado,
Para poder paſſarlas mandò preſto,
Que vn buen madero luego ſe ſubieſſe,
Y haziendoſe aſsi ſin que quedaſe,
Mas que aquel pertinaz que auemos dicho,
Todos ſe confeſſaron, y en rompiendo,
La luz de la mañana comulgaron,
Y viendo aquellos baruaros las muertes,
Y eſtrago deſgraciado, y que vencidos,
Yuan de hecho ya y deſtrozados,
A conſejo llamaron, y aſsi juntos,
Notaron que Gicombo y Zutancalpo,
Y el valeroſo Bempol no venian,
Por cuia cauſa juntos acordaron,
Que Mencal ſueſſe luego y los llamaſe,

Por

Por ſer de todos tres muy grande amigo,
Y ſaliendo al efecto vio que eſtaua,
La pobre de Luzcoija lamentando,
El deſtroncado braço de ſu amigo,
A quien con alma y vida le rogaua,
Que mas à la batalla no boluieſſe,
Pues guerfana ſin el alli quedaua,
En eſto llegò Mencal, y de parte,
De toda aquella junta les propuſo,
Que à todos los llamauan, y que fueſſen,
Pues ſin ellos el fuerte mal parado,
Era fuerça perderſe y acabarſe,
Y al fin ſupo tan bien encarecerlo,
Que fue Bempol con el y Zutancalpo,
Sin que poſsible fueſſe que Gicombo,
Con ellos ſe hallaſe, y por ſi acaſo,
Boluieſſen à llamarlo, no le vieſſen,
A Bempol le auiſò ſe retiraua,
A cierta parte oculta de aquel riſco,
Donde los aguardaua ſi boluieſſen,
Y partiendo los dos para la junta,
Viendo que alli Gicombo no venia,
Con grande inſtancia juntos les pidieron,
Que luego le truxeſſen, pues que vian,
Que ſin el era fuerça que aquel fuerte,
Quedaſe para ſiempre deshonrrado,
Y diziendo con eſto otras razones,
Con que les obligaron, luego fueron,
Al retirado pueſto donde eſtaua,
Y tanto le dixeron, que les dixo,
Por voſotros yre, y nunca fuera,
Si aſsi los dioſes juntos lo mandaran,
Y diziendo à Luzcoija ſe quedaſe,
Y en aquel pueſto ſola ſe eſtuuieſſe,
En laſtimoſas lagrimas deshecha,
Alli le reſpondio toda turbada,
Si el Sol mil vezes ſale y ſe me eſconde,

Y las altas Eſtrellas otras tantas,
Vinieren y auſentaren ſus antorchas,
No faltarè ſeñor aunque yo muera,
Del ſolitario pueſto en que me dejas,
Y dejandola alli llegò à la junta,
Y aſsi como le vieron con cuidado,
Luego Zutacapan en pie ſe puſo,
Y dixo: bien ſerà varones nobles,
Que antes que coſa alguna ſe proponga,
Que ſea de Gicombo remediado,
El poderoſo braço mal herido,
Oyendo pues aqueſto, dixo luego,
Yo tuuiera mi braço remediado,
Si como de enemigo yo tomara,
El primero conſejo que me diſte,
Diziendo que à la ſombra de tu maça,
Tendria yo mi vida bien ſegura,
Mas dexemos aqueſto por agora,
Que pide mas reſpueſta lo que callo,
Sepamos que mandais agora juntos,
Al que quiſo tan mal aconſejaros,
Quando dixe ſer bien que à los Caſtillas,
En ninguna manera ſe aguardaſen,
Por cuia cauſa luego replicaron,
Por ſola eſſa razon queremos todos,
Sugetar nueſtras vidas y rendirlas,
A no mas que tu guſto, y deſde luego,
Por General de todos te nombramos,
Y todos como à tal te obedecemos,
Y deſpues que paſſaron grandes coſas,
Y el oficio por fuerça fue acetado,
Del gallardo Gicombo, fue debajo,
De condicion y pacto, firme, expreſſo,
Que ſi el dicho Gicombo memorable,
Y el noble Zutancalpo, y brauo Bempol,
En las preſentes lides y batallas,
Sus vidas acabaſen, y con ellos,

Tam-

Tambien Zutacapan, Cotumbo, y Tempal,
Que en vn ſepulcro juntos con ſus armas,
Fueſſen ſin mas acuerdo ſepultados,
Porque en eſſotra vida los enojos,
Y deſafios graues que tenian,
En las entrañas fijos y arraigados,
Fueſſen de todos juntos fenecidos,
Y que ſi con victoria alli ſalieſſen,
Que entraſen en batalla, y acabada,
Que fueſſe aquella fuerça gouernada,
Por ſolo el General, ſin que ninguno,
Ningun otro dominio pretendieſſe,
Y que ſi caſo juntos la perdieſſen,
Que haſta morir ninguno ſe entregaſe,
Y deſpues de vencidos ſe mataſen,
Los vnos à los otros, ſin que coſa,
Dentro del fuerte viua les quedaſe,
Con cuias condiciones fue exerciendo,
El valiente Gicombo el nueuo oficio,
Y pues nueuo gouierno ya tenemos,
De nueuo, nueua pluma aqui cortemos.

* * * * * *
* * * * *
* * * *
* * *
* *

CAN-

CANTO TREINTA.

COMO AVIENDO ORDENADO EL NUEUO GENERAL A SUS ſoldados, ſe fue á deſpedir de Luzcoija, y batalla que tuuo con los Eſpañoles, y coſas que en ella ſucedieron.

QVANDO contra razon ſe enciende el hombre,
Y fuerça à ſu apetito à que ſe incline,
A emprender vna coſa que es ſin traza,
Con que facilidad aduierte y nota,
Lo que es en pro, y en contra de aquel hecho,
Que aſsi quiere emprender contra juſticia,
Temiendo pues Gicombo, y tracendiendo,
Como prudente, dieſtro y recatado,
Que alli Zutacapan y todo el pueblo,
Iuntos al mejor tiempo le faltaſen,
Hizo comprometieſen y juraſen,
Segun ſus leyes, ritos, y coſtumbres,
Aſsi como Anibal jurò en las haras,
Y altares de ſus dioſes, que enemigo,
Mortal ſeria ſiempre, de Romanos,
Que aſsi inuiolablemente guardarian,
Con grandes penas, vinculos y fuerças,
Las condiciones pueſtas y aſſentadas,
Hecha la cerimonia y celebrado,
El vil ſuperſticioſo juramento,

Fue

Fue por ſu propria mano alli eſcogiendo,
Quinientos brauos baruaros guerreros,
Y en vna gran caberna todos juntos,
Que por naturaleza eſtaua hecha,
Cerca de las dos çanjas que hemos dicho,
Mandò que ſe metieſſen con intento,
Que luego que los vueſtros la paſſaſen,
Salieſſen de emboſcada, y alli juntos,
A todos ſin las vidas los dejaſen,
Y luego que vbo pueſto y encargado,
Al brauo Bempol, Chumpo, y Zutancalpo,
A Calpo, y à Buzcoico, y à Ezmicaio,
A cada qual ſu eſquadra bien formada,
Para mejor meternos en ſus manos,
Con diſcreto recato dio à entendernos,
Que eſtaua todo el pueblo deſpoblado,
Y al tiempo que traſpuſo el Sol luziente,
Y los opacos cuerpos apagados,
Tenian ya ſus ſombras y en ſilencio,
Quedaron los viuientes ſoſſegados,
Salio del mar la noche preſuroſa,
Emboluiendo la tierra en negro velo,
Y antes que las Eſtrellas traſpuſieſſen,
El poderoſo curſo que lleuauan,
A deſpedirſe fue de ſu Luzcoija,
Que eſperandole eſtaua en aquel pueſto,
Donde quiſo dejarla mal herida,
De la fuerça de amor que la abraſaua,
Y aſsi como le vido laſtimada,
Qual ſimple tortolilla que perdida,
La dulze compañia no ſe aſsienta,
En los floridos ramos ni repoſa,
Si no es en troncos ſecos deshojados,
Buelta qual madre tierna que contino,
Al hijo regalado trae colgado,
Del criſtalino cuello, y encendida,
Con el ſe deſentraña y ſe derrite,

En

En amoroſo fuego, y ſe deshaze,
Vencida de ſu amor aſsi la pobre,
Derramando de lagrimas dos fuentes,
Alli ſoltò la boz deſalentada,
Si el grato y limpio amor que te he tenido,
Amandote mil vezes mas que al alma,
Merece que me des algun alibio,
Suplicote ſeñor que no permitas,
Que venga en flor tan tierna à marchitarſe,
La que entender me has dado que fue ſiempre,
Para ti mas guſtoſa, grata y bella,
Que la vida que viues, y que alcanças,
Por cuia cara prenda te ſuplico,
Que ſi vienes ſeñor para boluerte,
Que el alma aqui me arranques, que no es juſto,
Que viua yo ſin ti tan ſola vn hora,
Y aſsi la boz ſuſpenſa, colocando,
Aguardando reſpueſta fue diziendo,
El afligido baruaro ſeñora,
Iuro por la belleza de eſſos ojos,
Que ſon deſcanſo y lumbre de los mios,
Y por aqueſos labios con que cubres,
Las orientales perlas regaladas,
Y por aqueſtas blandas manos bellas,
Que en tan dulze priſion me tienen pueſto,
Que ya no me es poſsible que me eſcuſe,
De entrar en la batalla contra Eſpaña,
Por cuia cauſa es fuerça que te alientes,
Y que tambien me esfuerçes, porque buelua,
Aqueſta triſte alma à ſolo verte,
Que aunque es verdad que teme de perderte,
Firme eſperança tiene de gozarte,
Y aunque mil vezes muera te prometo,
De boluer luego à verte y conſolarte,
Y porque aſsi querido amor lo entiendas,
El alma y coraçon te dexo en prendas,
Y aſsi ſe deſpidio porque venia,

La

La luz de la mañana ya rayando,
Y entrando en la caberna con los ſuyos,
Entrò luego la luz, y fue bordando,
De ricos arreboles todo el Cielo,
En cuio tiempo fuerte y coiuntura,
Diziendo Miſſa el Padre fray Alonſo,
La fieſta de ſu nombre celebraua,
Y auiendonos à todos comulgado,
Del Altar ſe boluio y aſsi nos dixo,
Caualleros de Chriſto valeroſos,
Y de nueſtra ley ſanta defenſores,
No tengo que encargaros à la Igleſia,
Pues como nobles hijos aueys ſiempre,
Preciadoos de ſerbirla y reſpetarla,
Por Ieſu Chriſto pido, y os ſuplico,
Y por ſu ſangre ſanta que ſe enfrenen,
En verter la que alcança el enemigo,
Los agudos cuchillos lo poſsible,
Que aqueſe es el valor de Caſtellanos,
Vencer ſin ſangre y muerte, al que acometen,
Y pues à Dios lleuais en vueſtras almas,
A todos os vendiga y os alcançe,
Su mano poderoſa, y yo en ſu nombre,
A todos os vendigo, y alcançada,
La vendicion del Padre Religioſo,
Al alto paſſaman ſubimos luego,
Donde todos notamos deſde aſuera,
Que el pueblo deſpoblado todo eſtaua,
Y que anima viuiente no ſe via,
Por cuia cauſa luego las dos çanjas,
Del fuerte paſſaman paſſaron treze,
Sin orden ni permiſo del Sargento,
Y no bien todos juntos ocuparon,
Los terminos vedados, quando luego,
De la horrible caberna fue embiſtiendo,
El valiente Gicombo rebramando,
Y qual el vallenato que herido,

Del

Del aſpero harpon y hierro brauo,
Vn humo eſpeſo de agua en alto eſparce,
Y azota con la cola el mar y hiende,
Por vna y otra parte ſobre aguando,
El eſpacioſo lomo y deſabrido,
Bufando y ſin ſoſsiego va haziendo,
Mil remolinos de agua aſsi ſañudo,
Las poderoſas armas lebantadas,
Con todos embiſtio y fue rompiendo,
Y viendo al enemigo tan à pique,
Los nueſtros todos juntos diſpararon,
Los preſtos arcabuzes, y aunque à muchos,
Por tierra derribaron, fueles ſuerça,
Por no poderles dar ſegunda carga,
Venir à las eſpadas y rebueltos,
Los vnos con los otros, no pudimos,
Darles ningun ſocorro, porque auian,
Lleuado aquel madero que ſubieron,
A la ſegunda çanja, y no notaron,
Dejauan ſin paſſage à la primera,
Y aſsi todos rebueltos en confuſſo,
Soterrando las dagas, y los filos,
De las viuas eſpadas grande giſa,
De miſerables cuerpos deſtrozados,
Y vn matadero horrendo ya tenian,
Y aſsi ſoberuios, brauos, encendidos,
Alli los dos hermanos valeroſos,
Chriſtoual Sanchez, y Franciſco Sanchez,
Y el Capitan Queſada, y Iuan Piñero,
Franciſco Vazquez, y Manuel Franciſco,
Cordero, Iuan Rodriguez, y Pedraza,
Aſsi como los dedos de la mano,
Que ſiendo deſiguales ſe emparejan,
Los vnos con los otros y ſe ajuſtan,
Quando cerrado el puño deſpedaçan,
Alguna coſa fuerte y la deſtrozan,
Aſsi conformes todos ſe aunaron,

Los

Los vnos con los otros y embiſtieron,
Y abriendo grandes fuentes derramaron,
Por los baruaros pechos y coſtados,
Ojos, cabeças, piernas, y gargantas,
De freſca ſangre arroyos caudaloſos,
Por cuias brauas bocas eſpantoſas,
Las almas temeroſas preſta fuga,
Yuan haziendo todas por no verſe,
En manos tan ſoberuias, y tras deſto,
Carraſco, Iſaſti, Caſas, Monteſinos,
Haſta los codos rojas las eſpadas,
Los poderoſos braços exercian,
Haſta que Zutancalpo, y gran Buzcoico,
Entraron de refreſco y retiraron,
A vueſtros Eſpañoles con tal fuerça,
Que arrinconados todos à vn repecho,
Que eſtaua vn tanto hondo y reparado,
De la fuerça de piedra que ſobre ellos,
Sin laſtimar à nadie deſcargauan,
Con prieſſa tan ſobrada que enterrados,
Alli quedaron todos ſin remedio,
Viendo pues zozobrada y anegada,
Aquella nauecilla el brauo joben,
A grandes vozes dixo que vn madero,
Al punto ſe ſubieſſe y ſe guindaſe,
Oyendo pues aqueſto retireme,
Porque entendi ſeñor que à mi dezia,
Coſa de nueue paſſos, y qual Curcio,
Caſi deſeſperado fue embiſtiendo,
Aquella primer çanja, y el Sargento,
Penſando que pedazos me haria,
Aſsiome del adarga, y ſi no ſuelta,
Sin duda fuera aquel el poſtrer tiento,
Que diera à la fortuna yo en mi vida,
Mas por largarme preſto ſui alentando,
La fuerça de aquel ſalto de manera,
Que al fin ſaluè la çanja y el madero,

No libre de temor y de rezelo,
Fuy como mejor pude alli arraſtrando,
Y pueſto en el paſſage los dos pueſtos,
Paſſaron con preſteza alli los vueſtros,
Y apenas el clarin alto tocaron,
Quando de aquel repecho donde eſtauan,
Nueſtros caros amigos ſoterrados,
Iuntos ſalieron todos, qual es fuerça,
Que al ſon de la trompeta ſe lebanten,
El dia de la cuenta poſtrimera,
De ſus ſepulcros todos los difuntos,
Y viendo aſsi la plaça que perdida,
Eſtaua por noſotros ya ganada,
Rebentando de empacho y corrimiento,
Como encendidas braſas que enterradas,
De las cenizas ſalen abraſando,
Aſsi furioſos, viuos, deſembueltos,
Mas fieros que brauiſsimos leones,
Arremetieron todos ayudados,
Del Capitan Romero, y Iuan Velarde,
Carabajal, Bañuelos, y Archuleta,
De Lorenço Salado, y de Zubia,
Y de otros muchos nobles Eſpañoles,
Que à dieſtro y à ſinieſtro deſpachauan,
Idolatras aprieſſa deſta vida,
Por cuia cauſa el fuerte Zutancalpo,
Con el brauo Gicombo, y con Buzcoico,
Qual ſuele el mar rebuelto y alterado,
Heruir por todas partes lebantando,
Valientes cumbres de agua, y cimas brauas,
Bañando el alto Cielo, y que ſoberuio,
En ſi ſe hincha, crece, gime y brama,
Y en poderoſas rocas quiebra y rompe,
Su furia deſatada, y no ſoſsiega,
En tanto que los vientos no reprimen,
La fuerça de ſus ſoplos, y ſe mueſtran,
En ſoſſegada calma reportados,

Aſsi

Aſsi eſtos brauos baruaros feroces,
Que los ſuyos alentando les dezian,
Que de los preſtos arcòs deſpidieſſen,
De flecha tanta ſuma como ſuele,
Llouer y granizar el alto Cielo,
Eſpeſas gotas de agua y de granizo,
Con cuia braua fuerça mal heridos,
Dexaron à Queſada, y al Alferez,
Carabajal, y buen Antonio Hernandez,
A Franciſco Garçia, y à Liçama,
En eſte medio tiempo fue poniendo,
Aſencio de Archuleta firme al pecho,
La coz del arcabuz, y fue tomando,
La brujula y el punto de manera,
Que ſin ſaber por donde, o como fueſſe,
Atraueſò con quatro brauas balas,
Al mayor camarada, y mas amigo,
Que jamas tuuo el pobre en eſta vida,
O diuino paſtor y como arrojas,
Tu muy ſanto cayado y le endereças,
Para la oueja triſte deſmandada,
Que lejos del rebaño à ſu aluedrio,
Muy largo trecho vemos ſe remonta,
Cuio caſtigo juſto bien nos mueſtra,
El infelix Salado pues que viendo,
Ocho mortales bocas reſpirando,
Por ſus eſpaldas, pechos, y coſtados,
Encogiendo los hombros y los ojos,
Al lebantado Cielo deſplegando,
Aſsi esforçò la boz à Dios el pobre,
Señor dos años ha que no confieſſo,
Por mas que mis amigos me han rogado,
Conozco mi Señor que te he ofendido,
Y ſolo te ſuplico que me aguardes,
A que limpie las manchas que manchada,
Tienen el alma triſte redimida,
Por la precioſa ſangre que vertiſte,

Sabi-

Sabida la desgracia luego vino,
El Sargento mayor à mucha priessa,
Y porque confessase luego quiso,
Que seys buenos soldados le bajasen,
Y entendido por el aquel socorro,
Alli le suplicò con muchas veras,
Que pues à solas siempre auia ofendido,
A Dios nuestro Señor, que le dexassen,
Que à solas su remedio procurase,
Y viendo quan de veras le pedia,
Dandole gusto en esto con descuido,
Mandò que con el fuessen los nombrados,
Pues yendole sigiendo dio en vn risco,
De soberuia caida, donde vido,
Vn demonio grimoso que le dixo,
Soldado valeroso, si pretendes,
Salir triunfando desta triste vida,
Arrojate de aqui, que yo en las palmas,
Sustentare tu cuerpo, sin que pueda,
Recebir detrimento en parte alguna,
Oyendo aquesto el triste baptizado,
Turbado de temor y de rezelo,
Assi le respondio cobrando esfuerço,
Vete de aqui maldito, no me tientes,
Que soy de Dios soldado, y si he seguido,
Tus banos estandartes, ya no es tiempo,
De tanta desbentura, y reboluiendo,
Las fatigadas plantas fue tomando,
El camino derecho, y fue bajando,
Al pauellon del Padre, donde luego,
Que confessò sus culpas, y fue absuelto,
Alli quedo sin alma y sin sentido,
Vendigante los Angeles Dios mio,
Que assi las llagas curas, y nos muestras,
Que quando mas afliges y deshazes,
Al miserable cuerpo que nos diste,
Que entonces viue el alma y se lebanta,

Para

Para la ſuma alteza y excelencia,
Que à todos nos eſpera, y nos aguarda,
Y porque a mas andar ſe va encendiendo,
La fuerça de batalla, y yo me ſiento,
Sin fuerças ni valor para ſeguirla,
Quiero parar aqui para eſcreuirla.

CANTO TREINTA Y VNO.

COMO SE FVE PROSIGVIENDO LA BATALLA, HASTA alcanzar la victoria, y como ſe pegó fuego á todo el pueblo, y de otras coſas que fueron ſucediendo.

SIEMPRE la preuencion y diligencia,
Haſtuta vigilancia, y el cuidado,
De no perder jamas vn ſolo punto,
Eſtando en la batalla el buen guerrero,
Es lo que mas encumbra, y mas lebanta,
El claro reſplandor, y la grandeza,
De los heroicos hechos hazañoſos,
Que aſsi vemos emprende y acomete,
Con cuias buenas partes el Sargento,
Pero Sanchez Monrroi, Marcos Garcia,
Martin Ramirez, y Chriſtoual Lopez,
Iuan Lucas, Iuan de Olague, y Cabanillas,
Iuan Catalan, Zapata, y Andres Perez,
Franciſco de Ledeſma, y el buen Marquez,
No tienden apañando con mas ayre,
La corba hoz los dieſtros ſegadores,
Quando aprieſſa añudan ſobre el braço,

Vna

Vna y otra manada, y aſsi juntos,
Lebantan por mil partes ſus gauillas,
Como eſtos brauos y altos combatientes,
Que en vn grande ribaço tropeçando,
De cuerpos ya difuntos no ceſſauan,
De derramar aprieſſa grande ſuma,
De freſca y roja ſangre con que eſtaua,
Por vna y otra parte todo el muro,
Bañado y ſangrentado ſin que coſa,
Quedaſe que teñida no eſtuuieſſe,
Mas no por eſto amainan y ſe rinden,
Los baruaros furioſos, mas qual vemos,
Crecer y lebantar las brauas llamas,
De poderoſos vientos combatidas,
Que mientras mas las ſoplan y combaten,
Mas es ſu braua fuerça y gran pujança,
Aſsi feroces todos rebramando,
A boca de cañon arremetian,
Sin miedo ni rezelo de la fuerça,
De las ſoberuias balas que à barriſco,
A todos los lleuauan y acabauan,
Y viendo el de Zaldiuar tal fiereza,
Como valiente tigre que acoſado,
Se ve de los monteros, y rabioſo,
Contra los hierros buelue y perros brauos,
Que aſsi le van ſiguiendo y hoſtigando,
Y à fuerça de los dientes y los braços,
A todos los retira, eſparce, y hiere,
Aſsi vueſtro Eſpañol furioſo ayrado,
La poderoſa dieſtra alli rebuelue,
Y anduuo la batalla en ſi tan fuerte,
Y de ambas partes tanto enſangrentada,
Que ſolo Dios inmenſo alli les era,
Baſtante à reprimir ſu fuerça braua,
Por cuia gran braueza luego quiſo,
El haſtuto Sargento ſe guindaſen,
Dos pieças de campaña, y en el inter,

Hablan-

Hablando con los ſuyos les dezia,
Fundamento de caſas ſolariegas,
Columnas de la Igleſia no vencida,
Eſpejo de esforçados, cuios pechos,
Merecen con razon eſtar honrrados,
Con rojas cruzes blancas, y con verdes,
Oy ſuben vueſtras obras à la cumbre,
Y mas alto omenage que Eſpañoles,
Nunca jamas aſsi las lebantaron,
No las dexeis caer, tened el peſo,
Que aſsi ſuſtenta y peſa la grandeza,
Del hecho mas honrroſo, y mas gallardo,
Que jamas nunca vieron braços nobles,
En eſto las dos piezas ſe ſubieron,
Y aſſentadas al pueſto y à la parte,
Por donde à caſo fueron embiſtiendo,
Trecientos brauos baruaros furioſos,
Terribles gritos todos lebantando,
Y aſsi como de hecho arremetieron,
De preſto las dos pieças regoldaron,
Cada dozientos clauos, y con eſto,
Qual ſuelen las hurracas que eſpantadas,
Suſpenden los chirridos y graſnidos,
Con la fuerça de poluora que arroja,
De municion gran copia, con que vemos,
Eſcapar à las vnas y à las otras,
Quedar perniquebradas, y otras muertas,
Y otras barriendo el ſuelo con las alas,
El negro pico auierto, y con las tripas,
Arraſtrando raſgadas las entrañas,
No de otra ſuerte juntos todos vimos,
De ſubito gran ſuma de difuntos,
Tullidos, mancos, cojos, deſtroncados,
Auiertos por los pechos mal heridos,
Raſgadas las cabeças y los braços,
Auiertos por mil partes, y las carnes,
Vertiendo viua ſangre agonizando,

Las

Las inmortales almas deſpedian,
Dexando alli los cuerpos palpitando,
Con cuias muertes Qualco corajoſo,
Qual ſuele el eſpadarte que en la fuerça,
Del eſpeſo cardume embiſte y raſga,
Las mallas de las redes y las rompe,
Y à los opreſſos pezes aſſegura,
Y libre libertad les da y gallardo,
Blandiendo el ancho lomo y fuerte eſpada,
Las criſtalinas aguas va hendiendo,
Deſempachado, alegre, ſuelto, y ledo,
Aſsi el fuerte baruaro imbencible,
En ſus valientes fuerças ſuſtentado,
Y con razon, pues dos valientes toros,
En los llanos de Zibola rendidos,
A ſus valientes braços vieron tuuo,
Auiendo derramado alli à los nueſtros,
Y hecho vna ancha plaça como vn toro,
Para Diego Robledo fue embiſtiendo,
Con vna corta maça y en llegando,
Para el valiente Roble fue largando,
La hoja el Eſpañol, y fue bajando,
La maça poderoſa, y todo aquello,
Que la eſpada excedia, fue colando,
Por el baruaro pecho y ancha eſpalda,
La riguroſa punta de manera,
Que de vna y otra vanda atraueſado,
El poderoſo Qualco mal herido,
Alli largò la maça, y con el puño,
Auiendole otra vez atrabeſado,
Le dio tan grande golpe en el coſtado,
Que dio con el hipando, y boqui auierto,
Caſi por muerto en tierra, y con preſteza,
Antes que recobraſe algun aliento,
Aſsiole por la pierna, y como vemos,
Al ruſtico villano quando aſsienta,
El mazizo guijarro en lo mas ancho,

De

De la rebuelta honda, y ſobre el braço,
Dandole en torno bueltas le deſpide,
Zumbando por el concabo del ayre,
No de otra ſuerte Qualco reboluiendo,
Con vna y otra buelta al brauo Roble,
Por encima del braço y la cabeça,
No bien le deſpidio dos largas hraças,
Quando ſin alma el baruaro difunto,
Caiò tendido en tierra, y tras deſto,
Viendoſe el Eſpañol alli arraſtrado,
De generoſa afrenta ya vencido,
Cobrandoſe furioſo fue embiſtiendo,
Qual regañado gato que à los bofes,
Con la maganta hambre ſe abalança,
Y alli los dientes claua y ſe afierna,
Con las agudas vñas lebantando,
La cola regordida y pelo hierto,
Y en el difunto cuerpo tropezando,
Suſpenſo ſe quedò alli temblando,
Notando la gran fuerça que alcançaua,
Y la poca que muerto alli tenia,
En eſto el gran Zapata, y buen Cordero,
Cortes, Franciſco Sanchez, y Pedraza,
Ribera, Iuan Medel, y Alonſo Sanchez,
Iuan Lopez, y Naranjo, y noble Ayarde,
Simon de Paz, Guillen, Villauicioſa,
Carabajal, Montero, con Villalua,
Dieron en pegar fuego por las caſas,
Por ponerles temor, mas no por eſto,
Algun tanto amainauan, o temian,
La fuerça de las armas que cargauan,
Viendo pues el Sargento la braueza,
Dureza y pertinacia con que à vna,
Los baruaros furioſos combatian,
Por no ver ya tan gran carnizeria,
Qual ſuele el podador haſtuto y cauto,
Que juzga bien la cepa tiende y pone,

La viſta cuidadoſa en cada rama,
Y luego que la ha viſto corta y tala,
Los mal compueſtos braços y rebiejos,
Con todo lo ſuperfluo mal trazado,
Y dexa con deſtreza y buen acuerdo,
Las varas con las vcas y pulgares,
Que dizen eſquilmenas prouechoſas,
Aſsi mirando el campo el gran guerrero,
La ſoldadeſca toda entreſacando,
De ſus deuidos pueſtos ſeñalados,
Mandò que de ſu parte les dixeſſen,
Miraſen el eſtrago y el deſtrozo,
De tantos miſerables como eſtauan,
Tendidos por el ſuelo, y ſe dolieſſen,
De aquella ſangre y cuerpos que el les daua,
Palabra y ſee de noble cauallero,
De guardarles juſticia, y con clemencia,
Mirar todas ſus cauſas, qual ſi fuera,
Su verdadero padre, y luego al punto,
Arrojando de flecha grande ſuma,
Como rabioſos perros reſpondieron,
No les trataſen deſto, y que apretaſen,
Las armas y los dientes con los puños,
Porque ellos y ſus hijos, y mugeres,
Era fuerça acabaſen y rindieſſen,
Sus vidas, y ſus almas, y ſus honrras,
En las lides preſentes, y con eſto,
Combatiendo furioſos embeſtian,
A morir, o vencer, con tanta fuerça,
Que paſmo y grima à todos nos cauſaua,
Por cuia cauſa luego acobardado,
Penſando por aqui tener ſalida,
Zutacapan ſe vino y pidio pazes,
Al gallardo Sargento, y èl contento,
Sin conocer quien fueſſe aquel aleue,
Luego le dixo dieſſe y entregaſe,
Solos los principales que cauſaron,

El

El paſſado motin, y que con eſto,
Haria todo aquello que pudieſſe,
Nunca ſe vio jamas que aſsi temblaſe,
De vn ſolo toque manſo y blanda mano,
La tierna argenteria, qual temblaua,
Aqueſte bruto baruaro, del dicho,
Y aſsi ſuſpenſo, triſte, y rezeloſo,
No bien por el ocaſo derribaua,
Con poderoſo curſo arrebatado,
El Sol ſu bello carro y traſponia,
La lumbre con que à todos alumbraua,
Quando el triſte poblacho todo eſtaua,
En dos partes diuiſo y apartado,
Los vnos y los otros temeroſos,
De la fuerça de Eſpaña y ſu braueça,
Y luego que la luz ſalio encendida,
Deſpues de auer los baruaros tratado,
Sobre eſtas pazes todos grandes coſas,
Viendo Zutacapan ſer el primero,
Que el paſſado motin auia cauſado,
Con todos ſus amigos y ſequazes,
Quales hojoſos boſques ſacudidos,
Del poderoſo boreas, y alterados,
Que aſsi en monton confuſſo ſe rebueluen,
Por vna y otra parte, y ſe ſacuden,
Las pajas lebantando, y alterando,
Sus lebantadas cimas, y en contorno,
Todos por todas partes ſe remecen,
Aſsi eſtos pobres baruaros perdidos,
Boluieron à las armas de manera,
Que tres dias en peſo los ſoldados,
No comieron, durmieron, ni bebieron,
Ni ſe ſentaron, ni las fuertes armas,
Dexaron de los puños derramando,
Tanta ſuma de ſangre que anegados,
Eſtauan ya, y canſados de verterla,
En eſto ya yua el fuego lebantando,

Vn

Vn vapor inflamado poco à poco,
Todas las triſtes caſas calentando,
Y luego en breue rato fue cobrando,
Vigor baſtante, y por el ſeco pino,
De las teoſas caſas y apoſentos,
Reſtallando los techos por mil partes,
Vn muy eſpeſo, denſo, y tardo humo,
Como grueſſos vellones las ventanas,
Por vna y otra parte reſpirauan,
Y como fogoſiſsimos bolcanes,
Bolando hazia el Cielo deſpedian,
Gran ſuma de centellas y de chiſpas,
Y aſsi los brutos baruaros furioſos,
Viendoſe ya vencidos ſe matauan,
Los vnos à los otros de manera,
Que el hijo al padre, y padre al caro hijo,
La vida le quitaua, y demas deſto,
Al fuego juntos otros ayudauan,
Porque con mas vigor ſe lebantaſe,
Y el pueblo conſumieſſe y abraſaſe,
Solo Zutacapan y ſus amigos,
Huiendo de cobardes por no verſe,
En manos de Gicombo ſe eſcondieron,
En las cueuas y ſenos que tenia,
La fuerça del peñol, cuia grandeza,
Segundo labirinto ſe moſtraua,
Segun eran ſus cueuas y eſcondrijos,
Sus ſalidas y entradas, y apoſentos,
Y viendo el General y brauo Bempol,
Que todos ſe matauan y cumplian,
La fuerça de aquel pacto que jurado,
Eſtaua de matarſe, ſi vencidos,
Salieſſen de los braços Caſtellanos,
Iuntos determinaron de matarſe,
Y aſsi por eſta cauſa temeroſos,
De mal tan incurable, por no verſe,
En braços de la muerte, les hablaron,

Cier-

Ciertos amigos triſtes encogidos,
Pidiendoles con veras ſe rindieſſen,
Y que las vidas juntos reſcataſen,
Por cuia cauſa luego replicaron,
Los pertinaces baruaros furioſos,
Dezidnos Acomeſes deſdichados,
Que eſtado es el que Acoma oy tiene,
Para emprender vn caſo tan infame,
Qual eſte que pedis, dezid agora,
Que refugio penſais que os dexa el hado,
Luego que aqueſtas pazes celebradas,
Eſten con los Caſtillas con firmeza,
No hechais de ver que auemos ya llegado,
Al vltimo dolor y poſtrer punto,
Donde ſin libertad es fuerça todos,
Viuamos como infames triſte vida,
Acoma vn tiempo fue, y en alta cumbre,
Vimos ſu heroico nombre lebantado,
Y agora aquellos dioſes que la mano,
Le dieron por honrrarla y lebantarla,
Vemos que la ſubieron, porque fueſſe,
Su miſera ruina mas ſentida,
De aquellos miſerables que eſperamos,
En tan debil flaqueza tal firmeza,
Por cuia cauſa juntos acordamos,
Si eſtais como noſotros entendemos,
Firmes en la promeſa que juramos,
Que à la felice muerte las gargantas,
Las demos y entreguemos, pues no queda,
Para nueſtra ſalud mayor remedio,
Que perder la eſperança que nos queda,
De poder alcançarle y conſeguirle,
Y luego que con eſto otras razones,
El brauo General les fue diziendo,
Maximino, Macrino, ni Maxencio,
Procruſtes, Diocleciano, ni Tiberio,
Neron, ni todo el reſto de crueles,

Con

Con ninguno moſtraron ſu braueza,
Mas braua, mas atroz, ni mas terrible,
Que eſtos conſigo miſmos ſe moſtraron,
No ſolo los varones, mas las hembras,
Las vnas como Dido abandonaron,
Sus cuerpos, y en las llamas perecieron,
Y aſsi como eſpartanos ſus hijuelos,
Tambien à dura muerte ſe entregaron,
Otras los arrojauan y lançauan,
En las ardientes llamas, y otras triſtes,
Con ellos abraſadas deſde el muro,
Las vimos con esfuerço deſpeñarſe,
Otras qual Porcia arprieſſa ſatisfechas,
De braſas encendidas acabauan,
Otras el tierno pecho qual Lucrecia,
Con dura punta roto deſpedian,
Las almas miſerables, y otras muchas,
Con otros muchos generos de muertes,
Sus vidas acabauan y rendian,
En eſte medio tiempo las hermanas,
Del brauo Zutancalpo desbalidas,
Fuera de ſi ſalieron à buſcarle,
Por acabar con el la triſte vida,
Cuio dolor azerbo y triſte llanto,
Quiero cantar ſeñor en nueuo canto.

* * * * * *
* * * * *
* * * *
* * *
* *

CAN-

CANTO TREINTA Y DOS.

COMO ZVTANCALPO FVE HALLADO POR SVS QVATRO hermanas, y del fin y muerte de Gicombo, y de Luzcoija.

QVE peña lebantada, o fuerte roca,
Puede ſer del ſoberuio mar ayrado,
Mas braua y atrozmente combatida,
Que nueſtra vida triſte miſerable,
Si lo miramos bien los mas mortales,
A quien la cruel ſoberuia deſmedida,
Y ambicion vil, frenetica, furioſa,
Iamas pudo hartar al alto ceptro,
A la Real corona y brauo trono,
Al pobrecillo aſsiento y bajo eſtado,
O triſte condicion de humana vida,
Sugeta y pueſta à beſtias tan ſedientas,
En cuia abara fuente, vil infame,
De ſu canina ſed jamas contenta,
Pretende cada qual ſacar hartura,
Que preſtaron al noble Zutancalpo,
Auer con tanta fuerça contradicho,
Los furioſos intentos paternales,
Que tantas vidas tienen acabadas,
Y tantos buenos hombres conſumidos,

Y tantas nobles caſas abraſadas,
O cruel Zutacapan, porque quiſiſte,
Yr contra la corriente que lleuaua,
El ſoſſegado pueblo ya perdido,
Y aquel gallardo joben que engendraſte,
Que preſtaron los retos y braueza,
Con que turbaſte tantos inocentes,
Que el brauo y fiero orgullo que puſiſte,
Para que Caſtellanos lebantaſen,
Contra tu corto esfuerço armadas,
Que preſto auer la tregua quebrantado,
Palabra y fee de paz auer rompido,
De que vil furia fuiſte arrebatado,
Para que con altiuo penſamiento,
Mouieſſes tan ſin cauſa injuſta guerra,
O ſoberuia que porque ſiempre ſobras,
Aſsi fue bien que el nombre te puſieſſen,
Y aſsi como ſobrada te lebantas,
Y tanto mas te ſubes y te encumbras,
Quanto es mas bajo aquel que te pretende,
No ſiente la ambicion bruta furioſa,
Deſte atreguado baruaro perdido,
La perdida y deſgracia miſerable,
Que por ſola ſu cauſa le ha venido,
Al deſdichado pueblo deſgraciado,
Cuias plaças y muros lebantados,
Solos arroyos, charcos, y lagunas,
De freſca ſangre vemos reboçando,
Con gran ſuma de cuerpos ya difuntos,
Por cuias fieras llagas temerarias,
Terribles quajarones regoldauan,
Tempanos y ſangraza nunca viſta,
A bueltas del ſuſtento mal digeſto,
Que por alli tambien le deſpedian,
Por do las pobres almas eſcapauan,
Por cuio atroz eſtrago no hecha menos,
Al noble Zutancalpo à quien ſalieron,

No

No mas que por bufcarle de fu cafa,
Quatro hermanas donzellas que tenia,
Preffas de mortalifsimas congojas,
Y desfogando por fu aufencia en vano,
De lo intimo del alma ya canfada,
Entrañables fufpiros y gemidos,
Reboluiendo los cuerpos defangrados,
Por ver fi entre ellos à fu caro hermano,
Acafo ver pudieffen, porque auia,
Paffado vna gran pieça fin que fueffe,
De algun amigo vifto, o defcubierto,
Mocauli, la mayor de todas ellas,
Reboluio por feys vezes vn difunto,
Y como es cierto que la fangre llama,
Otra quifo tomarle y reboluerle,
Y viendo fer aquel tefsoro grande,
Y por quien fiempre todas fueron ricas,
Sin que pudieffen defcubrir qual fueffe,
La fuerça del efpada rigurofa,
Que por tan fieras bocas defmedidas,
Le hizo defpedir el alma braua,
Con prefurofos gritos esforçados,
A palma auierta, y puño bien cerrado,
Començò à laftimar fu roftro bello,
Y qual vemos que acuden al ladrido,
De la prefta y folicita podenca,
Las demas codiciofas de la caça,
Con lebantados faltos alentados,
Y vna y otra corrida prefurofa,
Afsi las tres hermanas desbalidas,
Partieron con prefteza y fin fentido,
Con defapoderado curfo al puefto,
De aquella que pedazos fe hazia,
Sobre el querido hermano defangrado,
Y juntas todas quatro à manos llenas,
Las mas crecidas hebras arrancauan,
De las pobres cabeças inocentes,

 Las

Las roſadas megillas golpeando,
Con vna y otra mano lebantada,
Y deſpues que le vbieron bien llorado,
Sobre vn gran tablon luego le puſieron,
Y encima de ſus hombros le lleuaron,
Con funebre dolor, triſte, afligido,
Para ſu antigua caſa ya abraſada,
Y luego que la madre deſdichada,
Tuuo delante de ſus triſtes ojos,
El horrendo eſpectaculo que vido,
Sin piedad deſgarrandoſe la cara,
Y la madeja ſuelta de cabellos,
Aſsi empeçò la pobre à lamentarſe,
Dioſes ſi en flor tan tierna aueis querido,
Quitar aqueſta pobre deſdichada,
Vn hijo malogrado que le diſtes,
Dezid ſi aqueſte punto he ya llegado,
Y à tan perdido eſtado he ya venido,
Qual otro mal podeis tener guardado,
Eſte vltimo quebranto y poſtrer duelo,
Solamente reſtaua que vinieſſe
A mi pobre vegez, triſte afligida,
Y vertiendo de lagrimas gran lluuia,
Con el brauo dolor y amor fogoſo,
Del tragico furor enterniçada,
Cien mil gemidos triſtes redoblaua,
Que del anſiado pecho le ſalian,
Y como la deſeſperada furia,
Es el mas cruel y capital verdugo,
De aquel que ſemejante mal padece,
Aſsi deſeſperada y con deſpecho,
Sobre vn gran fuego ſe lançò de eſpaldas,
Y tras della las quatro hermanas triſtes,
Tambien alli quiſieron abraſarſe,
Sobre el querido hermano ya difunto,
Que aſsi juntas con el ſe abalançaron,
Iunto à la miſma madre que ſe ardia,

Y qual ſuelen groſiſsimas culebras,
O ponçoñoſas viuoras ayradas,
Las vnas con las otras retorcerſe,
Con apretados ñudos, y enrroſcarſe,
Aſsi las miſerables ſe enlazauan,
Por aquellas cenizas y reſcoldo,
Que amollentado y fofo à borbollones,
Hiruiendo por mil partes reſoplaua,
Y reſtriuando ſobre viuas braſas,
Con hombros, pies, y manos juntamente,
Inſtauan por ſalir mas era en vano,
Porque aſsi como vemos yrſe à fondo,
A aquellos que en profundo mar ſe anegan,
Que con piernas y braços ſin prouecho,
Cortan el triſte hilo de ſus vidas,
Y en tiempo deſdichado, corto y breue,
Las inmortales almas oprimidas,
De las mortales carceles eſcapan,
Aſsi eſtas malogradas fenecieron,
Dando en aquella vltima partida,
Los poſtreros abraços bien ceñidos,
Y deſpidiendo aſsi la dulze patria,
Dieron el longum vale à las cenizas,
En que todas quiſieron reſoluerſe,
Paſſado aqueſte miſero ſuceſſo,
Otro le ſucedio tambien eſtraño,
Que eſſo tiene la mal ſegura rueda,
Ser incierta en que el bien nos venga eſtable,
Y cierta en que el mal ſiempre nos perſiga,
Y aſsi podeis notar Rey poderoſo,
Que como en eſte mundo antojadizo,
Vnos con anſias buſcan y apetecen,
Aquello que los otros aborrecen,
Por eſcapar la vida fue ſaliendo,
Vn conozido baruaro valiente,
Con tan deſatinado y preſto curſo,
Que aſsi como ſe eſcriue que corrieron,

Efi-

Efsido, y Orion, con gran presteza,
El vno por encima de las aguas,
Y el otro por las puntas de los trigos,
Sin que ninguna arista se doblase,
Y sin que el agua en parte se sintiesse,
Assi con esta misma ligereza,
Corriendo por encima de las llamas,
Vimos al brauo Pilco presuroso,
Qual fiera salamandria que en el fuego,
Sin pesadumbre passa y se sustenta,
Y por solo estoruarle la corrida,
Antes que se saliesse y ausentase,
Gran suma de balazos le tiraron,
Y auiendose escapado de las brasas,
Y del rigor y fuerça de pelotas,
Vino à parar à manos de vn soldado,
Leon por nombre, y por su grande esfuerço,
Estos dos combatieron larga pieça,
Con gran fuerça de golpes denodados,
Y descargando el baruaro la maça,
Con furia arrebatada fue saliendo,
El gallardo Español con tal destreza,
Que la hizo pedazos el membrudo,
Traiendo el golpe en vano, y sin prouecho,
Sobre vna grande piedra que aferrada,
Estaua con el muro poderoso,
Con cuio buen sucesso, y con que vido,
Que por el suelo casi le arrastraua,
Al saluage la greña que tenia,
Por ella le prendio con fuertes garras,
Y qual suele euadirse y deslizarse,
La suelta anguila, de la fuerte mano,
Assi de entre sus fuertes braços vimos,
Salir al brauo baruaro guerrero,
Lançandole de si, como si fuera,
Muy libiana pelota despedida,
Con lebantada pala gouernada,

De

De vn poderoſo braço bien fornido,
Paſmado el Eſpañol de aquel ſuceſſo,
Vencido de verguença y corrimiento,
De verſe de tal preſſa deſſaſido,
Aſsi como libiana y triſte ſombra,
Que ſigue al cuerpo opaco, y no ſe empacha,
En la carrera, buelo, y preſto curſo,
Que va ſin detenerſe aſsi ſiguiendo,
Al miſerable baruaro perdido,
Tanta prieſſa le dio con el eſpada,
Quanta el membrudo alarabe ligero,
Con vno y otro ſalto le dexaua,
Los golpes en el ayre deſmentidos,
Haſta que por grandiſsima ventura,
Se le vino à meter por vn eſtrecho,
Por donde el muro con aguda punta,
Mas de ſetenta eſtados derramaua,
De terrible vertiente bien cumplidos,
Deſde cuia alta cumbre poderoſa,
Eſtando todo el campo bien atento,
Se arrojò aquel indomito guerrero,
Con tan vizarro aliento, que ſuſpenſos,
Los leales coraçones palpitando,
A todos nos dexò deſatinados,
Porque con braça y media bien tendida,
No ſe ſintio ſoldado que quiſieſſe,
Aſomar ni poner el roſtro firme,
Por donde quiſo el baruaro eſcaparſe,
Y apenas con el grande ſobreſalto,
Le vimos ocupar el duro ſuelo,
Quando de golpe todos arrancamos,
A ver el alto y portentoſo ſalto,
Que ſin penſar el Indio memorable,
Alli le acometio con brauo esfuerço,
Y qual la grueſſa lança deſpedida,
Del poderoſo braço que clauada,
Quedò temblando entera y bien aſsida,

En

En aquel gran cauallo que Troianos,
Tan por ſu mal en Troia les metieron,
No de otra ſuerte Pilco valeroſo,
Quanto pudo blandir la larga lança,
Sobre los firmes pies algo perdido,
Quedò temblando en tierra bien clauado,
Y reboluiendo en ſi qual ſuelto pardo,
Sacudiendo algun tanto la melena,
Con impetu furioſo fue corriendo,
A campo auierto, por el ancho llano,
Donde Diego Robledo con cuidado,
Vatiendo con prieſſa los hijares,
De vn ligero cauallo deſembuelto,
Al pueſto le ſalio con un benablo,
De temerario hierro bien tendido,
Y vibrando ſobre el la fiera dieſtra,
Tres vezes le mojò con que quedaron,
Por los grueſſos coſtados poderoſos,
Seys anchas puertas rojas bien raſgadas,
Por donde el cuerpo y alma deſdichada,
El natural diborcio celebraron,
Con no pequeña laſtima de aquellos,
Que al horrendo eſpetaculo aſiſtian,
Doliendoſe de verle deſtroncado,
El miſerable tiempo que de vida,
Lleuaua ya ganado y adquirido,
Y por juſta juſticia prolongado,
Paſſada eſta tragedia prodigioſa,
Pareceme ſeñor que nos boluamos,
Al ſin ventura pueſto, donde queda,
El pobre General y brauo Bempol,
Que como apunto, y queda referido,
Qual aquellos illuſtres Bruto, y Caſio,
Que quiſieron priuarſe de la vida,
Por ſolo que ſe vieron ya vencidos,
Aſsi por no viuir jamas ſugetos,
El vno fue ſaliendo à deſpeñarſe,

Y el otro à ſolo dar injuſta muerte,
A ſu amada Luzcoija por no verla,
En manos de Eſpañoles que pudieſſen,
Gozar de ſu belleza malograda,
Pues ſaliendo del grande labirintho,
Deſeſperados, brauos, y furioſos,
Deſta ſuerte los dos fueron diziendo,
O como nos quebrantan duros ados,
Y tempeſtad violenta nos perturba,
Y à viua ſangre y fuego nos moleſta,
Oprime, rinde, vence, y nos contraſta,
Y voſotros infames Acomeſes,
Sereis horriblemente caſtigados,
Con pena tal, qual es muy bien que venga,
Por ſemejantes animos cobardes,
Y à ti Zutacapan, cebil que has ſido,
Instrumento de tanta desbentura,
Sabete que te aguardan y te eſperan,
Deſta maldad y vergonçoſa afrenta,
Cruelíſsimos açotes y caſtigos,
Y en los mas ſuſtos dioſes confiados,
Que les daras de tus inormes culpas,
Enmienda muy tardia y ſin prouecho,
Diziendo eſto los dos ſe diuidieron,
Gicombo endereçò para ſu caſa,
Que en humo y viua llama eſtaua embuelta,
Y rompiendo las enemigas braſas,
Reſcoldo, y por las llamas lebantadas,
Llegò al miſmo apoſento donde eſtaua,
Su mas querida eſpoſa lamentando,
Con gran ſuma de dueñas y donzellas,
Que boqui abiertas todas desfogauan,
Aliento calidiſsimo del pecho,
Y en las paredes triſtes beſos dauan,
Y entrando dentro no le fue poſsible,
Por los confuſos gritos y lamentos,
Y el humo eſpeſo que tendido eſtaua,

Dar

Dar con ella, y aſsi por eſta cauſa,
Tomò la puerta, porque todas juntas,
Alli ſe conſumaſen y abraſaſen,
Y acercandoſe el fuego embrauecido,
Al miſero palacio ſin conſuelo,
Llegò en buſca del baruaro el Sargento,
Con vna buena eſquadra de guerreros,
Y como el bruto alarabe le vido,
Para el alçò los ojos encendidos,
Y en muy rabioſa colera deshechos,
Qual corajoſo jabali cercado,
De animoſos lebreles y ſabueſos,
Taſcando la eſpumoſa boca aprieſſa,
Con el colmillo corbo amenazando,
Aſsi el General brauo ſe moſtraua,
Ouiando la ſalida à los que eſtauan,
Dentro del apoſento peligroſo,
Y aſſomando Luzcoija el roſtro bello,
Como aquellos que toman el atajo,
Por abreuiar el curſo del camino,
Aſsi la pobre baruara afligida,
Sugetò la eſpacioſa y ancha frente,
Al rigor de la maça poderoſa,
Que los dos mas hermoſos ojos bellos,
Le hizo rebentar del duro caſco,
Nunca ſe vio en ſolicito montero,
Contento ſemejante cuando tiene,
La codicioſa caça ya rendida,
Como el que el baruaro tomò, teniendo,
A ſu querida prenda ya ſugeta,
Y de todos ſentidos ya priuada,
Viendo pues el Sargento la braueza,
Del General valiente riguroſo,
Con fuerça de promeſas y razones,
Inſtò por hazer del vn fiel amigo,
Dandole la palabra de ſoldado,
Y fee de cauallero bien nacido,

De

De reduzir ſus cauſas de manera,
Que èl ſolo gouernaſe aquella fuerça,
Por vueſtra Mageſtad ſin que otro alguno,
Mas que don Iuan en ella le mandaſe,
Y qual ſi fuera mas que viua braſa,
Que al tiempo de morirſe y apagarſe,
Enciende mas ſu luz y la deſcubre,
Aſsi el furioſo ydolatra ſangriento,
Riſueño y al deſgaire le reſponde,
Ya no me puedes dar mayor diſguſto,
Que vida eſtando aqueſta ya difunta,
Mas ſi quereis hazerme vn buen partido,
Dejadme combatir con ſeys, o ſiete,
Los mejores ſoldados de tu campo,
Y matame tu luego que no es juſto,
Negar eſte partido tan pequeño,
A mi que ves ya tan de partida,
Y mas hare por ti, pues ves que es fuerça,
Que todas eſtas mueran abraſadas,
Que ſalgan todas libres deſte incendio,
Sin que vna ſola quede por mi cuenta,
Y viendo aqueſta cauſa mal parada,
Por eſtas y otras coſas que paſſaron,
Mandò que Simon Perez le tiraſe,
Dandoſe mucha prieſſa vn buen valazo,
Y ſin que fueſſe viſto ni entendido,
Dio con el pobre General en tierra,
En fea amarillez el roſtro embuelto,
Y luego que acabò y quedò difunto,
Atonitas las baruaras que tuuo,
Abochornadas caſi ſin ſentido,
Vertiendo arroyos de ſudor hiruiendo,
Auiertos todos los cerrados poros,
Y las fogoſas bocas y narizes,
Satisfaciendoſe de ſolo el ayre,
A grande prieſſa todas eſcaparon,
Y porque el brauo Bempol me da prieſſa,

Serà bien gran ſeñor deſocuparme,
Por ver aquel diabolico deſtino,
Que lleuò quando quiſo deſaſirſe,
Deſte difunto pobre, y diuidirſe.

CANTO TREINTA Y TRES.

DEL MISERABLE FIN QVE TUVO BEMPOL, Y DE OTROS que con èl ſus dias acabaron, y del ſentimiento que hizo el Sargento mayor, buſcando los gueſſos de ſu hermano.

DIOS nos libre del aſpero caſtigo,
Con que ſu gran grandeza nos laſtima,
Lebantando ſu mano poderoſa,
Para que como reprobos ſintamos,
Mal del gran bien, y bien del mal que es grande,
Porque apenas abremos allegado,
A ſuerte tan perdida y deſdichada,
Quando de todo punto zabullidos,
En el abiſmo y centro nos hallemos,
De todo lo que es vltima miſeria,
Dolor, triſteza, y vltimo quebranto,
Dexemos las hiſtorias que eſtan llenas,
De mil ſuceſſos triſtes ya paſſados,
Y digalo eſte ydolatra perdido,
Suelto, deſamparado, y ya dexado,
De tan ſanta, diuina, y alta mano,
Qual es el paradero en que le vemos,
O gran bondad inmenſa, no permitas,

Por

Por tus llagas rafgadas tal caftigo,
Por los que tu ley fanta profeffamos,
Que fi los que andan fuera del rebaño,
Merecen mi feñor los defampares,
Otros caftigos tiene tu jufticia,
Que pueden moleftarnos y afligirnos,
Y no el que aquefte mifero padece,
Cuia defdicha fi quereis notarla,
Bolued Rey poderofo alli los ojos,
Mirad al pobre Bempol defdichado,
Que eftà fobre aquel rifco temerofo,
Defde cuia alta cumbre lebantada,
Afsi comiença el trifte à defpedirfe,
Oy me da ya repofo mi defdicha,
Si es que defdicha puede dar fofsiego,
Al que à fus pies fe rinde zozobrado,
Y mi temprana muerte me apareja,
Seguro y dulze puerto con alibio,
Si es que el morir tambien puede alibiarme,
De tan inorme carga como lleuo,
Y folo con perpetua fepultura,
Saliendo como efpero defta afrenta,
Pueden faltarme obfequias funerales,
Si como eftoy determinado fiembro,
Las miferas cenizas ya perdidas,
Defte trifte mortal corporeo velo,
Vertiendolas fin laftima, pues puedo,
Defta tan alta cumbre defpeñarme,
Y cerrando el poftrer dia de mi vida,
No faltara quien à mi dulze patria,
Con efta fin ventura nueua rompa,
El ayre en vano, porque prefto llegue,
A las orejas triftes miferables,
De aquella que por corta y mala fuerte,
Le cupo aquefte pobre por efpofo,
Y cada qual fintiendo con trifteza,
O fobra de alegria y de contento,

De

De mi vltimo fin trifte, miferable,
Dira lo que quifiere y le agradare,
Y luego que efto fe aya ventilado,
Defpues que el Sol por doze Lunas corra,
Ya no aura quien de mi jamas fe acuerde,
Que efto es muy cierto, quando el tiempo corre,
Que fe enjugan las lagrimas caudales,
Y canfan los fufpiros mas anfiofos,
Y acaban los dolores que fe fufren,
Por aquellos que fueron mas amigos,
Mas padres, mas hermanos, mas parientes,
Mas queridos, mas hijos, y mas deudos,
Mas amparo, confuelo, y mas firmeza,
De buenos y carifsimos maridos,
O Acoma à què Dios has ofendido,
O por què caufa afsi los altos diofes,
Quieren contra nofotros enojarfe,
Sufrefe que tal yra, y tal corage,
Mueftren diofes, y mas contra vna fuerça,
Que es inmortal, qual ellos inmortales,
Y en las cofas de guerra y preheminencia,
Tan infigne, tan fuerte y poderofa,
Que fi fus fuerças no nos contraftaran,
Fuera cofa muy facil el hazerfe,
De todo el mundo vniuerfal feñora,
Mas como dizen que en los graues males,
Ay confuelo fi muchos le padecen,
Si aquefta es regla cierta, que confuelan,
Como no viuo agora confolado,
Y eftando afsi hablando y replicando,
Para èl endereçaron desbalidas,
Cofa de diez donzellas con fus madres,
Y atonitas corriendo en competencia,
Para el trifte fe fueron acercando,
Como fuelen las fimples maripofas,
Quando à la lumbre vemos que fe acercan,
Y alegres fe abalançan y fe apegan,

Y

Y alli fenecen todas abraſadas,
Aſsi deſalentadas ſe apegaron,
Las miſeras al miſero afligido,
A quien con alma y coraçon clamauan,
Con gran ſuma de lagrimas amargas,
Solloços y terniſsimos ſuſpiros,
Que quiſieſſe de tanto afan librarlas,
Lleuandolas perdidas à la parte,
Que fueſſe de ſu guſto, y que jurauan,
De no deſampararle por trabajos,
Anguſtias, y miſerias que vinieſſen,
Y por mas que fortuna deſcargaſe,
Con poderoſos golpes esforçados,
Su riguroſo braço y las truxeſſe,
Debajo de ſu rueda rebolcadas,
Y ſi no que les dieſſe compañia,
Con quien todas pudieſſen eſcaparſe,
Y para mas mouerle à ſus clamores,
Delante le puſieron vna hija,
Que de ſu patria trujo quando vino,
Por guſto de Gicombo à aquella fuerça,
La qual acaſo quiſo entremeterſe,
Con el brauo temor y ſobreſalto,
Con las demas donzellas que clamauan,
Y poniendo la viſta en todas ellas,
Clauola y la detuuo en ſola aquella,
Que era la miſma lumbre de ſus ojos,
Y de tan tierna edad, que no tenia,
Diez miſerables años bien cumplidos,
Y qual ſi fuera firme y alta roca,
En el ancho mar pueſta y aſſentada,
Que con ſu ynorme peſo y graue aſsiento,
Al tempeſtuoſo mar y à todos vientos,
Con gran fuerça reſiſte y ſe antepone,
Aſsi contrauiniendo à ſu plegaria,
Furioſo deſta ſuerte les reſponde,
Mezquinas de voſotras miſerables,

Si

Si es fuerça que ſalgais de aqueſta vida,
Qual compañia podeis tomar que os ſea,
Mas que eſta que teneis auentajada,
Y donde quereis que no os eſpere,
Mayor quebranto que eſte que os aflige,
Con cuio ſuſto abſorto y elebado,
Quedò paſmado y fuera de ſentido,
Hiriendo con la viſta aguda y braua,
Los lebantados Cielos corajoſo,
Con vna y otra punta que embiaua,
Y aſsiendo à la muchacha por el braço,
Con la pobre ſe deſpeñò diziendo,
Si quereis libre libertad ſeguidme,
Y qual ſi fueran ſimples ouejuelas,
Que viendo ſe abalança y ſe deſpeña,
El que es manſo cencerro, y que las guia,
Que todas tras del vemos arrojarſe
Sin genero de miedo ni rezelo,
Aſsi todas ſe fueron deſpeñando,
Dando fin à ſus dias miſerables,
Y llorando ſu grande desbentura,
Para el ſegundo aluergue caminaron,
Que ocupan segun dize el gran lombardo,
Allà en los calaboços del infierno,
Los que ſin merecer alguna culpa,
De ſu voluntad fueron omicidas,
De ſus infames almas deſdichadas,
Y como el miſmo Heroe ſe lamenta,
Quanto mejor les fuera ya en la vida,
De que los pobres triſtes ſe priuaron,
Sufrir ſin libertad duros trabajos,
Mas como èl miſmo dize y nos enſeña,
Por orden de los hados ſe les veda,
Y es viua Fè catholica inuiolable,
Que en miſerable llanto permanezcan,
Paſſado lo que auemos referido,
Luego la veloz fama fue corriendo,

Lle-

Lleuando aquella amarga y trifte nueua,
A la afligida madre de Gicombo,
Cuio vital calor fus flamos gueffos,
Por todas partes fue defamparando,
Y afligida del gran dolor caufado,
De las atrozes muertes defdichadas,
De fu muy dulze hijo y cara nuera,
Y del pobre marido que tenia,
Sin fentido falio la miferable,
Dando terriblifimos. aullidos,
Mefando fuertemente fus cabellos,
Rompiendo por las armas Caftellanas,
Sin ningun pabor, miedo, ni rezelo,
Y rafgando los ayres con querrellas,
Sentida de dolor afsi dezia,
Defdichada de mi, trifte afligida,
Miferable fin hijo, y fin marido,
Ya guerfana, y tambien defamparada,
De aqueftas dulzes prendas que tenia,
Dezid Caftillas pues que eftais tan cerca,
Que fi hablar fiquiera con fu madre,
No dio lugar al hijo malogrado,
Donde eftà la belleza de Luzcoija,
Que à mi trifte vejez entretenia,
Efte es el galardon que yo efperaua,
Quando mas efperè mi buena fuerte,
Penfando dulzes hijos de gozaros,
O Caftillas fi por ventura os mueue,
Aquefta miferable defdichada,
Pido que me quiteis aqui la vida,
Mas en lo que yo puedo y tengo mano,
De que me firue feros importuna,
Y qual gran marinero, o dieftro buzo,
Que de la lebantada y alta entena,
Bueltas las duras plantas hazia arriba,
Al profundo del ancho mar fe inclina,
Afsi la trifte baruara furiofa,

Def-

Deſde aquel lebantado y alto muro,
Inclinò con gran rabia, y con deſpecho,
La muy blanca cabeça deſgreñada,
Dexandoſe yr à pique, y ſin remedio,
A los brauos profundos infernales,
Vnico aluergue, centro y paradero,
De todos los que aqui ſe deſpeñaron,
En eſto ſalio el noble viejo Chumpo,
Como quien la paz ſiempre pretendia,
A ponerſe en las manos del Sargento,
Gibado de vejez, las piernas corbas,
Secos los braços, y la piel pegada,
A ſola la oſſamenta que tenia,
Ayudado de vn pobre caiadillo,
Sobre que el flaco cuerpo ſuſtentaua,
Y pueſto en ſu preſencia temeroſo,
Temblando con la fuerça de los años,
Aſsi esforçò la debil voz canſada,
Hijo gracioſo, el Cielo me es teſtigo,
Y eſta ſangre que ves aqui vertida,
Que nunca por mi fuera derramada,
Si Zutacapan ſólo ſe arrimara,
A mi voto, qual yo ſeñor me arrimo,
A aqueſta vara tierna quebradiza,
Que treinta vezes han los campos dado,
De nueuo nueuas flores, y continuo,
A ſiempre mi flaqueza ſuſtentado,
Y luego que eſto dixo enternecido,
Y en laſtimoſas lagrimas deshecho,
Proſiguio con ſu platica, diziendo:
Para ſolo venir à laſtimarme,
Con deſdicha tan grande como veo,
Por eſtas triſtes almas miſerables,
Afligenme ſus cuerpos deſtrozados,
Y de ſus miſmos perros ya comidos,
Duelenme ſus abuelos y ſus padres,
Y mas ſus viſabuelos que nacieron,

Quan-

Quando trifte naci, para quedarme,
A folo fer teftigo de la fangre,
Muertes y gran deftrozo que han fufrido,
Todos eftos que eftan aqui tendidos,
Reliquias de los triftes que han paffado,
Que aunque es pofsible fepan el eftrago,
Allà donde fus almas fe recojan,
No es tan grande el dolor y fentimiento,
Quanto recibe el pobre miferable,
Que por fus proprios ojos ve las llagas,
Que aqui vemos auiertas y rafgadas,
Por querer vn traidor folo lleuarlos,
A fus vanos intentos, porque quifo,
Ser el folo feñor de aquefta fuerça,
Y por querer por fuerça lebantarfe,
Afsi te eftà por fuerça ya rendido,
Y yo tambien lo eftoi feñor, y aduierte,
Que afsi como el rendido y afrentado,
En publico palenque, y ofendido,
Cuia cabeça eftuuo ya fugeta,
Y à merced de la efpada rigurofa,
Que alli pudo acabarle y deshazerle,
Y vida quifo darle es cofa cierta,
Y en lides de importancia bien prouada,
Que muerto alli quedò, pues muerta dexa,
La honrra, el fer, valor, y todo quanto,
Lebanta al buen foldado, y le abilita,
Y en cofas de la guerra le acridita,
Y tendiendo qual fuelen los mendigos,
Los flacos braços fecos, algo auiertos,
Arrodillarfe quifo à fu prefencia,
Y conuertido de afpero en clemente,
Su animo benigno alli apercibe,
Y con palabras dulzes regaladas,
Salidas fin fofpecha ni reboço,
De vn blando coraçon, y entrañas tiernas,
Echandole los braços el Sargento,

En peſo le tomò, y con gran reſpecto,
Abraçado le tuuo por buen rato,
Y deſpues que con mucho amor le dixo,
Razones y palabras de conſuelo,
Con que el miſero viejo laſtimado,
Reprimio la vertiente de ſus ojos,
Pidiole el noble joben que le dieſſe,
Aquel illuſtre cuerpo que mataron,
Del caro hermano, y caros compañeros,
Y auiendo con grandiſsimo cuidado,
Pueſto en eſto grande diligencia,
Venimos à ſaber como en la parte,
Que vino à rendir cada qual ſu vida,
En el miſmo lugar à pura fuerça,
De palos y pedradas que cargaron,
En blanda y tierna maſa combirtieron,
Su miſerable carne con los gueſſos
Y en confuſſo monton los recogieron,
Y en vna gran hoguera lebantada,
Con pujança de leños que arrimaron,
Los rayos del Sol fueron emboluiendo,
En vna obſcura ſombra temeroſa,
Y en eſte funeral y triſte incendio,
Alegres de aquel hecho que acabaron,
Dando altiſsimos gritos y alaridos,
Aſsi ſin diſtincion, honor, ni cuenta,
Los pobres Caſtellanos arrojaron,
Enmedio de las llamas portentoſas,
Y por honrra del Dios de las batallas,
Con ellos preſentaron y ofrecieron,
Muy ricas mantas, plumas, y pellicos,
Con gran chacota, riſa, y algazara,
De la pleueia gente que ofrecia,
Tambien al inuencible Dios furioſo,
Grande ſuma de flechas y macanas,
Arcos, baſtones, maças, y carcages,
Contentos de que el fuego conſumieſſe,

Los

Los miſerables cuerpos baptizados,
Sabido ya el fin triſte miſerable,
De nueſtros infelices compañeros,
Pedimosles que al pueſto nos lleuaſen,
Donde al Maeſe de campo dieron muerte,
Sobre el qual ſin tardança nos puſieron,
Y en el tan gran manchon de ſangre vimos,
Que dos tendidas braças ocupaua,
Viſta por el Sargento deſdichado,
La ſangre del hermano ya difunto,
Aunque ya fria elada y denegrida,
Sin ningun fuego començò à heruirle,
En lo mas hondo de ſu tierno pecho,
Y luego al miſmo punto ſe le puſo,
Vn groſiſsimo ñudo atraueſado,
A la pobre garganta bien aſsido,
Y los enjutos ojos combertidos,
En dos mares ſin fondo derramauan,
Mil arroyos de lagrimas caudales,
Con que à doloroſo y tierno llanto,
A todos nos mouia y lebantaua,
Y no baſtando nadie à detenerle,
Por enmedio de todos fue rompiendo,
Y tendiendoſe encima de la mancha,
Gimiendo amargamente rebentaua,
Sobre la triſte ſangre ya vertida,
Y deſpues que por vna larga pieça,
Bañò aquel fuerte paſſo de amargura,
Y luego que el dolor azerbo y duro,
Con gran dificultad abrio la puerta,
A la pobre garganta fatigada,
Aſsi empezò afligido à laſtimarſe,
No era aqueſte el fin que yo eſperaua,
Quando à tantos trabajos y miſerias,
Quiſimos ofrecernos y entregarnos,
Porque en aquellos tiempos bien penſaua,
Qual ſoldado nobel, pobre viſoño,

Que

Que los dos adquirieramos gran fama,
Prometiendonos ſuertes muy honrroſas,
Colmadas de victoria, y triunfo cierto,
Mas ay de mi, que por demas han ſido,
Mis vanas eſperanças fabricadas,
Pues bullirſe la mas pequeña hoja,
Del mas remontado arbol deſta vida,
Es quererlo quien todo lo gouierna,
Y penſar otra coſa es deſatino,
Cuia verdad bien claro me has moſtrado,
Señor y hermano mio anhelando,
A muy glorioſos fines onoroſos,
Rotos y deſtroncados por el ſuelo,
Con medios y principios deſdichados,
Y por mejor dezir, fueron dichoſos,
Pues que con muerte felix y agradable,
Seguro puerto diſte à tus cuidados,
Siendo primer primicia que ſe ofrece,
En eſta nueua Igleſia Mexicana,
Y no yo, cuia pobre triſte vida,
Al duro hado, fiero y peligroſo,
La traigo por momentos ſometida,
Quien à tu lado fuerte ſe hallara,
Quando la corta vida feneciſte,
Aunque el gran furor baruaro acabara,
Aqueſta miſerable que me queda,
Y eſcuſara ſiquiera laſtimarme,
Con ver eſte lugar todo teñido,
En la inocente ſangre que dejaſte,
Para mayor quebranto, y mas tormento,
Deſtos canſados ojos que llegaron,
A ver tan gran deſdicha y tal eſtrago,
O Acoma no quiera Dios te impute,
Aquella falſa fee, y hoſpicio alebe,
Que à mi amado y caro hermano diſte,
Con tan terrible engaño y trato doble,
Porque eſta miſerable y dura ſuerte,

Yo

Yo ſolo la cauſè con graues culpas,
Que contra el alto Dios he cometido,
Mas que digo yo triſte miſerable,
Si es que auias de guſtar amarga muerte,
Que mas corona y palma lebantada,
Que auer venido hermano à merecerla,
Donde no ſe les ſigue mas ventaja,
A los que con alegre y brauo triunfo,
Cantan la gran victoria que alcançaron,
Que à los vencidos ſi ſus cuerpos quedan,
Enmedio de las armas deſtrozados,
Y aſsi es fuerça digan todos fuiſte,
Muy bienauenturado en tal jornada,
Donde no puede ſer que la grandeza,
De todo el vniuerſo que gozamos,
Pueda darte ſepulcro mas pompoſo,
Ni mas gallardo y alto enterramiento,
Que el que en aqueſte muro memorable,
Quiſo la fuerça de Acoma ofrecerte,
A quien yo eſtimo, tengo y reuerencio,
Por precioſiſsima Ara y Monumento,
Donde por tu ley ſanta poderoſa,
Por Dios y por tu Rey alto inuencible,
A ſu gran Mageſtad ſacrificaſte,
El reſto de la ſangre que tuuiſte,
Y boluiendoſe alli para noſotros,
Algo esforçado proſiguio diziendo,
Aqui fue Troia nobles caualleros,
Aqui por ſu alto esfuerço y zelo ardiente,
Y por ſu gran valor, inſigne y raro,
Quedarà para ſiempre eternizado,
Y por el conſiguiente conocido,
Para que el claro nombre que han moſtrado,
Todos ſus mas mayores y paſſados,
Y con eſto arbolò vna Cruz en alto,
Y contritos llorando de rodillas,
Todos juntos alli nos derribamos,

Y

Y à la gran Mageſtad de Dios pedimos,
Que de ſus pobres almas ſe dolieſſe,
Y que à ſu ſanta gloria las lleuaſe,
Y pues al fin ſeñor de la jornada,
Y canto poſtrimero he ya llegado,
Quiero parar vn tanto, porque pueda,
Cantar aqueſto poco que me queda.

CANTO TREINTA Y QVATRO.

COMO SE FVE ABRASANDO LA FUERZA DE ACOMA, y como ſe halló Zutacapan muerto, de vna gran herida, y de los demas ſuceſſos que fueron ſucediendo, haſta lleuar la nueua de la victoria al Gouernador, y muertes de Tempal, y Cotumbo.

CANSADO del viage trabajoſo,
El eſtandarte ſanto no vencido,
Dexemos ya de Chriſto alli arbolado,
Reprimanſe las lagrimas pues dexan,
Las almas laſtimadas y afligidas,
Y vos Filipo ſacro, que eſcuchando,
Mi toſca muſa aueys eſtado atento,
Suplicoos no os canſeis, que ya he llegado,
Y al prometido pueſto ſoy venido,
Fiado gran ſeñor en la excelencia,
De vueſtra gran grandeza, y que qual padre,
Del belico exercicio trabajoſo,

Vn

Vn apazible puerto aueys de abrirme,
Con cuio inmenſo aliento reforçado,
Las velas doi al viento reboluiendo,
Al temeroſo incendio, cuias llamas,
Vibrando poderoſas y eſcupiendo,
Viuas centellas, chiſpas y paueſas,
Las lebantadas caſas abraſauan,
Notad ſeñor aqui los altos techos,
Paredes, apoſentos, y ſobrados,
Que auiertos por mil partes ſe deſgajan,
Y ſubito à pedaços ſe derrumban,
Y como en viuo fuego y tierra, entierran,
Sus miſeros vezinos, ſin que coſa,
Quede, que no ſe abraſe y ſe conſuma,
Mirad ſeñor tambien los muchos cuerpos,
Que de las altas cumbres del gran muro,
Aſsi deſeſperados ſe abalançan,
Y rotos por las peñas quebrantados,
Hechos menudas pieças y pedaços,
Aſsi en el duro ſuelo ſe detienen,
Los baruaros y baruaras que ardiendo,
Eſtan con ſus hijuelos lamentando,
Su miſera deſgracia y triſte ſuerte,
Con cuias muertes el Sargento,
Mouido de piedad y de alto zelo,
Qual ſuele con tormenta y gran borraſca,
Vn gran piloto dieſtro reboluerſe,
Saltando à todas partes y esforçarſe,
Mandando al marinaje y paſſajeros,
Con vno y otro grito, y aſsi juntos,
Con heruoroſa prieſſa ſe ſocorren,
Y al flaco nauichuelo combatido,
De la fuerça del mar, y viento ayrado,
Entre mil ſierras de agua faborecen,
Aſsi esforçando à Chumpo y à otros pocos,
Baruaros, que las pazes pretendian,
A vozes les promete y aſſegura,

En

En fee de cauallero, que las vidas,
A todos les promete ſi ſe abſtienen,
Del riguroſo eſtrago y crudas muertes,
Que aſsi los miſerables ſe cauſauan,
No bien el pobre viejo las palabras,
De aquel ardiente joben fue aduirtiendo,
Quando clamando à vozes, con los pocos,
Baruaros, que con el alli aſsiſtian,
A todos perſuade y encarece,
Haziendoſe pedazos con ſeñales,
Y mueſtras muy de padre, que ſe abſtengan,
Y que à tan triſtes muertes no ſe entreguen,
Porque à todos las vidas les promete,
Y noble trato à todos aſſegura,
Sin genero de duda ni ſoſpecha,
Encubierta, rebozo, o trato aleue,
Y aſsi como deſpues del rayo vemos,
A todos ſuſpenderſe mal ſeguros,
Difuntos ya en color y palpitando,
Los viuos coraçones dentro el pecho,
Y aſsi encogidos todos rezeloſos,
Por vna parte el vno, y qual por otra,
Con paſſos eſpacioſos van ſaliendo,
A ver ſi eſtan ſeguros, y el deſtrozo,
Cauſado de la fuerça ya paſſada,
Aſsi ſalieron muchos poco à poco,
Alertos, pauoroſos, encogidos,
Con paſſos atentados, y aduirtiendo,
De no piſar los cuerpos deſangrados,
De tanto caro amigo y fiel amparo,
De aquellos pobres muros que teñidos,
Eſtauan de ſu ſangre ya bañados,
Aſsi temblando, triſtes afligidos,
Por vna y otra parte rodeados,
De palido color y muerte acerba,
Se fueron acercando, y viendo eſtaua,
El vando Caſtellano acariciando,

A

A todos ſus vezinos, y que dauan,
Seguro y mueſtras grandes de contento,
De verlos reduzidos y apartados,
De aquel cruento eſtrago que emprendian,
Qual vemos que ſe abaten y ſe humillan,
Los lebantados trigos açotados,
Con vno y otro ſoplo reforçado,
Del poderoſo viento que ſulcando,
En remolcadas hondas ſus eſpigas,
Al ſuelo las amaina, abate y baja,
Aſsi vencidos, llanos, deſarmados,
Mas de ſeyſcientos dieron en rendirſe,
Y dentro de vna plaça con ſus hijos,
Y todas ſus mugeres ſe poſtraron,
Y como preſos, juntos ſe puſieron,
En manos del Sargento, y ſoſſegaron,
Mouidos del buen Chumpo, que ſeguro,
A todos prometio y dio la vida,
Sin cuia ayuda dudo, y ſoy muy cierto,
Que aquella gran Numancia trabajoſa,
Quando mas deſdichada y mas perdida,
Quedara mas deſierta y deſpoblada,
Que aqueſta pobre fuerça ya rendida,
Eſtando ya pues todo ſoſſegado,
Y pueſtas ya las treguas ſin rezelo,
De algun bullicio de armas, o alboroto,
Los pactos aſſentados, y de aſsiento,
Los vnos y los otros ſoſſegados,
De ſubito las baruaras rabioſas,
Qual vemos deshazerſe y derrumbarſe,
Dexandoſe venir con brauo aſombro,
Vna terrible torre poderoſa,
Recien inhieſta, pueſta y lebantada,
Y con terrible eſpanto reboluernos,
La ſoſſegada ſangre, y alterarnos,
Aſsi ſeñor inmenſo y poderoſo,
Alçando vn alarido arremetieron,

Y apeñuſcadas todas, qual ſe aprietan,
Sobre la chueca juntos los villanos,
Con los caiados corbos procurando,
De darle con esfuerço mayor bote,
Aſsi las vimos todos hechas piña,
A palos y pedradas deshaziendo,
A vn miſerable cuerpo, y aſsi juntos,
Para la eſquadra todos arrancamos,
Por ver ſi era Eſpañol, y dar vengança,
A hecho tan atroz y deſmedido,
Y luego que nos vieron ſin aliento,
Alborotadas todas nos dixeron,
Varones esforçados generoſos,
Si auernos entregado en vueſtras manos,
Merece que nos deis algun contento,
Dejadnos acabar lo començado,
Aqui Zutacapan eſtà tendido,
Y gracias al Caſtilla que tal alma,
Hizo que ſe arrancaſe por tal llaga,
Eſte cauſò las muertes que les dimos,
A vueſtros compañeros deſdichados,
Eſte metiò cizaña y aluoroto,
Por todos eſtos pobres que tendidos,
Eſtan por eſte ſuelo derramados,
Y poniendo la viſta en ſus difuntos,
Y luego en el traidor rabioſas todas,
Aſsi como en tajon la carne pican,
Los dieſtros cozineros, y deshazen,
Aſsi con yra todos reboluieron,
Y en muy menudas pieças le dexaron,
Con cuio hecho alegres ſatisfechas,
En ſu primero pueſto ſoſſegaron,
Y noſotros ſeñor jamas podimos,
Saber qual fueſſe el braço que de vn tajo,
Cinco coſtillas cerce le cortaſe,
Y aſsi como con anſia cobdicioſos,
Deſpues de la batalla ya vencida,

Vn

Vn gran varon famoſo que eſcondido,
De muy grande reſcate procuramos,
Y aſsi ſin alma, ſeſo, y ſin ſentido,
Salimos à buſcarle, y reparamos,
En todos los vencidos, y ponemos,
La viſta bien atenta por hallarle,
Aſsi los baruaros atentos y las bocas,
Auiertas, y los ojos que peſtaña,
Iamas mouio ninguno, vimos todos,
Que con aſombro y paſmo nos mirauan,
Y no vien aſomaua algun ſoldado,
Que fuera del quartel acaſo eſtaua,
Quando de golpe todos, qual ſe allegan,
Las moſcas à la miel, aſsi llegauan,
Y el roſtro ſolo atentos le mirauan,
Y viendo el gran cuidado que ponian,
En no dexar à nadie reseruado,
Que bien no le notaſen y aduirtieſſen,
Fue fuerça preguntarles que diſtino,
Que blanco, o por que cauſa aſsi ſedientos,
A todos nos mirauan, y ſuſpenſos,
La mano dando à Chumpo, que por ellos,
A todos reſpondieſſe, dixo el viejo,
Buſcan eſtos mis hijos à vn Caſtilla,
Que eſtando en la batalla anduuo ſiempre,
En vn blanco cauallo ſuelto, y tiene,
La barua larga, cana y bien poblada,
Y calua la cabeça, es alto y ciñe,
Vna terrible eſpada, ancha y fuerte,
Con que à todos por tierra nos ha pueſto,
Valiente por eſtremo, y por eſtremo,
Vna bella donzella tambien buſcan,
Mas hermoſa que el Sol, y mas que el Cielo,
Preguntan donde eſtan, y que ſe han hecho,
El Caudillo Eſpañol oyendo aqueſto,
Mouido por ventura del que pudo,
Moſtrar la duda clara y ſocorrernos,

En

En caſos ſemejantes y ampararnos,
Qual vn blandon, o antorcha, cuia lumbre,
La viſta haze clara, y quita el velo,
De la ciega tiniebla, aſsi alumbrando,
Al grato viejo Chumpo fue diziendo,
Reſponde à eſtos tus hijos noble padre,
Que en eſſo no ſe canſen ni fatiguen,
Ni mas los dos que buſcan los procuren,
Que ſon bueltos al Cielo, donde tienen,
De aſsiento ſu morada, y que no ſalen,
Si no es à defendernos y ayudarnos,
Quando aſsi nos agrauian y ſe atreuen,
Qual ellos ſe atreuieron à matarnos,
Con muertes tan atroçes y crueles,
Los pocos Eſpañoles que ſubieron,
A lo alto deſta fuerça deſcuidados,
Que miren lo que hazen y ño bueluan,
Segunda vez al hecho començado.
—No ſuſpendio el Troiano, ni redujo,
La rienda del ſilencio con mas fuerça,
Quando à la illuſtre Reyna los ſuceſſos,
De Troia y ſu deſgracia recontaua,
Qual hizo aqui el Zaldiuar, que paſmados,
Y mudos los dexò, que mas palabra,
Hablaron ni chiſtaron, y aſsi solo,
Dixo: Señor inmenſo que alcançamos,
Aqueſta gran victoria el miſmo dia,
Del vaſſo de eleccion, à quien la tierra,
Tenia por patron, y aſsi entendimos,
Que vino con la Virgen à ampararnos,
Iuizios ſon ocultos que no caben,
En mi Señor, que ſiempre ſoy y he ſido,
Vn guſanillo triſte deſpreciado,
Y aſsi Señor me bueluo a mi caudillo,
Que eſtà con toda prieſſa deſpachando,
Al prouehedor Zubia, porque lleue,
Deſta victoria inſigne alegre nueua,

A nueſtro General, a quien auia,
Vna baruara vieja por ſus cercos,
Hechole cierto della el miſmo dia,
Que fue por vueſtro campo celebrada,
Y eſtando aſsi aguardando el deſengaño,
Marchando el prouehedor, acaſo Tempal,
Y el pobre de Cotumbo deſtroçados,
Corriendo gran fortuna a arbol ſeco,
Auiendo de la fuerça ya eſcapado,
Yuan atraueſando, y viendo el golpe,
Que alli el rigor del hado deſcargaua,
Tras tanta desbentura reboçados,
Con maſcara de paz los dos fingieron,
Como haſtutos coſarios que ellos eran,
De allà la tierra adentro, y que robados,
Venian de vnas gentes que huiendo,
Salian del Peñol, y aſsi encogidos,
Pidieron con gran laſtima les dieſſen,
Con que la triſte hambre que lleuauan,
Socorrida quedaſe, y no acabaſen,
Con eſto el Eſpañol mandò prenderlos,
Por no errar el lance que perdido,
Suele por el perder vn gran ſoldado,
Y preſos los lleuò, y en vna eſtufa,
Deſpues de auer llegado y dado el pliego,
Mandò que los puſieſſen y encerraſen,
Y auiendo con gran guſto recebido,
El General la nueua fue informado,
De ciertos nobles baruaros amigos,
Que aquellos priſioneros que forçados,
Eſtauan en la eſtufa, y oprimidos,
Eran de los mas brauos y valientes,
Que Acoma moſtraron y puſieron,
La colera en ſu punto, y lebantaron,
El ſoſſegado fuerte ya perdido,
Con eſto los dos baruaros ſañudos,
Viendoſe deſcubiertos deshizieron,

La

La eſcala de la eſtufa, y hechos fuertes,
A palos y pedradas no dexaron,
Que nadie les entraſe por tres dias,
Que aſsi ſe defendieron y guardaron,
Y viendo que era fuerça ſe rindieſſen,
Por hambre y ſed rabioſa que cargaua,
Las armas ſoſſegaron, y dixeron.
—Caſtillas ſi del todo no contentos,
Eſtais de auernos ya beuido toda,
La generoſa ſangre que guſtoſa,
Tiene vueſtra braueza no canſada,
Y ſola aqueſta poca que nos queda,
Moſtrais que os ſatisfaze, dadnos luego,
Sendos cuchillos botos, que noſotros,
Aqui vueſtras gargantas hartaremos,
Priuandonos de vida, porque es juſto,
Que no ſe diga nunca por mancharnos,
Que dos guerreros tales ſe puſieron,
En manos tan infames y tan viles,
Quales ſon eſſas vueſtras deſpreciadas,
Con eſto el General, y con que todos,
Los baruaros amigos le dixeron,
Si alli los perdonaua que ponia,
En condicion la tierra de alterarſe,
Auiendo hecho en vano todo aquello,
Que pudo ſer por verlos reduzidos,
Al gremio de la Igleſia, y agregados,
Mandò que los cuchillos les negaſen,
Por mas aſſegurar, y que les dieſſen,
Dos grueſſas ſogas largas bien cumplidas,
Y echandoſelas dentro las miraron,
Los ojos hechos ſangre y apretando,
Los labios, y los dientes corajoſos,
Hinchados los hijares y narizes,
Abſortos, mudos, ſordos, ſe quedaron,
Y eſtando aſsi ſuſpenſos breue rato,
Sacudiendo el temor, y deſpreciando,

A

A todo vueſtro campo, y fuerte eſpada,
Nunca ſe vio jamas que aſsi puſieſſe,
Al corredizo lazo la garganta,
Aquel que deſta vida ya canſado,
Partirſe quiſo della alegre y preſto,
Qual vimos à eſtos baruaros que al punto,
La mal compueſta greña ſacudiendo,
Las dos ſogas tomaron y al peſcueço,
Ceñidas por ſus manos y añudadas,
Salieron de la eſtufa, y eſparciendo,
La viſta por el campo, que admirado,
Eſtaua de ſu esfuerço, y condolido,
Iuntos la detuuieron y pararon,
En vnos altos alamos crecidos,
Que cerca por ſu mal acaſo eſtauan,
Y no bien los notaron, quando luego,
Dellos ſin mas acuerdo nos dixeron,
Querian ſuſpenderſe y ahorcarſe,
Y dandoles la mano abierta en todo,
Los grueſſos ciegos ñudos apretados,
Alli los requirieron, y arraſtrando,
Las ſogas por detras partieron juntos,
Del campo Caſtellano ya rendidos,
Y del baruaro pueblo acompañados,
No los fuertes hermanos que en Cartago,
Corriendo preſuroſos alargaron,
A coſta de ſi miſmos lon linderos,
Aſsi à la triſte muerte ſe entregaron,
Dexandoſe enterrar en vida viuos,
Qual eſtos brauos baruaros que eſtando,
Al pie de aquellos troncos lebantaron,
La viſta por la cumbre, y en vn punto,
Como dieſtros grumetes que ligeros,
Por las entenas, gauias, y altos topes,
Diſcurren con preſteza aſsi alentados,
Trepando por los arboles arriba,
Tentandoles los ramos ſe moſtraron,

Ver-

Verdugos de ſi miſmos, y amarrados,
Mirandonos à todos nos dixeron,
Soldados aduertid que aquì colgados,
Deſtos rollizos troncos os dexamos,
Los miſerables cuerpos por deſpojos,
De la victoria illuſtre que alcançaſtes,
De aquellos deſdichados que podridos,
Eſtan ſobre ſu ſangre rebolcados,
Sepulcro que tomaron, porque quiſo,
Aſsi fortuna infame perſeguirnos,
Con mano poderoſa y acabarnos,
Guſtoſos quedareis, que ya cerramos,
Las puertas al viuir, y nos partimos,
Y libres nueſtras tierras os dexamos,
Dormid à ſueño ſuelto, pues ninguno,
Boluio jamas con nueua del camino,
Incierto y trabajoſo que lleuamos,
Mas de vna coſa ciertos os hazemos,
Que ſi boluer podemos à vengarnos,
Que no parieron madres Caſtellanas,
Ni baruaras tampoco en todo el mundo,
Mas deſdichados hijos que à voſotros,
Y aſsi rabioſos, brauos deſembueltos,
Saltando eñ vago juntos ſe arrojaron,
Y en blanco ya los ojos traſtornados,
Sueltas las coiunturas y remiſos,
Los poderoſos nierbios y coſtados,
Vertiendo eſpumarajos deſcubrieron,
Las eſcondidas lenguas regordidas,
Y entre ſus miſmos dientes apretadas,
Y aſsi qual ſuelen dos bajeles ſueltos,
Rendir la ancha borda afrenillando,
La grueſſa palamenta, y en vn punto,
Las eſpumoſas proas apagadas,
En jolito ſe quedan aſsi juntos,
Seſgos y ſin mouerſe ſe rindieron,
Y el aliento de vida alli apagaron,

Con

Con cuio fuerte paſſo deſabrido,
Dexandolos colgados ya me es ſuerça,
Poner ſilencio al canto deſabrido,
Y por ſi vueſtra Mageſtad inſigne,
El fin de aqueſta hiſtoria ver quiſiere,
De rodillas ſuplico que me aguarde,
Y tambien me perdone ſi tardare,
Porque es dificil coſa que la pluma,
Auiendo de ſeruiros con la lança,
Pueda deſempacharſe ſin tardança.

FIN.

DE DON GABRIEL GOMEZ AL CAPITAN GASPAR DE VILLAGRÁ.

CANCION.

MANO, que eſpada y pluma,
Igual, y dieſtramente regir ſabe,
Ella miſma ſe alabe,
Haga ella miſma de ſus hechos ſuma,
Y como ſabia, y fuerte,
Huya por dos caminos de la muerte.
Ceſar, que la cabeça,
Labò del mundo con ſu ſangre propia,
Y en elegante copia,
Inmortal nos dexò ſu fortaleza,
No los verſos subtiles,
Llorò de Homero, al tumulo de Achiles.
Con ſemejante pecho,
Milagroſo Gaſpar, en eſta hiſtoria,
A la eterna memoria,
Conſagras altamente lo que has hecho,
Y aſsi de tu alabança,
A ningun otro obligacion alcança.

No para darte fama,
  Eſta cancion te doy (ya tu la tienes),
  Y tus glorioſas ſienes,
  La palma ciñe, y el laurel enrrama,
  Doytela por teſtigo,
  De que en ti, ſoy de la virtud amigo.

Si al ſabio que traslada,
  Vn alma à muchos cuerpos, dar deuiera,
  Credito, preſumiera,
  Que la tuya de dones mil dotada,
  De Ercilla fue primero,
  Poeta inſigne, y raro Cauallero.

Al valiente Araucano,
  Don Alonſo veuciò, y honrrò: la yra
  Recompenſò la lira:
  No de otra ſuerte al nueuo Mexicano,
  Libras tu del oluido,
  Deſpues que valeroſo le has vencido.

Si à tu lado me hallara,
  En tan eſtraña, y ſingular conquiſta,
  Y ya tuuiera viſta,
  Eſta hiſtoria milagroſa, y rara,
  Dixera al Indio rudo,
  De cuerpo, y caſi de razon deſnudo.

No huyas no, la eſpada,
  De Villagran, ò baruaro mançebo,
  Antes con guſto nueuo,
  Ofrece à ſu rigor, tu vida amada,
  Que quien te da eſſa herida,
  Auctor ſerà de tu perpetua vida.

Enuidio à los que fueron,
  Diſcreto Capitan, y belicoſo,
  Contigo al hecho honrroſo,
  Pues los ſuyos por ti no ſe perdieron,
  Ya de pagarte trate,
  Lo que te deue tu Caudillo Oñate.

Su

Su eſpantoſa conſtancia,
En ſufrir los trabajos que la guerra,
Cauſa en remota tierra,
La hambre, y ſed, peligros de importancia,
A tu lengua los deue,
Que ſin ella ſu fin llegara en breue.

Salga tu libro al mundo,
Admiracion de ingenios ſuperiores,
Freno de detractores,
Y Maron tenga ſu lugar ſegundo,
Que ſi el cantò, tu ſolo
Cantas à Marte, y das batalla à Apolo.

* * * * * *
* * * * *
* * * *
* * *
* *

Impresso en Alcala de Henares,
por Luys Martinez Grande.
Año 1610.

2
304200
6511
125D
14

LIBRARY OF CONGRESS
0 009 940 226 A